LO MEJOR DE NUESTROS PENSADORES

La venida del Consolador

LeRoy E. Froom

«La [...] verdadera educación consiste en [...]
que [seamos] pensadores, y no meros
reflectores de los pensamientos
de otros hombres»
Elena G. White, *La educación*, p. 16.

En LO MEJOR DE NUESTROS PENSADORES se incluyen obras —inéditas o agotadas— de obligada lectura para todos los creyentes —pastores y laicos— que no se conforman con ser meros «reflectores» de ideas ajenas, por buenas que estas sean, sino que anhelan restaurar en sus vidas la imagen divina: «la individualidad, la facultad de pensar y hacer» *(ibíd.)*. Son pues, todas ellas, obras para lectores que buscan tener ideas y opiniones propias equilibradas, correctas y bien fundamentadas bíblicamente.

LO MEJOR DE NUESTROS PENSADORES ofrece ediciones y traducciones realizadas con el máximo esmero, a un precio asequible; para que nadie se tenga que privar de un alimento espiritual verdaderamente sólido y nutritivo, además de grato a los paladares intelectuales más exigentes; pero con un lenguaje al alcance de todos los públicos.

LO MEJOR DE NUESTROS PENSADORES quiere salirse de los trillados caminos de siempre, pero ajustándose en todo momento a la sana doctrina, conforme a las Creencias Fundamentales de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Por eso, los autores elegidos serán aquellos que hayan demostrado suficiente madurez espiritual e intelectual en el crisol de una formación personal y académica, «pensadores, y no meros reflectores» de ideas ajenas.

Títulos anteriores:

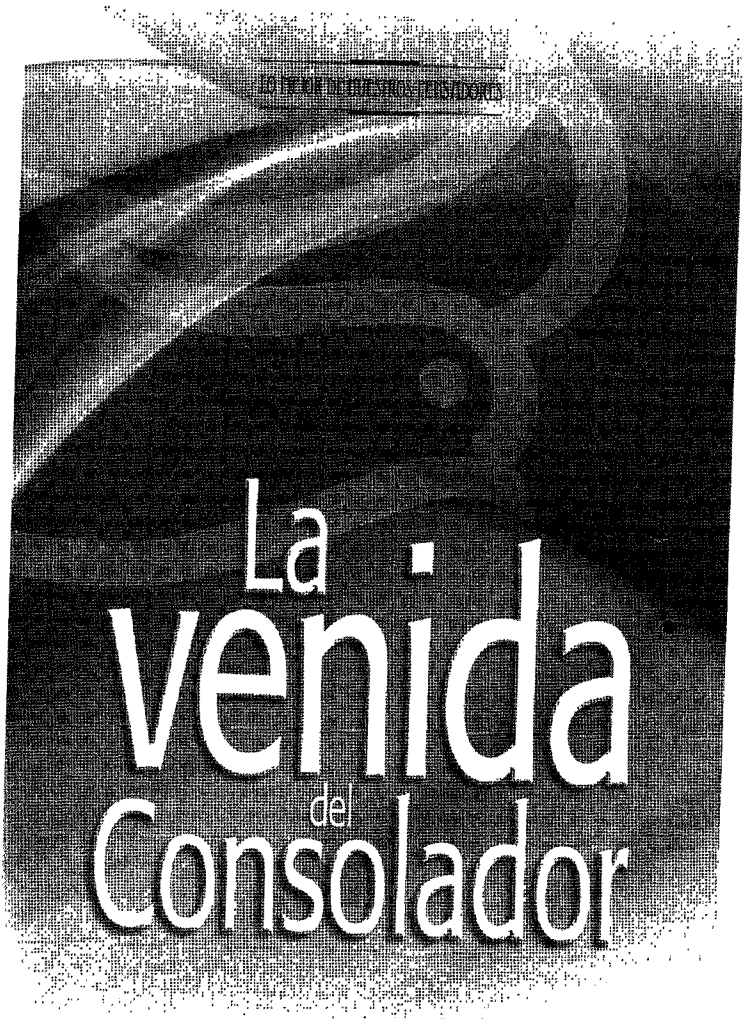
La cruz de Cristo	Georger R. Knight
La naturaleza de Cristo	Roy Adams
Solamente por fe	Norval F. Pease

De próxima aparición:

Cristo, nuestra justicia	Arthur G. Daniells

La venida del Consolador

LIBER OMNIA VINCIT



LeRoy E. Froom

Título de la obra original en inglés:
The Coming of the Comforter
Copyright 1972 Original Edition by Pacific Press Publishing Association
Spanish language edition published by permission of copyright owner

LA VENIDA DEL CONSOLADOR
es una coproducción de

APIA

Asociación Publicadora Interamericana
2905 NW 87 Ave Doral, Florida 33172, EE UU.
tel. 305 599 0037 – fax 305 592 8999
mail@iadpa org – www.iadpa org

Presidente	**Pablo Perla**
Vicepresidente Editorial	**Francesc X. Gelabert**
Vicepresidente de Producción	**Daniel Medina**
Vicepresidenta de Atención al Cliente	**Ana L. Rodríguez**
Vicepresidenta de Finanzas	**Elizabeth Christian**

GEMA EDITORES

GEMA EDITORES
Agencia de Publicaciones México Central, A C
Uxmal 431, Col Narvarte, Del. Benito Juárez, México, D F 03020
tel (55) 5687 2100 – fax (55) 5543 9446
ventas@gemaeditores com.mx – www gemaeditores com mx

Presidente	**Erwin A. González**
Vicepresidente de Finanzas	**Irán Molina A.**
Director Editorial	**Alejandro Medina V.**
Director de Producción	**Abel Sánchez A.**
Director de Ventas	**Rubén Quetz D.**

Edición del texto
J. Vladimir Polanco

Diagramación y diseño de la portada
Ideyo Alomía

Copyright © 2010 de la edición en español
Asociación Publicadora Interamericana
GEMA Editores

Está prohibida y penada por la ley la reproducción total o parcial de esta obra (texto, ilustraciones, diagramación), su tratamiento informático y su transmisión, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia o por cualquier otro medio, sin permiso previo y por escrito de los editores

En esta obra las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera, revisión de 1960 **RV60**, y revisión 1995 **RV95** © Sociedades Bíblicas Unidas En algunos casos se ha utilizado la Nueva Versión Internacional **NVI** © Sociedad Bíblica Internacional y la Nácar–Colunga **NC** © BAC (Biblioteca de Autores Cristianos).

ISBN 10.1-57554-853-4
ISBN 13· 978-1-57554-853-1

Impresión y encuadernación
3 Dimension Graphics Inc.
Doral, Florida, EE UU

Printed in USA

1ª edición mayo 2010

DEDICATORIA

Este libro se dedica con oración a los pastores y laicos de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, quienes, por medio del poder habilitante del Espíritu Santo en la lluvia tardía, están destinados a ser los instrumentos para terminar la misión mundial que nos fue encomendada.

Contenido

PÁGINA

Introducción 9

Primera parte: La promesa del Espíritu

Fundamento bíblico 19
1. La promesa del Espíritu 23
2. La personalidad del Espíritu 35
3. La misión del Espíritu 55
4. La obra del Espíritu por los inconversos 65

Segunda parte: La venida del Espíritu

Fundamento bíblico 75
5. La venida del Espíritu 79
6. La gran transacción del Pentecostés 93
7. Predicadores de Cristo transformados 111
8. La iglesia remanente es investida de poder 121

Tercera parte: La unción plena del Espíritu

Fundamento bíblico 131
9. La unción plena del Espíritu 133
10. Mandamientos y provisión divinos 141
11. Llenos después de renacer 159
12. Los frutos de la unción plena 171
13. El desafío del remanente 185

Cuarta parte: Símbolos del Espíritu

14. El aliento del Omnipotente 195
15. Ríos de agua viva 225
16. El bautismo con fuego 249
17. El aceite esencial 269

Llamamiento divino a la oración 292

«Puesto que este es el medio por el cual hemos de recibir poder, ¿por qué no tener más hambre y sed del don del Espíritu? ¿Por qué no hablamos de él, oramos por él y predicamos respecto a él? El Señor está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que le sirven, que los padres a dar buenas dádivas a sus hijos. Cada obrero necesita elevar su petición a Dios por el bautismo diario del Espíritu. Deben reunirse grupos de obreros cristianos para solicitar ayuda especial y sabiduría celestial para hacer planes y ejecutarlos sabiamente. Tienen que orar especialmente para que Dios bautice a sus embajadores escogidos en los campos misioneros con una rica medida de su Espíritu. La presencia del Espíritu en los obreros de Dios dará a la proclamación de la verdad un poder que todo el honor y la gloria del mundo no podrían conferirle» (*Los hechos de los apóstoles*, GEMA/APIA, p. 39).

Introducción

Los estudios que forman parte de este libro fueron presentados primeramente a los delegados y pastores que asistieron a las asambleas ministeriales de los congresos cuatrienales celebrados durante la primavera de 1928. La grata presencia del Espíritu Santo en aquellas reuniones y durante las presentaciones se recuerda con particular gratitud, para rendir reverente homenaje a nuestro Padre celestial.

A pedido de cientos de pastores que asistieron a esas reuniones, hemos decido plasmar las presentaciones en este libro con el objetivo de que sean asequibles para todos. Y por pedido especial, las observaciones introductorias que preceden a las presentaciones se reproducen con tanta exactitud como la memoria lo permite.

Un solemne sentido de responsabilidad descansa sobre mí cuando contemplo las horas que hemos de pasar juntos en estudio fervoroso y diligente. Este compromiso ante Dios impregna todas nuestras consideraciones. Francamente, yo

no escogí estos temas. Por meses me ha dominado un sentido de urgencia, un gran apremio, una convicción que no podía desconocer para que llevara a cabo esta investigación. Estoy profundamente convencido de que Dios me ha inducido a sentir mi propia necesidad, y la necesidad de mis colaboradores. Esto ha suscitado un poderoso clamor en mi propia alma de que el Señor nos conceda la única provisión adecuada para todas nuestras necesidades. Y oro a Dios para que estos estudios puedan resultar de gran bendición y ayuda, aun cuando sean presentados defectuosa o inadecuadamente.

No nos hemos reunido para escucharnos predicar unos a otros, por muy importante que esto sea. Ni estamos aquí para entretenernos con hábiles y originales giros del pensamiento, ni para entregarnos a teorías especulativas. Antes bien, nos hemos reunido para un estudio profundo y serio y para una búsqueda ferviente e intensiva de grandes verdades, extraordinarios principios y provisiones adecuadas a las exigencias de una obra como la que el Señor nos ha asignado.

Es fundamental que entendamos ciertos factores desde el mismo comienzo. Vivimos en un mundo que constantemente va cambiando, un mundo que corre precipitado, dominado por nuevas fuerzas. Pasiones salvajes y sin control, que provienen del abismo, han provocado una situación que ha permanecido durante décadas. Los seres humanos no perciben las influencias malignas que los están desviando de Dios y guiándolos hacia la indiferencia, el desafío y la rebelión. En la medida que transcurren los años las cosas empeoran cada vez más.

Debido a la siniestra actitud del corazón y la mente humanos que se ha levantado contra Dios y la autoridad divina, nuevos y graves problemas nos confrontan y nos

desafían. En estos momentos estamos pasando por un período de transición, del pensamiento serio y reverente a la diversión liviana, superficial y corrupta. Es mi convicción que los hombres y mujeres de la actualidad son más difíciles de alcanzar con nuestro mensaje del evangelio redentor que las generaciones anteriores.

Las grandes ciudades del mundo se desarrollan cada vez más, esto pone frente a nosotros una tarea abrumadora. Dentro de una extensión de doscientos kilómetros de Springfield, Massachusetts, donde se realizó la asamblea ministerial de la Unión del Atlántico, viven más de trece millones de habitantes; en tanto que dentro de una extensión de ciento sesenta kilómetros del Palacio Municipal de la ciudad de Nueva York viven más de veinte millones de almas. Cifras parecidas podrían encontrarse en muchos lugares. Y apenas mencionamos las ciudades de los hombres, mujeres y niños con la punta de los dedos. Y sin embargo, ellos deben oír el mensaje de Dios a los seres humanos.

La lucha contra las fuerzas del mal es cada vez más aguda y más nefasta. Estoy persuadido de que hay una sola solución al problema que nos ha tocado enfrentar, como individuos y como iglesia, una sola provisión para nuestra necesidad: El poder del Espíritu Santo, el derramamiento de la lluvia tardía en nuestras vidas y en nuestro servicio. Esta provisión prometida, que será derramada sobre los heraldos que proclamen el último mensaje del cielo a la tierra, constituye nuestra mayor necesidad. Es lo único que nos capacitará para hacer frente a la ardua tarea de terminar la misión que nos ha sido encomendada. He creído esto por años, pero nunca antes se había apoderado de mí una convicción tan fuerte como ahora. Oro para que esta misma convicción pueda apoderarse de

cada miembro y dirigente de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

En preparación para estos estudios, después de un breve repaso de cada texto de la Biblia referente al Espíritu Santo, he leído todas las referencias que he encontrado sobre estos pasajes en veintitrés libros del Espíritu de Profecía, así como muchos artículos que han sido publicados en nuestras revistas, escritos por Elena G. de White y muchos testimonios que todavía no han sido publicados. De esta abundante fuente se han extraído las declaraciones y los principios sobresalientes (que aparecen esparcidos a través de los estudios). Esas declaraciones fueron tomadas como la guía y la norma del estudio de unos cincuenta libros adicionales sobre el Espíritu Santo, que representan las gemas más escogidas escritas en los tiempos modernos. También se revisaron muchas fuentes bibliográficas como lectura adicional. Así se formaron las secciones de este libro que tratan sobre la *Promesa*, la *Venida* y la *Unción plena* del Espíritu Santo.

Antes de abordar los estudios, el lector hará bien en meditar cuidadosamente y con oración en estas dos declaraciones:

> «La promesa del Espíritu es algo en lo cual se piensa poco; y el resultado es tan solo lo que podría esperarse: sequía, tinieblas, decadencia y muerte espirituales. Los asuntos de menor importancia ocupan la atención y, aunque es ofrecido en su infinita plenitud, falta el poder divino que es necesario para el crecimiento y la prosperidad de la iglesia y que traería todas las otras bendiciones en su estela» (*Testimonios para la iglesia*, t. 8, p. 28).
>
> «Precisamente antes que Jesús dejara a sus discípulos para ir a las mansiones celestiales, los animó

con la promesa del Espíritu Santo. Esta promesa nos pertenece a nosotros tanto como a ellos y, *sin embargo, ¡cuán raramente se presenta ante el pueblo o se habla de su recepción en la iglesia!* Como consecuencia del silencio sobre este importantísimo asunto, ¿acerca de qué promesa sabemos menos por su cumplimiento real, que acerca de esta rica promesa del don del Espíritu Santo, mediante el cual será eficaz toda nuestra labor espiritual? La promesa del Espíritu Santo es mencionada por *casualidad* en nuestros discursos, es tocada en forma *incidental*, y eso es todo. Las profecías han sido tratadas detenidamente, las doctrinas han sido expuestas; pero lo que es esencial para la iglesia a fin de que crezca en fortaleza y eficiencia espiritual, para que la predicación pueda llevar consigo convicción y las almas sean convertidas a Dios, *ha sido mayormente excluido del esfuerzo ministerial*. Este tema ha sido puesto a un lado, como si algún tiempo futuro hubiera sido reservado para su consideración. Otras bendiciones y privilegios han sido presentados ante nuestro pueblo hasta despertar en la iglesia el deseo de conseguir la bendición prometida por Dios; *pero ha quedado la impresión de que el don del Espíritu Santo no es para la iglesia ahora, sino que en algún tiempo futuro sería necesario que la iglesia lo recibiera.*

»Esta bendición prometida, reclamada por la fe, traería todas las demás bendiciones en su estela, y ha de ser dada liberalmente al pueblo de Dios. Por medio de los astutos artificios del enemigo las mentes del pueblo de Dios parecen ser incapaces de comprender las promesas divinas y de apropiarse de ellas. Parecen pensar que únicamente los más

escasos chaparrones de la gracia han de caer sobre el alma sedienta. El pueblo de Dios se ha acostumbrado a pensar que debe confiar en sus propios esfuerzos, que poca ayuda ha de recibirse del cielo; y el resultado es que tiene poca luz para comunicar a otras almas que mueren en el error y la oscuridad. La iglesia por mucho tiempo se ha contentado con escasa medida de la bendición de Dios; no ha sentido la necesidad de alcanzar los elevados privilegios comprados para ella a un costo infinito. Su fuerza espiritual ha sido escasa, su experiencia, restringida y mutilada, y se halla inhabilitada para la obra que el Señor quiere que haga. No está en condiciones de presentar las grandes y valiosas verdades de la santa Palabra de Dios que convencerían y convertirían a las almas mediante la intervención del Espíritu Santo. Dios espera que la iglesia pida y reciba su poder. Recogerán una cosecha de gozo los que siembran la santa semilla de la verdad. "Irán andando y llorando el que lleva la preciosa simiente; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas"» *(Testimonios para los ministros*, pp. 174, 175, la cursiva ha sido añadida).

Y ahora una palabra preliminar sobre la importancia de los últimos cuatro capítulos, relativos a los símbolos del Espíritu.

La incomparable provisión del ministerio del Espíritu Santo, para suplir las necesidades del ser humano, es el último eslabón en la cadena de amor divino con la cual nuestro Dios en el cielo se ha vinculado a sí mismo con nosotros. El Espíritu no solo fue el instrumento en la creación original del mundo y del género humano, sino que fue por medio del Espíritu eterno como nuestro precioso

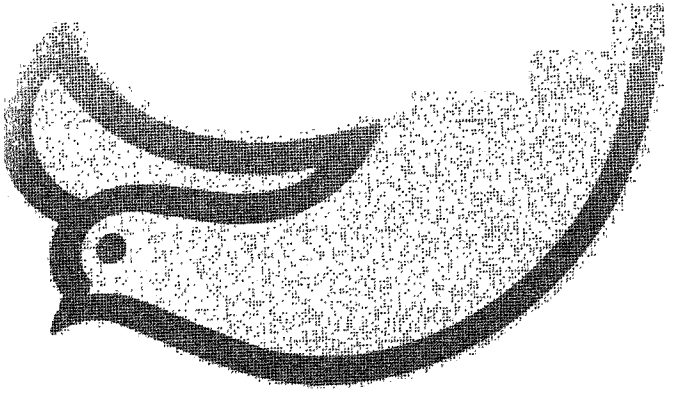
Redentor llegó a encarnarse en un cuerpo humano y se ofreció a sí mismo para la completa reconciliación de la humanidad y su completa salvación. Y es por medio del Espíritu de Dios como el milagro de la regeneración se ha realizado en los corazones humanos a través de los siglos y también el Cristo que habita en el corazón constituye una gran bendición para todos nosotros. De esa manera es obvio que el Espíritu es el vínculo divinamente señalado entre el cielo y la tierra.

Bien podemos hacer una pausa y considerar esta profunda verdad y esta gran provisión. La majestad de la persona del Espíritu Santo, la fuerza de su poder y la esfera de su obra nunca serán plenamente entendidos o adecuadamente presentados. Pero cuando se enfocan de nuevo las enseñanzas de la Palabra contemplando con reverencia nuevos ángulos de la manera en que el Espíritu opera, captamos rayos adicionales de la gloriosa provisión divina, y nuestros corazones se conmueven en adoración reverente. Alabemos al Padre por este amor ilimitado y por esta infinita provisión para suplir cada una de nuestras necesidades.

El tema de la misión y la obra del Espíritu Santo es un tema inagotable, porque trata de una personalidad que trasciende todo tiempo y toda medida: la tercera persona de la Divinidad. Sus magníficos pasos no se pueden medir, pero pueden reconocerse claramente; no se pueden explicar, pero pueden y deben ser aceptados y experimentados personalmente. Más ricas que todas las joyas de la tierra son estas gemas simbólicas del almacén del cielo, presentadas bajo las figuras del viento, el agua, el fuego y el aceite las cuales, al considerarlas en toda su profundidad de significado, descubren un encanto y una belleza que apenas pueden discernirse en una fraseología no figurada.

Que el incomparable Espíritu de verdad, a quien se dedican estos tributos, guíe nuestro pensamiento en el estudio, ilumine nuestra mente en la meditación y posea nuestras almas para la acción, en forma tan completa y absoluta que su sagrada obra, presentada bajo estas figuras iluminadoras elegidas por él mismo, se vea totalmente realizada en la vida. Así, bendito Espíritu, satisface tú la profunda necesidad de nuestra alma, llena el anhelo de nuestro corazón; prepáranos para el servicio sagrado, y entonces úsanos para la gloria del Padre y del Hijo y para la terminación de la obra que nos fue encomendada. Sí, poséenos como enteramente tuyos, ahora y para siempre.

LeRoy E. Froom



Primera parte

La promesa del Espíritu

Fundamento bíblico

La promesa del Espíritu

«Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis, pero, como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros [...]. Le dijo Simón Pedro: "Señor, ¿a dónde vas?" Jesús le respondió: "A donde voy, no me puedes seguir ahora, pero me seguirás después"» (Juan 13: 33-36).

«No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino» (Juan 14: 1-4).

«Felipe le dijo: "Señor, muéstranos el Padre y nos basta". Jesús le dijo: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto

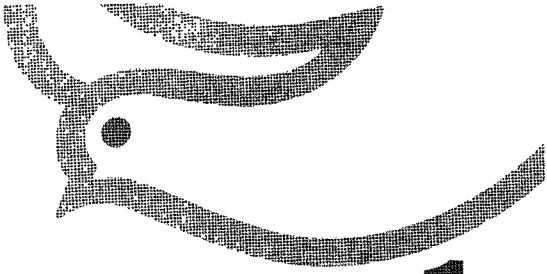
a mí ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: 'Muéstranos el Padre'? ¿No crees que yo soy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre, que vive en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras. De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre"» (vv. 8-12).

«Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conocéis, porque vive con vosotros y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo no me verá más, pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros» (vv. 16-20).

«Respondió Jesús y le dijo: "El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada con él. El que no me ama no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió. Os he dicho estas cosas estando con vosotros"» (vv. 23-25).

«Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido

ya juzgado. Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber» (Juan 16: 7-15).



1

La promesa del Espíritu

Era de noche en Jerusalén; la noche más triste desde que la humanidad se había separado de Dios. La ciudad estaba abarrotada de peregrinos. El grupo de hombres que había seguido a su Señor durante los años de su ministerio público se había reunido con él alrededor de la mesa pascual en el aposento alto. Aquel era un momento crucial. El símbolo y la realidad se encontraban. El Hijo de Dios, envolviéndose en una toalla como si fuera un esclavo, se arrodilló delante de sus discípulos para lavarles los pies.

El pan partido y el vino servido, símbolos de su pasión inminente, acababan de ser consumidos. Pocos minutos separaban las escenas del aposento alto de la agonía del Getsemaní; apenas mediaban algunos momentos entre la sangre sobre la frente y la sangre sobre los dinteles. A pesar de que el pastor había estado con las ovejas solo poco tiempo, pronto sería herido y las ovejas serían dispersas.

Judas se había separado del grupo, y una profunda tristeza embargaba al resto de los discípulos. Es innecesario

analizar su aflicción. Mezclada con ella había cierta medida de egoísmo, aunque la sombra de la separación inevitable había caído sobre ellos. Verdaderamente era esta una hora crítica. ¡Cómo tomaban los discípulos cada palabra de Jesús! Su declaración con respecto a que él iba adonde ellos no podrían ir llevó mayor tristeza y dolor a sus corazones. Hasta ahora no habían sentido la realidad de la separación que se acercaba. De pronto el Maestro procedió a consolar sus corazones. Les habló de unas mansiones que iría a prepararles. Pero esto no logró conformarlos, porque la presencia personal de su Señor nunca podría ser reemplazada por mansiones. ¿Qué harían cuando se fuera? ¿A quién se volverían?

Alguien dijo: «Pintad un cielo sin estrellas. Cubrid las montañas de oscuridad. Colgad cortinas de negra sombra frente a cada playa. Oscureced el pasado, y que el futuro sea aún más incierto. Completad el cuadro con hombres pesarosos y rostros tristes». Tal era la condición de los discípulos al verse confrontados con la partida del Señor.

Jesús presenta a su sucesor

Jesús procedió a descubrir ante ellos la gloriosa provisión de «otro Consolador». Esta declaración presupone que Jesús era el *primer* Consolador. Un consolador es alguien que «ayuda en tiempo de necesidad». Aquel que es huérfano necesita de un padre; si está enfermo, de un médico; si se halla acusado, de un abogado; si va a construir, de un arquitecto; y si está en dificultades, de un amigo. Todo esto lo encontramos en nuestro Consolador celestial.

Los discípulos no quedarían huérfanos, privados de un Padre divino que los cuidara, los protegiera y los consolara. En el momento más difícil de sus vidas, Cristo les mostró la venida del Espíritu Santo como la culminación de su

obra terrenal en favor de ellos y la continuación de su ministerio.

La recepción del Espíritu Santo constituía el privilegio supremo que podían tener, como también hoy lo tiene cada discípulo que espera el regreso personal y visible de su Señor para llevarlo a las mansiones celestiales. Observemos lo siguiente:

> «En las enseñanzas de Cristo se hace prominente la doctrina del Espíritu Santo. ¡Qué vasto tema de meditación y ánimo es este! ¡Qué tesoros de verdad añadió al conocimiento de sus discípulos con sus instrucciones relativas al Espíritu Santo, el Consolador! Se espació sobre este tema con el fin de consolar a sus discípulos en la gran prueba que pronto experimentarían, para que sintieran ánimo en su gran desilusión [...]. El Redentor del mundo se esforzó por llevar el consuelo más efectivo al corazón de los dolientes discípulos. Pero del amplio campo de asuntos que tenía a su disposición, escogió el tema del Espíritu Santo, el cual inspiraría y confortaría sus corazones. Sin embargo, a pesar de que Cristo dio tanta importancia al tema del Espíritu Santo, ¡cuán poco se considera en las iglesias!» (Elena G. de White, *Bible Echo*, 15 de noviembre de 1893).

Antes de abandonar su magisterio terrenal, Jesús presentó a su sucesor en su discurso de despedida. «Estorbado por la humanidad, Cristo no podía estar en todo lugar personalmente. Por lo tanto, convenía a sus discípulos que fuese al Padre y enviase el Espíritu como su sucesor en la tierra» (*El Deseado de todas las gentes*, GEMA/APIA, p. 638).

Reveló así la formidable realidad de la dispensación del Espíritu, y este aspecto dispensacional no se puede

sobrestimar. Se basa en la obra terrenal de Cristo, y su inauguración era imposible hasta cuando él acabara su tarea y ascendiera a los cielos. En Juan 14 y 16 Jesús desarrolló tres grandes verdades: 1) La promesa de la venida del Espíritu Santo; 2) el carácter y la personalidad del Espíritu Santo; 3) la misión y la obra del Espíritu Santo.

La venida del Espíritu

Al analizar estas verdades en el orden enunciado observamos primero la explícita declaración acerca de la venida del Espíritu Santo. Resulta impresionante notar que tan ciertamente como los profetas anunciaron el advenimiento de Jesús, así él anunció la venida de otro igual a él y sucesor suyo. Uno ascendía mientras el otro descendía. El mismo reconocimiento y atención que los discípulos mostraron a la autoridad de su Señor, habrían de darse al Espíritu Santo como vicario de Cristo en la tierra.

Así como la misión de Cristo debía realizarse en un periodo de tiempo definido, la del Espíritu Santo también tendría límites específicos: del Pentecostés a la segunda venida de Cristo. El Espíritu es una persona de la Deidad, que vino a la tierra de manera definida, en un tiempo determinado, para realizar una obra particular. Y desde entonces ha estado aquí tan ciertamente como Jesús estuvo treinta y trés años para realizar su misión.

«La dispensación en la cual vivimos debe ser, para los que lo soliciten, la dispensación del Espíritu Santo» (*Testimonios para los ministros*, p. 511).

Nos hallamos bajo la conducción personal y directa de la tercera persona de la Deidad tan ciertamente como los discípulos lo estuvieron bajo la dirección de la segunda.

Aunque el Espíritu existía y obraba desde tiempos inmemoriales, el Pentecostés fue, por así decirlo, la sesión

inaugural de su obra especial en la tierra. Lo mismo sucede con Cristo, pues sus biografías comienzan en Belén y terminan en el Gólgota, a pesar de que él existía desde los días de la eternidad.

El Espíritu es mencionado 88 veces en 22 de los 39 libros del Antiguo Testamento. Las huellas de la tercera persona de la Deidad pueden trazarse a lo largo de los siglos desde el comienzo del mundo.

Manifestaciones del Espíritu en el Antiguo Testamento

El Espíritu Santo se hallaba presente en la creación «moviéndose» sobre la faz del abismo, y fue el agente creador del cosmos. También se lo menciona definidamente en relación con la humanidad. Pero antes del Pentecostés su venida a la tierra era más como visitante pasajero, para capacitar a ciertos hombres para la realización de tareas especiales y no para actuar constantemente entre ellos. Descendió sobre algunos individuos obrando a través de ellos o revistiéndolos de un poder formidable para efectuar acciones particulares. Contendió con los hombres (Gén. 6: 3); concedió pericia a Bezaleel (Éxo. 31: 3-5); dio fuerzas a Sansón (Juec. 14: 6). De manera que el Espíritu Santo hizo a los hombres sus instrumentos en el cumplimiento de tareas o la transmisión de mensajes. Semejante a estos fueron los casos de Josué (Núm. *27:* 18), Gedeón (Jue. 6: 34), Saúl (1 Sam. 10: 10), y David (1 Sam. 16: 13). Fíjese en esta declaración:

> «Durante la era patriarcal, la influencia del Espíritu Santo se había revelado a menudo en forma muy notable, pero nunca en su plenitud. Ahora, en obediencia a la palabra del Salvador, los discípulos ofrecieron sus súplicas por este don, y en el cielo Cristo

añadió su intercesión. Reclamó el don del Espíritu, para poderlo derramar sobre su pueblo» (*Los hechos de los apóstoles*, GEMA/APIA, p. 31).

De significado especial es el hecho de que en el Antiguo Testamento nunca se habla del Espíritu como el Consolador, o el «Espíritu de Jesucristo» (Fil. 1: 19), o «el Espíritu de su Hijo» (Gál. 4: 6), u otras expresiones similares, sino como el Espíritu de Dios el Padre. ¿Por qué se encuentran todos estos nuevos títulos en el Nuevo Testamento? ¡Ah, algo había sucedido! ¡Un acontecimiento que había cambiado las cosas!

Jesús nació y murió por nosotros; se levantó de la tumba y ascendió a los cielos. Y cuando Cristo completó su obra terrenal y ascendió con su humanidad glorificada para tomar un lugar en los atrios celestiales, entonces se cumplieron las condiciones para que el Espíritu Santo descendiera como representante oficial y sucesor de Cristo, haciendo eficaz su obra redentora a favor de cada individuo. De modo que vino trascendentalmente como el Espíritu de Jesús.

La provisión del Nuevo Testamento

De paso, puede ser de interés notar que el Espíritu Santo se menciona 262 veces en el Nuevo Testamento. Detrás de todo está la obra terrenal de Jesús acabada y la persona glorificada de nuestro adorable Señor. Al observar al Salvador glorificado, vemos que su obra terrenal fue concluida por su obediencia hasta la muerte para traernos a Dios, mediante la sustitución vicaria hecha con su propia vida sin pecado y su muerte expiatoria, cumpliendo así los requerimientos de la justicia y la ley, tanto como los de la santidad. Por esto vino el Espíritu Santo como señal de que el Padre aceptaba la obra del Hijo, también para dar al ser

humano la seguridad de que esa obra sería eficaz para él. «Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo» (Heb. 10: 14,15).

Hay que considerar el doble carácter de la obra del Espíritu Santo. En el Antiguo Testamento actuó sobre los hombres más de afuera hacia dentro, pero no moró permanentemente en ellos. Se les apareció y los revistió de poder, y en algunos casos hizo su morada en ellos. Pero desde Pentecostés en adelante se llevó a cabo un enorme cambio. A partir de ese momento su obra es especial, diferente de la realizada en épocas pasadas. Se hizo provisión para que en lo adelante el Espíritu entrara y viviera en todos los creyentes cristianos, y para que su obra se realizara de adentro hacia fuera, llenándolo y penetrándolo todo.

Esta presencia del Espíritu Divino en el interior de cada persona es la gloria distintiva de la dispensación cristiana. Todo el pasado había sido una experiencia preparatoria para esto. La provisión del Antiguo Testamento había sido promesa y preparación; la del Nuevo, cumplimiento y posesión. La diferencia está simplemente entre el significado de una obra hecha desde afuera y el de morar en lo íntimo del ser. Y este morar en lo íntimo del ser es una posesión permanente, puesto que el Espíritu viviría en nosotros perpetuamente.

Un don del Padre a través del Hijo

La venida del Espíritu Santo fue un don del Padre concedido a través del Hijo (Juan 14: 16). La voz griega que se refiere a Cristo orando o solicitando del Padre el Espíritu, da la idea de una petición hecha por alguien en perfecta igualdad con él. No obstante, no suplicó por el Espíritu Santo en su maravillosa oración ofrecida poco

después y registrada en Juan 17. ¿Por qué? Porque todavía no había sido consumada su pasión.

El Espíritu vino a vindicar el carácter del ministerio de Jesucristo y de su misión de sacrificio (Juan 14: 23-26). Su venida se fundamentaba en la obra completa y acabada del Calvario. Fue el Cristo glorificado quien solicitó, recibió y envió el Espíritu Santo a sus anhelantes discípulos.

El Espíritu Santo es, intrínsecamente, un don de Dios al ser humano. No puede ser comprado, ganado, descubierto ni cultivado. El ser humano no puede exigir tal don de Dios. El Espíritu Santo no fue derramado en respuesta a una simple oración del hombre ni por méritos humanos. Pero a causa de la obra realizada por Jesús y la satisfacción dada, el Dios justo envió al Espíritu Santo para iniciar un nuevo movimiento entre los hombres y para inaugurar la nueva dispensación del Espíritu.

El don del Espíritu Santo debe distinguirse de los dones que el Espíritu Santo otorga. Así como los emperadores romanos arrojaban a las multitudes las monedas de los reinos conquistados al entrar triunfalmente en Roma, así también Cristo envió este Regalo supremo a los seres humanos después de su procesión triunfal en el cielo. Por supuesto, la culminación de todos los dones que el Espíritu Santo derrama sobre la iglesia remanente ha sido la restauración del don de profecía. Pero esto es asunto aparte.

La relación entre el Calvario y el Pentecostés

Juan el Bautista declaró que el bautismo del Espíritu Santo constituiría el propósito supremo del ministerio de Jesucristo. «Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento, pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo. Él os bautizará

en Espíritu Santo y fuego» (Mat. 3: 11; véase también Juan 1: 33).

El mensaje de Juan concerniente a Cristo era doble: la sangre del Cordero para quitar el pecado, y el bautismo del Espíritu para proteger del pecado, o sea, el Calvario y el Pentecostés. La culminación de la obra del Calvario en favor de la dispensación presente se halla en el don del Espíritu Santo enviado por Jesucristo. Estas son dos verdades inseparables. Sin el Calvario no podía haber Pentecostés; y sin Pentecostés el Calvario hubiera sido de poco provecho. Observemos esto:

> «El Espíritu Santo era el más elevado de todos los dones que podía solicitar de su Padre para la exaltación de su pueblo. El Espíritu iba a ser dado como agente regenerador, y sin esto el sacrificio de Cristo habría sido inútil. El poder del mal se había estado fortaleciendo durante siglos, y la sumisión de los hombres a este cautiverio satánico era asombrosa. El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por la poderosa intervención de la tercera persona de la Divinidad, que iba a venir no con energía modificada, sino en la plenitud del poder divino. El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo. Por el Espíritu es purificado el corazón. Por el Espíritu llega a ser el creyente partícipe de la naturaleza divina. Cristo ha dado su Espíritu como poder divino para vencer todas las tendencias hacia el mal, hereditarias y cultivadas, y para grabar su propio carácter en su iglesia» *(El Deseado de todas las gentes,* GEMA / APIA, pp. 640, 641).

Si no fuera por la atmósfera que rodea nuestra tierra, el sol —a pesar de ser una bola de fuego— brillaría sobre

nosotros tan fríamente como una estrella resplandeciente. La atmósfera que envuelve la tierra recibe sus rayos y los transforma en calor, luz y color. Del mismo modo, si no fuera por el Espíritu Santo, Cristo sentado a la diestra del Padre podría ser adorado solamente como un Señor resucitado y ascendido. Pero el Espíritu Santo lo revela a nuestros corazones como la luz, la vida y la verdad.

Y como sucede cuando miramos a través de un telescopio, que no vemos los lentes sino el objeto que estos acercan, así tampoco vemos al Espíritu Santo cuando lo miramos, sino «a Jesús solo». La obra realizada en la cruz se comprende mucho más fácilmente porque el derramamiento de sangre es externo y visible, y es para todos; mientras que el don del Espíritu es interno e invisible, y solo para el discípulo amante y obediente. Su morada en el ser interior, por ser una realidad espiritual, no es fácilmente comprendida ni aceptada como verdad práctica.

La sangre del Calvario purifica el templo del alma; pero la provisión divina es más amplia. Según ella nada menos que la plena ocupación de la morada interior por el Espíritu satisfará jamás a Dios o al hombre.

La presencia personal de Cristo localizada

El bautismo del Espíritu no se produjo durante los tres años del ministerio terrenal de Cristo. Era imposible a causa de la localización y las limitaciones de su humanidad, y porque «aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado» (Juan 7: 39). De modo que durante su carrera terrenal Jesús nunca bautizó con el Espíritu Santo.

Entre sus últimas palabras estaba el encargo de esperar el prometido bautismo después de su partida: «Y estando juntos, les ordenó: "No salgáis de Jerusalén, sino esperad la promesa del Padre, la cual oísteis de mí, porque Juan

ciertamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días"» (Hech. 1: 4, 5).

Aquel que bautizaría a sus seguidores con el Espíritu Santo era el ejemplo viviente de todo lo que él desea incorporar en nuestras vidas. El Espíritu lo engendró. Creció bajo el poder y la protección del Espíritu. Al cruzar el umbral de su ministerio fue ungido en forma especial por el Espíritu para el servicio. Con el poder del Espíritu vivió su vida, realizó sus milagros y enseñó sus principios. Y se levantó de los muertos por el poder del Espíritu. De la cuna a la tumba el Espíritu Santo vivió dentro de él. «La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fue hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina» (*ibíd.*, p. 102).

Debe recordarse que la encarnación de Cristo, su vida inmaculada y su muerte redentora, su resurrección y ascensión, así como la iniciación de su obra mediadora, fueron absolutamente indispensables, a la vez que eran pasos preliminares para este solo propósito: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, haciéndose maldición por nosotros (pues está escrito: "Maldito todo el que es colgado en un madero"), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzara a los gentiles, a fin de que por la fe recibiéramos la promesa del Espíritu» (Gál. 3: 13,14).

Propósito de la redención presente

Y este propósito de redención presente era imposible antes de su glorificación (Juan 7: 39). Por eso Pedro dice: «Así que, exaltado por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís» (Hech. 2: 33).

La roca de Horeb era una figura. El herir la peña produjo agua cristalina. Así también el derramamiento del Espíritu Santo se produjo como respuesta a la muerte redentora de Cristo. Su muerte destruyó todo obstáculo entre Dios y el pecador (2 Cor. 5: 19). La aceptación del Padre del sacrificio de su Hijo era la condición indispensable para nuestra justificación.

Pero solo la venida del Espíritu Santo podía aplicar los beneficios de ese sacrificio, haciendo efectivo *en* nosotros lo que Cristo realizó *por* nosotros. Al perfeccionar su naturaleza humana Jesús puede transmitir ahora lo que antes era imposible. Y la tarea del Espíritu Santo en esta dispensación consiste en aplicar y transmitir individualmente la obra redentora de Cristo a los corazones humanos, regenerándolos, justificándolos y santificándolos, al mismo tiempo que comunicándoles la vida misma de nuestro Señor resucitado, mientras esperamos su segunda venida personal y visible.

2

La personalidad del Espíritu

Consideremos ahora el carácter del Espíritu Santo. Él es el «otro Consolador». Esta designación identifica al Espíritu prometido con el Señor que lo prometió, tanto en ser como en carácter, propósito y actividad. El Espíritu Santo es el otro yo de Cristo, por así decirlo, idéntico a él en naturaleza y en carácter. Si se nos permite un símil imperfecto, diríamos que son como dos lados de un triángulo: similares y relacionados, pero diferentes. Notemos siguiente declaración:

> «El Espíritu Santo no se había manifestado todavía plenamente; porque Cristo no había sido glorificado todavía. El derramamiento más abundante del Espíritu no sucedió hasta después de la ascensión de Cristo. Mientras no lo recibiesen, no podrían los discípulos cumplir la comisión de predicar el evangelio al mundo. Pero en ese momento el Espíritu les fue

dado con un propósito especial. Antes que los discípulos pudiesen cumplir sus deberes oficiales en relación con la iglesia, Cristo sopló su Espíritu sobre ellos. Les confiaba un cometido muy sagrado y quería hacerles entender que sin el Espíritu Santo esta obra no podía hacerse. El Espíritu Santo es el aliento de la vida espiritual. El derramamiento del Espíritu es el impartimiento de la vida de Cristo. Comunica al que lo recibe los atributos de Cristo» (*El Deseado de todas las gentes*, GEMA/APIA, p. 761).

Jesús dijo de sí mismo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a predicar el año agradable del Señor» (Luc. 4: 18, 19). No se puede sanar al quebrantado de corazón sin el Consolador, porque él es el que acompaña para socorrer. Los discípulos debían despedir a Cristo, el primer Consolador, de modo que les pudiera enviar a otro. Mientras Jesús viva, esa promesa perdurará.

El ministerio del *Paracletos*

La expresión *Consolador* es una traducción inadecuada de la voz griega *paracletos*, el nombre particular que designaría el nuevo ministerio que estaba por iniciar el Espíritu. *Paracletos* se traduce mejor por *abogado*, nos asegura la mayoría de los comentaristas. También significa representante, intercesor, suplicante, consolador. Verdaderamente es un término difícil de traducir. Es la misma palabra que se emplea para designar la obra de Cristo ante el Padre: «Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Pero si alguno ha pecado, abogado (*paracletos*) tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo» (1 Juan 2: 1).

En Grecia y Roma, durante los tiempos del Nuevo Testamento, el abogado ayudaba al cliente de dos maneras diferentes: a veces lo representaba ante el tribunal abogando por su causa; en otras ocasiones le preparaba lo que tenía que decir para que el cliente hablara por sí mismo. Así también Cristo es nuestro abogado delante del Padre, y el Espíritu Santo es el abogado de Cristo ante nosotros.

Así como Cristo intercede por nosotros, también el Espíritu intercede por Cristo en nuestro corazón. ¿Seremos nosotros —que rendimos obediencia a los representantes de gobiernos terrenales— culpables de negligencia y falta de respeto ante este Abogado del Rey celestial, el representante de Cristo ante la iglesia y el mundo?

El Espíritu es una persona divina

El estudio del carácter del Espíritu Santo nos conduce directamente a la consideración de su *personalidad*. Es muy fácil cree que tanto el Padre como Jesús son personas reales. Al parecer los conceptualizamos, si podemos usar este término. Pero el Espíritu Santo es considerado como algo misterioso, tan invisible y secreto, y de acciones tan apartadas de nuestros sentidos, que su personalidad se pone en duda cuando se la contrasta con la conducta de las otras personas de la Deidad.

Por supuesto, él ha aparecido en forma visible para los sentidos humanos, tomando en una ocasión, por ejemplo, la forma de una paloma (Luc. 3: 22). Además, se dice mucho sobre su influencia, su gracia , su poder y sus dones. Por esta razón a veces nos sentimos inclinados a considerarlo como una influencia, un poder o una energía. Símbolos como el viento, el fuego, el aceite, el agua y otros han ayudado a que se piense en este sentido.

Más aún, el mismo hecho de que el nombre *Espíritu* sea en el texto griego un sustantivo neutro, y que, siguiendo normas gramaticales estrictas en inglés se haya utilizado para él el pronombre impersonal* *itself* en la *Authorized Version* (Versión Autorizada) en Romanos 8: 16, 26, ha tenido gran influencia sobre la impropia comprensión popular del término. «El Espíritu mismo ["itself"] da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios»; «y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo ["itself"] intercede por nosotros con gemidos indecibles» (Rom. 8: 16, 26). Sin embargo, el pronombre impersonal que se usa para cosas ha sido reemplazado en la *Revised Version* (Versión Revisada) por el pronombre personal (*himself* en lugar de *itself*), para que armonizara con la idea de su personalidad.

Una cuestión de importancia suprema

No es esta una cuestión meramente técnica, académica o sin sentido práctico. Encierra una importancia suprema y del más elevado valor práctico. Si el Espíritu es una persona divina, pero lo consideramos como una influencia impersonal, estamos restando a esta persona divina el respeto, el honor y el amor que le debemos. Además, si el Espíritu Santo fuera una mera influencia o poder, trataríamos nosotros de *obtenerlo y usarlo*. Pero si lo reconocemos como una persona, estudiaremos cómo someternos a él de modo que él nos utilice según su voluntad.

Si pensamos que podemos poseer al Espíritu Santo, nos sentiremos inclinados a engreírnos y gloriarnos; pero el

* La idea de pronombres neutros o impersonales para referirse al Espíritu no puede apreciarse en castellano con la misma claridad que en inglés, por no existir el problema en nuestro idioma (*N. del T.*).

otro concepto —el verdadero— nos conduce a la renuncia personal de nosotros mismos, a la negación y la humillación del yo. No hay nada mejor para abatir la gloria del ser humano en el polvo. Acerca de este punto notemos una vez más la palabra del Espíritu de Profecía.

> «No podemos nosotros emplear el Espíritu Santo; el Espíritu es quien nos ha de emplear a nosotros. Por medio del Espíritu, Dios obra en su pueblo "así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2: 13). Pero muchos no quieren someterse a ser guiados. Quieren dirigirse a sí mismos. Esta es la razón por la cual no reciben el don celestial. Únicamente a aquellos que esperan humildemente en Dios, que esperan su dirección y gracia, se da el Espíritu. Esta bendición prometida, pedida con fe, trae consigo todas las demás bendiciones. Se da según las riquezas de la gracia de Cristo, quien está listo para abastecer a toda alma según su capacidad de recepción» (*Obreros evangélicos*, p. 302).

No, el Espíritu Santo no es una influencia que proviene del Padre. No es algo impersonal que debe reconocerse vagamente, tal como una fuerza invisible de vida. En la mente de muchas personas el Espíritu Santo ha sido despojado de su personalidad, ha sido transformado en algo intangible, etéreo, escondido en nieblas y envuelto en irrealidad. No obstante, a pesar de que es invisible no hay nada más real en nuestro mundo que la presencia del Espíritu Santo: una personalidad sagrada.

Jesús fue la persona más notable e influyente que jamás existiera en este mundo; y el Espíritu Santo vino a ocupar su lugar. Nadie sino una persona divina podía tomar el lugar Cristo. Jamás una mera influencia o fuerza hubiera sido suficiente.

La naturaleza de su personalidad

Se corre el riesgo de limitar la idea de personalidad a meras manifestaciones corporales. Nos resulta difícil comprender el concepto de personalidad divorciado de las formas tangibles y corporales de la humanidad: seres provistos de cuerpos físicos y limitados. Pero personalidad y realidad corpórea han de distinguirse claramente, aunque a menudo se confunden. La idea de personalidad no está circunscrita a las limitaciones de la humanidad. El Espíritu de Profecía también se expresa sobre esto:

> «El Espíritu Santo es el representante de Cristo, pero despojado de la personalidad humana e independiente de ella. Estorbado por la humanidad, Cristo no podía estar en todo lugar personalmente. Por lo tanto, convenía a sus discípulos que fuese al Padre y enviase el Espíritu como su sucesor en la tierra. Nadie podría entonces tener ventaja por su situación o su contacto personal con Cristo. Por el Espíritu, el Salvador sería accesible a todos. En este sentido, estaría más cerca de ellos que si no hubiese ascendido a lo alto» (*El Deseado de todas las gentes*, GEMA/APIA, p. 638).

Dios el Espíritu no ha de medirse con patrones humanos. No podemos expresar lo infinito con términos finitos. El Espíritu Santo está más allá de una definición acabada y concisa, y no necesitamos resolver el misterio de su naturaleza. Fíjese en esta amonestación:

> «No es esencial para nosotros ser capaces de definir con precisión qué es el Espíritu Santo. Cristo nos dice que el Espíritu es el Consolador, "el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre" (Juan 15: 26). Se asevera claramente tocante al Espíritu Santo, que en su obra

de guiar a las personas a toda verdad, "no hablará de sí mismo" (Juan 16: 13). La naturaleza del Espíritu Santo es un misterio. Los hombres no pueden explicarla, porque el Señor no se la ha revelado. Los hombres de conceptos fantásticos pueden reunir pasajes de las Escrituras y darles interpretación humana; pero la aceptación de esos conceptos no fortalecerá a la iglesia. En cuanto a estos misterios, demasiado profundos para el entendimiento humano, el silencio es oro» (*Los hechos de los apóstoles*, GEMA/APIA, p. 40).

«Todos nuestros maestros deben mantener una relación viva con Dios. Si Dios mandase a su Espíritu Santo a nuestras escuelas para amoldar los corazones, elevar el intelecto y dar sabiduría divina a los estudiantes, habría quienes, en su estado actual, se interpondrían entre Dios y los que necesitan la luz. No comprenderían la obra del Espíritu Santo; nunca la han comprendido; en lo pasado ha sido para ellos un misterio tan grande como lo fueron para los judíos las lecciones de Cristo. Su obra no consiste en crear curiosidad. No toca a los hombres decidir si pondrán las manos sobre las manifestaciones del Espíritu de Dios. Debemos dejar a Dios obrar» (*Consejos para los maestros*, p. 358).

La tercera persona de la Deidad

Obsérvese también que la misma instrucción inspirada establece sin lugar a dudas la certeza de su personalidad. Él es «la tercera *persona* de la Deidad». «El mal se había estado acumulando durante siglos, y solo podía ser restringido y resistido por el grandioso poder del Espíritu Santo, la tercera persona de la Divinidad, que vendría no con energía modificada, sino con la plenitud del poder divino» (*Testimonios para los ministros*, p. 392).

Hay «tres personas vivientes» en el trío celestial:

«El Padre es toda la plenitud de la Divinidad corporalmente, y es invisible para los ojos mortales. El Hijo [de Dios] es toda la plenitud de la Divinidad manifestada. La Palabra de Dios declara que él es "la imagen misma de su sustancia ['personal'] " (Heb. 1: 3). "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna". Aquí se muestra la personalidad del Padre.

»El Consolador que Cristo prometió enviar después de ascender al cielo, es el Espíritu en toda la plenitud de la Divinidad, manifestando el poder de la gracia divina a todos los que reciben a Cristo y creen en él como un Salvador personal. Hay tres personas vivientes en el trío celestial; en el nombre de estos tres seres grandiosos: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, se bautizan los que reciben a Cristo por medio de una fe viva, y estos poderes cooperarán con los obedientes siervos del cielo en sus esfuerzos por vivir la nueva vida en Cristo» (*El evangelismo*, p. 446).

Cuatro atributos de personalidad

Dios no es un hombre magnificado o exaltado. Solo él posee personalidad perfecta. La ha tenido desde la eternidad, infinitamente antes de que existiera cualquier ser humano con sus limitaciones. Se pueden mencionar cuatro atributos de la personalidad: 1) voluntad, 2) inteligencia, 3) poder, 4) capacidad de amar. La personalidad comprende, por lo tanto, un ser consciente de sí mismo, que se conoce a sí mismo, con voluntad propia y autonomía.

Una persona es un ser con quien se puede establecer una comunicación, en quien se puede confiar o del que es

posible dudar, a quien se puede amar u odiar, adorar o insultar. En el ser humano estos atributos esenciales de personalidad se encuentran de forma limitada e imperfecta, pero Dios los posee perfecta e ilimitadamente. De modo que la personalidad del Espíritu Santo no permite comparaciones.

Sería de gran ayuda que leyéramos la manera en que Jesús se refiere a este asunto en los capítulos 14 y 16 del Evangelio de Juan. Él no expresa siquiera una palabra que pudiera citarse en apoyo de la idea de que el Espíritu Santo sea una simple influencia. Jesús se dirige a él como a una persona. Lo llama el *Paracletos*, un título que solo puede tener un ser con personalidad.

La idea de personalidad domina la construcción gramatical de sus oraciones. En los capítulos 14, 15 y 16 de Juan se usan no menos de veinticuatro veces, diversos pronombres personales aplicables al Espíritu (fíjese en Juan 15: 26 y 16: 13). No es que las personas de la Deidad sean masculinas en contraste con lo femenino, sino que son seres personales en contraste con lo impersonal.

En ciertos textos la personalidad del Espíritu se presenta como subordinada con el propósito de dar énfasis a otras características. Cristo presenta al Espíritu como alguien que enseña, habla, testifica, guía, escucha y declara. Estas son señales de inteligencia y discernimiento, y, por lo tanto, lo son de personalidad.

Se le atribuyen cualidades personales

Hagamos ahora un rápido análisis del testimonio bíblico acerca de la personalidad del Espíritu Santo. Se le atribuyen cualidades personales, acciones personales y relaciones personales. No es el hecho de que tenga pies y manos lo que caracteriza una personalidad, sino el conocimiento, los sentimientos, la voluntad y el amor.

- ✓ **Conocimiento.** «Porque ¿quién de entre los hombres conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios» (1 Cor. 2: 11). El Espíritu Santo es una persona calificada para relacionarse con seres personales de forma consciente e inteligente, haciéndoles saber lo que hay para ellos en el corazón de Dios, así como lo que existe en sus propios corazones. Es inapropiado hablar de una influencia, energía o poder, como algo que posee esa clase de comprensión.
- ✓ **Voluntad.** «Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere» (1 Cor. 12: 11). He aquí la más contundente prueba de personalidad. La voluntad es el elemento más distintivo de cualquier persona.
- ✓ **Mente.** «Pero el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos» (Rom. 8: 27). En el idioma griego esto implica tanto pensamiento como propósito. En Hechos 15: 28 se encuentra un ejemplo de esto: «Pues ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias». Conforme a esto leemos: «Mediante el poder del Espíritu Santo se elevará y ennoblecerá cada tarea ordenada por Dios, para que dé testimonio del Señor. El hombre debe colocarse bajo el control de la mente del Eterno, cuyos dictados ha de obedecer en cada detalle» (*Consejos sobre salud*, p. 525).
- ✓ **Amor.** «Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu» (Rom. 15: 30). El Espíritu Santo no es un poder ciego sino una persona que ama con los afectos más tiernos.

- ✓ **Comunión.** «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén» (2 Cor. 13: 14). De esta manera el Espíritu está unido con la personalidad suprema del Padre y el Hijo en la bendición apostólica. Y la comunión con el Espíritu Santo solo puede lograrse fundamentado en su personalidad. Esta comunión implica sociedad y reciprocidad.
- ✓ **Se puede contristar.** «Y no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención» (Efe. 4: 30). ¡Cómo moldeará la vida entera la comprensión de este pensamiento referente a la santa persona del Espíritu Santo!
- ✓ **Se le puede insultar, tentar y mentir.** Fíjese en los siguientes pasajes bíblicos: «¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotee al Hijo de Dios, y tenga por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado y ofenda al Espíritu de gracia?» (Heb. 10: 29). «Pedro le dijo: "Por qué convinisteis en tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta los pies de los que han sepultado a tu marido, y te sacarán a ti"» (Hech. 5: 9). «Pedro le dijo: "Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieras al Espíritu Santo [...]? No has mentido a los hombres, sino a Dios"» (Hech. 5: 3, 4). Estas son evidencias de que el Espíritu es susceptible al maltrato.

Atributos y obras divinos

La más solemne amonestación pronunciada por Cristo en los cuatro Evangelios declara que si sus palabras o su persona fueran rechazadas por los hombres, los que las rechazaran podrían ser perdonados, pero ninguno que pecara contra el Espíritu Santo y finalmente rehusara aceptar

sus enseñanzas podría ser perdonado. Es inconcebible que un ser humano pudiera pecar en contra de una influencia, un poder o una energía, corriendo así el riesgo de cometer un pecado imperdonable.

Revisemos a continuación algunos de los hechos atribuidos al Espíritu, realizables solo por personas. Pensemos en su acción de inspirar las Sagradas Escrituras, sus órdenes y prohibiciones, su nombramiento de ministros, sus súplicas y oraciones, sus enseñanzas y testimonios, sus luchas y esfuerzos por convencer. Hay unas veinte acciones diferentes, contadas entre los actos más elevados que solo una personalidad inteligente puede efectuar y que no podrían ser realizados por una influencia.

Pero el Espíritu Santo es más que una mera personalidad. Es una persona divina. Se lo llama Dios (Hech. 5: 3, 4), la tercera persona de la Deidad. Posee atributos divinos: omnisapiencia (Luc. 1: 35), omnipresencia (Sal. 139: 7-10) y vida eterna (Heb. 9: 14). Estos atributos pertenecen solamente a Dios, y, sin embargo, también se atribuyen al Espíritu. Él es mayor que los ángeles porque, como representante de Cristo, dirige en la tierra a los ángeles que contienden con las legiones de las tinieblas.

> «Todos los seres celestiales están en este ejército. Y hay más que ángeles en las filas. El Espíritu Santo, el representante del Capitán de la hueste del Señor, baja a dirigir la batalla» (*El Deseado de todas las gentes*, GEMA/APIA, pp. 324, 325).

Además, se atribuye al Espíritu Santo la realización *de obras divinas:* creación (Job 33: 4), regeneración (Juan 3: 5-8), resurrección (1 Ped. 3: 18) y el inspirador de la profecía (2 Ped. 1: 21). Estas obras solo podrían ser realizadas por Dios mismo. Así que el Espíritu Santo no es solamente

una persona, sino una persona divina. En el plan de Dios su ministerio incluye creación, inspiración, convicción, regeneración, santificación y capacitación para un servicio más efectivo.

Su relación con la Deidad

Esto nos lleva a un breve estudio de la relación del Espíritu Santo con las otras personas de la Divinidad. Nuestra concepción de la Trinidad a veces nos inclina a imaginar tres dioses en lugar de uno. Nuestro Dios es uno solo (Deut. 6: 4); pero hay tres personas en la Deidad. La dificultad surge al tratar de concebir los seres espirituales en términos físicos. Probablemente una ilustración gráfica podría ser apropiada: un triángulo es *una* figura, pero posee tres lados. Así también la Deidad, siendo una, se manifiesta como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El mismo Jesús afirmó: «El Padre y yo uno somos» (Juan 10: 30). La siguiente declaración es de gran ayuda:

> «"Si me conocieseis —dijo Cristo— también a mi Padre conocierais: y desde ahora lo conocéis, y lo habéis visto". Pero los discípulos no lo comprendieron todavía. "Señor, muéstranos al Padre —exclamó Felipe— y nos basta". Asombrado por esta dureza de entendimiento, Cristo preguntó con dolorosa sorpresa: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me has conocido, Felipe?" ¿Es posible que no veáis al Padre en las obras que hace por medio de mí? ¿No creéis que he venido para testificar acerca del Padre? "El que me ha visto, ha visto al Padre; ¿Cómo, pues, dices tú: 'Muéstranos al Padre?'" Cristo no había dejado de ser Dios cuando se hizo hombre. Aunque se había humillado hasta asumir la humanidad, se guía siendo divino» (*ibíd.*, p. 635).

Hablando de la venida del Espíritu Santo Cristo afirmó nuevamente:

> «Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conocéis, porque vive con vosotros y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros. [...] y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada con él» (Juan 14: 16-18, 23).

De modo que la presencia del Espíritu Santo implica también la presencia de Jesús y del Padre. En otras palabras, en esta dispensación del Espíritu Santo la plenitud de la Deidad se halla presente y operante en el mundo. Entonces el Espíritu Santo es, por así decirlo, el otro yo de Jesús, y mediante él Jesús hace real su presencia universal en todo su pueblo.

> «Los que ven a Cristo en su verdadero carácter, y le reciben en el corazón, tienen vida eterna. Por el Espíritu es como Cristo mora en nosotros; y el Espíritu de Dios, recibido en el corazón por la fe, es el principio de la vida eterna» (*ibíd.*, p. 358).

Tres dispensaciones consecutivas

Antes de que Cristo se hiciera hombre, el Padre era la persona más notable en el horizonte de la Deidad; cuando Cristo vino al mundo, la segunda persona llenó este horizonte; y en esta dispensación del Espíritu, la tercera persona ocupa el lugar de preeminencia, constituyendo la culminación de las provisiones de Dios.

En la dispensación del Padre la norma de la ley era sobresaliente; en la dispensación del Hijo se agregó la reconciliación; y en la dispensación del Espíritu Santo

se añade el poder santificador y capacitador. Por lo tanto, estos tres conceptos son acumulativos. Cada uno refuerza y suplementa al anterior.

En cada dispensación la espiritualidad de la iglesia ha estado condicionada a su lealtad a la verdad principal de la época en que vivía. Se estableció la norma de la justificación, se proveyó el medio de reconciliación y expiación, y por último ahora el agente que había de aplicar estos beneficios a la humanidad ocupa el campo en forma predominante.

Las tres grandes pruebas históricas de fe referentes a la santificación son: *primero*, en el período anterior a la encarnación, la prueba de «un Dios» contra el politeísmo, y el derecho divino de gobernar, con la ley como norma y el sábado como señal; *segundo*, la prueba de ver si en ocasión del primer advenimiento de Cristo los que habían cumplido la primera prueba aceptarían a Jesús como el Hijo y Redentor divino; luego la *tercera*, después de haber aceptado las primeras dos, ver si nos someteremos completamente al poder del Espíritu Santo para que él haga eficaz *en nosotros* todo lo que se había preparado *para* nosotros.

Estos amplios principios fundamentales contienen todo lo que es vital en el plan de salvación.

La Deidad es una Trinidad

La pluralidad de la Deidad se indica por primera vez en Génesis 1: 26, cuando Dios dice: «Hagamos al hombre a nuestra imagen». El Padre es la fuente, el Hijo el intermediario y el Espíritu Santo es el medio a través de quien la creación llegó a existir.

La Trinidad de la Deidad aparece implícitamente en varios pasajes del Antiguo Testamento. En Números 6: 24-27, el nombre del Señor es repetido tres veces, no cuatro ni dos, sino *tres*: «Jehová te bendiga y te guarde. Jehová

haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro y ponga en ti paz». Después de lo cual se indica: «Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel».

Esta triple repetición está en paralelo con la bendición apostólica del Nuevo Testamento registrada en 2 Corintios 13: 14: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén». Aunque aquí el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se mencionan por nombre, en el pasaje de Números el nombre del Espíritu se halla asociado con los del Padre y el Hijo en la triple mención del nombre singular de Jehová.

En Isaías 6: 1-3 encontramos otra triple alusión a una persona:

> «El año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines. Cada uno tenía seis alas: con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces diciendo: "¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos! ¡Toda la tierra está llena de su gloria!"».

Observe de nuevo esta idea en el mismo libro de Isaías:

> «Acercaos a mí, oíd esto: desde el principio no hablé en secreto; desde que eso se hizo, allí estaba yo; y ahora me envió Jehová el Señor, y su Espíritu» (Isaías 48: 16, RV60).

Aquí hallamos al «Señor», al «Espíritu» y «Yo», el que vendría. Cuando Jesús anduvo sobre la tierra entre los hombres, se hizo inevitable que se reconocieran claramente las personas de la Deidad. Y no hay argumento bíblico en favor de la divinidad y personalidad del Padre y el Hijo que no establezca también la del Espíritu Santo.

En ocasión del bautismo de Jesús (Mat. 3: 16, 17), la voz del Padre afirmó la complacencia que halla en el Hijo, y descendió al mismo tiempo la unción del Espíritu divino. En este incidente se ven claramente las tres personas de la Trinidad. También en la gran comisión de Mateo 28: 19, la fórmula bautismal contiene el nombre del Espíritu Santo colocado en igualdad con los del Padre y el Hijo. Por su parte, en su sermón el Día de Pentecostés, Pedro dijo:

> «Así que, exaltado por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís» (Hech. 2: 33).

La misma idea aparece igualmente en los capítulos del Evangelio de Juan que hemos considerando más arriba:

> «Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre». «Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14: 16, 26).
>
> «Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí» (Juan 15: 26).
>
> «Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber» (Juan 16: 13-15).

A esto debe agregarse la declaración de Pablo: «Porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por

un mismo Espíritu al Padre» (Efe. 2: 18). Y en Hebreos 10: 9-15 el Padre decide, el Hijo obra y el Espíritu testifica.

Respecto a este insondable misterio no tenemos absolutamente ninguna teoría que ofrecer. No pretendemos definir ni analizar la naturaleza de la Deidad. Esto es simplemente una verdad revelada y declarada.

Un vistazo a una historia de perversión

Una palabra más antes de terminar con esta sección sobre el carácter del Espíritu Santo. Un breve comentario sobre la historia de la perversión de esta verdad puede ser útil. En el siglo III —un tiempo de apostasías florecientes— Pablo de Samotracia presentó una teoría que negaba la personalidad del Espíritu Santo, considerándolo como una simple influencia, una energía y poder divinos, una fuerza que emanaba de Dios para ser ejercida entre los hombres. Luego, durante el tiempo de la Reforma protestante, hubo dos hombres, Laelius Socinus y su sobrino Fausto, que revivieron esa teoría, y muchos la aceptaron.

La fría influencia de esta idea aún se deja sentir en muchas iglesias protestantes. En la Versión Inglesa Autorizada de la Biblia, de 1611, el pronombre personal aplicado por Cristo al Espíritu Santo se traduce por el pronombre neutro «*it*» o «*itself*» en Romanos 8: 10, 26. Esto es una muestra de la actitud de aquel tiempo, porque los cristianos de entonces hablaban del Espíritu como de algo neutro.

Es muy significativo el hecho de que las declaraciones del Espíritu de Profecía referentes a este asunto contradijeran directamente los sentimientos prevalecientes de algunos pioneros del Movimiento Adventista quienes, al hablar del Espíritu, se inclinaban hacia esta idea de una influencia impersonal, descartando así la doctrina de la

Trinidad. Verdaderamente la fuente de esos escritos inspirados es el cielo y no la tierra.

No solamente se atacó la personalidad del Espíritu Santo en aquellos lejanos siglos, sino que también su divinidad fue puesta en duda por Arrio, un presbítero de Alejandría del siglo IV. Él enseñaba que Dios es una persona eterna, infinitamente superior a los ángeles, y que su Hijo unigénito ejerció poder sobrenatural en la creación de la tercera persona, el Espíritu Santo.

La diferencia entre estas dos herejías, el socinianismo y el arrianismo, consiste en que el último reconoce la personalidad del Espíritu Santo mientras que niega su divinidad. Según Arrio el Espíritu Santo es una persona creada. Y si creada, no pertenece a la Deidad. Hasta aquí nuestro estudio sobre la personalidad del Espíritu.

3

La misión del Espíritu

Llegamos ahora a la tercera parte de nuestro estudio, la *misión* del Espíritu Santo. Su oficio es quíntuple:

1. Revela a Cristo como una presencia que mora en el interior del ser humano.
2. Trae la verdad de Dios, haciéndola una realidad en lo más íntimo del ser.
3. Se le ha confiado la tarea de santificar al hombre.
4. Testifica acerca de Cristo.
5. Glorifica a Cristo.

De todas las declaraciones del Señor Jesús, ninguna dejó mas perplejos a los discípulos que esta:

> «Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros» (Juan 16: 7).

¡Cómo debe haberlos sorprendido! Durante tres años Jesús había vivido entre ellos. Habían escuchado la dulzura de sus palabras. Habían presenciado las maravillas

de sus hechos. Sus esperanzas más caras se hallaban centradas en él. Pero ahora les asegura que su partida será ganancia para ellos. ¿Por qué? Porque en la carne podía comunicarse con ellos solo mediante el vehículo externo del imperfecto lenguaje humano. Su presencia y comunión eran externas.

La presencia personal de Cristo localizada

Por lo demás, su presencia física era local, limitada e individual. Si estaba en Judea, no se hallaba en Egipto; si en Jerusalén, no en Capernaum. Después de enseñar sus principios, ordenar y comisionar a sus discípulos y, después de ofrecerse a sí mismo por todos, finalizó su misión corporal. Su partida era necesaria para la venida del Espíritu Santo, y para sus discípulos esa venida sería una bendición permanente.

Su morada en el interior de sus seguidores por medio del Espíritu sería mejor que su presencia física. A través del Espíritu Santo él tiene comunión con innumerables corazones en todo el mundo. Ahora se halla presente en todas partes, pues no tiene limitaciones geográficas. Cuando Cristo estaba en la tierra había entre él y los hombres una distancia material porque se hallaba fuera de ellos. Gracias a la provisión del Espíritu Santo esta distancia ha desaparecido. Ahora el Señor está infinitamente más cerca que cuando lavó los pies a sus discípulos. Observemos esto:

> «El día de Pentecostés les trajo la presencia del Consolador, de quien Cristo había dicho: "Estará *en* ustedes". Les había dicho además: "Les conviene que me vaya, porque si no lo hago, el Consolador no vendrá a ustedes; en cambio si me voy, se lo enviaré a ustedes". *Y desde aquel día, mediante el Espíritu, Cristo iba a morar continuamente en el corazón de sus*

hijos. La unión con sus discípulos sería más estrecha que cuando estaba personalmente con ellos. La luz, el amor y el poder de la presencia de Cristo resplandecían de tal manera por medio de ellos que las gentes, al mirarlos, "quedaron asombrados y reconocieron que habían estado con Jesús"» (*El camino a Cristo*, GEMA/APIA, p. 111; [la cursiva ha sido añadida]).

La morada interior del Espíritu

No se puede sobrestimar la importancia de esta gran verdad. Volvamos a Juan 14: 16, 17, 21-23:

> «Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conocéis, porque vive con vosotros y estará en vosotros». «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él [...]. Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada con él».

El Espíritu Santo ha estado *con los* hombres en las épocas pasadas; pero desde el Pentecostés en adelante el propósito de Dios ha sido que esté «*en* vosotros». Esto ha de ser una realidad sagrada. El mundo no lo recibe porque no lo ve. La devoción del mundo se tributa a lo visible, material y perecedero. Pero el cristiano debe experimentar en su ser la morada personal e interna de Dios el Espíritu Santo.

La primera y segunda personas de la Deidad habitan ahora aquí en la tierra a través de la tercera. El Espíritu es el representante omnipresente. Su presencia en el mundo

trae las otras dos personas. De esa manera disfrutamos de la presencia de Cristo aquí y ahora. Para conocer al Padre debemos conocer al Hijo (Mat. 11: 27), y para conocer al Hijo necesitamos conocer al Espíritu. De modo que el Hijo revela al Padre y el Espíritu revela al Hijo.

Así se termina nuestra desamparo, por así decirlo. No hay más despedida ni soledad. Los seres humanos tenemos hambre de la presencia personal de Cristo, y al someternos al Espíritu Santo obtenemos esa presencia transformadora y vivificadora. Acerca de esto leemos

> «La obra del Espíritu Santo es inconmensurablemente grande. De esta fuente el obrero de Dios recibe poder y eficiencia; y *el Espíritu Santo es el Consolador, como la presencia personal de Cristo para el alma*» (Elena G. de White, *Review and Herald, 29* de noviembre de 1892; [la cursiva ha sido añadida]).

Une la vida de Dios con la del hombre

El Espíritu Santo viene como Dios a tomar posesión de la vida. Por medio de él se recibe a nuestro Señor glorificado y viviente. Y él será impartido a cada alma tan completamente como si esta fuera la única en la tierra en quien mora Dios. Y esta experiencia puede ser una relación ininterrumpida. Sin embargo, aunque el Cristo histórico es absolutamente necesario, no nos salva del *poder* del pecado. Para ello debemos poseer un Salvador presente y viviente, y así el Cristo de la historia se transforma en el Cristo de la experiencia.

Elena G. de White escribió:

> «El Espíritu Santo trata de morar en cada alma. Si se lo recibe como huésped de honor, los que lo reciben serán hechos completos en Cristo. La buena obra comenzada se terminará; pensamientos divinos,

afectos celestiales y acciones como las de Cristo ocuparán el lugar de pensamientos impuros, sentimientos perversos y actos de rebeldía» (*Consejos sobre salud*, p. 563).

«Y estará en vosotros». Para esto fue creado el hombre. Para esto Jesús vivió y murió. Por falta de este hecho la vida del discípulo está cargada de fracasos, mientras que la verdadera vida cristiana consiste en que Jesús viva su vida en nosotros. Debemos compenetrarnos del sentido de su presencia. Solo así el Señor será la realidad grande, gloriosa y viviente que llene todo nuestro ser.

El Hijo del hombre vino al mundo para unir la mismísima vida de Dios con la vida del hombre. Cuando él completó su obra mediante su obediencia, muerte y resurrección, fue exaltado a su trono, para que el Espíritu Santo, que había vivido con él, pudiera venir como una presencia soberana y omnipresente, y el discípulo llegara a ser participante de su misma vida. Así la vida del Creador penetra la de sus criaturas y descubrimos lo que el Espíritu de Dios está haciendo por nosotros. Fíjese en esta declaración:

«La transformación del carácter es para el mundo el testimonio de que Cristo mora en el creyente. Al sujetar los pensamientos y deseos a la voluntad de Cristo, el Espíritu de Dios produce nueva vida en el hombre y el hombre interior queda renovado a la imagen de Dios» (*Profetas y reyes*, GEMA/APIA, p. 156).

Nos conduce a toda verdad

Además, el Espíritu también hace esto *por* nosotros: Nos guía «a toda verdad». Porque él mismo es el «Espíritu de verdad» (Juan 16: 13). Y nos enseñará «todas las

cosas» (Juan 14: 26). No hay verdad que necesitemos conocer para la cual el Espíritu Santo no esté preparado para conducirnos. Y jamás pasaremos más allá de esa necesidad.

Había un guía en los desiertos de Arabia de quien se decía que nunca se había perdido. Guardaba junto a su pecho una paloma mensajera con una fina cuerda atada a una de sus patas. Cuando se hallaba en duda acerca de qué rumbo tomar, soltaba la paloma en el aire y esta, al tratar de volar en dirección a su nido, tiraba de la cuerda mostrando inequívocamente a su amo el camino del hogar. La gente lo llamaba el «hombre de la paloma». Similarmente el Espíritu Santo es la Paloma celestial, con capacidad y voluntad de guiarnos si tan solo se lo permitimos.

El Espíritu Santo es la vida interna de la verdad, la misma esencia de la verdad, el Maestro viviente y personal. Acerca de esto leemos:

> «El Consolador es llamado el "Espíritu de verdad". Su obra consiste en definir y mantener la verdad. Primero mora en el corazón como el Espíritu de verdad, y así llega a ser el Consolador. Hay consuelo y paz en la verdad, pero no se puede hallar verdadera paz ni consuelo en la mentira» (*El Deseado de todas las gentes*, GEMA/APIA, p. 640).

> «El Espíritu Santo viene al mundo como el representante de Cristo. No solamente habla la verdad, sino que es la verdad, el Testigo fiel y verdadero. Es el gran escrutador de los corazones y conoce el carácter de todos» (*Consejos para los maestros*, p. 66).

Y sin el Espíritu de verdad hoy no habría verdad salvadora para el ser humano. Cristo es la personificación de la verdad (Juan 14: 6), y nadie sino el Espíritu de verdad puede llevarnos a la comprensión del carácter y la

obra, el sufrimiento y la muerte de Cristo. Cuando el Espíritu inunda e ilumina el corazón, la Biblia se transforma en un nuevo libro.

«No podemos llegar a entender la Palabra de Dios sino mediante la iluminación del Espíritu por el cual fue revelada» (*El camino a Cristo*, GEMA/APIA, p. 64).

En relación con esto es muy significativo que en la profecía de Joel, sobre las lluvias temprana y tardía, se mencione como un comentario al margen para «lluvia temprana» (Joel 2: 23) la expresión «maestro de justicia». ¡Qué provisión más generosa! Aun en el Antiguo Testamento el profeta escribió: «Enviaste tu buen Espíritu para enseñarles» (Neh. 9: 20, RV60).

El verdadero Vicario de Cristo

El asiento de la autoridad divina sobre la tierra es el Espíritu Santo. El cardenal Newman entró en la Iglesia Romana porque buscaba una autoridad suprema y encontró una especie de reposo en la autoridad establecida por la Iglesia Católica. Pero olvidó que en asuntos de fe, doctrina y administración la única fuente de autoridad es el Espíritu Santo, y que «Jesús es el Señor». Ese es el centro incuestionable de toda doctrina cristiana. Todo lo demás surge de allí, porque «nadie puede exclamar: "¡Jesús es el Señor! ", sino por el Espíritu Santo» (1 Cor. 12: 3). Este señorío de Cristo es la base de toda nuestra doctrina en relación con los últimos días.

> «Cristo, su carácter y obra, es el centro y circunferencia de toda verdad. Él es la cadena a la cual están unidas todas las joyas de doctrina. En él se halla el sistema completo de la verdad» (Elena G. de White, *Review and Herald*, 15 de agosto de 1893).
>
> «Cristo para esto murió, resucitó y volvió a vivir: para ser Señor así de los muertos como de los que viven» (Rom. 14: 9).

La nota distintiva del papado, sin la cual no existiría, es la afirmación de que el papa es el vicario o sucesor de Cristo. La nota distintiva del protestantismo, sin la cual este tampoco existiría, es el hecho de que el Espíritu Santo es el verdadero vicario y sucesor de Cristo aquí en la tierra. La dependencia de organizaciones y dirigentes, o de sabiduría terrenal, significa poner lo humano en lugar de lo divino, y en consecuencia es adoptar el principio del catolicismo romano.

Se completa la Reforma inconclusa

Se han producido tres grandes movimientos religiosos contrarios al papado: La Reforma del siglo XVI encabezada por Lutero; el movimiento evangélico dirigido por Wesley y sus asociados; y el mensaje y movimiento adventista de los últimos días.

La Reforma encabezada por Lutero era necesaria, porque en los primeros siglos de la era cristiana el Espíritu Santo había sido destronado y Constantino se había transformado en el patrono de la iglesia. Los hombres perdieron de vista la justificación por la fe debido a sus conceptos materialistas, porque abandonaron su lealtad al Espíritu Santo. Así perdieron también la eficacia de la muerte de Cristo que el Espíritu Santo lleva a cabo en respuesta a la fe personal.

El reavivamiento evangélico era necesario porque la iglesia de la Reforma había perdido de vista la santificación, de modo que Wesley fue levantado para promover la santidad. La visión de la santidad estaba oculta en la iglesia porque esta había desoído la voz del Espíritu Santo. Se da el nombre de Espíritu Santo a la tercera persona de la Deidad no porque sea más santo que las otras dos, sino porque una de sus funciones especiales es cultivar la santidad en el hombre. Los clérigos cazadores de zorros,

tan comunes en Inglaterra en el siglo XVIII, tenían muy poco interés en Dios y en la salvación de las almas. Pero Wesley y el Club de la Santidad de Oxford pusieron en alto una vez más la verdad de la santificación de las vidas humanas para el servicio.

La reforma del siglo XX, o movimiento adventista, fue puesta en acción para completar las reformas inconclusas del pasado. Ella llama al pueblo a repudiar totalmente las desviaciones de la verdad bíblica introducidas por el papado y retenidas por el protestantismo apóstata, y por otra parte busca la completa restauración del Espíritu Santo al lugar exaltado y absoluto que le corresponde, tanto en la creencia como en la vida y el servicio del cristiano.

Es la aceptación total de este hecho lo que ha posibilitado el derramamiento parcial de la lluvia tardía durante el tiempo en que hemos vivido desde 1888, pero cuyo poder en su plenitud todavía nos espera en gran medida.* La lógica inevitable de este asunto es indiscutible.

¡Cuánto necesitamos estar vivos y despiertos para enfrentar esta situación! Hace algunos años un barco a vapor surcaba de noche las aguas de un río norteamericano. El capitán dio inesperadamente una fuerte señal para indicar su intención de reducir la velocidad. Era una noche de luna brillante y no había obstáculos a la vista.

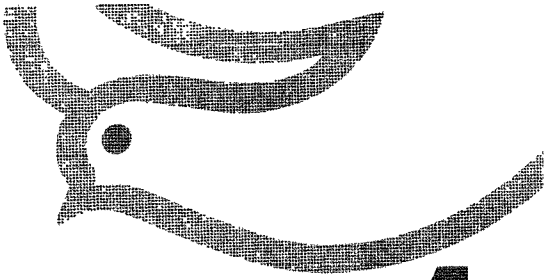
—¿Por qué mandó usted disminuir la velocidad? —preguntó el maquinista subiendo al puente de mando para indagar la razón de la orden.

—Se está juntando neblina... La noche se hace más oscura y... yo... no puedo ver —fue la entrecortada respuesta

* Veáse la obra *Christ Our Righteousness*, de Arthur G. Daniells. Esta obra será traducida en breve por APIA y formará parte de la serie LO MEJOR DE NUESTROS PENSADORES.

del capitán. Entonces el maquinista lo miró a los ojos y se dio cuenta de que estaba agonizando.

Resulta trágico, pero más de un capitán eclesiástico está muriendo espiritualmente y no puede ver para guiar a otros por el verdadero camino. ¡Dios nuestro, en esta hora traidora, concédenos nueva vitalidad de la fuente de vida!



4

La obra del Espíritu por los inconversos

Ya hemos hablado suficiente acerca de la obra del Espíritu en favor de los creyentes. Consideremos ahora brevemente su obra en favor del inconverso. Juan 14 aborda el tema del Espíritu Santo en relación con la preparación y la vida personal del discípulo. Pero Juan 16 describe su obra en conexión con la labor pública y el testimonio del obrero entre los no creyentes. En el primero de estos capítulos Jesús se halla *en* el creyente, y en virtud de esa morada interior el creyente tiene comunión con Cristo.

Pero el Espíritu Santo también lucha con el inconverso como el Espíritu de convicción: «Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado» (Juan 16: 8-11).

Proporciona un nuevo concepto de lo que es pecado

La venida del Espíritu Santo trae consigo al alma una sensibilidad más delicada para captar lo que es pecado. Pensemos en el aposento alto, cuando los discípulos estaban por participar de los emblemas del cuerpo que iba a ser quebrantado y de la sangre que se derramaría, y sin embargo, discutían sobre la posición y la prioridad que correspondían a cada uno. Esto habría sido absolutamente imposible si hubieran comprendido cabalmente el significado del pecado.

Frecuentemente hay cosas increíbles e inexplicables en la vida del cristiano debido a la ausencia de una percepción real del pecado oculto en ella. La lucha por alcanzar posiciones encumbradas, la envidia, el odio, el mal pensamiento, las acciones impuras, los resentimientos, todo esto existe principalmente debido a una falta de comprensión de lo que es pecado. Pero vayamos a las Epístolas de Pedro, y leamos también las declaraciones de Juan después del Pentecostés, y descubramos cómo la venida del Espíritu Santo había dado realidad a la santidad de Dios y al absoluto rechazo del pecado en la experiencia de los discípulos.

La perspectiva del pecador es pecado, justicia y juicio, abarcando su pasado, presente y futuro. Estos conceptos se hallan relacionados inseparablemente. El Espíritu Santo toma estos tres hechos cardinales y los coloca bajo su verdadera luz. Hay tres personas implicadas en este problema: El ser humano, Cristo y Satanás. Por consiguiente, aquí está el núcleo del gran conflicto y el problema del pecado.

La convicción acerca de la justicia precede a la experiencia de la justificación. Y la certeza del juicio es

indispensable cuando presentamos las verdades del santuario y el mensaje del primer ángel, para que los seres humanos no tengan excusa de menospreciar el testimonio de Dios contra ellos.

A menudo nos frustramos, confundimos y desalentamos por nuestra desesperante incapacidad de convencer a los hombres de pecado, de justicia y de juicio. Es que no podemos hacerlo, porque esa es la tarea del Espíritu. Notemos lo siguiente:

> «Sin la intervención divina, el hombre sería incapaz de lograr nada bueno. Dios pide que todo hombre se arrepienta; sin embargo, el hombre ni siquiera puede arrepentirse a menos que el Espíritu Santo obre en el corazón» (*Testimonios para la iglesia*, t. 8, p. 71).

Este cambio es realizado por el Espíritu:

> «Ninguna persona es tan vil, nadie ha caído tan bajo que esté fuera del alcance de la obra de ese poder. En todos los que se sometan al Espíritu Santo, ha de ser implantado un nuevo principio de vida: la perdida imagen de Dios ha de ser restaurada en la humanidad.
>
> »Pero el hombre no puede transformarse a sí mismo por el ejercicio de su voluntad. No posee el poder capaz de obrar este cambio. La levadura, algo completamente externo, debe ser colocada dentro de la harina antes que el cambio deseado pueda operarse en la misma. Así la gracia de Dios debe ser recibida por el pecador antes que pueda ser hecho apto para el reino de gloria. Toda la cultura y la educación que el mundo puede dar, no podrán convertir a una

criatura degradada por el pecado en un hijo del cielo. La energía renovadora debe venir de Dios. El cambio puede ser efectuado solo por el Espíritu Santo. Todos los que quieran ser salvos, sean encumbrados o humildes, ricos o pobres, deben someterse a la operación de este poder» (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 69).

Trae convicción de esperanza

Pero notemos que cuando él llegue *a vosotros*, ¡convencerá al mundo! Al salir a todo el mundo en esta hora de juicio, llenos del Espíritu, para interceder por los hombres, este nos acompañará para convencer de pecado y para revelar que hay justicia solamente en Cristo.

Él convence, no de incredulidad sino de pecado, por causa de la incredulidad. Él revoluciona los conceptos que el ser humano tiene de lo que es pecado. Revela tanto el pecado del hombre como el juicio de Dios y los medios para escapar gracias a sangre purificadora de Cristo y el reinado interior del Espíritu.

Entonces el Espíritu revela también la expiación provista, trayendo así consuelo juntamente con la convicción. Esto nos lleva a considerar la norma de la ley, incluyendo la transgresión del sábado y todas las demás transgresiones. Así la obra triple de Cristo como profeta, sacerdote y rey, es aplicada al pecador mediante esta triple convicción que el Espíritu realiza en el ser humano.

La conciencia trae la convicción de desesperación, mientras que el Espíritu Santo produce la convicción de la esperanza. El mismo viento que transforma el Atlántico en un océano de olas incesantes, también sopla sobre él convirtiéndolo en una tersa superficie. Lo que el mundo necesita no es solamente la conciencia, sino que esta sea iluminada por el Espíritu Santo y la Palabra de Dios.

Cristo no hizo perfecta su justicia en favor de nosotros hasta tanto se sentó a la diestra del Padre. Él «fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» (Rom. 4: 25), y entronizado para nuestra seguridad. Esta obra del Espíritu no ha sido el trabajo de un día. Puede parecer lenta a los hombres, pero Dios está edificando para la eternidad; y «todo lo que Dios hace, permanecerá para siempre».

La obra del Espíritu Santo es convencer al ser humano del terrible pecado que significa rechazar a Cristo: «De pecado, por cuanto no creen en mí» (Juan 16: 9; véase también Juan 3: 18). Este es el punto en cuestión, y todo lo demás está incluido en él. La suprema responsabilidad del pecador es la de no rechazar la vida absolutamente suficiente de Jesús y su muerte vicaria. Dios ha hecho que la salvación eterna del ser humano dependa de su fe en Jesucristo. La incredulidad es la madre de todo pecado.

La justicia es el objetivo de la salvación

El problema de todo ser humano es alcanzar la justicia de Dios, porque sin ella nadie podrá presentarse jamás ante la presencia del Altísimo (Heb. 12: 10, 14). Cristo fue hecho pecado por nosotros, «para que nosotros seamos justicia de Dios en él» (2 Cor. 5: 21). Este es el objetivo de la salvación y no solamente un asunto de nuestra vida moral externa. Este debe ser también el corazón de nuestro mensaje y de nuestros esfuerzos por levantar en alto las normas y por vindicar la pisoteada ley de Dios ante esta generación rebelde.

¡Cuánto necesitamos el poder del Espíritu Santo para dar autoridad a la presentación de las solemnes verdades del juicio final, del inevitable día de la ira que se aproxima y del triunfo de la justicia para dar poder a la iglesia

remanente! Los hombres quieren establecer su propia justicia en lugar de colocarse bajo la justicia imputada de Cristo. Se necesita un poder divino.

Ningún poder ni argumento humanos son suficientes para iluminar el alma entenebrecida con respecto a los pasos necesarios para andar por el sendero de la vida. Y esta es la obra asignada al todo suficiente Espíritu de Dios: «Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; esto es, entre los incrédulos, a quienes el dios de este mundo les cegó el entendimiento, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Cor. 4: 3, 4).

El supremo don de Cristo para nosotros

Gracias a Dios por el Espíritu Santo, que ha venido como el sustituto divino, la presencia divina, el instructor divino, el mentor divino, el testigo divino, el abogado divino, el consolador divino: el otro yo de Cristo.

¿Nos hemos imaginado lo que habría sido la tierra si no hubiera venido el Espíritu Santo? Ningún consolador, ningún poder omnipresente; la obra de Cristo hubiera sido vana; no habría habido convicción de pecado, de modo que tampoco habría existido el arrepentimiento ni la fe en el Señor Jesucristo, ni hubiera habido perdón del pecado; ningún bálsamo para la conciencia turbada, ninguna liberación del poder del pecado, ningún maestro ni guía: ¡Solos, huérfanos, errantes y sin hogar en un mundo hostil! El punto neurálgico entre las tinieblas y la luz en esta dispensación fue la venida del Consolador.

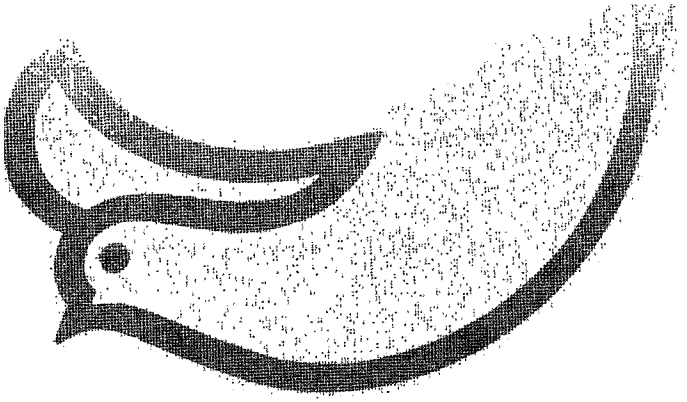
Tiziano, el gran pintor italiano, se encontró un día con un soldado joven que poseía un don artístico que parecía promisorio. Lo animó a que abandonara su carrera militar y dedicara sus talentos a la pintura. El soldado lo hizo y

se dedicó a trabajar incansablemente en un proyecto largo y ambicioso. Pero llegó a un punto donde consideró que su genio había fallado. Con desesperación dejó caer sus pinceles. Tiziano lo encontró llorando desconsoladamente. El maestro no preguntó la razón de su llanto, pero al entrar en su estudio comprendió de una mirada que el joven aprendiz había llegado al límite de su capacidad. De modo que Tiziano tomó la brocha y su paleta y trabajó en ese cuadro hasta terminarlo.

A la mañana siguiente el joven vino al estudio resuelto a comunicarle a Tiziano su decisión de abandonar su carrera artística. Pero al entrar se encontró con el cuadro terminado. Vio que donde él había fallado, una mano maestra había suplido la falta. Instintivamente comprendió que el maestro lo había completado.

Con lágrimas de reconocimiento se dijo: «No puedo abandonar mi arte. Debo seguir por amor a Tiziano. Él ha hecho tanto por mí que debo olvidarme de mí mismo y vivir para él, porque ahora su fama es mi fama. Ha hecho por mí lo mejor; yo también haré lo mejor que pueda por él». Y hoy sus cuadros se exhiben junto a los de Tiziano en las galerías de arte del mundo.

¡Oh, pero Jesús ha hecho tanto más que eso por nosotros! Por medio del Espíritu Santo hace lo mejor que puede por nosotros. ¿No le daremos, entonces, lo mejor que tenemos? Luego, por las edades sin fin, nuestras vidas se exhibirán al lado de la suya en la eterna galería de los siglos, el Paraíso de Dios.



Segunda parte

La venida del Espíritu

Fundamento bíblico
La venida del Espíritu

«Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos al tercer día; y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas. Ciertamente, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de poder desde lo alto. Después los sacó fuera hasta Betania y, alzando sus manos, los bendijo. Aconteció que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado arriba al cielo. Ellos, después de haberlo adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén» (Luc. 24: 45-53).

«En mi primer escrito, Teófilo, me referí a todas las cosas que Jesús hizo y enseñó desde el comienzo hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido. A ellos también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios. Y estando juntos, les ordenó: No salgáis de Jerusalén, sino esperad la promesa del Padre, la cual oísteis de mí, porque Juan ciertamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días. Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las ocasiones que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra» (Hech. 1: 1-8).

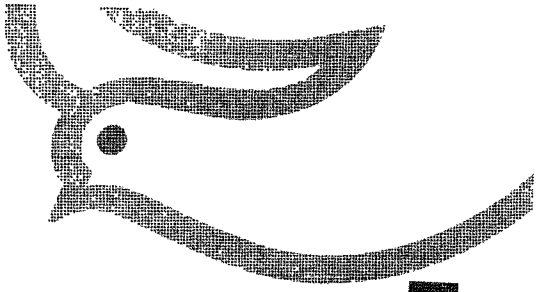
«Cuando llegó el día de Pentecostés estaban todos unánimes juntos. De repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran. Vivían entonces en Jerusalén judíos piadosos, de todas las naciones bajo el cielo. Al oír este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Estaban atónitos y admirados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan?» (Hech. 2: 1-7).

«Los oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios. Estaban todos atónitos y perplejos, diciéndose unos a otros: ¿Qué quiere decir esto? Pero otros, burlándose, decían: Están borrachos. Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: «Judíos y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras, pues estos no están borrachos, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día. Pero esto es lo dicho por el profeta Joel: En los postreros días —dice Dios—, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas, en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán» (vv. 11-18).

«Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo» (v. 21).

«A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís» (vv. 32, 33).

«Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Cristo». Al oír esto, se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo, porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame» (vv. 36-39).



5

La venida del Espíritu

Cuando Jesús escogió a sus doce discípulos por medio de quienes fundaría la iglesia cristiana , no los buscó en las venerables escuelas de los rabinos ni en el círculo exclusivo del Sanedrín. No mandó por ellos a Grecia, el centro de la filosofía y la cultura. Ni tampoco fue a Roma, el centro del genio legislativo y de las proezas militares, para encontrarlos. No, más bien recorrió las radiantes playas de Galilea y seleccionó a hombres humildes, cuyos corazones eran suficientemente grandes como para recibir al Señor de la gloria; hombres que estuvieran dispuestos a humillarse para que Cristo lo fuera todo; hombres por medio de quienes el Espíritu Santo pudiera obrar sin ser impedido por la sofistería humana, el egoísmo ni un espíritu de superioridad.

Totalmente incapaces para cumplir la tarea designada

Sin embargo, la tarea de llevarlos a ese estado de la mente y el corazón fue larga y difícil. No fue concluida

durante la permanencia física y personal de Cristo en la tierra. Durante tres años y medio los discípulos oyeron a uno mayor que Salomón. De sus propios labios escucharon las verdades del evangelio. Fueron testigos oculares de sus milagros. A ellos les fue explicado el significado oculto de las parábolas. Si lo que la gente necesitaba era un Maestro y lecciones de sabiduría divina, entonces los discípulos deberían haber sido los más calificados de todos los hombres para llevar adelante la comisión de evangelizar a las naciones inmediatamente después de la ascensión de Cristo.

Pero a pesar de todos estos privilegios inapreciables, todavía estaban completamente descalificados para cumplir la comisión evangélica, como lo indican tan claramente sus luchas por la supremacía y su abandono y negación del Señor. Todavía eran totalmente incapaces para llevar a cabo la tarea designada, hasta recibir la gran promesa que los capacitaría. Cuando el Señor Jesús estuvo con ellos en la tierra les dio vida, pero no poder; verdad, pero no la eficacia de la verdad.

Por un momento la cruz extinguió sus esperanzas. Habían seguido a Aquel a quien amaban. Pero vieron a los odiados romanos lacerar las benditas espaldas y atravesar sus manos y sus pies divinos. Se desanimaron completamente al verlo expirar en la cruz. Cuánta sinceridad contenía su triste suspiro: «Nosotros esperábamos que él fuera el que había de redimir a Israel» (Luc. 24: 21). No se imaginaban que su muerte significaba vida para ellos. No comprendían que la aparente derrota era el camino de la victoria y que esa oscuridad era el precio de la luz. Aun después de la resurrección preguntaron: «Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?» (Hech. 1: 6).

No habían progresado. Todavía estaban atados por el materialismo y encadenados por prejuicios nacionales.

No comprendían la misión del Mesías. Soñaban con la restauración de lo antiguo cuando él había venido a inaugurar lo nuevo. Su amor y confianza eran intensos y profundos. Lo habían abandonado todo por seguirlo. Sabían que la resurrección era un hecho glorioso, y a pesar de todo eran totalmente incompetentes para realizar la tarea propuesta.

Condenados al fracaso sin el Espíritu Santo

Al dar la gran comisión a los apóstoles, después que su trabajo terrenal se hallaba terminado y él estaba listo para tomar su asiento en lo alto, el Señor Jesús hizo énfasis sobre tres asuntos:

> «Jesús se acercó y les habló diciendo: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo"» (Mat. 28: 18-20).

1. El poder que necesitaban moraba en Cristo.
2. Por lo tanto debían «ir», enseñando a todas las naciones, «bautizándolos» no solo en el nombre del Padre y el Hijo, sino también en el del Espíritu Santo, mediante el cual el poder les sería otorgado.
3. Debían enseñar la observancia de todas las cosas que Cristo había mandado. Pero esto podría ser realizado únicamente gracias al ministerio del Maestro divino, quien les recordaría y guiaría según Juan 14: 26 y 16: 13.

Sin embargo, cuando Cristo ascendió, dejó a sus discípulos sumergidos en una gran impotencia, en medio de la enemistad destructora del mundo. La necesidad más

urgente que tenían era la del poder de lo alto, el poder del Espíritu Santo prometido. Así leemos la última orden de Cristo: «Ciertamente, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de poder desde lo alto» (Luc. 24: 49).

¡Esperad hasta que seáis investidos!, no importa cuánto les tomara la espera. Las palabras habían sido pronunciadas ni más ni menos que por el mismo Señor que les había dicho «¡Id!». Seguramente ese encargo debe haberles causado la más intensa sorpresa, especulación y expectación. Y estaba hablando a los pastores, maestros, predicadores y evangelistas a quienes había llamado y comisionado. «¡Qué! ¡Esperar más, con un enorme mundo moribundo por amonestar, con una gran tarea que realizar y una iglesia que establecer? No tenemos tiempo que perder, ya es tarde». *Pero estaban condenados al fracaso a menos que esperaran.*

Nadie está equipado para el servicio del evangelio a menos que haya sido investido del poder celestial. El conocimiento no es suficiente; no basta la actividad; hay que poseer el poder del Espíritu Santo. Ni siquiera la autoridad para echar fuera demonios es suficiente.

La espera precede a la ida

Con seriedad creciente la iglesia está obedeciendo esta orden divina: «Id». Pero todavía no ha sentido la gran necesidad de obedecer el segundo mandato: «Esperad», que constituye su corolario inseparable. Estamos más dispuestos a obedecer la primera que a cumplir la segunda. Sin embargo, el mismo Señor pronunció las dos órdenes. Notemos lo es siguiente:

> «Lo que necesitamos es el bautismo del Espíritu Santo. Sin él no estamos más preparados para ir

ante el mundo que lo que los discípulos estaban después de la crucifixión de su Señor. Jesús conocía su destitución y les dijo que esperaran en Jerusalén hasta que fueran investidos con el poder de lo alto» (Elena G. de White, *Review and Herald,* 18 de febrero de 1890).

«La predicación de la palabra sería inútil sin la continua presencia y ayuda del Espíritu Santo. Este es el único maestro eficaz de la verdad divina. Únicamente cuando la verdad vaya al corazón acompañada por el Espíritu vivificará la conciencia o transformará la vida» (*El Deseado de todas las gentes*, GEMA/APIA, p. 641).

Con respecto a lo mismo, la siguiente declaración resulta especialmente reveladora: «Si el poder divino no se combina con el esfuerzo humano, yo no daría un ápice por todo lo que el mayor de los hombres pudiera hacer. El Espíritu Santo falta en nuestra obra» (Elena G. de White, *Review and Herald,* 18 de febrero de 1890).

El Señor no está apresurado, aunque los hombres lo estén. Dios envió a Moisés al desierto por cuarenta años con el fin de capacitarlo para su obra, cuando ya tenía cuarenta años de edad y los hijos de Israel sufrían bajo el látigo de los mayordomos y esperaban a un libertador. Así como en el movimiento del éxodo, Dios también capacitará en la Iglesia Adventista a sus pastores y laicos antes de liberar a su pueblo del Egipto espiritual. Por tres años mandó a Pablo a Arabia después de la visión de su Señor camino a Damasco, con el fin de prepararlo para el primer movimiento misionero mundial, mientras el mundo antiguo estaba en tinieblas. ¿Se requerirá menos en el último movimiento misionero mundial?

Jesús precisó de treinta años de preparación para realizar tres años y medio de trabajo. Si nuestro Señor no comenzó su ministerio público hasta ser ungido por el Espíritu Santo, ¿cómo pueden hombres falibles y pecadores atreverse a tratar de ganar almas sin estar llenos del Espíritu? ¿Cómo nos atrevemos a apresurarnos a emprender una obra donde Jesús, los apóstoles y los profetas temieron pisar?

El mismo escritor inspirado, Lucas, continúa así la narración de su Evangelio en Hechos 1: 4, 5: «Y estando juntos, les ordenó: "No salgáis de Jerusalén, sino esperad la promesa del Padre, la cual oísteis de mí, porque Juan ciertamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días"».

Arturo T. Pierson ha sugerido acertadamente que el libro de los *Hechos* realmente debería haberse llamado *Los hechos del Espíritu Santo*. En el pasaje citado más arriba se amonesta de nuevo a los discípulos *a esperar* el cumplimiento de «la promesa del Padre». Hay muchas promesas en la Palabra divina. Pero Jesús designó solo una como *la* promesa que se destaca preeminentemente por encima de todas las demás «preciosas y grandísimas promesas» de nuestro Dios. Y esta promesa conecta la misión del Espíritu Santo con la evangelización del mundo.

Vacante apostólica llenada prematuramente

¡Cuánto cuesta esperar! El acto de llenar la vacante dejada por la traición de judas lo ejemplifica. Los discípulos no habían tenido voz alguna en la elección de los doce. Jesús los escogió personalmente y sin consultar a otros. Pero ahora Jesús se había ido. Había dicho a los discípulos que no dieran ningún paso hasta que «la promesa» se hubiera cumplido. Tenían que esperar hasta que el Espíritu Santo fuera derramado.

A pesar de eso eligieron algunos nombres y procedieron a echar suertes sobre ellos delante del Señor, y finalmente declararon que Matías había sido elegido. Dios no nos olvida, aun cuando seamos desobedientes, puesto que él es misericordioso. Pero evidentemente Matías nunca fue la elección del Espíritu Santo. Jesús se había ido, el administrador divino todavía no había llegado y una elección válida era imposible bajo esas condiciones. Los discípulos debían haber esperado; pero se apresuraron a elegir.

Dos años después Saulo de Tarso fue llamado por el Señor. «Pablo, apóstol [no por disposición de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios Padre que lo resucitó de los muertos]» (Gál. 1: 1). En los fundamentos de la nueva Jerusalén, donde están grabados los nombres de los doce apóstoles, el nombre de Pablo aparecerá indudablemente como el decimosegundo.

No es más posible elegir *debidamente a* un dirigente de la iglesia que predicar un sermón, sino por el Espíritu de Dios. Con frecuencia hay solo una votación en lugar de esperar la dirección del Espíritu Santo con oración, sustituyéndose así la voz del Espíritu por la elección de la voz humana. Pero el levantar las manos para votar es de muy poco valor a menos que se eleven hacia Aquel que sostiene las estrellas de la iglesia en su mano (Apoc. 2: 1).

El *Paracletos* debe elegir y utilizar

Un pastor no es un mensajero acreditado de Dios a menos que sea llamado y ungido por el Espíritu Santo. A propósito de esto se nos dice: «Únicamente aquellos que son así enseñados por Dios, únicamente aquellos en cuyo interior obra el Espíritu, y en cuya vida se manifiesta la vida de Cristo, pueden ocupar la posición de verdaderos representantes del Salvador» (*Obreros evangélicos*, p. 302).

Es su obra la de llamar *para* el servicio tanto como la de conceder poder *en* el servicio. En los tiempos apostólicos

los pastores eran escogidos por el Espíritu Santo y no solamente por el dictamen de la iglesia. Simplemente los hermanos se reunían y reconocían el llamado del Espíritu Santo.

«Por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre» (Hech. 20: 28). «Ministrando estos al Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: "Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado". Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron. Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre» (Hech. 13: 2-4).

Y hay una elección divina de los cargos tanto como de las personas que deben ocuparlos.

«Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros» (Efe. 4: 11).

Todo es vano a menos que el *Paracletos* escoja, utilice y bendiga. Si hubiera menos diplomacia y más oración, menos manipulación y más ruego, el Espíritu Santo tendría mayor oportunidad de revelar su voluntad. El que la iglesia o una junta tomen sobre sí la responsabilidad de conferir cargos de acuerdo con sus propias preferencias y voluntades es nada menos que un insulto al Espíritu Santo. El Concilio de Jerusalén fue un prototipo de los verdaderos concilios; y sobre sus decisiones leemos:

«Pues ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias» (Hech. 15: 28).

Fíjese que en este pasaje la elección del Espíritu Santo es la primera.

Pentecostés, día inaugural del Espíritu

El Pentecostés fue el día de la inauguración del Espíritu Santo como el Administrador divino de la iglesia. El Espíritu Santo es el único vicario de Cristo en la tierra. Y la administración total de la iglesia le ha sido confiada hasta que Cristo regrese en gloria en su segundo advenimiento. Desde el día de Pentecostés en adelante él ha ocupado una posición enteramente nueva. Pero puede obrar sin restricción únicamente a través de los seres humanos que le hayan concedido posesión completa de sus vidas, y sobre quienes puede ejercer control absoluto.

Así sucedió en los tiempos apostólicos, puesto que leemos en Hechos de los Apóstoles, que él escogió (13: 2), envió (13: 4), dio poder (13: 9), sostuvo (13: 52), definió asuntos (15: 28) y prohibió (16: 6,7). En 1 Corintios 12 se presenta y reitera el pensamiento de que la diversidad de dones en la iglesia son concedidos «por el mismo Espíritu» (véase los vv. 4-13). Esta es su bendita prerrogativa.

> «Las complicadas ruedas que al profeta le parecían envueltas en confusión, estaban bajo la dirección de una mano infinita. El Espíritu de Dios que, según la revelación, movía y dirigía estas ruedas, sacaba armonía de la confusión; de tal manera que todo el mundo estaba bajo su dominio» (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, p. 702).

«¡Esperad!» fue la orden dada antes del Pentecostés. ¡Cuán difícil es esperar en Dios! Es fácil pensar que estamos perdiendo tiempo si esperamos que el Espíritu Santo nos colme de poder. Por eso muy a menudo vamos a trabajar *por* Dios sin recibir primero la unción *de* Dios. Pero es inútil que alguien corra sin ser enviado; es inútil que se trabaje sin ungimiento. Muchos tienen demasiada premura como

para esperar la preparación del corazón que se necesita urgentemente. Vivimos repleto de actividades, y en nuestro afán por alcanzar un número olvidamos la calidad de la obra.

> «Es privilegio nuestro creer en Dios. Cuando Jesús estaba por ascender al cielo, antes de dejar a sus discípulos los comisionó con la tarea de llevar el evangelio a todas las naciones, lenguas y pueblos. Les dijo que esperaran en Jerusalén hasta que fuesen investidos con poder de lo alto. Esta era una condición esencial para su éxito. La santa unción debe descender sobre los siervos de Dios [...]. Todos los que tienen una parte en la tarea de proclamar la venida del Señor en las nubes de los cielos deben proseguir este mismo curso de acción: porque se ha de preparar un pueblo para estar de pie en el gran día de Dios. Aunque Cristo había prometido a sus discípulos que recibirían el Espíritu Santo, esta promesa no anulaba la necesidad de la oración. Oraron tanto más fervientemente y persistieron unánimes en la oración. También deben proseguir orando los que ahora están ocupados en la solemne tarea de preparar un pueblo para la venida del Señor. Los primeros discípulos estaban todos de un mismo ánimo. No especulaban acerca de cómo se cumpliría la bendición prometida ni tenían ninguna rara teoría que ofrecer al respecto. Eran uno en espíritu y en fe. Estaban de acuerdo» (*Gospel Workers*, pp. 370, 371, ed. 1893).

La actividad constante es nuestro peligro

Nuestra tentación es la de ocuparnos en constante actividad, sacrificando el tiempo que necesitamos para orar, estudiar y meditar espiritualmente. Argüimos que nuestra

obra está atrasada. Los hombres perecen y la última crisis nos confronta; de modo que trabajamos frenéticamente, lo mismo que los discípulos que se habían afanado toda la noche sin pescar nada. Pero en las primeras horas del amanecer, unos cortos minutos en la presencia directa y bajo la dirección concreta del Maestro llenaron las redes vacías.

Llegamos forzosamente a la conclusión de que en el caso de miles de personas este principio fundamental y esta orden directa son ignorados en gran medida. Muy pocos han esperado hasta ser equipados por el cielo para el servicio cristiano. Estoy persuadido de que este es nuestro error más colosal. Confieso que lo ha sido en mi caso. No debemos «ir» hasta no ser ungidos. Dios puede hacer más por medio de nosotros en cinco minutos después que hayamos sido investidos de poder, que lo que nosotros podríamos hacer solos en toda una semana. Aunque el amor verdadero empieza en la cruz, todo servicio genuino comienza con nuestro Pentecostés personal.

> «La religión legal no responderá a las necesidades de esta época. Podemos cumplir todos los actos exteriores de servicio y estar, sin embargo, tan destituidos de la influencia vivificadora del Espíritu Santo como estaban destituidas de rocío y lluvia las colinas de Gilboa» (*Testimonios para la iglesia,* t. 6, p. 417).

Debe notarse que los discípulos tenían que esperar en Jerusalén, con la confusión de voces y sus calles pululantes: la mismísima ciudad que había crucificado al Señor solo pocas semanas antes. Todavía la caracterizaba un odio hostil. Era la misma ciudad que había rechazado a los profetas y los había menospreciado, y sobre la cual Cristo se había lamentado:

«¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar

a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, pero no quisiste! Vuestra casa os es dejada desierta» (Luc. 13: 34, 35).

Este era el último lugar de la tierra adonde pensaban volver. Pero la orden de Jesús prueba que Dios puede bendecir a la gente en cualquier parte. Si hubieran ido a trabajar en la quietud del campo, en las montañas de Judea o las playas de Galilea, sin tener comunicación con las apremiantes necesidades de la humanidad, se habrían sentido tentados egoístamente a permanecer allí —como había sugerido Pedro en la transfiguración— olvidándose de la desesperada necesidad del mundo.

El ejecutivo divino de la Deidad

Llegamos ahora al maravilloso mensaje de Hechos 1: 8: «Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra».

Estas palabras fueron pronunciadas poco antes de la ascensión, y el regreso a Jerusalén las siguió, con la subsiguiente búsqueda del aposento alto, donde los discípulos esperaron el cumplimiento de la promesa.

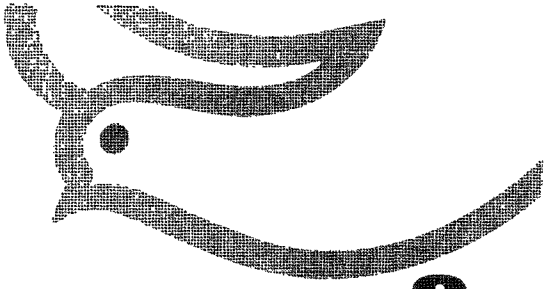
Jesús había reorientado sus pensamientos hacia un nuevo canal que, dejándolo a él como centro, les revelaba el nuevo concepto del Espíritu Santo como administrador o ejecutivo divino de la Deidad en la nueva dispensación. Sus mentes fueron transportadas de lo material y terrestre a lo espiritual. La visión que puso delante de ellos era mundial y el poder del Pentecostés se confiere solamente fundamentado en ella. Ahora el horizonte de los discípulos se expandió hasta incluir a todo el mundo.

Por eso el poder del Espíritu Santo visitó a la iglesia apostólica con la lluvia temprana, y vendrá en forma de

lluvia tardía cuando la iglesia remanente posea esta misma visión. Durante los años intermedios, cuando la visión se ha nublado, nunca se ha visto al Espíritu Santo en su plenitud.

El 29 de marzo de 1848 no corrió agua sobre las grandes Cataratas del Niágara. En el lago Erie, debido al intenso invierno, se habían formado capas de hielo de espesor poco común. Pero cuando el viento lo rompió, grandes trozos de hielo se amontonaron a la entrada del río Niágara formando allí un formidable dique helado. El agua del río se estancó más arriba de las cataratas, los rápidos se desvanecieron y la historia tuvo que registrar el fenómeno de un Niágara seco. Pero la barrera de hielo cedió pronto bajo los cálidos rayos del sol y el vasto poder del Niágara volvió a fluir.

¡Gracias a Dios por el regreso del poder de la lluvia tardía!



6

La gran transacción del Pentecostés

Indudablemente que *poder* es la palabra clave del último texto que considerábamos. Proviene de la voz griega *dínamis*, de la cual se derivan los términos dinámico, dinamita y dínamo. En nuestro estudio, esta es una palabra vital y grandemente sugestiva. Sólo mediante esta *dínamis* pueden derrumbarse los muros de inflexible indiferencia, pecado, formalismo y egoísmo humanos. Únicamente con la fuerza de esta *dínamis* puede obtenerse el poder que transmitirá velocidad a las ruedas del Movimiento Adventista. Solo por medio de esta *dínamis* se pueden vivificar los cables humanos designados para transportar la corriente celestial. Solamenter así podemos sostener la luz, el calor y el poder necesarios para llenar la tierra con la gloria de Dios.

Pensemos ahora en tres aspectos de esta cuestión: el poder necesario, la naturaleza del poder disponible y el propósito para el cual es concedido.

—Venga, y le mostraré el mayor poder desperdiciado de América —le dijo un hombre de negocios a un obrero

cristiano mientras lo acompañaba en un paseo por las cataratas del Niágara—. ¡Ahí lo tiene! —exclamó mientras indicaba el poderoso torrente.

—No —respondió el obrero cristiano—, el mayor poder no aprovechado en el mundo es el Espíritu Santo del Dios viviente.

¡Cierto!, y ese es el poder que necesitamos: poder celestial, no humano, natural ni terrenal: poder proveniente de afuera y de arriba de nosotros para realizar lo que no podríamos cumplir con nuestras propias fuerzas.

Un poder cuádruple es imperativo

Aquellos apóstoles necesitaban un poder cuádruple: primero, *poder espiritual* para vivir una vida santa, a pesar de los intereses carnales que aún estaban en ellos. Poder para vivir triunfalmente, para servir aceptablemente y para ganar almas. Segundo, necesitaban el poder de *un nuevo afecto y una nueva voluntad.* Había enormes fuerzas alineadas en contra de ellos. Les esperaban persecuciones. En el momento de la prueba habían huido abandonando a Cristo. Tercero, necesitaban *poder intelectual,* debido a su ignorancia y falta de capacidad para comprender la misión de Cristo y la tarea que les esperaba. Y, en cuarto lugar, necesitaban *poder para servir,* para obtener los resultados previstos. Nosotros también necesitamos el mismo poder.

La idea radical del cristianismo consiste en hombres y mujeres de Dios, que lleven adelante la obra de Dios, con el poder del Espíritu Santo que los capacita para el servicio. Es un poder indispensable, genuino, incomparable, obtenible, personal y efectivo. Y este poder es medido por el Espíritu Santo. Verdaderamente el Espíritu Santo es la personificación de ese poder.

Cristo nunca habló del Espíritu Santo como si fuera una influencia o un atributo, como el amor o la misericordia. El Espíritu Santo es una persona que desea vivir en nosotros y que anhela poner a nuestra disposición el poder que habita en él. Ese poder le es dado a él, no a nosotros. Al recibir el Espíritu recibimos el poder, y se nos capacita tanto para querer como para obrar. Pero no podemos obtener el poder sin recibir al Espíritu Santo. Él es el agente dispensador. Viene, no para que yo lo use, sino como una persona todopoderosa que desea utilizarme a mí. La elección final descansa conmigo, acerca de si limitaré o no el poder del «Santo» (Sal. 78: 41).

Originalmente Dios colocó poder en las manos del hombre, quien lo perdió por causa de la caída en el Edén. Dios no puede dárnoslo ahora. Pero ha dado «toda potestad» a Cristo, quien lo administra a través del Espíritu Santo y lo derrama sobre nosotros por medio de él. Ni tampoco se concede el poder solamente por pedirlo. Hay condiciones que deben cumplirse. Hay algo que debemos hacer antes de estar listos para recibirlo. Esto lo consideraremos más adelante. Pero las leyes del poder son leyes fijas. En el reino espiritual, como en el físico, cada vez que obedecemos dichas leyes el poder obra espontáneamente.

No se trata de intelecto, oratoria ni psicología

Piénsese ahora acerca de la *naturaleza* del poder ofrecido. No se trata de una fuerza intelectual, como la manifestada en discursos de poderosa elocuencia. Había mejores oradores y hombres más cultos que Pedro entre sus oyentes el día de Pentecostés. Mediante su elocuencia y fuerza de persuasión alguien puede conmover a quienes lo escuchan, pero ese no es el poder indicado. El dinamismo del Espíritu

se puede agregar a los dones de conocimiento y elocuencia, como los de Pablo; pero también se puede conceder a los no instruidos, como Pedro y Juan.

El actor diestro y el orador de lengua dorada pueden conmover poderosamente a sus auditorios, produciendo efectos emocionales profundos y gran entusiasmo. Su ingenio y técnica son admirados y codiciados por todos. Pero ese no es el poder del Espíritu Santo. El resplandeciente fuego del intelectualismo puede impresionarnos hasta que su efecto parezca sobrenatural, pero no ha de confundirse el intelecto con el Espíritu Santo.

Los logros más elevados de la raza humana no llegan al grado más bajo de este poder divino. Una cosa es emocional a los oyentes; pero traerlos a los pies de Jesús verdaderamente arrepentidos es algo totalmente distinto. Lo primero depende completamente de palabras; lo segundo de la manifestación del poder del Espíritu Santo.

A menudo en reuniones religiosas se observa un efecto psicológico que puede ser muy parecido a la obra del Espíritu, pero ambas cosas están tan separadas como los polos. Se producen efectos efervescentes y poderosos mediante el empleo de buena música y una actuación experta. Pero esto no es sino apelar psicológicamente a las emociones. No se debe confundir una cosa con la otra. Las lágrimas en un culto de la iglesia no son inherentemente más santas que las lágrimas derramadas en un programa de entretenimientos.

Aun las elocuentes frases de un orador religioso y la presentación lógica de las cosas divinas, que deleitan a los oyentes e impresionan la imaginación con entendimiento, pueden estar totalmente destituidas del poder del Espíritu Santo. No es meramente la verdad abstracta,

sino el poder del Espíritu Santo testificando de la verdad, lo que produce los resultados espirituales.

Impedimentos egoístas de la carne

A menudo estos recursos de la carne son un estorbo para la obra efectiva del Espíritu Santo. El ganador de almas lleno del Espíritu es suplantado muchas veces por el predicador, quien viene a llenarlo todo con su persona. Con cierta frecuencia se refleja esto en nuestros volantes. Solamente cuando se haya dejado de lado toda confianza en palabras atractivas, Dios podrá utilizar las cosas vanas del mundo para confundir a los sabios. A menudo es el discurso pronunciado por los instrumentos más sencillos el que Dios usa con más eficacia.

Los expertos en retórica nunca podrán enseñarnos el secreto del poder del Espíritu Santo. La inmersión de la mente en la Palabra divina, una entrega completa en las manos de Dios, el ser obedientes solo a su voluntad y la dirección de su Espíritu, constituyen el único camino hacia el poder espiritual. Pablo aprendió esta lección. En su magistral discurso de Atenas hizo frente a la lógica con la lógica y a la filosofía con la filosofía. Pero no estableció allí ninguna iglesia, ni se conoce epístola alguna a los atenienses, mientras que hay dos dirigidas a los corintios.

Al llegar a Corinto, Pablo dijo significativamente: «Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado» (1Cor. 2: 2). Y leemos otra vez con respecto a nuestros esfuerzos por «dirigir»:

> «En la tarea de salvar las almas de los hombres, Dios realiza toda la obra, haciendo al hombre su instrumento. El hombre no puede dirigir la obra de

> Dios a su manera, porque la tarea externa es vana a menos que Dios obre en ella. El poder divino debe mezclarse con el esfuerzo humano, o no podemos ser colaboradores de Dios» (Elena G. de White, *Review and Herald,* 6 de mayo de 1890).

El poder del Espíritu Santo no es la fuerza de organización, el número o la riqueza. Una gran parte del poder visible de la iglesia de hoy es el resultado del poder obtenido con métodos y sistemas de organización. Muchos predicadores «de éxito» deben su éxito aparente a la misma clase de empresa perfeccionada y métodos de organización que gobiernan el mundo. Su prestigio e influencia son los resultados de una maquinaria perfeccionada. Y esto puede no involucrar poder espiritual, aunque no sea incompatible con él, puesto que el Espíritu Santo obra mediante conductos de orden y sistema. Pero podría tratarse simplemente de una maquinaria eclesiástica: una empresa religiosa comercial construida por el predicador.

Cuando el éxito se debe a la ambición humana, es precisamente lo mismo que fundar y desarrollar una empresa financiera de corte mundano. Entonces la iglesia es como el barco de la muerte arrastrado por el océano, manejado por formas sin vida. Muertos a cargo del velamen, un capitán muerto en el timón, tripulantes muertos en los camarotes, siendo arrastrados silenciosamente por un tétrico mar de muerte. Hay muchas iglesias con un muerto en el púlpito y almas muertas en los bancos, en lo que se refiere a la vida vibrante del Espíritu Santo. Y el dedo del cielo escribe: «Tienes nombre de que vives y estás muerto».

Verdaderamente no hay nada más trágico, como lo dice un escritor, que un predicador muerto en el púlpito predicando a miembros muertos en los asientos.

Convence de pecado y convierte el alma a Cristo

¿Cuál es, entonces, la naturaleza de ese poder y cómo obra? El poder del Espíritu Santo *convence de pecado*. Hace que los oyentes se vean como Dios los ve. Hace que la gente vuelva a su casa, no admirando al predicador, sino agitada, turbada, a veces prometiendo nunca más escucharlo. Sin embargo saben, en lo íntimo de sus almas, que él está en lo cierto y ellos equivocados. Ese es el poder de convicción que dice al corazón: «Tú eres aquel hombre». Tales predicadores son a menudo impopulares, pero poderosos. ¡Cuidado con las alabanzas! El poder personal de Dios acusa al pecador delante del tribunal de justicia, y las faltas se enmiendan y se hacen confesiones.

Además, el poder del Espíritu Santo *eleva a Cristo* y lo presenta a los creyentes en forma real. Algunos sermones dejan una impresión vívida de la verdad. Otros dejan una conciencia imperecedera del Salvador al presentarlo no como una idea sino como una persona. Eso es verdadera predicación espiritual.

Más aún, el poder del Espíritu Santo *conduce* a los hombres a una decisión. No solamente saben ahora algo que antes ignoraban; no solamente poseen nuevos pensamientos y conceptos para llevar consigo y reflexionar sobre ellos o sentirlos profundamente, sino que el poder del Espíritu los mueve a una acción decisiva. Esta es la prueba de su poder.

Concede poder para testificar

Piénsese a continuación acerca del *propósito* por el cual se confiere este poder. Capacita a quien lo posee para testificar. Nuestra función es hablar como testigos, no argumentar como abogados. No hay nada más efectivo que el testimonio sencillo de un testigo sincero. La erudita

elocuencia del abogado debe cederle el paso. Y nada es menos complicado. Se trata de decir solamente lo que hemos visto, oído o experimentado. Jesús dijo: «De lo que sabemos, hablamos, y de lo que hemos visto, testificamos» (Juan 3: 11).

Sí, un testigo debe *saber* algo. Hasta el campesino más humilde puede ir a la corte y decir: «Yo presencié el hecho y testifico acerca de lo que vi y oí». Las palabras de un testigo se anotan en blanco y negro. Se hace culpable de perjurio el que dice cualquier otra cosa que no sea «la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad». Un testigo no oculta parte de lo que sabe. Lo que a él le importa son los hechos, y los declara fielmente.

El testimonio cristiano demanda experiencia personal en las cosas profundas de Dios. Incluye lo que uno sabe por la divina revelación de su Palabra. Es necesaria una salvación personal y experimental, poner en práctica lo que predicamos. Nadie tiene derecho de recomendar a otros lo que no haya probado en carne propia. Algunos necesitan más tener algo que decir, que el poder para expresarlo. Demasiado a menudo predicamos sobre asuntos en los cuales no tenemos experiencia personal.

Pregunto seriamente: ¿Qué tiene usted que decir, que lo hace tan ansioso de que Dios le conceda poder para decirlo?

Cuando Pedro le dijo a la gente: «Arrepentíos», él mismo se había arrepentido de su propia mentira, negación y profanidad pasadas. Así que testificó sobre la necesidad de arrepentimiento y sobre el poder divino que transforma al que se arrepiente. «Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas» (Hech. 5: 32). ¿Lo somos, usted y yo? Ciertamente, la experiencia es la base de todo testimonio verdadero.

Y no olvidemos que hemos de ser testigos de Cristo. Muchos fallan en esto. Así, leemos en Lucas 24: 46-48: «Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos al tercer día; y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas».

El testimonio del Nuevo Testamento referente a Cristo: «Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios, porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo» (1 Juan 5: 9). *Si* aceptamos el testimonio de Dios concerniente a Cristo, poseeremos el testimonio personal de la salvación: «El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, lo ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» (vv. 10-12).

Entonces nuestro privilegio consiste en testificar delante de otros, diciéndoles lo que conocemos como verdad. Este es el mayor privilegio que se ofrece a los pecadores salvados por gracia.

Él es el otro Testigo

El testimonio verdadero es imposible excepto en cooperación con el Testigo supremo. La ley judaica requería el testimonio de dos testigos. Así como Jesús vino para dar testimonio de la verdad, también el Espíritu Santo testifica solamente de la verdad, y nunca acerca de una mentira, una perversión o una distorsión.

Así, en el plan divino, el Espíritu Santo es otro testigo con nosotros. Y el testimonio de ambos debe armonizar:

«Nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que lo obedecen» (Hech. 5: 32). En efecto, no somos verdaderos testigos hasta no recibir el poder del Espíritu Santo.

La palabra inglesa que se traduce por *testigo* —*witness*— proviene de la voz anglosajona *witam*, que quiere decir «yo sé». Una de las razones por las cuales existe entre nosotros una testificación tan débil es nuestra falta de conocimiento del Señor Jesucristo. No podemos testificar si no tenemos nada de qué ser testigos.

Es muy significativo, además, que la voz griega que significa *testigo* sea *martus*, de donde proviene la palabra *mártir*. Un mártir es alguien que está convencido de la verdad y la manifiesta tanto en su vida como en su muerte. Los fuegos de la persecución no hacen a los mártires; simplemente los revelan. El hombre que no sea un mártir nunca dará su vida por la verdad. Los mártires murieron, no para transformarse en tales, sino porque ya lo eran.

El Maestro nunca tuvo la idea de entrenar discípulos para argumentar y refutar objeciones, o para que dependieran primariamente de una lista de textos de prueba y métodos de trabajo personal, por muy propios que estos sean; sino para que testificaran de la realidad del gozo de la salvación en sus propias vidas. Si los tratamientos de un médico nos salvan de la muerte, no necesitamos entrenamiento especial que nos capacite para persuadir a otros de acudir a él. Debemos volvernos más y más hacia un testimonio sencillo y gozoso. Tal es el propósito primordial de la concesión del poder del Espíritu Santo.

Los días de espera producen armonía

Después de la ascensión el registro inspirado nos dice: «Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte que se

llama del Olivar, el cual está cerca de Jerusalén, camino de un sábado. Cuando llegaron, subieron al aposento alto, donde se alojaban Pedro y Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Jacobo. Todos estos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos» (Hech. 1: 12-14). «Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos» (Hech. 2: 1).

El Pentecostés era una de las tres grandes fiestas judías. Ocupaba el lugar central entre la Pascua y la Fiesta de los Tabernáculos. Dependía de la Pascua y debía celebrarse cincuenta días después de ella. Si no hubiera habido una Pascua, tampoco habría habido un Pentecostés. Similarmente, si no hubiera existido el Calvario, el Espíritu Santo no habría venido.

Imaginémonos esos diez días de espera entre la ascensión y el Pentecostés. Las palabras de los ángeles todavía resonaban en los oídos de los discípulos. Su Maestro volvería en forma visible y corporal. Pero hasta su venida el Espíritu invisible tomaría su lugar. Y la orden de Jesús de esperar aún estaba fresca y vívida en sus mentes. La palabra «estaban» citada en el último versículo, se refiere a los apóstoles, ciertas mujeres y algunos de los hermanos: un total de ciento veinte.

Sin embargo, más de quinientas personas vieron al Señor después de su resurrección y antes del Pentecostés (1 Cor. 15: 6). De modo que solo uno de cada cuatro esperaron conforme a la orden de Jesús. Tal vez podemos encontrar ánimo en este incidente, en vista de las condiciones y tendencias de la actualidad. Si esperamos que toda la iglesia reciba la lluvia tardía, ese día nunca llegará. Era una asamblea insignificante y humilde: solo unos pocos

pescadores pobres e iletrados, publicanos y gente sencilla, como también algunas mujeres humildes y devotas.

Durante los diez días solo una cosa ocupaba sus corazones y los animaba para el futuro. El «todos» del texto incluye apóstoles, discípulos y los demás seguidores reunidos. La palabra «juntos» denota el aspecto transitorio de la ocasión, pero la expresión «unánimes» es la condición eterna. El lugar no significa nada hoy, pero la *armonía* o unidad lo significa todo.

«Todos estos perseveraban unánimes en oración y ruego». El Espíritu Santo vino durante una reunión de oración. Los corazones palpitaban juntos y las oraciones de unos se mezclaban con las de otros. Y cada vez que en el Nuevo Testamento se registra un caso de recibimiento del Espíritu Santo, siempre estuvo precedido por ferviente oración. Temo que hoy fallemos en este punto.

¡Y cuán fervientemente deseaban el don! ¡Cuán profundamente lamentaban su infidelidad pasada! ¡Cuán profundas y sentidas eran sus mutuas confesiones! ¡Cómo percibían su incapacidad y torpeza! Cada día se preguntaban si el Espíritu vendría entonces. La actividad constante puede ser una mayor pérdida de tiempo que la espera paciente. ¡Pero cómo necesitaban el Espíritu Santo! Las multitudes perecían.

Como ruido de tormenta

Los días primero, segundo, tercero, cuarto y quinto llegan y pasan. ¿Por qué no habrá venido? El sexto, séptimo y octavo días pasan también. ¡Cuán fácil hubiera sido criticar a medida que se alargaba la espera! Con razón no ha venido, si Tomás está entre ellos con toda su disposición a dudar. ¡Y Simón Pedro! Basta acordarse de sus maldiciones y juramentos. ¿Cómo se podría confiar en él? Y por

supuesto, allí están los hijos de Zebedeo, que habían solicitado los primeros puestos. Estos sí que eran egoístas e instigadores, verdaderos «hijos del trueno». Y además, allí estaba María Magdalena. Basta recordar su pasado. ¿Cómo podía el Señor enviar su bendición?

Oh, cuán fácil resulta dirigir el foco investigador sobre otros en lugar de a nosotros mismos, apuntarlo hacia nuestro alrededor en lugar de hacia dentro. Tendemos a culpar a otros por nuestra propia falta de poder. Pero el Pentecostés prueba que si nuestro arrepentimiento es genuino y profundo, ninguna bendición es detenida a causa de nuestros pecados pasados. ¡Gracias a Dios por ello! Acerquémonos entonces unos a otros y alleguémonos juntos a él. Entonces vendrá el Espíritu.

El noveno día pasó sin nada nuevo. Probablemente los discípulos se preguntaban si el Padre no cumpliría la promesa durante el Pentecostés. Tal vez ese debía ser su plan. Indudablemente la última noche se pasó en vigilia, alabanza y ruego. Por fin el día de todos los días amaneció. ¡Qué día importante, tanto para los discípulos que estaban en oración como para las multitudes de afuera y para millones que todavía no habían nacidos, incluyéndonos a nosotros hoy!

Esto es lo que nos dice la Biblia: «De repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos» (Hech. 2: 2,3).

De repente hubo un ruido como el rugido de la tempestad. No se trataba de un viento ordinario. No provenía del norte ni del sur, del este ni del oeste, sino del cielo. No era viento, sino que traía el sonido del viento. No era aire en movimiento, sino sonido. No se percibía

movimiento del aire que levantara siquiera un cabello o se sintiera en las mejillas.

Reitero que solamente sugería la idea del viento, pero no era viento. Este sonido como de huracán fue oído por las multitudes de la ciudad en las horas tempranas de la mañana, de tal modo que se juntó la multitud. Y el sonido se centralizó en un lugar, llenando la casa donde estaban los discípulos reunidos. Hizo recordar la declaración de Jesús a Nicodemo: «El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que nace del Espíritu».

La realidad esencial del Pentecostés

Y se les aparecieron «lenguas repartidas, como de fuego». Eran lenguas divididas y luminosas que tenían el color y la apariencia del fuego. *No eran fuego, sino que parecían fuego.* Asentadas sobre cada uno, eran visibles para el vecino de cada persona, pero no para el que la tenía. Estos dos símbolos, el viento recio y las lenguas de fuego, que apelaban a la vista y al oído, eran solo manifestaciones temporales que llamaban la atención al descenso del Espíritu invisible e inaudible que llegaba. Eran señales que llamaban la atención al poder presente, pero no eran este poder. Sin embargo, el ojo se unió al oído para testificar de su presencia.

Eran un mero acompañamiento y no tenían valor, excepto como señales de ese momento, que indicaban la inauguración oficial del Espíritu Santo como Consolador en esta dispensación. El hecho esencial del Pentecostés no consistía en ninguno de estos símbolos sino en la venida del Espíritu, quien —y debo recalcar esto— era invisible e inaudible. El asunto de suprema importancia es el hecho de que los discípulos fueron llenos del Espíritu. Esta pro-

visión esencial permanecería con la iglesia.

Cuando Nansen emprendió su expedición al Ártico, llevó consigo una paloma mensajera. Después de un tiempo escribió un breve mensaje y lo ató a una pata del ave. Tomó entonces la paloma y la lanzó a los aires. El avecilla dio tres vueltas y con la rectitud de una flecha voló mil millas sobre hielo y mil millas sobre agua, y por fin se posó sobre el techo de la casa del explorador, donde la esposa de Nansen descubrió que todo iba bien.

La señal del cielo a la tierra

Así también ocurrió con la llegada del Espíritu Santo. Fue la señal del cielo a la tierra de que el sacrificio de Jesús había sido aceptado por el Padre, y que había tomado su lugar a la diestra de Dios con todas sus prerrogativas como sacerdote celestial. De modo que toda la obra especial del Espíritu por el mundo, durante esta dispensación, encuentra su punto de partida y su cumplimiento en el Pentecostés.

Acababa de amanecer un nuevo día para la historia de la humanidad, se iniciaba una nueva etapa en la historia de la salvación, una nueva era de relaciones entre Dios y el hombre. Se inauguró un nuevo orden de cosas en el Pentecostés, una nueva relación de la cual los símbolos y sombras del Antiguo Testamento no eran sino predicciones. Eran como rayos tempranos de luz o cantos nocturnos de esperanza, visiones gloriosas de cosas que ahora eran realidad.

> «Cuando Cristo entró por los portales celestiales, fue entronizado en medio de la adoración de los ángeles. Tan pronto terminó esta ceremonia, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos en abundantes raudales, y Cristo fue de veras glorificado con la

misma gloria que había tenido con el Padre, desde toda la eternidad. El derramamiento pentecostal era la comunicación del cielo de que el Redentor había iniciado su ministerio celestial. De acuerdo con su promesa, había enviado el Espíritu Santo del cielo a sus seguidores como prueba de que, como sacerdote y rey, había recibido toda autoridad en el cielo y en la tierra, y era el Ungido sobre su pueblo» (*Los hechos de los apóstoles*, GEMA/APIA, p. 31).

Se habían liberado los poderes del mundo invisible inundando la vida de los discípulos en el aposento alto. Vibraban nueva vida y nuevo poder en el mundo. El Espíritu Santo había venido, no como visitante transitorio sobre algún vigilante leal y solitario, sino investido de su majestad, para morar en todas las vidas que se le rindieran. Desde el Pentecostés su residencia ha estado en la tierra, tal como había sido la residencia de Jesús durante treinta y trés años. Así se inauguró la obra especial que continuaría hasta el regreso glorioso de Jesús en su segunda venida. No tenemos que esperar la venida del Espíritu.

Se hacen efectivas las provisiones de la cruz

El Espíritu Santo vino para administrar la vida y el poder del Cristo resucitado, y para aplicar a las almas confiadas el valor real de la cruz, obrando en nosotros las consecuencias de su misión redentora con referencia tanto al poder como a la culpabilidad del pecado.

Así la venida del Espíritu, al hacer efectiva la provisión de la cruz, constituyó el amanecer del día más brillante después de la caída, que será sobrepasado en gloria solamente por el día de la coronación, cuando Jesús vuelva corporal y visiblemente a reclamar a su pueblo perfeccionado que espera la traslación y a los que llame de su lecho de polvo. El Espíritu impartió la realidad de

la vida y el poder divinos a la vida interior del ser humano, hacia lo cual apuntaba el plan de Dios en la dispensación anterior.

Dios emplea varias formas para hablar de esta gran transacción. Él «da» el Espíritu (Luc. 11: 13; Juan 14: 16), lo «envía» (Juan 15: 26; 16: 7), lo «suministra» (Gál. 3: 5), lo «derrama» (Hech. 2: 33; Joel 2: 28) y lo «pone dentro» (Eze. 36: 27). En su venida el Espíritu «procedió del Padre» (Juan 15: 26), «cayó» (Hech. 10: 44) y «descendió» (Juan 1: 32,33). En todo esto se observa autoridad divina, gracia divina, soberanía divina y solicitud divina.

Así como el pesebre de Belén fue la cuna de Cristo, el aposento alto de Jerusalén fue el lugar del advenimiento del Espíritu Santo. El Pentecostés fue su día inaugural a sí como nos referimos al evento de Belén como el nacimiento de Cristo, aunque ambos existían antes. Y en un sentido especial esto es cierto, porque ese día el Espíritu Santo comenzó en la tierra, bajo nuevas condiciones y con nuevas manifestaciones hasta entonces imposibles, su carrera personal como Abogado de nuestro Señor Jesucristo glorificado en el cielo.

Desde entonces hubo una diferencia en su misión. Ahora vino como el Espíritu de Cristo para traer su presencia personal al alma. Él comprende nuestras necesidades. Es ampliamente capaz de socorrernos. Se conmueve con el sentimiento de nuestras enfermedades y flaquezas. Ora por nosotros con gemidos que no pueden expresarse en palabras.

La transformación efectuada

Lo que se había prometido en los Evangelios se experimentó en los Hechos. La promesa del Maestro se cumplió al pie de la letra. Los discípulos fueron completamente

transformados por ella y revolucionaron al mundo. Antes del Pentecostés los discípulos amaban a su Señor, pero eran incapaces de testificar efectivamente en la forma designada por Jesús. Estaban llenos de devoción, pero vencidos. Después de ser ungidos por el Espíritu los cobardes se transformaron en valientes y los pechos inflados de rivalidad y sospechas se llenaron ahora de humildad y amor.

Antes del Pentecostés, Santiago y Juan eran de mente estrecha e intolerantes. Cuando unos pocos samaritanos tímidos rehusaron recibir a su Maestro, estos zelotes quisieron destruirlos con fuego. Además, estaban llenos de ambiciones enanas, y sin mérito ambicionaban los primeros puestos en el reino. Después del Pentecostés las ambiciones y el prejuicio desaparecieron. Santiago llegó a ser un poderoso hombre de oración y Juan se transformó en el alma espiritual y humilde que captó los murmullos más dulces del amor divino.

Notemos también al tímido hijo de Jonás, que se acobardó como oveja ante las comprometidas preguntas de una criada. Pero después se levantó como león y acusó a sacerdotes y pueblo común del asesinato del Hijo de Dios, hasta que la multitud se transformó en una congregación reverente y miles imploraron la misericordia de Dios.

Ni siquiera los concilios de hombres capaces pudieron resistir a los discípulos. Eran los mismos hombres y, sin embargo, se mostraban diferentes. Cada uno retenía sus características individuales, pero era completamente distinto. ¿Qué operó el cambio? Solo una explicación es posible: se hallaban «llenos del Espíritu»; habían recibido el «poder de lo alto».

7

Predicadores de Cristo transformados

¿Que implica esta transacción del Pentecostés y cuál es su significado? Durante los tres años en que nuestro Señor se relacionó con los discípulos no disminuyó esfuerzos para enseñarles y entrenarlos. Los instruyó, los amonestó y les suplicó. A veces los reprendió y exhortó. Pero en muchos aspectos los discípulos permanecieron más o menos inalterables. ¿Y por qué? Porque tenían solo las enseñanzas externas de un Cristo exterior. Y esto no era suficiente para redimirlos del poder del pecado interior.

Mientras se hallaba en la tierra trabajaba en favor de ellos mayormente con palabras e influencias externas: «Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14: 26). «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os

guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga y os hará saber las cosas que habrán de venir» (Juan 16: 12,13).

La presencia interior de Cristo

Mediante el derramamiento del Espíritu Santo el día de Pentecostés, Jesús estableció su morada en ellos. Llenó los compartimientos más recónditos de su ser y se transformó en la propia vida de sus vidas. Así, cuando el Espíritu Santo descendió, se realizó en ellos una maravillosa transformación gracias a que Cristo habitaba en ellos. Esta provisión y este glorioso hecho constituyen la fuente de todas las demás bendiciones derramadas en el día del Pentecostés. Fíjese en las siguientes declaraciones:

«Por el Espíritu es como Cristo mora en nosotros; y el Espíritu de Dios, recibido en el corazón por la fe, es el principio de la vida eterna» (*El Deseado de todas las gentes*, GEMA/APIA, p. 358).

«En el día de Pentecostés descendió el Consolador prometido, y por el poder de lo alto que les fue dado *las almas de los creyentes se estremecieron con el sentimiento de la presencia de su Señor que ya había ascendido al cielo*» (*El conflicto de los siglos*, GEMA/APIA, p. 350; la cursiva ha sido añadida).

«Las inagotables provisiones del cielo están a su disposición. Cristo les da *el aliento de su propio Espíritu, la vida de su propia vida*» (*Obreros evangélicos*, p. 117; la cursiva ha sido añadida).

«Oh, mis hermanos, ¿contristaréis vosotros al Espíritu Santo y ocasionaréis su partida? ¿Dejaréis afuera al bendito Salvador por no estar preparados para su presencia?» (Elena G. de White, *Review and Herald*, 22 de marzo de 1887).

El mismo Espíritu que hizo posible la encarnación en Belén en la actualidad habita en seres humanos pecadores. Esta es la única explicación posible del Pentecostés. La estadía terrenal de Jesús fue *con* los hombres, pero fuera de ellos. Ahora tenemos su vida *en* nosotros mediante el Espíritu Santo (Juan 14: 16-18, 20). El cambio en el cobarde Pedro se llevó a cabo porque el valeroso triunfador, Jesucristo mismo, moraba ahora en él. El valor de Jesús fue inyectado en el alma de Pedro en virtud de su unión con Cristo. Cuando el Maestro hizo su morada en Juan, el amor, la humildad y el sacrificio propio del humilde Jesús se posesionaron de él y lo animaron.

Los mismos predicadores con nuevo poder

El cambio operado en los discípulos los habilitó para dar un servicio cabal y efectivo. Su nueva visión no era la manifestación de algo simplemente externo, sino que era el brillo visible de la vida interior de Jesús en ellos. Antes de la cruz se mostraron reverentes al asociarse con el Cristo del exterior. Ahora él los acompañaba morando en su interior. Y esto transformó toda la perspectiva de sus vidas y su conducta. De esta manera fueron equipados para emprender su tarea aparentemente imposible.

Esta es la única forma real y genuina de vivir vidas victoriosas, y en realidad es el único modo de vencer el pecado en la vida cotidiana mientras permanecemos en este mundo. Muchos tienen su vista fija en el Cristo histórico de hace dos mil años, a quien se debe conocer, pero no se dan cuenta de que el Pentecostés posibilitó su morada en el ser humano así como su obra interna dentro de él. De esta manera Cristo fue hecho «santificación» por nosotros, como también su muerte expiatoria, precedida por su vida sin pecado, hizo posible nuestra «justificación».

Nuestro Señor glorificado y ascendido, el mismo que vivió corporalmente *entre* los hombres, ahora mora *en* los hombres mediante el Espíritu Santo, impartiéndoles la obediencia y las características de su propia vida. En esta dispensación el Espíritu Santo está más cerca que si se hallara solamente *con* los hombres; ahora está *dentro* de ellos. Esta morada interior constituye la diferencia. De esa manera la vida entregada a él es traída bajo el control del Espíritu Santo desde adentro, por su presencia permanente.

Entonces el nuevo mandamiento se puede cumplir. El Espíritu y el amor de Jesús llenan la vida porque él la llena. «Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, *para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios*» (Efe. 3: 16-19; la cursiva ha sido añadida).

Hay que notar que esta es la antítesis directa y el antídoto de cualquier filosofía panteísta y de la doctrina racionalista de la «divina inmanencia».

Trabajar para Dios es una cosa; pero es algo muy distinto tener a Dios trabajando dentro de nosotros. Una cosa es olvidar el mundo para seguir a Cristo; pero es algo muy distinto ser alguien en quien el Espíritu Santo mora abundantemente con la plenitud de su gracia y poder. El Pentecostés nos enseña que no se necesita un cambio de hombres, sino que se necesitan los mismos hombres transformados. Serán los mismos predicadores dotados de nuevo

poder los que terminarán la tarea mundial. Y Dios no puede hacer algo revolucionario *con* los hombres hasta tanto haya hecho algo revolucionario *en* ellos mediante la morada interior de su Espíritu Santo.

Por eso se hizo necesario que Cristo se fuera, para que el Consolador pudiera descender y vivir dentro de nosotros. Toda su obra terrenal en favor de ellos se cristalizó en el Pentecostés. Pero todavía falta un paso más: su glorioso regreso corporal, cuando seremos como él es, porque lo veremos como él es, sin ningún velo intermedio. Entonces conversaremos con él abiertamente, sin necesidad de comunicarnos mediante el Espíritu Santo.

El mensaje de Pedro en el día del Pentecostés

Observemos ahora los efectos de la unción espiritual de Pedro, el ferviente predicador del Pentecostés. Una hora antes de ser llenado por el Espíritu Santo era incapaz de testificar efectivamente; ahora está capacitado. Estudiemos su sermón. Los apóstoles y los setenta habían predicado muchos sermones antes del Pentecostés, pero el Espíritu Santo nunca halló necesario registrar uno solo de ellos. Pero el sermón del día de Pentecostés, registrado íntegramente por la inspiración, está lleno de importancia, tanto con respecto al verdadero método de la predicación, como con relación al tema de ella y sus resultados.

Nótese que Pedro *se puso de pie*. Esto era algo nuevo y revolucionario, distinto de lo que hacían los rabinos. Ellos se sentaban mientras sus mensajeros se paraban para leer los mensajes. De modo que los apóstoles no eran simples maestros, sino mensajeros. Luego Pedro *alzó la voz*. Su exposición fue clara y correcta para que todos oyeran y comprendieran su mensaje.

Pedro comenzó con las cosas que conocían y de allí guió a sus oyentes a lo desconocido. Ese es el verdadero

arte de la predicación. Sin embargo, el sermón estaba desprovisto de argumento lógico y de adornos retóricos. Fue una simple exposición de grandiosas realidades acerca de las cuales él daba su testimonio personal. Parecía insensato por su sencillez y debilidad; no obstante tres mil personas fueron salvadas como resultado de esa sencilla predicación. El Espíritu debe usar al predicador, de lo contrario su sermón degenerará en retórica sin vida y en argumentos sin corazón.

Neutralizamos el poder del Espíritu Santo cuando nos apoyamos demasiado en razonamientos humanos. ¡Oh, es la potencia divina del Espíritu Santo lo que nosotros los predicadores necesitamos sobre todas las cosas! Cristo dijo tres cosas sobre el Espíritu Santo: «Convencerá al *mundo*»; «*os* guiará» y «él *me* glorificará». Así que el sermón de Pedro estaba lleno de Cristo. El Espíritu Santo actuaba, por así decirlo, como un gran telescopio acercando a Cristo. Así sucederá también con cada sermón que prediquemos, no importa qué aspecto de la verdad presente se esté exponiendo.

Por supuesto que se levantó el grito de «¡fanatismo!».

Una iglesia llena del Espíritu o un predicador dotado de él, presentará al mundo el espectáculo de un fenómeno sobrenatural. Y presentaciones tales producen asombro, perplejidad y crítica.

Pedro habló de convicciones reales. No había probabilidades ni suposiciones en su discurso; no había teorías ni transigencias. Fue un discurso henchido de valor. Presentaba la realidad de Jesús y la perfección de su vida, su muerte vicaria, su resurrección y exaltación, y el derramamiento de «esto». Esa palabra de cuatro letras —*e–s–t–o*— es la palabra clave de su sermón.

La multitud preguntó: «¿Qué quiere decir esto?» (Hech. 2: 12). Y la respuesta de Pedro fue: «Esto es lo dicho por el profeta Joel» (v. 16); y si seguimos el hilo de su sermón hallaremos el punto culminante en el versículo 33: «Así que, exaltado por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís». El «esto» incluía todo lo que habían visto y oído, lo mismo que había causado su perplejidad. Uniendo este hecho con la profecía, los encaminó directamente hacia el ministerio de Cristo.

Un poder que convence y convierte

Entonces los presentes se «compungieron de corazón», y «tres mil personas» fueron agregadas a la iglesia. Esto no fue el resultado de la fuerza humana, ni celo, ni lógica, ni argumento, ni sabiduría, ni elocuencia humanos. No había propaganda ni poder organizacional a los cuales pudieran atribuirse las multitudes y los resultados. Era el poder convincente y convertidor del Espíritu Santo. Era la declaración del señorío de Jesús en el poder del Espíritu, respaldada por el testimonio personal de su realidad.

Los resultados fueron convicción e investigación, instrucción y exhortación, obediencia y unión a la iglesia. Esto demostraba el Espíritu Santo derramado sobre «toda carne», abarcando a toda la raza humana. Esta provisión no puede circunscribirse a nada más pequeño que la familia humana entera. Y verdaderamente nosotros nos hallamos entre «los que están lejos» del versículo 39: «Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame».

En cuanto a los resultados del Pentecostés encontramos que primero hubo testificación, luego oposición. Pronto

se desató una persecución y muchos sufrieron el martirio. La persecución los esparció evitando la centralización. Lo mismo sucederá con nosotros. El Pentecostés trajo una nueva misión y una nueva convicción. Esclareció errores. Una gran ola de evangelización se extendió desde Jerusalén. Los discípulos iban por todas partes predicando la Palabra. La persecución los transformó en misioneros. Los medios fluían a la tesorería. Estoy convencido de que el mismo proceso se repetirá con nosotros.

> «Vendiendo sus casas o sus tierras, traían el dinero y lo ponían a los pies de los apóstoles, "y se repartía a cada uno según sus necesidades". Esta generosidad de parte de los creyentes era el resultado del derramamiento del Espíritu» (*Los hechos de los apóstoles*, GEMA/APIA, p. 55).

Esta es la narración de lo que sucedió al derramarse la lluvia temprana.

La lluvia tardía ha de sobrepasar al Pentecostés

En ocasión del derramamiento de la lluvia tardía no solamente se repetirán estos fenómenos sino que serán sobrepasados. Acontecerán sucesos poderosos, y esto con mucha prontitud. El poder se manifiesta siempre en la acción. Esta es la ley del poder. Que Dios traiga pronto esta unción santa para abreviar y terminar su obra en justicia.

Cuando Cristo estuvo en la tierra habló a los muertos y les devolvió la vida. Pero estoy persuadido de que es algo aún mayor el influir con éxito sobre la voluntad obstinada de un hombre vivo y decidido en contra de Dios. Es un milagro mayor despertar al ser humano pecador que odia a Dios, que levantar a un muerto físicamente. Eso

es indudablemente lo que Jesús quería decir cuando declaró ante sus asombrados discípulos: «El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará» (Juan 14: 12).

Ese fue el milagro del día de Pentecostés, cuando tres mil personas llenas de prejuicio, de malicia, de amargura, con sus manos manchadas de la sangre de Jesús, se arrepintieron y lo coronaron como Señor y Cristo.

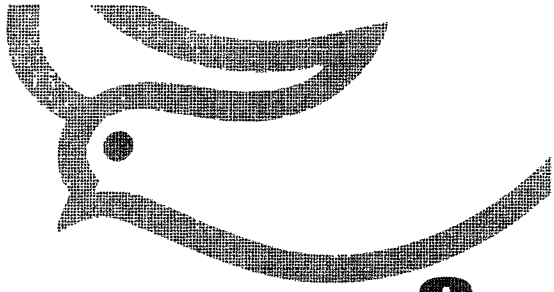
> «Estas escenas han de repetirse, y con mayor poder. El descenso del Espíritu Santo en el día de Pentecostés fue la primera lluvia, pero la última lluvia será más abundante. El Espíritu espera que lo pidamos y recibamos. Cristo ha de ser nuevamente revelado en su plenitud por el poder del Espíritu Santo» (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 92).
>
> «A nosotros hoy, tan ciertamente como a los primeros discípulos, pertenece la promesa del Espíritu. Dios dotará hoy a hombres y mujeres del poder de lo alto, como dotó a los que, en el día de Pentecostés, oyeron la palabra de salvación. En este mismo momento su Espíritu y su gracia son para todos los que los necesiten y quieren aceptar su palabra al pie de la letra» (*Testimonios para la iglesia*, t. 8, p. 27).

Miles de voces proclamarán la amonestación final:

> «La gran obra de evangelización no terminará con menor manifestación del poder divino que la que señaló el principio de ella. Las profecías que se cumplieron en tiempo de la efusión de la lluvia temprana, al principio del ministerio evangélico, deben volverse a cumplir en tiempo de la lluvia tardía, al fin de dicho ministerio. Esos son los "tiempos de consuelo" en que pensaba el apóstol Pedro cuando dijo: "Así que, arrepentíos y convertíos

para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de consuelo, y él envíe a Jesucristo" (Hech. 3: 19,20). Vendrán siervos de Dios con semblantes iluminados y resplandecientes de santa consagración, y se apresurarán de lugar en lugar para proclamar el mensaje celestial. Miles de voces predicarán el mensaje por toda la tierra. Se realizarán milagros, los enfermos sanarán y signos y prodigios seguirán a los creyentes. Satanás también efectuará sus falsos milagros, al punto de hacer caer fuego del cielo a la vista de los hombres. (Apoc. 13: 13.) Es así como los habitantes de la tierra tendrán que decidirse en pro o en contra de la verdad» (*El conflicto de los siglos*, GEMA/APIA, pp. 596, 597).

«El mensaje no será llevado adelante tanto con argumentos como por medio de la convicción profunda inspirada por el Espíritu de Dios. Los argumentos ya fueron presentados. Sembrada está la semilla, y brotará y dará frutos» *(ibíd.)*.



8

La iglesia remanente es investida de poder

Durante la era apostólica los triunfos de la cruz continuaron. «Ayudándolos el Señor y confirmando la palabra con las señales que la acompañaban» (Mar. 16: 20). La oposición se disipó. Se vaciaban los templos paganos y los conversos se multiplicaban por miles. Sin dinero los cristianos vencieron la confederación de riquezas que los rodeaban; sin escuela confundieron a los entendidos rabinos; sin poderes políticos ni sociales probaron ser más fuertes que el Sanedrín; desprovistos de un sacerdocio desafiaron a los sacerdotes y su templo; y sin un soldado fueron más poderosos que las legiones de Roma. Así llegaron a plantar la cruz sobre el águila romana.

Una jerarquía suplanta al Espíritu Santo

Pero los nuevos privilegios traen nuevas responsabilidades y las nuevas responsabilidades crean nuevos peligros. La iglesia primitiva olvidó gradualmente la escalera

secreta que conducía al aposento alto. Para el siglo IV ya la iglesia cristiana había transferido su dependencia del poder divino a la voluntad de la realeza y al amparo de los tronos terrenales. Desde entonces ha depositado su confianza sobre hombres, métodos y dinero. Al ignorar la dirección y autoridad del Espíritu Santo la iglesia se adentró en la medianoche de la Edad Media. En medio de la gran apostasía se desarrolló un sistema jerárquico dentro de la iglesia, y finalmente una cabeza usurpadora se erigió a sí misma en lugar del Espíritu Santo, como vicario del Hijo de Dios, transformándose en el poder que «se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto, que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios» (2 Tes. 2: 4).

La iglesia, hundida en las sombras del lúgubre eclipse de la Edad Media, fue despertada por la trompeta de Martín Lutero. Durante los tres siglos siguientes se notó un lento regreso hacia la restitución del lugar que le corresponde al Espíritu Santo, hasta que hoy nos hallamos en el tiempo de la reforma completa y final de la lluvia tardía.

Sin lugar a dudas, la mayor necesidad del mundo es la de un conjunto de pastores nacidos del Espíritu, llamados por el Espíritu, llenos del Espíritu y dirigidos por el Espíritu para guiar a la Iglesia Adventista del Séptimo Día hacia la terminación de la misión que se le ha encomendado. Y por la gracia de Dios, lo que debe hacerse puede ser hecho; y lo que puede ser hecho debe realizarse. Pero la apostasía de la Edad Media y la pérdida del Espíritu eran innecesarias.

Notemos esta declaración:

> «Vi que si la iglesia hubiese conservado siempre su carácter peculiar y santo, todavía permanecería en ella el poder del Espíritu Santo que recibieron los discípulos. Sanarían los enfermos, los demonios

serían reprobados y echados, y la iglesia sería potente, y un terror para sus enemigos» (*Primeros escritos*, p. 227).

El Espíritu volverá en la plenitud de su poder

El Pentecostés no limitó la profecía de Joel. Todavía se verá un cumplimiento mucho más completo de ella en estos últimos días de la dispensación del Espíritu. Lo que necesitamos es obtener una percepción clara de la persona y la obra del Espíritu Santo, y someternos totalmente a su control. El Espíritu de verdad, contristado y alejado por la apostasía, la perversión y el rechazo, regresará con pleno poder a la iglesia remanente que se esfuerza por conocer toda la verdad y obedecerla.

La generación apostólica (31-64 d. C.), durante la cual el evangelio llegó a todo el mundo conocido, es un símbolo de la generación de la era evangélica, durante la cual el «evangelio eterno» va a todo el mundo en su consumación final bajo la lluvia tardía. ¡En qué tiempo más solemne a la vez que glorioso nos toca vivir!

> «Vi que este mensaje terminaría con fuerza y vigor muy superiores al clamor de medianoche. Los siervos de Dios, dotados con el poder del cielo, con sus semblantes iluminados y refulgentes de santa consagración, salieron a proclamar el mensaje celestial. Muchas almas diseminadas entre las congregaciones religiosas respondieron al llamamiento y salieron presurosas de las sentenciadas iglesias, como Lot salió presuroso de Sodoma antes de la destrucción de esa ciudad. Se fortaleció el pueblo de Dios con la excelsa gloria que sobre él reposaba en copiosa abundancia, ayudándole a soportar la hora de la tentación. Oí multitudes de voces que por todas partes exclamaban: "Aquí está la paciencia de los

santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús"» (*ibíd.*, pp. 278, 279).

La obra de toda la iglesia consiste en predicar el evangelio a todo el mundo en esta generación. No tiene otra tarea. Este es el punto focal hacia donde se dirige la historia, el objetivo esperado por el universo entero. Bajo la influencia del Pentecostés los discípulos salieron para llenar el mundo con el evangelio. Tampoco podemos nosotros recibir la lluvia tardía sin emprender una obra correspondiente. El registro del Pentecostés nos llena tanto de esperanza como de vergüenza. Para concluir la misión necesitamos el poder que se manifestó el día de Pentecostés. Es la necesidad de todas las necesidades. Más que eso, es la única esperanza de la Iglesia Adventista. Y la iglesia debe volver al Pentecostés antes que el Pentecostés vuelva a ella.

La mayor falta de la iglesia remanente

El Espíritu Santo es el arma que la iglesia necesita. En la era apostólica fue tan suficiente que con ciento veinte miembros llenos del Espíritu el mensaje se extendió más de lo que se ha esparcido desde entonces hasta nuestros días, a pesar de todos nuestros recursos. De modo que llegamos a la conclusión de que a la iglesia remanente no solo le falta el Espíritu Santo prometido, sino que lo necesita urgentemente a fin de capacitarla con el propósito de realizar su obra final.

Los hombres, los dones, los métodos, las leyes, son todos instrumentos inútiles a menos que sean vitalizados y hechos efectivos por el Espíritu del Pentecostés. El profeta puede predicar a los huesos en el valle, pero se necesita el aliento celestial para devolverles la vida. Nuestro gran error no consiste en la falta de mayor celo ni más importunidad,

más fuerza o más actividad. Nuestro error consiste en una actitud indiferente hacia el Espíritu Santo.

Estamos tratando de ofrecer un servicio aceptable casi sin tomar en cuenta el único poder mediante el cual este servicio se puede cumplir. En la iglesia, como en el mundo, todo es agitación, velocidad, presión. Nos hallamos tan ocupados que no tenemos tiempo para atender las cuestiones más necesarias. Nuestras manos están llenas, pero demasiado a menudo nuestros corazones se hallan vacíos. «El *movimiento* misionero está mucho más avanzado que el *espíritu misionero*» (*Historical sketches*, p. 294).

Si lamentamos las limitaciones de nuestra actividad, ¿no deberíamos preocuparnos mucho más de nuestra más urgente necesidad?

La iglesia está al día. Posee una organización maravillosa. Dispone de una maquinaria formidable. Sus ruedas están magníficamente ajustadas. Pero le falta poder. A pesar de toda nuestra asombrosa estructura no poseemos el poder que debería caracterizar a la iglesia remanente. Estamos fracasando en nuestro conflicto con la mundanalidad, la incredulidad y la injusticia. Mientras que la iglesia evangeliza al mundo, el mundo transforma a la iglesia. De esta manera sus esfuerzos son neutralizados. Los ministros echan mano de métodos mundanales que constituyen miserables sustitutos del poder celestial con el fin de llamar la atención de la gente. Resulta humillante utilizar algunos de estos métodos mundanos, puesto que son innecesarios.

Hoy el mundo se halla cubierto por nuestras actividades misioneras. Pero existe una desproporción desesperante entre nuestras actividades y dones por una parte, y los resultados netos en la mayoría de los campos, por la otra. Cada año que pasa trae consigo un costo creciente por cada alma que se gana, unido a un número decreciente en el

promedio de almas ganadas por cada obrero. Esto debería preocuparnos, ¡sí, alarmarnos!

¿Por qué tan poco fruto de un ejército tan grande? Ah, nuestra relación con el Espíritu Santo es desconocida en gran medida, ¡y esta es su propia dispensación! ¿Dónde están los hombres llenos del Espíritu Santo como lo estuvieron en los días apostólicos? Corremos el gravísimo riesgo de depender de hombres, métodos y dinero, en lugar de depender del único que puede levantar a los hombres, dirigirlos, vitalizarlos y equiparlos con los métodos correctos, produciendo y bendiciendo el dinero necesario.

El Pentecostés personal, nuestro derecho de nacimiento

Así como hubo un Belén histórico donde la Palabra fue hecha carne, así también existe un Belén personal donde Cristo se forma dentro del corazón mediante el Espíritu Santo. Similarmente hubo un Pentecostés histórico cuando el Espíritu fue derramado sobre la iglesia; pero hay también un Pentecostés personal, cuando el Espíritu llena a cada creyente en forma individual. Y este Pentecostés personal es el derecho de nacimiento de cada hijo de Dios. Pero ¡ay!, muchos están viviendo todavía en su experiencia al otro lado del Pentecostés. Por lo demás, no nos engañemos esperando la lluvia tardía para que madure la cosecha, a menos que la lluvia temprana haya regado primero nuestras propias almas.

Leamos atentamente y con oración las siguientes declaraciones del Espíritu de Profecía:

> «La lluvia tardía que madura la cosecha de la tierra, representa la gracia espiritual que prepara a la iglesia para la venida del Hijo del hombre. Pero a menos que la primera lluvia haya caído, no habrá

vida; el brote verde no surgirá. A menos que los primeros chubascos hayan hecho su obra, la lluvia tardía no puede perfeccionar ninguna semilla [...].

Muchos, en gran medida, han dejado de recibir la lluvia temprana. No han obtenido todos los beneficios que Dios ha provisto para ellos por medio de ella. Esperan que la deficiencia sea suplida por la lluvia tardía. Cuando se conceda la gracia en forma abundancia y rica, se proponen abrir sus corazones para recibirla.

Están cometiendo una terrible equivocación. La obra que Dios ha comenzado en el corazón humano al darle su luz y conocimiento, debe progresar continuamente [...].

Pero no debe descuidarse la gracia representada por la lluvia temprana. Solo los que estén viviendo a la altura de la luz que tienen, recibirán más luz. A menos que estemos avanzando diariamente en la ejemplificación de las virtudes cristianas activas, no reconoceremos las manifestaciones del Espíritu Santo en la lluvia tardía. Podrá estar derramándose en los corazones de los que están en torno de nosotros, pero no lo percibiremos ni lo recibiremos [...].

Las bendiciones recibidas en ocasión de la lluvia temprana nos son necesarias hasta el mismo fin. Sin embargo, no bastan por sí solas. Al mismo tiempo que atesoramos las bendiciones de la lluvia temprana, no debemos perder de vista, por otra parte, el hecho de que sin la lluvia tardía, que llena la espiga y madura el grano, la cosecha no estaría lista para la siega, y las labores del sembrador habrían sido inútiles. Se necesita gracia divina al comienzo, se necesita gracia divina a medida que se avanza, y solo la gracia divina

puede completar la obra [...].

Si no progresamos, si no asumimos la actitud necesaria para recibir tanto la lluvia temprana como la tardía, perderemos nuestras almas, y la responsabilidad será solamente nuestra» (*Testimonios para los ministros*, pp. 506-508).

Así como el Espíritu Santo vino el día del Pentecostés, después de la entronización de Cristo en el cielo, solo después que Cristo esté entronizado como Rey en el corazón del creyente podrá efectuarse el Pentecostés personal de cada uno. Esta es nuestra mayor necesidad individual y por lo tanto es también nuestra mayor necesidad colectiva.

Tercera parte

La unción plena del Espíritu

Fundamento bíblico

La unción del Espíritu

«Llegó entonces a Éfeso un judío llamado Apolos, natural de Alejandría, hombre elocuente, poderoso en las Escrituras. Este había sido instruido en el camino del Señor; y siendo de espíritu fervoroso, hablaba y enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor, aunque solo conocía el bautismo de Juan. Comenzó, pues, a hablar con valentía en la sinagoga; pero cuando lo oyeron Priscila y Aquila, lo tomaron aparte y le expusieron con más exactitud el camino de Dios. Cuando él quiso pasar a Acaya, los hermanos lo animaron y escribieron a los discípulos que lo recibieran. Al llegar allá, fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído, porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo» (Hech. 18: 24-28).

«Aconteció que entre tanto que Apolos estaba en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones superiores,

vino a Éfeso, y hallando a ciertos discípulos, les preguntó: ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Ellos le dijeron: Ni siquiera habíamos oído que hubiera Espíritu Santo. Entonces dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Ellos dijeron: En el bautismo de Juan. Dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyeran en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo. Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas y profetizaban. Eran entre todos unos doce hombres. Entrando Pablo en la sinagoga, habló con valentía por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios» (Hech. 19: 1-8).

«Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo. Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor. No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Efe. 5: 14-20).

La unción plena del Espíritu

Éfeso era una ciudad de Lidia, situada en la costa occidental del Asia Menor. Había sido establecida en el cruce de las rutas naturales de comercio, más o menos a un kilómetro y medio del Mar de Ícaro. Era el punto de encuentro de importantes caminos. Aunque su puerto contenía mucha sedimentación, se veían en él barcos de todas partes del mundo civilizado. Sus mares y ríos abundaban de peces y no tenía rivales en su posición comercial. Su población era grande y su agitado comercio era la plaza de mercado del Asia. Sus habitantes eran ardientes devotos del placer. Hacía ostentación de poseer un teatro de ciento sesenta metros de diámetro con un escenario de siete metros de ancho y una orquesta de ciento diez músicos, sesenta y seis corridas de asientos y capacidad para veinticuatro mil quinientas personas. Poseía además un famoso templo dedicado al culto de la diosa Diana. En este se fusionaban y centralizaban los intereses comerciales y religiosos de muchos.

El débil ministerio de Apolos

A esta importante metrópoli llegó Apolos, un judío de Alejandría que se había convertido al cristianismo. Alejandría era un centro de cultura y enseñanza griegas, donde Filón era la figura sobresaliente. De paso, la influencia del pensamiento griego había invadido hasta el método hebreo de estudiar sus propias Escrituras. Al investigar la figura de Apolos es necesario tener esta información en mente.

Era un hombre docto, elocuente y poderoso en las Escrituras. Sabía cómo presentarlas con convicción y era cuidadoso en sus enseñanzas. Poseía el don de la oratoria y era directo en sus predicaciones. Estaba dotado de un espíritu ferviente, habiendo obtenido esta intensidad posiblemente de Juan el Bautista. «Enseñaba diligentemente lo *concerniente* al Señor» (Hech. 18: 25; la cursiva ha sido añadida). Pero sus presentaciones eran teóricas. No podía llevar a la gente más allá de lo que él había ido, ni siquiera un metro más adelante, ni un centímetro más arriba. Entre sus oyentes había dos laicos humildes, Aquila y Priscila, que conocían a Jesús mejor que él, porque lo conocían de verdad. Estos lo instruyeron de una mejor manera.

Podríamos pensar que con su elocuencia Apolos hubiera revolucionado la ciudad de Éfeso. Pero se habla muy poco de su ministerio allí, a pesar de la brillante elocuencia de su corazón sincero. Su ardua labor tuvo muy poco resultado y luego pasó a la ciudad de Corinto. Más tarde, llegando Pablo a Éfeso, buscó la iglesia, y solo encontró doce discípulos. Indudablemente se reunían en algún oscuro salón, ejerciendo muy poca influencia sobre esa gran ciudad idólatra de la cual los había rescatado la gracia de Dios.

La aguda pregunta de Pablo

Al instante Pablo vio que algo faltaba en su vida y testimonio. Estaba convencido de que había una razón específica por la cual no ejercían mayor poder. El apóstol era un observador agudo y buscaba la causa que había provocado ese efecto. Su condición insatisfactoria era lamentablemente evidente. La pobreza de su experiencia cristiana práctica, la ausencia de actividad espontánea y la impotencia de su testimonio no podían ocultarse.

Los doce hombres representaban el fruto del ministerio de Apolos, su elocuente guía. Si un predicador comienza con simple elocuencia, por lo común termina con mera instrucción. Muy a menudo faltará el dinamismo divino; porque un hombre puede levantar a otro solamente al nivel en que él mismo se encuentra.

> «La predicación de la palabra seria inútil sin la continua presencia y ayuda del Espíritu Santo. Este es el único maestro eficaz de la verdad divina. Únicamente cuando la verdad vaya al corazón acompañada por el Espíritu vivificará la conciencia o transformará la vida. Uno podría presentar la letra de la Palabra de Dios, estar familiarizado con todos sus mandamientos y promesas; pero a menos que el Espíritu Santo grabe la verdad, ninguna alma caerá sobre la Roca y será quebrantada. Ningún grado de educación ni ventaja alguna, por grande que sea, puede hacer de uno un conducto de luz sin la cooperación del Espíritu de Dios. La siembra de la semilla del evangelio no tendrá éxito a menos que esa semilla sea vivificada por el rocío del cielo. Antes que un solo libro del Nuevo Testamento fuese escrito, antes que se hubiese predicado un sermón evangélico después de la ascensión de Cristo, el

> Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles que oraban. Entonces el testimonio de sus enemigos fue: "Habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina"» (*El Deseado de todas las gentes*, GEMA/APIA, p. 641).

Sin mayores preámbulo Pablo abordó directamente el punto crucial: «¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?» (Hech. 19: 2), les preguntó. Y la respuesta de ellos fue: «Ni siquiera habíamos oído que hubiera Espíritu Santo». Los discípulos de Juan sabían que el Espíritu Santo vendría, pero no lo habían recibido aún, a pesar de que esta experiencia de Éfeso sucedió veinte años después del Pentecostés.

Pablo no preguntaba acerca de los dones especiales del Espíritu, sino sobre el *don supremo*, el Espíritu Santo mismo. La respuesta de ellos indica que así lo entendían. Quería saber si ellos habían recibido la unción del Espíritu Santo, la característica distintiva y permanente del Pentecostés. Porque existe una experiencia que va más allá y está por encima del paso inicial mediante el cual el Espíritu Santo revela por primera vez el pecado y engendra una nueva vida en el alma, y dicha experiencia consiste en *ser llenos del Espíritu*. Por falta de ella el testimonio del cristiano es débil y su vida espiritual no es sino una experiencia superficial.

Una cosa es saber algo acerca de la operación del Espíritu Santo; pero es sumamente distinto recibirlo como huésped personal en nuestros corazones. Y estos discípulos de Éfeso todavía no estaban relacionados experimentalmente con esta gran provisión y realidad. De manera que Pablo inmediatamente les enseñó el evangelio de nuestro Señor resucitado y ascendido, el que había sido glorificado y había recibido de su Padre la promesa del Espíritu, y quien a su vez lo había enviado al mundo para que cada creyente pudiera recibirlo. Entonces recibieron el Espíritu Santo en armonía con la provisión celestial.

No hay compensación para la falta del Espíritu

Muchos han avanzado hasta el bautismo de arrepentimiento, pero no han ido más lejos. Son sinceros y obedientes en la medida de su conocimiento, pero ignoran la vida más abundante, más plena y más amplia. El conocimiento que han llegado a tener del Espíritu Santo es vago, indefinido e inadecuado. Su personalidad, poder y presencia son incomprendidos. En gran medida ignoran sus provisiones y su programa, y se hallan tristemente desprovistos de sus frutos.

Es fácil mirar hacia la cruz como fundamento de la fe, o hacia el trono que anticipamos con esperanza. Pero vivimos en un presente formidable, con sus gravísimos problemas, y todavía miles no han captado —en grado alguno de apreciación ni apropiación— la suprema certeza y *realidad* del Espíritu Santo. Somos débiles porque la mayor de las provisiones divinas para esta dispensación se halla velada de irrealidad. Comprendemos otras verdades, pero no nos hemos aferrado a esta: el hecho de que el mayor poder y la suprema realidad y necesidad del mundo actual es el Espíritu Santo, no simplemente en el mundo en general o de forma colectiva dentro de la iglesia, sino en la vida individual.

Mientras los pastores sigan imaginándose que lo que necesitan es más fervor, ostentación o fuerza, y que si pudieran obtener estos factores se transformarían en todo lo que podrían llegar a ser, su predicación seguirá siendo de poca importancia, porque solamente estarán persistiendo en su debilidad.

Al mirar a través de los siglos hacia el episodio de Éfeso, la pregunta de Pablo sugiere la razón por la cual muchas vidas han fracasado en su experiencia espiritual, y por

la cual la iglesia es tan débil. Nada puede compensar la falta del Espíritu Santo. Lo que el vapor o la gasolina es para la máquina, lo que la electricidad es para el motor, eso y más es el Espíritu Santo para el alma que batalla contra el pecado y para todo aquel que quiera realizar un trabajo exitoso.

Como el fuego difiere del agua

La pregunta de Pablo marca el límite entre dos clases de cristianos en la iglesia: los que conocen a Jesús solo como el *Salvador* que perdona sus pecados y les ofrece la esperanza del cielo, y los que lo conocen como el *Señor* sobre el pecado, quien mora en el alma del obrero como presencia viviente y realidad personal, preparándolo así para un servicio más amplio.

Algunos tienen un ministerio de arrepentimiento, bautizando con agua para una limpieza exterior y una reforma moral. Hacen implícitamente de la obra de la iglesia una cuestión moral en vez de espiritual, y su primera preocupación es la conducta del individuo en lugar de su naturaleza. Así luchan con una reforma exterior en lugar de una transformación interior. Pero Juan habló de aquel que bautizaría «con el Espíritu Santo y con fuego». Su obra difiere del simple bautismo para arrepentimiento como el fuego difiere del agua. Posee un poder interno, consumidor, todopoderoso.

Este es el poder que completa el bautismo preliminar de arrepentimiento. Recibirlo es «la mayor y más urgente de todas nuestras necesidades». Después de tres años de compañerismo personal con los discípulos, Jesús dijo que era «necesario» que él se fuera para que recibieran el Espíritu Santo. La presencia del Espíritu, declaró, sería para ellos aún de más valor que su continua presencia corporal.

El resultado es una predicación exenta de poder

Insistimos: A quién le corresponde hacer una pregunta como: «¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?». ¿No es acaso al pastor? Pablo la hizo, inmediatamente, cuando la necesidad era evidente. Su pregunta indicaba que había habido solamente una instrucción parcial. Su necesidad era primeramente la falta del predicador. La presentación del evangelio que no incluye la gloriosa provisión del Espíritu Santo no es completa ni adecuada. El que ha sido instruido parcialmente puede tener solo una experiencia parcial. *Pero en demasiados casos el asentimiento intelectual a la verdad evangélica ha sustituido a esta provisión divina.*

Muchos predicadores poseen magníficos dones, son celosos, poderosos en las Escrituras y elocuentes, y, sin embargo, dejan detrás a conversos débiles y defectuósos, porque en la práctica ellos mismos viven del lado equivocado de su Pentecostés personal. Nadie puede expresarse con claridad si no sabe lo que quiere decir. La tendencia es siempre hacia lo formal, lo materialista, lo utilitario.

Cuán fácilmente disminuye la visión espiritual. Es la ausencia del Espíritu lo que hace que la predicación de un hombre poderoso sea débil. La erudición, los talentos y la elocuencia son debilidad sin la presencia del Espíritu. Si el corazón de Pablo ardía cuando dirigió a los doce hombres la importante pregunta, ¿qué no diría si pudiera ver a la iglesia hoy, en este «tiempo de la lluvia tardía»? Observemos las siguientes declaraciones:

> «La ausencia del Espíritu es lo que hace tan impotente el ministerio evangélico. Puede poseerse saber, talento, elocuencia, y todo don natural o adquirido; pero, sin la presencia del Espíritu de Dios, ningún corazón se conmoverá, ningún pecador será

ganado para Cristo. Por otro lado, si sus discípulos más pobres y más ignorantes están vinculados con Cristo, y tienen los dones del Espíritu, tendrán un poder que se hará sentir sobre los corazones. Dios hará de ellos conductos para el derramamiento de la influencia más sublime del universo» (*Testimonios para la iglesia*, t. 8, p. 29).

«Sin el Espíritu de Dios, un conocimiento de su Palabra no tiene valor. La teoría de la verdad, cuando no va acompañada del Espíritu Santo, no puede avivar el alma o santificar el corazón. Uno puede estar familiarizado con los mandamientos y las promesas de la Biblia, pero a menos que el Espíritu de Dios grabe la verdad, el carácter no será transformado. Sin la iluminación del Espíritu, los hombres no podrán distinguir la verdad del error, y caerán bajo las tentaciones maestras de Satanás» (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 338).

«La espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios atraviesa el corazón del pecador y lo corta en pedazos. Cuando la teoría de la verdad es repetida sin que su sagrada influencia se sienta en el alma del orador, no tiene fuerza sobre sus oyentes, sino que es rechazada como si fuera error y el predicador echa sobre sí la responsabilidad por la pérdida de las almas» (*Gospel workers*, p. 253).

«No debemos restar prominencia a las verdades especiales que nos han separado del mundo, y nos han hecho lo que somos; porque están llenas de intereses eternos. Dios nos ha dado luz acerca de lo que acontece ahora, y por la pluma y de viva voz debemos proclamar la verdad al mundo. Pero es la vida de Cristo en el alma, es el activo principio del amor impartido por el Espíritu Santo, lo único que puede hacer fructificar nuestras palabras» (*Obreros evangélicos*, p. 305).

10

Mandamientos y provisión divinos

Aproximadamente diez años después de los acontecimientos referidos en el último capítulo, y escribiendo a la iglesia de la ciudad de Éfeso, Pablo agrega esta solemne amonestación a su pregunta original: «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu» (Efe. 5: 18). Este es un desafío a recibir algo. Algunos no habían sido llenados, y su condición produjo esta doble amonestación con un lado positivo y uno negativo.

Se trata de algo más que deseable: indispensable. No es algo que simplemente puede hacerse, sino que es indispensable, obligatorio. No tenemos más autoridad para desobedecer la segunda parte que para pasar por alto la primera, porque una es tan obligatoria como la otra. Es más que un simple consejo; es una orden de aplicación general, tan categórica como la prohibición contra la embriaguez. El hecho de que el creyente no esté «lleno»,

denota tanta desobediencia como cuando un pecador impenitente no se rinde arrepentido a la voluntad de Dios.

La orden de ser llenos es más que un privilegio, es un claro deber, y un derecho inherente de todo cristiano. El creer la verdad no es un sustituto. El estudio de la Biblia no es un sustitutivo. El mucho trabajo no es un sustitutivo. Guardar el sábado, tampoco. Desobedecemos a riesgo propio esta orden positiva que se nos ha dado.

No por medida sino en su plenitud

Pensemos por un momento en las palabras: «Sed llenos». El imperativo nos insta a una experiencia presente, y no se refiere a algo que tenemos que mirar retrospectivamente. Sí, «sed llenos». Podemos estarlo: en la mañana, al mediodía, en la noche, momento tras momento.

> «Mañana tras mañana, cuando los heraldos del evangelio se arrodillan delante del Señor y renuevan sus votos de consagración, él les concede la presencia de su Espíritu con su poder vivificante y santificador. Y al salir para dedicarse a los deberes diarios, tienen la seguridad de que el agente invisible del Espíritu Santo los capacita para ser colaboradores juntamente con Dios» (*Los hechos de los apóstoles*, GEMA/APIA, p. 43).

La incredulidad no debe sugerir que esta experiencia es demasiado elevada. Es una orden divina, y por lo tanto tan obligatoria como cualquier otra. Puesto que todas las órdenes de Dios son también habilitaciones, equivalen a otras tantas promesas. Si aceptamos las otras doctrinas, exhortaciones y enseñanzas de esta Epístola a los Efesios, ¿por qué habríamos de empequeñecer esta orden, u omitirla?

Todos los hijos de Dios son *nacidos* del Espíritu; pero es algo distinto ser *llenos* con el Espíritu. Una cosa *es tener* el Espíritu por medida; pero es algo totalmente diferente

que *él nos posea completamente*. Lo que él desea es entrar y llenar cada parte de nuestro ser. Si tenemos fe como para creer que Jesucristo puede salvar a una persona de la *culpabilidad* del pecado, ¿no deberíamos creer también que puede cumplir la promesa de llenarnos? Lo uno es tan sagrado como lo otro. El hecho de ser llenados no ofrece mayor dificultad que el hecho de ser perdonados. Y el que es salvado también debería ser llenado, porque el *poder* de Cristo está tan disponible como *su perdón*. Para decirlo en síntesis, hemos de creer y ser salvos, creer y ser llenos.

Tampoco pensemos que esta promesa era solamente para los tiempos apostólicos. Es igualmente para «todos los que están lejos» (Hech. 2: 39). Es tanto para nosotros que vivimos en las doradas glorias del tiempo del fin como para quienes vivieron en el plateado amanecer de esta dispensación del Espíritu.

La comunicación de vida al alma

La orden de ser «llenos del Espíritu» se contrasta con la influencia excitante de las bebidas alcohólicas. El día del Pentecostés se acusó a los discípulos de estar ebrios. Pero la acción del Espíritu Santo se contrasta aquí con el estado alcohólico antinatural del bebedor; porque cuando el Espíritu llena a una persona, la vida que se somete a él se halla bajo la dirección y el control de un agente divino y sobrenatural.

Bajo los efectos del alcohol el individuo se llena de descortesía, profanidad, conducta desordenada y de todo lo que inspira un espíritu maligno. Pero *el* alma llena del Espíritu está abrigada, rodeada y animada por Aquel cuyo nombre es el Santo. El bautismo del Espíritu Santo es la entrega de la vida de Dios a la naturaleza humana. Es la entrada del Espíritu de Dios, que viene a morar dentro

del ser. No es sinónimo de la manifestación de los dones espirituales. Es fundamentalmente distinto de la simple aparición espiritual. Es una presencia como de fuego para purificar, ennoblecer y traer gracia.

«Sed llenos» es una expresión dada en el *modo imperativo*. La necesidad es urgente porque los años son pocos. Su realización es obligatoria y debería haberse efectuado hace tiempo. Urgimos a los pecadores a que acepten al Cordero de Dios debido a la brevedad de la vida, la certidumbre e inminencia del juicio final y la bendición de la salvación tanto presente como futura.

Así también nuestro amado Jesús espera que seamos llenos del Espíritu por razones similares y aun mayores. Hoy Dios desea a hombres que, olvidándose de sí mismos, deseen ser recipientes y canales del poder del Espíritu Santo. No necesitamos comprender la naturaleza ni el proceso del ungimiento. Todo lo que necesitamos saber es la realidad de su poder y la ley que rige su forma de obrar. También necesitamos cumplir las condiciones.

Ninguna otra cosa nos capacitará para vivir vidas victoriosas y fructíferas. De esa manera el gozo de la redención se transforma en una experiencia personal. Y en los días efímeros de este tiempo del fin Dios llenará a los hombres con su Espíritu así como lo hizo en los días de la lluvia temprana. Tanto Juan el Bautista como Elías prototipos de la iglesia del fin estaban llenos del Espíritu.

Recordemos esto: «El Padre dio a su Hijo su Espíritu sin medida, y nosotros podemos participar también de su plenitud» (*El conflicto de los siglos*, GEMA/APIA, p. 469).

Se recibe como un acto personal de fe

«Sed llenos» es una expresión registrada en la *voz pasiva*. No se nos pide que nos llenemos a nosotros mismos,

sino que seamos llenados, tanto *por* el Espíritu como *con* el Espíritu. Debe haber un Llenador. Hemos, de depender de él, y la responsabilidad descansa sobre él. Esta certidumbre de que podemos ser llenos es incuestionable, debido a que se basa en la firme Palabra del Dios viviente. Al cumplir las condiciones seremos llenos. Sin embargo, el don ofrecido es una cosa, y la apropiación personal de él es otra.

La voz pasiva indica la voluntad sumisa, el cuerpo sometido y el corazón vaciado. Estos son los grandes prerrequisitos. Lo recibimos mediante un acto de fe personal definido, deliberado y de consciente sometimiento. Pero se trata de algo más que un sencillo asentimiento, un consentimiento pasivo a su entrada. Debemos apropiarnos del don en forma activa y real. En este sentido la orden de ser llenos es activa y positiva.

Permítasenos solo una pregunta antes de continuar: *¿Cómo sabremos que estamos llenos del Espíritu?* Existe el peligro de esperar una gran agitación de las emociones, alguna revelación especial de gloria, alguna sensación desusada e impresionante de su presencia majestuosa. Sin embargo, no es generalmente el caso. Es cierto que así sucedió el día del Pentecostés, cuando vino la primera vez. Pero después de esa ocasión no fue usualmente una experiencia asombrosa. En algunos casos su llegada ha sido volcánica, revolucionando radicalmente la vida. Pero esto no es necesario ni general. Distingamos entre la esencia y los meros acompañamientos.

La experiencia de ser llenados no es idéntica al comparar un caso con otro. Depende en gran medida de los temperamentos. El «ser llenos» es nada más que mantener todo el ser bajo la dirección y la posesión del Espíritu

Santo. Es el mismo Dios en la presencia y la persona del Espíritu Santo, quien entra en el salón del trono del alma del creyente, gobernando allí para el desarrollo de una vida y un servicio perfectos. El ser llenos del Espíritu no es necesariamente experimentar emociones maravillosas, sino tener a Cristo glorificado dentro de nosotros.

Distinción entre modo y realidad

Tal vez una ilustración sería provechosa. Un río puede llenarse de dos maneras distintas. Puede llenarse con grandes lluvias torrenciales, en medio de un gran ruido, alboroto y conmoción. Y el resultado puede ser aguas torrentosas, inundación y violencia. Pero también puede llenarse con el paulatino derretimiento de las nieves, calmadamente, subiendo continuamente hasta llenarse, sin ruido, perturbación ni conmoción. De esta forma se llena gradual y ampliamente. Los métodos difieren, pero en ambos casos el río se llena totalmente.

De modo similar, el mudo viento se conoce, no por alguna percepción visible, sino por sus efectos. Tanto en el idioma hebreo como en el griego la palabra *espíritu* es la misma que *viento*. Esta voz sugiere al mismo tiempo suavidad y fuerza. Puede ser como el quedo viento del atardecer, o puede venir con el poder avasallador de la tempestad, y en ambos casos se tratará de una manifestación del viento.

Así también sucede con el derramamiento del Espíritu. Puede ser repentino, o puede descender gradualmente sobre el alma. Verdad es que a veces el abastecimiento, en los tiempos apostólicos, venía acompañado de fenómenos milagrosos, terremotos, viento o fuego. Sin embargo, a menudo no había nada que así lo caracterizara. Siempre debemos distinguir entre la forma de la operación y su misma sustancia.

«Cuando el Espíritu Santo mueve al agente humano no nos pregunta en qué manera ha de proceder. A menudo actúa de maneras inesperadas» (*Testimonios para los ministros*, p. 64).

«El Espíritu Santo no adula a ningún hombre, ni trabaja de acuerdo con el designio de hombre alguno. Los hombres finitos, pecadores, no han de manejar al Espíritu Santo. Cuando este venga como reprobador, por medio de cualquier agente humano a quien Dios escoja, el lugar del hombre es oír y obedecer su voz» (*ibíd.*, p. 65).

Fe, realidad y sentimiento

No debemos marcar arbitrariamente y de antemano el canal preciso. Es muy fácil formar prejuicios que no tienen apoyo en la Biblia. Muchos esperan emociones físicas, tales como jubilosas excitaciones emotivas y maravillosas descargas espirituales, y se desaniman si no las experimentan. Realmente el abastecimiento del Espíritu no está destinado a ser algo de apariencia extraordinaria. Es un legado destinado a ser la experiencia normal de los cristianos, que los capacite diariamente para vivir una vida santa y servir efectivamente, así como para enfrentar momentos de crisis mediante dotaciones especiales. Tal vez seamos incapaces de especificar el momento preciso de nuestro ungimiento, como sucede en algunas conversiones experimentadas en sagrado silencio, porque las conversiones no necesitan ir acompañadas de jubiloso éxtasis.

Realidad, fe y sentimiento es el orden divino. La unción puede ser única, pero probablemente será común. Bernabé nunca tuvo la experiencia de Pablo, y, sin embargo, ambos estaban llenos del Espíritu. Los hechos fundamentales eran idénticos. El método no es lo importante;

el hecho básico es lo esencial. De modo que la unción no se basa en sentimientos sino en hechos. Se produce como resultado de una fe silenciosa. Acerca de esto leemos: «Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzara a los gentiles, *a fin de que por la fe recibiéramos la promesa del Espíritu*» (Gál. 3: 14).

Así como el ofrecimiento del perdón de los pecados registrado en 1 Juan 1: 9 es una simple oferta por una parte y una sencilla aceptación de la condición, por la otra, igualmente en Apocalipsis 3: 20 encontramos el ofrecimiento de Cristo de entrar y morar en el corazón de cualquier persona que lo escuche y le abra la puerta de la vida. Se trata de que nuestra naturaleza humana sea poseída por el Espíritu de Dios. El ser llenos trae consigo el bendito sentimiento de la presencia de Cristo. Lo conocemos como nunca antes y su señorío se transforma en una realidad consciente y práctica. Uno se siente silenciosamente embargado por la conciencia de esa Presencia que lo transporta hasta detrás del velo, frente a las realidades invisibles.

Hay un sentimiento de la posesión soberana de Dios, una visión de su inalterable propósito y una conciencia íntima de comunión con Cristo, un aborrecimiento profundo del pecado y una feliz amistad con el Espíritu. Se produce una gran diferencia en la vida y la obra del individuo. La evidencia del poder del Espíritu en el caso de Eliseo no se tradujo en emociones fuertes o manifestaciones especiales. Pero cuando él también hirió las aguas, se dividieron. La diferencia se notó en el servicio.

Dos métodos de estorbo satánico

Satanás utiliza dos métodos sobresalientes a fin de estorbar a las verdades importantes. Primero, trata de esconder

la visión durante tanto tiempo como le es posible; segundo, cuando no la puede seguir escondiendo por más tiempo, él aparenta promoverla, pero distorsionándola. Si puede, quita la verdad de su marco verdadero, desfigurándola hasta transformarla en un error fatal. Tómese por ejemplo la verdad de la justificación por la fe. La mantuvo escondida durante los largos y fatales siglos de la Edad Media hasta que Lutero la obligó a salir a la luz. Luego el diablo la adoptó indirectamente como suya, la modificó a su antojo y la aplicó mal hasta que produjo como resultado el antinomianismo [el rechazamiento de la ley de Dios], que ha sido recibido por las multitudes con efectos devastadores.

Así también ha sucedido con la verdad del Espíritu Santo. Aunque oscurecida durante siglos, por fin se desarrolló un intenso interés en su reavivamiento, caracterizado por una notable investigación de ese tema en una generación. En los últimos cincuenta años se han escrito más libros, folletos y artículos sobre el tema del Espíritu que los que se habían escrito desde la invención de la imprenta. Su estudio no puede restringirse, de modo que el diablo está decidido a echar sombras sobre este asunto, desacreditándolo mediante las actitudes extremas del pentecostalismo, el fanatismo y las irracionalidades de varias sectas extremistas, o con los caprichos del misticismo se hace caso omiso de su aspecto histórico y se empequeñece la dependencia de la Palabra de Dios.

Pero no debemos permitir que el diablo nos robe la verdad divina ni que aleje de nosotros su bendición preparada. No debemos ser engañados por sus astutos planes, ni dejarnos que nos induzca a despreciar la bendición celestial. Nuestra mayor y más urgente necesidad, la necesidad de todas nuestras necesidades hoy, es el Espíritu Santo, el poder y la provisión de su ungimiento. Y

la provisión que estamos estudiando aparece en contraste con todas las perversiones y falsificaciones modernas. Es muy improbable que el pueblo adventista, serio y racional, se vea jamás arrastrado a aceptar los absurdos bulliciosos de algunas sectas religiosas. Nuestro peligro es ser inducidos a participar en la diabólica conspiración del silencio, dejando de investigar en busca de la verdad, por causa del disgusto nacido de los falsos extremos. Fíjese en estas declaraciones:

> «Se ha acarreado gran reproche sobre la obra del Espíritu Santo por causa de los errores de una clase que, asegurando haber recibido su luz, profesa no tener más necesidad de la dirección de la Palabra de Dios. Son gobernados por impresiones que consideran como la voz de Dios en el alma. Pero el espíritu que los controla no es el Espíritu de Dios. El dejarse guiar por impresiones descuidando las Escrituras puede conducir solamente a confusión, decepción y ruina. Sólo sirve para adelantar los designios del malo» (Elena G. de White, *Australian Signs of the Times*, 24 de julio de 1911).
>
> «Puesto que el ministerio del Espíritu Santo es de importancia vital para la iglesia de Cristo, uno de los artificios de Satanás es echar menosprecio sobre la obra del Espíritu mediante los errores de extremistas y fanáticos, y hacer que el pueblo de Dios abandone esta fuente de fortaleza provista por nuestro mismo Señor» (*ibíd.*).

Bajo el control del Espíritu

El Espíritu Santo, que ha de colmarnos de su poder, no es una influencia vaga ni una fuerza mística. Es una persona divina, a quien debe recibirse con profunda humildad, veneración y obediencia. Por lo tanto, no es una cuestión

de que nosotros obtengamos más de él, sino que él ha de tener más de nosotros; sí, ha de poseernos totalmente. Así que no estamos buscando un poder impersonal, sino el conocimiento más pleno de una persona, una mayor adhesión a esa persona, un amor más fuerte por una persona y el control absoluto de nuestra vida por esa persona divina, el Espíritu Santo de Dios.

El Espíritu Santo viene para administrar en nosotros el gobierno de Cristo. El permitir que seamos poseídos es un prerrequisito para experimentar su poder. Pero *nosotros* nunca ejercitamos ese poder; el Espíritu Santo es quien siempre lo hace. De modo que no estamos sencillamente siendo colmados de una influencia o una sensación, ni de un conjunto de ideas o una mera bendición, *sino de una persona bendita.*

No debemos hacer nada que desagrade ni desaloje a este ser celestial. Hemos de tratarlo como un huésped bienvenido, puesto que él es particularmente sensible a la recepción que le otorguemos. Nunca se entromete, sino que entra alegremente por la puerta abierta y acepta cada invitación. Pero él no entra ni se queda sin nuestro consentimiento.

En épocas pasadas el Espíritu operó de acuerdo con su voluntad soberana sobre los objetos de su gracia, visitando corazones solitarios de acuerdo con su propio beneplácito. Pero en esta dispensación Dios ha ordenado ciertas leyes universales referentes *a su operación* y *nuestra cooperación*. Y *es* él quien reconoce más escrupulosamente sus propias leyes. Él respeta la soberanía de la voluntad humana, sin forzar jamás la inestimable bendición de su presencia sobre corazones involuntarios. Pero toca a la puerta esperando ser reconocido y reclamado. Obra en el alma a medida que cooperamos obedientemente.

El ministerio supremo de la gracia divina

El misterio de Belén es incomprensible. Sin embargo, fue un acontecimiento positivo para la humanidad. Que se formara un cuerpo para el Hijo de Dios bajo el poder de la sombra del Espíritu Santo y que el Espíritu Santo morara en el Cristo de Belén, es verdaderamente un milagro del poder divino. Pero que el mismo Espíritu venga ahora a morar en los cuerpos de hombres pecadores es el misterio supremo de la gracia divina.

El Espíritu de Dios busca habitar en nuestro cuerpos. Cuando Dios creó al ser humano, sin pecado, lo hizo para esto. Por causa del pecado se frustró el plan de Dios, y en lugar de hallarse lleno del Espíritu de Dios, el hombre se encuentra lleno de egoísmo y mundanalidad. Pero aun durante el reino del pecado Dios está luchando por volver a ganar la posesión de la ciudadela del alma.

Este era el propósito de la venida del segundo Adán: la compra del dominio perdido y la posibilidad de que la raza humana fuera de nuevo el «templo del Espíritu Santo» (1 Cor. 6: 19, 20). Así se restaura la deshecha comunión entre Dios y el hombre.

Consideremos estos pensamientos:

> «Desde las edades eternas, había sido el propósito de Dios que todo ser creado, desde el resplandeciente y santo serafín hasta el hombre, fuese un templo para que en él habitase el Creador. A causa del pecado, la humanidad había dejado de ser templo de Dios. Ensombrecido y contaminado por el pecado, el corazón del hombre no revelaba la gloria del Ser divino. Pero por la encarnación del Hijo de Dios, se cumple el propósito del Cielo. Dios mora en la humanidad, y mediante la gracia salvadora, el corazón del hombre vuelve a ser su

templo» (*El Deseado de todas las gentes*, GEMA / APIA, p. 137).

En la creación, Dios creó a la raza humana del polvo de la tierra, y esto constituyó la base material de su formación. Luego alentó dentro de él el soplo de vida, de tal manera que el hombre se transformó en un ser espiritual. Mediante este soplo de Dios nació el lado consciente de la naturaleza del ser humano, y quedó así capacitado para entrar en íntimo compañerismo con Dios. Con verdad se ha dicho que este hecho confiere al hombre su cualidad humana y lo distingue del mundo animal. Ninguna otra forma de vida inferior conoce a Dios. Solo el ser humano fue creado para mirar el rostro de Dios y para conocerlo, amarlo, tener confianza en él y servirle. Además, la sabiduría para que el ser humano ejerciera dominio sobre los seres inferiores de la creación también provenía de Dios.

Originalmente el ser humano comprendió y obedeció las leyes divinas. Y tanto su comprensión como su obediencia tuvieron su origen en el Espíritu Santo que había sido el agente divino en la creación del ser humano. «El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio la vida» (Job 33: 4, RV60). Así que todo el bienestar del hombre fue condicionado a la energía y la sabiduría del Espíritu. Pero el hombre perdió este elevado privilegio. Por su rebelión fue separado en gran medida del Espíritu Santo.

Jesús nuestro ejemplo y modelo

Este principio vital se hace evidente al estudiar la vida de Cristo, el segundo Hombre, el último Adán. La relación entre el Espíritu Santo y el Hombre Perfecto es por demás iluminadora. Cada una de sus acciones corporales o de sus procesos mentales fue motivada por el Espíritu Santo. De ese modo Jesús llegó a ser nuestro ejemplo y modelo en su relación con el Espíritu.

Su nacimiento, crecimiento, tentación, ministerio, milagros, muerte, resurrección, así como la organización de la iglesia, fueron todas operaciones del Espíritu Santo. Esta unción completa y esta posesión total del Espíritu Santo hizo de nuestro Señor lo que llegó a ser como hombre. Cada una de sus acciones y pensamientos fueron motivados por el Espíritu divino, como lo indican los siguientes pasajes bíblicos seleccionados entre muchos otros de similar importancia. Nótese su alcance:

«Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que va a nacer será llamado Hijo de Dios» (Luc. 1: 35).

«Jesús, *lleno del Espíritu Santo*, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto por cuarenta días, y era tentado por el diablo» (Luc. 4: 1, 2).

«Jesús volvió *en el poder del Espíritu* a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor» (v. 14).

«Cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hech. 10: 38).

«Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios» (Mat. 12: 28).

«¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?» (Heb. 9: 14).

«Porque también Cristo murió una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios. Murió en la carne, *pero volvió a la vida por el Espíritu*» (1 Ped. 3: 18, NC).

«En mi primer escrito, Teófilo, me referí a todas las cosas que Jesús hizo y enseñó desde el comienzo hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido» (Hech. 1: 1, 2).

La propia vida de Cristo fue llena del Espíritu

Durante su niñez y juventud Cristo estuvo constantemente bajo la influencia maestra y modeladora del Espíritu de Dios; pero en ocasión de su bautismo entró en una nueva etapa de su experiencia, caracterizada por una relación más estrecha con él. Este fue su Pentecostés personal. Fue dotado y ungido sin medida (Juan 3: 34). Fue lleno del Espíritu Santo. Siempre estaba consciente de que el Espíritu del Señor había venido sobre él ungiéndolo para predicar. Sus milagros y palabras procedían de esa inspiración. Mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sobre la cruz, y después de su resurrección operada por el Espíritu Santo (1 Ped. 3: 18) «fue declarado Hijo de Dios con poder» (Rom. 1: 4).

Cada rasgo del carácter de Cristo es atribuible directamente al Espíritu de Dios. La universalidad e indispensabilidad de la obra del Espíritu en favor del hombre son evidenciadas por los siguientes nombres que se le dan: el Espíritu de vida (Rom. 8: 2), el Espíritu de adopción (Rom. 8: 15), el Espíritu de verdad (Juan 14: 17), el Espíritu de sabiduría (Efe. 1: 17), el Espíritu de poder y de amor (2 Tim. 1: 7), el Espíritu de fe (2 Cor. 4: 13), el Espíritu de gracia (Heb. 10: 29), y el Espíritu de gloria (1 Ped. 4: 14). Y la característica constantemente enfatizada es *Santo* Espíritu.

Jesús estaba «lleno»del Espíritu Santo. Y el mismo Espíritu que vivió en la vida de Jesús, que lloró a través

de sus lágrimas y amó en su sacrificio, anhela morar en nosotros como la mismísima presencia de nuestro querido Redentor.

Esporádico en los tiempos del Antiguo Testamento

Por causa del pecado el hombre se ha distanciado de Dios. El pecado es algo antinatural que ha envenenado a cada generación sucesiva. La obra de Jesús consistió en librar al hombre del elemento pecaminoso y cambiar aquello antinatural por algo espiritual. En los tiempos del Antiguo Testamento las manifestaciones del ministerio del Espíritu en el hombre fueron parciales y solo ocasionales en su plenitud. Hombres escogidos fueron llenados para el cumplimiento de tareas especiales. De ese modo José, Gedeón y otros fueron llenos del Espíritu.

Cuando llegamos al momento de la encarnación de Cristo, Juan —su precursor— fue lleno del Espíritu Santo desde su nacimiento (Luc. 1: 15); Elisabet fue ungida en ocasión de su salutación (Luc. 1: 41); y Zacarías fue llenado para pronunciar su profecía (Luc. 1: 67-69).

> «Desde el principio Dios ha estado obrando por su Espíritu Santo mediante instrumentos humanos para el cumplimiento de su propósito en favor de la raza caída. Esto se manifestó en la vida de los patriarcas. A la iglesia del desierto también, en los días de Moisés, Dios le dio su "Espíritu para enseñarles" (Neh. 9: 20, RV60). Y en los días de los apóstoles obró poderosamente en favor de su iglesia por medio del Espíritu Santo. El mismo poder que sostuvo a los patriarcas, que dio fe y ánimo a Caleb y Josué, y que hizo eficaz la obra de la iglesia apostólica, ha sostenido a los fieles hijos de Dios en cada siglo sucesivo.

»Fue el poder del Espíritu Santo lo que durante la época del oscurantismo permitió a los cristianos valdenses contribuir a la preparación del terreno para la Reforma. Fue el mismo poder que hizo eficaces los esfuerzos de muchos hombres y mujeres que abrieron el camino para el establecimiento de las misiones modernas, y para la traducción de la Biblia a los idiomas y dialectos de todas las naciones y pueblos» (*Los hechos de los apóstoles*, GEMA/APIA, p. 41).

No solamente para unos pocos privilegiados

Ser llenos del Espíritu Santo significa estar bajo la dirección, el dominio, el poder y el control del Espíritu. Pero hay una clara línea de demarcación entre la nueva dispensación y la antigua. El estar «llenos del Espíritu» ya no es algo reservado para unos pocos privilegiados. Se ha colocado ahora esta provisión al alcance de todos. Así lo declaró Pedro en su sermón del día de Pentecostés (Hech. 2: 17, 18).

En el Pentecostés *todos*, los ciento veinte apóstoles y discípulos, hombres y mujeres, fueron «llenos con el Espíritu Santo» (Hech. 2: 4). Leemos además en Hechos 4: 3: «Cuando terminaron de orar, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban con valentía la palabra de Dios». Los nuevos conversos fueron llenos; Pedro fue ungido nuevamente (Hech. 4: 8); Esteban y los otros seis diáconos fueron colmados (Hech. 6: 3-5; 7: 55) ; Bernabé fue ungido (Hech. 11: 22-24); y Pablo fue ungido también (Hech. 13: 9, 10).

La palabra *lleno* aparece vez tras vez en el libro de los Hechos en tres formas verbales: *llenados*, *siendo llenados* y *llenos*. Los cristianos eran llenados a medida que se

necesitaba que lo fueran. Era su condición normal, especialmente cuando la necesidad era mayor. Se enseñaba a los creyentes que esperaran tal ungimiento. El no ser llenos era la excepción en lugar de ser la regla en los tiempos apostólicos. De aquí la pregunta que Pablo propuso en Éfeso.

No se puede tener el monopolio del Espíritu Santo

Debería observarse que el libro de los Hechos no tiene una conclusión formal. Dios deseaba que se prolongara a través de los siglos de la dispensación del Espíritu. Esto no es solamente para los de apariencia enfermiza y santurrona. La experiencia apostólica fue concedida como ejemplo y figura. Dios desea que *nosotros* seamos llenos. Nos pregunta: ¿Quieren serlo?

Nuestro texto de Efesios 5: 18 implica que todos los creyentes *pueden* ser llenos del Espíritu. Algunos parecen creer que solo unos pocos tienen el monopolio del Espíritu Santo. La verdad es justamente lo opuesto, porque *es el Espíritu Santo quien tiene el monopolio de solo unos pocos*. El Espíritu Santo ha sido prometido, y Dios está listo para concederlo como respuesta a la oración: «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» (Luc. 11: 13). Pedir el Espíritu era algo muy extraño para la experiencia religiosa hasta el día cuando Cristo amonestó a sus seguidores a hacerlo.

11

Llenos después de renacer

La distinción entre *regeneración* y estar *llenos del Espíritu* debería ser claramente definida y comprendida. A través de la regeneración obrada por el Espíritu (Juan 3: 5, 8), los hombres muertos en pecado son resucitados. Los libertinos, los hundidos en las pasiones carnales, los blasfemos que han hablado contra Dios, los infieles que han publicado su vergüenza al mundo, nacen de nuevo por el Espíritu. El Espíritu entra en cada persona así renacida para impartirle vida espiritual: «Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él» (Rom. 8: 9).

Este es un gran paso en la experiencia de la vida humana. Pero no es necesariamente lo mismo que el poseer la plenitud del Espíritu. Una cosa es recibir el Espíritu, pero otra es recibir su poder y totalidad. Hay una gran diferencia entre *tener* el Espíritu Santo y *ser lleno* con el Espíritu Santo. Ambas experiencias pueden y deberían venir juntas, pero a menudo no es así. Es una diferencia de grados. Egipto tiene el Nilo todo el año, pero su poder

fertilizador y fructificador está prácticamente dormido hasta el momento de desbordarse, inundando las zonas vecinas y cubriéndolas con el sedimento enriquecedor. Solo entonces provee las bendiciones necesarias para cada metro cuadrado de tierra que moja.

El señorío de Cristo sigue a su poder salvador

Si usted ha nacido de nuevo, tiene el Espíritu Santo; pero ¿ha sido llenado por él? Esa es la pregunta crucial. Muchos creen en Jesús, pero nunca pasan del primer estado. Sin embargo, debe haber una experiencia más allá del nuevo nacimiento. Y eso es el ser llenos con el Consolador. Por medio del nuevo nacimiento pasamos de muerte a vida; mediante el acto de ser lleno cada uno es transformado en un participante de la vida más abundante.

Se trata de una relación en la cual podemos participar o no, aunque se nos exhorta a hacerlo. Más aún, Dios nos ordena que lo hagamos en Efesios 5. Y para estar firmes en el tiempo cuando no haya más intercesión en nuestro favor, cuando haya cesado la misericordia y se haya terminado el perdón de los pecados, ahora debemos entrar en ella (Sof. 2: 3). A menos que seamos henchidos por él, este don de todos los dones, este huésped celestial, este ser poderoso y santo, es relegado a algún rincón oscuro del corazón, quedando así excluido de las demás áreas de nuestra vida.

¡Hagámoslo el huésped bienvenido, ante quien todos los rincones del ser se abran de par en par! Permitamos que el Espíritu Santo posea cada lugar y cada compartimento de su templo, que es nuestro cuerpo. Una vida así es el mayor privilegio del cristiano.

Esto sugiere que el señorío de Jesús se distingue a menudo de su poder salvador. El día del Pentecostés el Espíritu

Santo no solo descansó sobre los discípulos, sino que se alojó dentro de ellos (Juan 14: 16, 17). Hizo su morada dentro de sus vidas individuales, transformándolos en su propia posesión. Hizo de ellos su asiento, o «santa residencia», su lugar de morada permanente.

Así como durante la colonización los exploradores reclamaban para sí las tierras que conquistaban, también el Espíritu Santo reclama el corazón de sus discípulos. Ha entrado en el territorio de sus vidas, que no podría poseer de otra manera, porque el diablo había usurpado el dominio de Dios en los seres humanos. Pero ahora el Espíritu Santo ha tomado posesión de ellos con la intención de morar en ellos. Durante los tiempos pasados ha luchado *con los* hombres; en la dispensación antigua generalmente vino *sobre los* hombres, capacitándolos para un servicio especial; ahora desea morar *en* ellos. En los tiempos antiguos moró en los profetas (1 Ped. 1: 11); ahora desea morar en todos los creyentes (2 Cor. 6: 16).

Llenados según la capacidad

Este era el gran propósito de Jesús. Después de instruir y educar a los discípulos por espacio de tres años, él sencillamente los guió al punto de esperar la promesa del Padre. Y lo que Jesús ha prometido lo podemos obtener. He aquí el objeto del sermón de Pedro el día de Pentecostés. Después que el corazón de los hombres había sido compungido Pedro le dijo: «Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y *recibiréis el don del Espíritu Santo*» (Hech. 2: 38; la cursiva ha sido añadida). Este era también el propósito de Pablo al preguntar a los efesios si habían recibido el Espíritu, y al escribirles su amonestación (Hech. 19: 2; Efe. 5: 18).

No puede haber adoración verdadera, victoria personal ni servicio efectivo sino mediante la morada interior del Espíritu y su creciente operación dentro del ser. Aunque los discípulos fueran llenos en el Pentecostés, sin duda tenían mucho más que recibir, pero cada uno fue lleno solamente en la medida de su capacidad. Si nos hallamos en la cubierta de un barco en el medio del océano podemos ver el poderoso sol reflejado en sus profundidades; también puede ser visto en una laguna y aun en una gota de rocío matutino. El sol puede acomodarse a la capacidad de sus reflectores. De igual manera Dios puede llenar a cualquier hombre, no importa cuál sea su capacidad, si solamente le permite hacerlo.

Si el sol puede llenar una flor de tintes y colores con su luz, si la nube puede beber de sus rayos brillantes hasta resplandecer con gloriosos matices, así el Espíritu Santo puede hacer que su luz de santidad resplandezca en las vidas humanas. Y esta morada interior del Espíritu Santo en el creyente, así como la conciencia que este tiene de ella, es lo más grandioso que puede experimentar la vida humana.

No permitamos que seamos llenados hasta la mitad ni hasta dos tercios solamente. Nuestro testimonio será proporcional a la medida de nuestra unción. Abramos toda la vida para que Dios la llene. Debemos ser repletos, así como el aire llena nuestros pulmones y la sangre colma las venas y arterias de nuestro cuerpo.

La palabra griega generalmente traducida *llenar* es «*pléroein*», que significa *colmar*, es decir, llenar tanto que no haya lugar para más.

La expresión «llenos» sugiere la idea de una vasija con capacidad para recibir y contener. Dios es el alfarero; el hombre es la vasija. David habla de la copa, y Pablo del vaso de barro. Sí, el ser humano es una vasija diseñada

para recibir el Espíritu de Dios, una vasija cuyas proporciones se agrandan a medida que es llenada y vuelta a llenar.

Vaciados antes de ser llenos

La Biblia no enseña que uno puede ser lleno de forma definitiva. Siempre habrá nuevas necesidades, y solo Dios puede impartir nuevas medidas del Espíritu para enfrentarlas; cada nuevo abastecimiento proviene de lo alto. El Pentecostés fue solamente un principio, y los discípulos fueron abastecidos repetidamente. Pero necesitaban nuevas provisiones. Si bien el abastecimiento inicial es un hecho importante, debe ser seguido por nuevas comunicaciones. Cuando quiera que se levantaba una nueva emergencia los discípulos de antaño buscaban una nueva provisión.

Es cierto que existía un suministro habitual; pero había experiencias ocasionales de mayor plenitud, con propósitos especiales. Aun podría suceder que estuvieran llenos sin estar necesariamente colmados para esos momentos particulares. Tito habla de la «renovación en el Espíritu Santo» (Tito 3: 5); y Pedro menciona los «tiempos de consuelo» (Hech. 3: 19). El problema consiste en que muchos están tratando de realizar la obra de Dios con el poder que recibieron hace diez años. Todos somos vasijas agujereadas. Hemos de mantenernos constantemente bajo la fuente para estar siempre llenos.

Para ser llenos se requiere que primero nos vaciemos. Han de desplazarse así el yo y el pecado. Así opera la ley de exclusión. En un vaso hay lugar para muchas cosas. Pero si se llena de agua no hay más espacio para el aire que antes contenía. Dos cosas distintas no pueden ocupar al mismo tiempo el mismo lugar. El yo y el Espíritu Santo no pueden ocupar juntamente el trono del mismo corazón. Yo no

puedo seguir siendo algo si Dios lo ha de ser todo. *Y el yo no puede desplazar jamás al yo.* No trate usted de hacer lugar. Sencillamente entréguese y «el Señor vendrá repentinamente a su templo». En cada corazón hay una cruz y un trono. Si Jesús está en el trono el ego estará en la cruz.

«Al vaciar el corazón del yo debéis aceptar la justicia de Cristo [...]. Si abrís la puerta del corazón Jesús llenará el vacío con el don de su Espíritu» (Elena G. de White, *Review and Herald,* 23 de febrero de 1892).

Debemos ser vaciados. El viento siempre sopla hacia el vacío. En el «aposento alto», antes del Pentecostés, los discípulos estaban siendo vaciados y el vacío se produjo. El hijo del trueno fue vaciado de su carácter de trueno para poder ser llenado de amor. El incrédulo Tomás fue vaciado de su duda para poder ser llenado de fe. El presuntuoso Pedro fue vaciado de su presunción y volubilidad para poder ser llenado con poder y constancia divinos. Después vino el sonido como de un viento poderoso que anunciaba la llegada del Espíritu Santo para llenarlos.

¡Cuán bueno es Dios al conceder al hombre este supremo don! Se cuenta historia de un rey que deseaba mostrar su afecto a uno de sus soldados. Para ello le regaló su propia copa, ricamente adornada de joyas.

—Este regalo es demasiado grande para que yo lo acepte —dijo el soldado.

—Pero no lo suficientemente grande como para que no te lo conceda— fue la bondadosa respuesta del rey. Lo mismo podemos decir sobre del Espíritu Santo.

Indispensable para la terminación de nuestra misión

Habiendo progresado hasta aquí en nuestro estudio, indudablemente nos hemos formulado la pregunta: ¿Es

urgente para nosotros la promesa del Espíritu? ¿Es él la necesidad indispensable para la finalización de nuestra doble tarea de preparar a un pueblo para la venida del Señor y finalizar la obra de amonestar al mundo? El contestar estas preguntas con otro interrogante es ineludible: ¿De qué otra manera podría hacerse? Tenemos tantos problemas contra los cuales luchar como la iglesia primitiva. Hay mil cosas que pueden mantener a una persona alejada de Dios.

Hoy el mundo se muestra amigo de la iglesia, y sus tentaciones son consecuentemente mucho más sutiles y peligrosas y sus atractivos más suaves y seductores. Se ha reducído la distancia que existía entre ambos. El racionalismo de las iglesias populares ha despojado al mundo de la fe sencilla en Dios, de modo que hoy tenemos que cruzar las corrientes del modernismo. Este moderno espíritu corrompido ha penetrado hasta nuestras propias filas y muchos, perceptible o imperceptiblemente, se están perdiendo. A propósito de esto leemos:

«El Espíritu de Dios se está apartando de muchos de su pueblo. Muchos han entrado en senderos oscuros y secretos, y algunos nunca volverán. Continuarán tropezando hasta su ruina» (*Testimonios para los ministros*, p. 90).

La multiplicación de medios y esfuerzos no hará retroceder la corriente. El *poder* interior e invisible del pecado puede contrarrestarse únicamente con el *poder* invisible e interno de Cristo mediante el Espíritu Santo. Cuando él viene al corazón ahoga las tentaciones en la misma forma en que se apagan las chispas de fuego que caen en el océano. Necesitamos su vida como el fundamento de nuestra propia vida renovada (Gál. 2: 20). Lo necesitamos para que desarrolle nuestro carácter cristiano con su amor, su gozo, su paz, su paciencia, su benignidad, su bondad, su fe,

para servir a las mesas (Hech. 6: 2, 3), para sufrir persecución y martirio (Hech. 7: 55), para desenmascarar el mal (Hech. 13: 9, 10), para alabar y agradecer (Efe. 5: 18, 20). Ciertamente todas estas operaciones del Espíritu eran intensamente prácticas. Ahora fíjese en esta declaración:

«Como pueblo adventista no estamos haciendo ni la quincuagésima parte de lo que podríamos hacer como misioneros activos. Si tan solo fuésemos vitalizados por el Espíritu Santo, habría cien misioneros donde ahora hay uno solo» (*Consejos sobre salud*, pp. 507, 508).

«El número de obreros del ministerio no ha de disminuir, sino aumentar en gran manera. Donde hay ahora un predicador en el campo, se han de añadir veinte; y si el Espíritu de Dios los rige, estos veinte presentarán la verdad de tal modo que veinte más serán añadidos» (*Obreros evangélicos*, p. 67).

Demos ahora una mirada al cuadro que Pablo pinta de los resultados de ser llenos con el Espíritu Santo. El final de la Epístola a los Efesios, después de la admonición : «Sed llenos», hallada en el versículo 18 del capítulo 5, puede bosquejarse como sigue:

- ✓ v. 19: Cánticos en el corazón, es decir la expresión de un gozo santo.
- ✓ v. 20: Un espíritu de acción de gracias, manifestado en el reconocimiento de que Dios se ha encargado del corazón y que todas las condiciones adversas son elegidas o permitidas por él y obran para el bien de los llamados.
- ✓ v. 21: El sometimiento del yo. Nada sino el poder del Espíritu Santo puede lograrla.
- ✓ vv. 22-33, y 6: 1-5: La aplicación del Espíritu en la vida diaria:

  a. Esposas (5: 22)

b. maridos (v. 25)
c. hijos (6: 1)
d. padres (v. 4)
e. siervos (v. 5)

✓ v. 10: Finalmente, fuerza y poder.
a. Toda la armadura (vv. 11-17)
b. Oración e intercesión (v. 18)
c. Hablar sin miedo (v. 19)

12

Los frutos de la unción plena

Se distinguen tres resultados sobresalientes producidos por la plenitud del Espíritu: la *presencia* de Cristo, la *semejanza* de Cristo, y el *poder* de Cristo. Ampliemos brevemente estos conceptos:

Primero, la provisión del Espíritu Santo produce *una nueva y vívida conciencia de la presencia de Jesús*.

Antes, Jesús era una figura imprecisa, y las vislumbres de su rostro eran pocas y muy espaciadas, y eran breves los momentos de verdadera comunión. En los días de su morada terrenal la presencia de Jesús lo era todo. Cada dificultad era enfrentada por él y era él quien suplía cada necesidad. En la tormenta aquietó las aguas. Cuando las multitudes tuvieron hambre él suplió el alimento. Pero todo dependía de tenerlo a él con ellos. Su presencia era su ayuda. Así también es ahora. Todo depende de que su presencia esté con nosotros.

Concede fuerza y confianza

Lo que produce fuerza y confianza es la conciencia de esta provisión. Jesús hace su morada en nosotros mediante el Espíritu Santo. Eso es lo que necesitamos. La presencia de Cristo en el corazón se puede cumplir solamente por el recibimiento pleno del Espíritu. «Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en vuestros corazones» (Efe. 3: 16,17). También encontramos estos pensamientos expresados en los tiempos modernos:

> «En el plan de restaurar en el hombre la imagen divina, se hizo provisión para que el Espíritu Santo influyera sobre las mentes humanas y fuera como la presencia de Cristo, un agente modelador del carácter humano» (Elena G. de White, *Review and Herald*, 12 de febrero de 1895, p. 97).
>
> «La comunicación del Espíritu Santo era la comunicación de la vida misma de Cristo» (*ibíd.*, 13 de junio de 1899, p. 369).

Antes de esto el Espíritu había estado en el mundo; desde el mismo principio de la obra de la redención había estado influyendo sobre los corazones humanos. Pero mientras Cristo estuvo en la tierra, los discípulos no habían deseado ninguna otra ayuda. Solo cuando fueran privados de su presencia sentirían la necesidad del Espíritu, y entonces vendría.

> «El Espíritu Santo es el representante de Cristo, pero desprovisto de su personalidad humana e independiente de ella» (*ibíd.*,19 de noviembre de 1908, p. 15).
>
> «El Espíritu Santo es la presencia vital de Dios» (*Signs of the Times*, 7 de agosto de1901, p. 2).
>
> Se nos dice nuevamente:

«La obra del Espíritu Santo es inconmensurablemente grande. De esta fuente el obrero recibe el poder y la eficiencia de Dios; y el Espíritu Santo es el Consolador, como la presencia personal de Cristo para el alma. El que contempla a Cristo con una fe sencilla e infantil, es hecho participante de la naturaleza divina mediante la agencia del Espíritu Santo» (Elena G. de White, *Review and Herald*, 29 de noviembre de 1892).

Este compañerismo personal con Jesús es lo que hace la diferencia entre la vida nueva y la antigua. Se nos invita a entregarnos a una vida de comunión ininterrumpida con Jesús. Que nuestros corazones respondan ampliamente. Nuestra unión con Jesús no es una unión de carne con carne sino de espíritu con espíritu. «El Señor es el Espíritu» (2 Cor. 3: 17); y «el que se une al Señor, un espíritu es con él» (1 Cor. 6: 17).

Lo que necesitamos hoy es el Cristo viviente, reinante, presente y obrante; que su Espíritu testifique a nuestro espíritu; que su Espíritu tome el control del nuestro y lo dirija; que su Espíritu revele su vida, su poder y su obediencia en nuestras vidas, transformándonos y haciéndonos *verdaderos* cristianos. Y, sin embargo, no interfiere nuestra individualidad ni destruye nuestra personalidad. Leamos la siguiente declaración inspirada:

«Toda verdadera obediencia proviene del corazón. La de Cristo procedía del corazón. Y si nosotros consentimos, se identificará de tal manera con nuestros pensamientos y fines, amoldará de tal manera nuestro corazón y mente en conformidad con su voluntad, que cuando le obedezcamos estaremos tan solo ejecutando nuestros propios impulsos» (*El Deseado de todas las gentes*, GEMA/APIA, p. 637).

Produce la semejanza de Jesús

En segundo lugar, el abastecimiento del Espíritu produce *la semejanza de Jesús*. Cuando experimentemos su presencia se revelará en nosotros una cantidad de pecado y orgullo, carnalidad y fracaso, que nos asombrará. Los discípulos poseían la presencia externa de Jesús con ellos durante su morada terrenal, pero no exhibían su semejanza, la cual proviene solamente de su morada en lo íntimo del ser. Él era humilde, ellos orgullosos. Él era abnegado, ellos egoístas. Pero cuando el Espíritu Santo los llenó, los dotó de las características, la disposición y la misma semejanza de Jesús. *Esto es reproducción, no imitación*. Los vacíos de nuestra vida serán llenados de su plenitud, como el mar llena los vacíos de la playa. Leamos acerca de ello:

> «¿Cuál fue el resultado del derramamiento del Espíritu en el día de Pentecostés? Las buenas nuevas de un Salvador resucitado fueron proclamadas hasta los confines más remotos del mundo habitado. El corazón de los discípulos quedó sobrecargado de una benevolencia tan completa, profunda y abarcante, que los impulsó a ir hasta los confines de la tierra testificando: "Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gál. 6: 14). Mientras proclamaban la verdad tal cual es en Jesús, los corazones cedían al poder del mensaje. La iglesia veía a los conversos acudir a ella desde todas las direcciones. Los apóstatas se volvían a convertir. Los pecadores se unían con los cristianos en la búsqueda de la perla de gran precio. Los que habían sido acérrimos oponentes del evangelio llegaron a ser sus campeones. Se cumplía la profecía: "El que entre ellos sea débil [...] será como David, y la casa de David será como Dios, como el ángel de Jehová"

(Zac. 12: 8). Cada cristiano veía en su hermano la divina similitud del amor y la benevolencia. Un solo interés prevalecía. Un objeto de emulación absorbía a todos los demás. La única ambición de los creyentes consistía en revelar un carácter semejante al de Cristo y trabajar para el engrandecimiento de su reino» (*Testimonios para la iglesia*, t. 8, pp. 26, 27).

Concede el poder de Jesús

En tercer lugar, la unción plena trae consigo *el poder de Jesús*. Todos deseamos poder, y tenemos tan poco de él. Nuestra necesidad suprema es la de recibir poder. Esta verdad es tan familiar que parecería una más, pero es tan importante que necesita repetirse hasta que la iglesia despierte. El poder pertenece a Dios, pero él nos lo ha dado en Cristo por medio del Espíritu Santo. Dios no me lo da para que me pertenezca, sino que cuando me llena de él, el mismo Señor ejerce su poder en mí (Col. 1: 29).

«Necesitamos la energía de Pentecostés. Y esta vendrá; porque el Señor ha prometido enviar su Espíritu como poder conquistador» (*Obreros evangélicos*, p. 323).

A la luz de estos hechos grandiosos, ¿podría quedar alguna duda de que la provisión del Espíritu Santo es hoy nuestra mayor necesidad, tanto individual como colectiva?

«Dios puede enseñaros en un momento, por su Espíritu Santo, más de lo que podríais aprender de los grandes hombres de la tierra» (*Testimonios para los ministros*, p. 119).

«La presencia del Espíritu en los obreros de Dios dará a la proclamación de la verdad un poder que todo el honor y la gloria del mundo no podrían conferirle» (*Los hechos de los apóstoles*, GEMA/APIA, p. 39).

¡Concédenos, Señor esa maravillosa provisión!

La entrega completa, un requisito constante

¿Cuáles son, entonces, las condiciones para recibir esta provisión tan necesaria? Ha sido preparada y ofrecida para todos, sin embargo, comparativamente pocos la reciben. Muchos oran por ella, y sin resultados. ¿Por qué? Ah, porque no están listos a pagar el precio. ¿Y cuál es el precio? Solo el llenar las condiciones de las cuales depende la recepción y la operación de este poder. No lo tenemos, porque no llenamos las condiciones.

> «En la inconmensurable dádiva del Espíritu Santo se hallan contenidos todos los recursos del cielo. No es por causa de restricción alguna por parte de Dios por lo que las riquezas de su gracia no fluyen hacia la tierra, a los hombres. Si todos tuvieran la voluntad de recibir, todos serían llenados de su Espíritu» (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 345).

También se nos dice:

> «Cristo prometió el don del Espíritu Santo a su iglesia, y la promesa nos pertenece a nosotros tanto como a los primeros discípulos. *Pero como toda otra promesa, nos es dada bajo condiciones*. Hay muchos que creen y profesan aferrarse a la promesa del Señor; hablan *acerca* de Cristo y *acerca* del Espíritu Santo, y sin embargo no reciben beneficio alguno. *No entregan su alma* para que sea guiada y regida por los agentes divinos. No podemos emplear al Espíritu Santo. El Espíritu ha de emplearnos a nosotros. Por el Espíritu obra Dios en su pueblo "así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2: 13). Pero muchos no quieren someterse a eso. Quieren manejarse a sí mismos. Esta es la razón por la cual no reciben el don celestial. Únicamente a aquellos que esperan humildemente en Dios, que

velan para tener su dirección y gracia, se da el Espíritu. El poder de Dios aguarda que ellos lo pidan y lo reciban. Esta bendición prometida, reclamada por la fe, trae todas las demás bendiciones en su estela. Se da según las riquezas de la gracia de Cristo, y él está listo para proporcionarla a toda alma según su capacidad para recibirla» (*El Deseado de todas las gentes*, GEMA/APIA, pp. 641, 642; la cursiva ha sido añadida).

En términos generales, estas condiciones son: *entrega y permanencia,* la condición inicial y la permanente.

Debe existir una motivación pura, una entrega total y gozosa, y una confianza implícita. Hemos de comprender y confesar nuestra necesidad. El primer requisito para el tratamiento de una enfermedad y la mejoría del paciente es el reconocimiento de que está enfermo. Necesitamos comprender que la provisión del Espíritu es *para la última generación tanto como lo fue para la generación apostólica.* Necesitamos llegar a sentir que debemos tenerlo a cualquier costo, debemos llegar a comprender que cada facultad de nuestra naturaleza y cada momento de nuestra vida han de ser suyos, para que él los llene, sin más control independiente: vasijas vacías, para ser llenadas por él.

A menos que sintamos sed no seremos saciados. «Porque yo derramaré aguas sobre el sequedal, ríos sobre la tierra seca. Mi espíritu derramaré sobre tu descendencia, y mi bendición sobre tus renuevos» (Isa. 44: 3). No hay unción separada de la obediencia o que sea impartida excepto para obedecer. «El cual [el Espíritu Santo] ha dado Dios a los que lo obedecen» (Hech. 5: 32). No se concede sin oración. «Cuando terminaron de orar, el lugar

en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo» (Hech. 4: 31). Los primeros discípulos recibieron el Espíritu mientras se hallaban de rodillas. Postrémonos *de* rodillas delante de Dios y no nos apresuremos a levantarnos. Tampoco se recibe el Espíritu Santo sino por fe. «A fin de que por la fe recibiéramos la promesa del Espíritu» (Gál. 3: 14). Pidamos con fe, sin dudar. «Pedid a Jehová lluvia en la estación tardía. Jehová hará relámpagos, y os dará lluvia abundante y hierba verde en el campo a cada uno» (Zac. 10: 1).

¿Para qué deseamos el Espíritu Santo?

Profundicemos un poco más en este asunto. Primeramente hay un *deseo intenso y abnegado*. ¿Qué pretendo yo con el Espíritu Santo? Este es un interrogante escudriñador. ¿Lo anhelo solamente para glorificar a Jesús? Santiago y Juan no fueron llenos sino hasta después de contestar esta pregunta. Pablo fue lleno solamente porque para él el vivir era Cristo (Fil. 1: 21). Pedro no fue lleno sino hasta cuando estuvo listo a decir: «Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto? ¿o por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiéramos hecho andar a este?» (Hech. 3: 12).

Dios escudriña los corazones e conoce los motivos. Nunca se concederá la plenitud del Espíritu Santo para gratificar la ambición o para hacernos famosos en el ejercicio de la santidad o el servicio. Eso sería hacer mal uso de un don genuino. Si el propósito de buscarlo es la vanidad y la glorificación propia, es imposible el cumplimiento de su promesa. El que lo desea con el fin de hacerse grande, no podrá obtenerlo más de lo que Simón el Mago lo consiguió, porque él quería comprarlo.

¿Es para el yo o para Cristo? En otras palabras, ¿deseo yo el Espíritu Santo por la misma razón por la cual él me

desea? Porque cuando recibimos su poder debemos recibir al Espíritu Santo mismo; pues son inseparables. Debe ser el cumplimiento de la voluntad de Dios, nada menos, nada más, ni ninguna otra cosa.

En segundo lugar, debe haberse formado *un vacío* mediante nuestra entrega consciente y definida, para que él ocupe su merecido lugar en mí. Se trata de una entrega voluntaria y de corazón, de un abandono incuestionable y positivo, y de una consagración total e irrevocable. Es el compromiso cabal y sin reservas de dedicar toda la vida a la santificación, la salvación y el servicio. Dios puede ocupar tan solo lo que le entregamos.

Esa es la única forma de ser llenos y de mantenernos llenos. Como dice en 2 Reyes 3: 16, 17, hemos de hacer muchos estanques y «este valle se llenará de agua». En lugar de orar que Dios nos conceda algo más, nosotros debemos darle algo más. La cuestión es: ¿Estoy yo dispuesto a ser suficientemente pequeño y débil como para que Cristo lo sea todo en todo? Esto nos separará del mundo más rápidamente que cualquier otra cosa. Resolverá automáticamente muchos problemas.

Sometamos todo estorbo obstaculizador

Dios no nos contestará mientras haya algo malo en nuestra vida personal. No seremos llenados a menos que estemos en armonía con Dios y nuestros semejantes. El espíritu de rivalidad, de odio, o de disgusto impedirá inevitablemente el cumplimiento de la promesa; y el antídoto supremo contra el rencor es la oración por la persona involucrada. Los celos y los chismes, así como la crítica y la propagación de malos rumores acerca de otros; la exageración de deslices y la insinuación de malos motivos, lo cual nos constituye en jueces de pensamientos pecaminosos: estos estorbos son frecuentemente fatales.

«Cuando pongamos nuestro corazón en unidad con Cristo y nuestra vida en armonía con su obra, el Espíritu que descendió sobre los discípulos en el día de Pentecostés, descenderá sobre nosotros» (*Testimonios para la iglesia*, t. 8, p. 257).

En tercer lugar, pensemos en la *obediencia*. La promesa descansa sobre una obediencia sencilla. *Y solo el remanente obediente tiene derecho de pedir y esperar la provisión del Espíritu*. Solamente después de treinta años de fiel obediencia Jesús fue bautizado y dijo: «Así conviene que cumplamos toda justicia» (Mat. 3: 15). Después de esto fue bautizado con el Espíritu. Y siguió obedeciendo hasta alcanzar el límite de la fidelidad en la cruz, donde fue hecho «obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2: 8). Esta fue la obediencia que obtuvo para nosotros la mejor bendición que el cielo podía derramar, la que trae todas las demás bendiciones en su estela.

Cuando Israel construyó un tabernáculo para que el Santo morase entre ellos, Moisés y el pueblo hicieron todo «como Jehová había mandado». Esta expresión se repite dieciocho veces en los dos últimos capítulos del libro de Éxodo. Después el tabernáculo fue llenado con la gloria de Dios (Éxo. 40: 34), porque era una estructura construida de acuerdo con su expresa voluntad. Y de allí en adelante el servicio del santuario fue dirigido por la presencia divina. Lo mismo sucedió con el templo de Salomón (2 Crón. 5: 13, 14.) Asimismo Dios hará su morada hoy únicamente en el corazón humano donde encuentre la disposición de cumplir con su voluntad.

«La nube de Jehová estaba de día sobre el Tabernáculo, y el fuego estaba de noche sobre él, a vista de toda la casa de Israel. Así ocurría en todas sus jornadas» (Éxo. 40: 38). Y Números 9: 15-23 nos habla acerca de cómo era guiado Israel. Sin embargo,

nunca sabían el día antes hacia dónde debían ir o cuándo debían partir, porque estaban bajo el control directo de la presencia en la nube.

Apropiémonos del don por la fe

La cuarta condición es *fe para creer que Dios acepta mi entrega y derrama la bendición*. Esto incluye el apropiarnos de su promesa por la fe. La fe evidencia la convicción de que la Palabra de Dios es verdadera y de que sus promesas son seguras. El vaciarse es mayormente una acción negativa mientras que la fe es positiva. Es sencillamente la recepción de lo que Dios ha ofrecido cuando se cumplen las condiciones. Es el reconocimiento de que Dios ha hecho su parte. No es la espera de alguna sensación sino el atrevernos a creer primero en Dios. Luego Dios suple la necesidad. Y así la experiencia se transforma en algo cada vez más real. La recepción es simplemente fe puesta en acción.

Hay una marcada diferencia entre apropiarnos de la bendición y experimentarla. Muchos se desaniman porque no experimentan al instante la sensación de gozo que esperaban. En su búsqueda de perdón muchos quieren sentir primero y confiar después, pero esto es una reversión del orden correspondiente. Debemos evitar la espera de resultados especiales antes de confiar. Recibir a Cristo como Señor a través del Espíritu Santo es tan sencillo como recibirlo como Salvador. No hay necesidad de emociones. Puede que las haya, pero son innecesarias.

Cuando en respuesta al llamamiento de Cristo lo abandonamos todo, considerándolo como pérdida en cambio de la recepción del Espíritu Santo, entonces, desde el momento en que verdaderamente creemos, él acepta nuestra sumisión y nos concede la plenitud de su Espíritu. Cuando se cumplen las condiciones su respuesta es tan segura como si la viéramos escrita en los cielos.

Recibámoslo entonces con corazones abiertos, entregados, hambrientos, sedientos, creyentes, receptivos y absorbentes, como la arena seca recibe la lluvia, como la esponja vacía absorbe la humedad, o como el vacío acepta el aire. Cuando nos colocamos a su disposición y recibimos el don por la fe, el Espíritu Santo toma posesión de nosotros; la vasija vacía es llenada. Pero primero debe vaciarse.

Estas son las condiciones.

La experiencia de los discípulos

Observemos un momento la experiencia de los discípulos. Dios no derramó su Espíritu sobre los desapercibidos. Notemos los pasos necesarios:

Primero, *lo abandonaron todo para seguir a Jesús*.

Dejaron de lado el mundo, sus posesiones y las opiniones de los hombres, las redes de pesca y las costumbres antiguas. No podemos ser sus discípulos a menos que lo abandonemos todo. Todo debe ser sacrificado y subordinado. Pero cuidemos de que no exista la convicción interna de que no se ha abandonado todo. De modo que hay una definida relación moral con Cristo.

Segundo, *experimentaron una desconfianza total de sí mismos*. Porque el hombre debe negarse a sí mismo. Esta es una tarea mucho más difícil. En ocasión de la última cena estaban llenos de confianza propia. Luego vino el Getsemaní, donde se durmieron. Después el arresto de Jesús y su juicio, cuando huyeron de él y a la distancia fueron testigos de la tragedia suprema de los siglos. Tenían demasiada vergüenza para mirarse unos a otros a los ojos. Nunca se habían dado cuenta de que eran tan infieles y traicioneros.

El sábado, mientras Jesús descansaba en la tumba, fue un día de muerte y de angustia indecible. Quebrantó toda su confianza propia y todo el amor a cualquier otra cosa terrenal. Se volvieron a Cristo totalmente desilusionados

de sí mismos. Luego, el día de la resurrección, Jesús sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo».

Tercero, *por fe aceptaron la promesa del Espíritu*. Sin duda durante los diez días de espera y oración el diablo los tentó con respecto a su indignidad. Comprendían muy poco las promesas del Antiguo Testamento. Creían porque Jesús lo había prometido. Y en eso consiste la fe, hacer solamente lo que Jesús dice. Estaban preparados, de modo que fueron llenados.

Se necesita agregar una palabra con respecto *a cómo se puede retener el Espíritu Santo*. No se puede mantener el fuego sin combustible fresco. Así también el retener la plenitud del Espíritu Santo depende de nuestra voluntad de permanecer bajo las condiciones de su recepción inicial: obediencia constante e implícita, dedicación constante al cumplimiento del propósito divino, estudio constante de la Palabra, mantenernos diariamente en íntima comunión con el cielo, rechazando toda impureza (Judas 19), evitando la comodidad (2 Tim. 1: 6, 7) y entregándonos completamente a una vida de servicio.

Arruinados por causa del yo

No presentamos aquí un estado en el cual no se pueda caer, o donde estemos inmunes a la tentación. ¡Ay, la ruina de hombres que una vez fueron usados poderosamente! Muchas llamas brillantes se han apagado por causa de su desordenado deseo de sobresalir. Nuevos privilegios traen aparejadas nuevas responsabilidades, y nuevas responsabilidades crean nuevos peligros. ¿Puede Dios confiar en nosotros? No, a menos que nuestros motivos sean puros.

Con relación a esto hay tres expresiones principales y dignas de tomarlas en cuenta: la resistencia (Hech. 7: 57) tiene que ver fundamentalmente con la obra regenerativa del Espíritu; la contristación (Efe. 4: 30) tiene que ver

indudablemente con su morada interior; y el apagar el Espíritu (1 Tes. 5: 19) tiene que ver con su capacitación para el servicio. Este último concepto supone la presencia de fuego, y su sugestión nos lleva de vuelta al fuego del Pentecostés y al movimiento inaugurado allí.

Había un niño que poseía una paloma muy mansa, que se posaba sobre sus hombros y comía de su mano. Un día el muchacho le ofreció un bocado tentador, y cuando el ave se acercó para comer, cerró su mano sobre el alimento. La paloma voló desilusionada. Nuevamente el muchacho abrió su mano. La segunda vez el pájaro se acercó con más timidez, y de nuevo cerró la mano. Con alas caídas el ave voló a cierta distancia. Pero una vez más extendió la mano el muchacho. La paloma vaciló y se adelantó lentamente. Cuando estaba a punto de tomar el alimento la mano se cerró por tercera vez. Entonces la paloma abrió sus alas y voló lejos, y el muchacho nunca más la vio. Así también es la suerte de los que finalmente alejan al Espíritu, la Paloma celestial.

> «Después que Dios ha mostrado a los individuos sus pecados y les ha dado gracia para vencer, y su Espíritu ha estado luchando con ellos por mucho tiempo, no obrará un milagro para prevenir los resultados seguros de la acción de resistir a ese Espíritu y persistir en una conducta equivocada. Su gracia y misericordia tienen un limite; y cuando se va más allá de este límite, la ayuda de su Espíritu, rehusada e insultada tan malvadamente, es retirada, y el alma se entrega al peor de los tiranos, el poder de una voluntad pervertida. Si estamos relacionados íntimamente con cosas sagradas, y sin embargo no nos damos cuenta de su importancia, el corazón se endurecerá tanto que los llamados más fervientes no lo moverán a la contrición» (Elena G. de White, *Bible Echo*, junio de 1888).

13

El desafío del remanente

Habrá pocos hombres con firmeza espiritual, nos dice el Espíritu de Profecía, para el tiempo de la culminación del mensaje adventista. Dios desea que quitemos nuestra vista de los mortales y dependamos del Espíritu Santo para la terminación de nuestra misión.

Prestemos atención a la siguiente declaración:

«Dios ha de llevar una obra en nuestros días que muy pocos anticipan. Levantará y exaltará en nuestro medio a aquellos que son enseñados por la unción de su Espíritu en vez de por la enseñanza de las instituciones científicas del mundo. Estos planteles no han de despreciarse ni condenarse; son ordenadas por Dios, pero son capaces de proporcionar tan solo calificaciones de carácter exterior. Dios revelará que él no depende de mortales doctos y vanidosos» (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, pp. 77, 78).

¡Qué revolución, qué reavivamiento, qué cambio sobrevendrá cuando la iglesia remanente sea llena con el Espíritu Santo! La debilidad y el temor serán reemplazados por valor y poder. Obviamente la causa de nuestra necesidad ha de buscarse no en Dios sino en nosotros mismos. Ya comienza a formarse una creciente convicción de nuestra necesidad, una mayor conciencia de nuestra destitución. Es un presagio feliz. ¡Señor, apresura el día cuando nuestra unción con el Espíritu sea completa!

El poder de la lluvia tardía es nuestra necesidad

Es imposible predicar un verdadero evangelio de la lluvia tardía a menos que se haga con el poder de la lluvia tardía. Lo que nos quebranta no es el trabajo arduo sino la tarea de trabajar sin el poder requerido. ¡Y cuánto lo necesitamos! ¡Cuánto deberíamos orar por él!

> «Hemos de orar por la recepción del Espíritu como el remedio para las almas enfermas de pecado. La iglesia necesita convertirse, ¿y por qué no hemos de postrarnos ante el trono de la gracia, y con un corazón quebrantado y un espíritu contrito elevar fervientes súplicas para que el Espíritu Santo sea derramado sobre nosotros desde lo alto?» (*Testimonios para los ministros*, p. 64).
>
> «Mis hermanos y hermanas, orad por el Espíritu Santo. Dios respalda toda promesa que ha hecho. Con la Biblia en la mano decid: "He hecho como tú dijiste. Presento tu promesa": "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá". Cristo declara: "Todo lo que orando pidiereis, creed que lo recibiréis, y os vendrá". "Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, esto haré, para que el Padre

sea glorificado en el Hijo"» (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, p. 30).

Fíjese en estos fervientes llamados:

«¡Oh, cuánto necesitamos la presencia divina! Todo obrero debería estar exhalando su oración a Dios por el bautismo del Espíritu Santo» (*Testimonios para los ministros*, p. 170).

«¿Por qué no tener hambre y sed del don del Espíritu, puesto que es el medio por el cual hemos de recibir poder? ¿Por qué no hablamos de él, oramos por él, y predicamos acerca de él? El Señor está más dispuesto a darnos el Espíritu Santo que los padres a dar buenas dádivas a sus hijos. Todo obrero debiera solicitar a Dios el bautismo del Espíritu» (*Testimonios para la iglesia*, t. 8, p. 29).

He aquí el consejo que necesitamos:

«Cada obrero debiera elevar su petición a Dios por el bautismo diario del Espíritu. Debieran reunirse grupos de obreros cristianos para solicitar ayuda especial y sabiduría celestial para hacer planes y ejecutarlos sabiamente. Tienen que orar especialmente porque Dios bautice a sus embajadores escogidos en los campos misioneros con una rica medida de su Espíritu. La presencia del Espíritu en los obreros de Dios dará a la proclamación de la verdad un poder que todo el honor y la gloria del mundo no podrían conferirle» (*Los hechos de los apóstoles*, GEMA/APIA, p. 39).

Cuando necesitamos ocupar puestos de importancia, ¿buscamos a hombres «llenos del Espíritu Santo y de sabiduría»? ¿No debiera ser este el factor decisivo en nuestras elecciones? Esta es una falta nuestra, y en este punto somos débiles. Estoy convencido de que a cada candidato al ministerio debería hacerse la pregunta que Pablo dirigió a los

efesios: «¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?». Y se debería esperar una respuesta inteligente y concienzuda.

¿Cómo podemos jugar como niños en la playa con sus cubos y palas de juguete, haciendo montoncitos de arena que llamamos montañas, y charquitos de agua que llamamos mares, cuando los portentosos Himalayas del poder de Dios y los insondables océanos de las provisiones divinas esperan nuestra exploración por la fe?

Lo importante no es la cantidad

Ya es tarde. No debemos demorar. Israel pasó cuarenta años vagando por el desierto, cuando pudo haber entrado directamente en la tierra prometida en solo once días. Hace mucho tiempo que nuestra misión podría haber terminado. Cuando el poder de Dios se derrame sobre la iglesia remanente este mundo será revolucionado.

La cantidad no es lo que importa. Roma tembló frente al solitario monje de Wittenberg. La reina María de Escocia tenía menos temor del ejército de la nación que del valeroso Knox, quien irrumpió contra la fortaleza de su tiranía usurpadora y la deshizo. Garibaldi y mil de sus hombres fueron suficientes para cambiar la historia de Italia. Gedeón y sus trescientos deshicieron las huestes de Madián. Wesley dijo que si podía tener cien hombres que no temieran a otra cosa que al pecado, sacudiría al mundo. Dios, danos esos hombres. Entonces, ¡dominios de las tinieblas, temblad!

> «No hay nada que Satanás tema tanto como que el pueblo de Dios limpie el camino quitando cada estorbo, de modo que el Señor pueda derramar su Espíritu Santo sobre una iglesia que languidece y una congregación impenitente [...]. Cuando el camino esté preparado para el Espíritu de Dios, la ben-

dición vendrá» (Elena G. de White, *Review and Herald*, 22 de marzo de 1887).

Cuando Moody predicaba en Chicago, dos mujeres se le acercaron diciéndole:

—Estamos orando por usted.

—¿Orando por mí? —preguntó sorprendido—. ¿ Por qué? ¿Acaso no estoy predicando el evangelio? ¿ Por qué no oran por los oyentes?

Le contestaron que él estaba predicando el evangelio, *pero sin poder*. La flecha dio en el blanco, y Moody les rogó humildemente que continuaran orando por él. El mundo entero conoce la revolución que experimentó en su vida: «Un hombre de Dios, en el lugar indicado por Dios, realizando la obra de Dios, como Dios lo quiere».

J. Wilbur Chapman era un pastor de mucho éxito en una iglesia popular. Un día, mientras predicaba con particular elocuencia a una congregación muy grande, Moody lo visitó sin ser impresionado por el sermón. A la salida, colocando su mano sobre el hombro de Chapman, le dijo:

—¿Sabe usted que está siendo un fracaso aquí? Usted está cometiendo un error en su ministerio. No está ganando almas. Se lo digo con toda la sinceridad fraternal.

El reproche lo hirió profundamente. Durante semanas Chapman se rebeló. Por fin, el 16 de octubre de 1892, exclamó: «Oh Dios, estoy listo a que me prepares para aceptar cualquier cosa». Y el mundo conoce los resultados.

La única esperanza del remanente

Ah, ¿quién nos detendrá para que no sigamos en nuestra conducta de complacencia propia? Necesitamos ser detenidos, conmovidos y espantados. No evitemos enfrentarnos con la realidad y trabajar con más firmeza.

El punto no es falta de intensidad ni de extensión en la misión. Nunca se hizo más trabajo que el que se realiza hoy. No es suficiente hacer que el pueblo participe en las actividades que se hacen para el Señor. Debemos ganar almas. Debemos finalizar nuestra doble tarea. Necesitamos el fuego de Dios en nuestras almas. ¿Dónde está nuestra agonía por las almas que se encuentran en rebelión contra Dios? ¿Dónde está nuestro poder para ganar miles de almas como ocurrió el día de Pentecostés?

Dios todavía anhela encontrar a un grupo de hombres y mujeres que en estos últimos días se someta enteramente a él. Y ellos están hoy en la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

> «No tiene límite la utilidad de aquel que, poniendo el yo a un lado, deja obrar al Espíritu Santo en su corazón, y vive una vida completamente consagrada a Dios» (*El Deseado de todas las gentes*, GEMA/APIA, p. 222).

Treinta años después de la cruz el mundo de entonces se hallaba bajo la influencia de un puñado de hombres. Hoy habitan en Babilonia millones de paganos y de cristianos nominales, teniendo una forma de piedad desprovista de poder. ¡Cuántos de nosotros perecemos de hambre sentados sobre la mina más rica del universo de Dios! Somos como el hombre que poseía doscientas hectáreas de terreno, pero se hallaba enfrascado en la peor de las pobrezas. Un día apareció por allí un grupo de agrimensores; le preguntaron en cuánto vendía su terreno, y al final del negocio le pagaron dos dólares por hectárea. Sin embargo, de esa misma tierra se han extraído muchos millones de dólares, y todavía se sigue sacando. Su riqueza no parece tener límites. Es una de las minas más ricas del mundo.

¡La tragedia de nuestra pobreza! Sobre todo cuando nos esperan tesoros ilimitados que no han sido reclamados. Hace muchos años se decía que los banqueros de Escocia tenían cuarenta millones de libras esterlinas en sus depósitos que no habían sido reclamadas. Pero en el Espíritu Santo se encuentran las riquezas de todo el cielo esperando que las pidamos y las recibamos. No necesitamos esperar que las reclamen otros. Vayamos a Dios individualmente. Y vayamos también como iglesia.

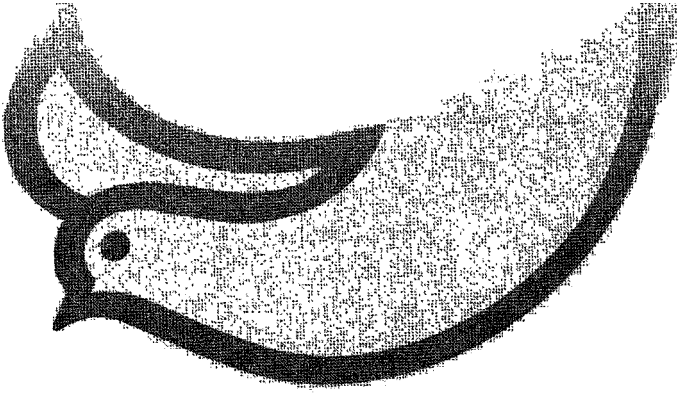
En Edimburgo se halla la histórica iglesia de Greyfriar, rodeada de un antiguo y musgoso cementerio. Fue allí donde hace varias generaciones un grupo de hombres honrados y decididos firmaron el Pacto Nacional con el Conde de Sutherland a la cabeza. Allí abrieron las venas de sus brazos y firmaron el pacto con su propia sangre.

Nosotros también, como mensajeros de nuestro Señor que viene, abramos las cámaras del trono de nuestros corazones y supliquémosle que entre, y nos capacite para terminar su obra en el mundo. Es la necesidad más imperiosa de la hora, y será suplida solo por hombres ungidos por el Espíritu de Dios.

Hace muchos años había en la ciudad de Charleston un creyente llamado Gadsen, que tocaba el carillón de campanas como solamente podía tocarlo alguien que lo hacía parte integrante del culto. Cuando la ciudad fue estremecida por un terremoto, el pánico y la desesperación hicieron presa de todos. La gente escapaba por sus vidas. El aire se llenó con el rasgante sonido de edificios que se desplomaban y con los desesperantes gritos de heridos y moribundos. Gadsen corrió a su puesto y desde su carillón produjo las notas de Roca de la Eternidad para calmar los corazones de la gente. El himno fue una poderosa fuerza estabilizadora.

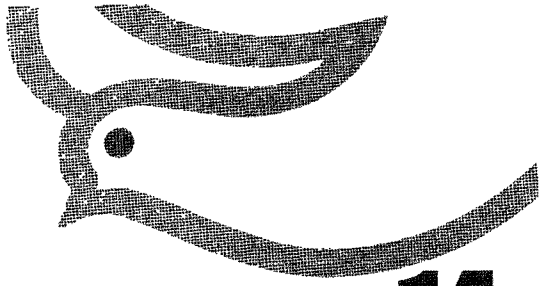
Hoy, cuando los fundamentos mismos de la fe están siendo sacudidos, cuando perecen las esperanzas de los hombres, cuando las almas se llenan de oscuridad, presagios y duda, y cuando las multitudes claman por las notas de seguridad y esperanza, Dios espera que sus fieles campaneros den a la iglesia y al mundo la melodía de «Espíritu Santo, luz divina». Que cada hombre lo haga resonar.

«Santo Espíritu, divina luz,
brilla sobre este corazón,
aleja las sombras de la noche,
vuelve en luz mi oscuridad.
Santo Espíritu, divino todo,
mora dentro de mi corazón,
desaloja cada trono idólatra.
Reina supremo y solo tú».



Cuarta parte

Símbolos del Espíritu



14

El aliento del Omnipotente

Maravillosos son los senderos del Altísimo e incomparables sus provisiones para los objetos de su amor. Valiéndose de preceptos y promesas, de realidades y figuras, él revela pacientemente los planes y provisiones de su gracia. Así el Infinito enfrenta las limitaciones de nuestro entendimiento finito. Con sabiduría inequívoca el Señor usa símbolos y representaciones para hacer comprender a quien tiene mente espiritual los temas profundos que para la mente natural no son sino misterios inexplicables. Y mientras más importante es para nosotros la verdad o la promesa, mayor es la variedad de métodos empleados para clarificar nuestro entendimiento, o apelar a nuestras mentes y para poner a prueba nuestras conciencias.

Refiriéndose a sus métodos Dios ha declarado expresamente: «Por medio de los profetas hablé en parábolas» (Ose. 12: 10). Las parábolas y los símiles permiten comparaciones que hacen vívidas ante la humanidad las realidades representadas. Verdaderamente, en gran medida

la Biblia es un libro con distintas metáforas, símiles, representaciones, figuras, parábolas, alegorías y emblemas. A veces las palabras desprovistas de figuras son vehículos imperfectos de la verdad; pero mediante el uso de palabras adornadas con símbolos —esas figuras literarias del idioma y su juego de imágenes— la verdad se hace real e impresionante.

Del mismo modo las majestuosas operaciones del Espíritu Santo han sido representadas por los símbolos luminosos de fuego, agua, aceite y viento; cada uno dotado de énfasis especial y de lecciones singulares. Decir que el Espíritu Santo es como el viento en sus efectos y manera de obrar, dice más de lo que podría significar todo un capítulo de palabras carentes de figuras. Además, lo cierto es que la voz hebrea *rúaj* y el vocablo griego *pnéuma*, se traducen no solamente por *espíritu*, sino también por *viento*, *aire y aliento*. El contexto debe determinar su significado. Y esta peculiaridad del idioma es lo que probablemente dio lugar a un simbolismo profundamente impresionante; puesto que el viento no es sino aire en movimiento, y aliento es solamente un sinónimo de vida impartida.

Este emblema del viento, o aliento, que representa los movimientos del Espíritu Santo, fue ilustrado *simbólicamente* en conexión con el aliento de vida de Adán, el primer hombre, en Génesis 2: 7; lo fue *proféticamente* en la visión del valle de los huesos secos y del viento vivificador de Ezequiel 37: 1-10; y *doctrinalmente*, en la notable declaración de Cristo a Nicodemo concerniente a las operaciones del Espíritu en el nuevo nacimiento registrada en Juan 3: 3-8. Y ahora estudiaremos esos pasajes. Muchas son las posibles deducciones que podríamos hacer. Pero dediquémonos a estudiar solamente las lecciones más sobresalientes; porque como el Espíritu, el aire nunca está ocioso.

Es esencial para la vida

Primero, el aire es esencial para la vida. Un gran océano aéreo, o atmósfera —sin el cual no podríamos vivir— rodea nuestro mundo. De no ser así todo sería desolación y muerte en la tierra. El aire es absolutamente indispensable para la vida animal y vegetal. Las olas de este formidable océano que nos envuelve, a veces ruedan sobre nosotros con el ímpetu de la tempestad; otras veces sus suaves murmullos nos cortejan con su calma, pero siempre está presente, aunque invisible.

El aire que respiramos es uno de los elementos más necesarios de la naturaleza. Podemos pasar toda una vida sin vista, sin oídos, o sin la facultad del habla; podemos vivir durante semanas sin alimento, por días sin agua, pero solo breves minutos si nos falta el aire. Este se halla tan identificado con la vida misma que, cuando dejamos de respirar, dejamos de vivir. Cuando una persona se ahoga, se le practican primeros auxilios para restaurar inmediatamente la respiración. Tanto el piloto en sus vuelos de gran altura como el buzo que explora las profundidades del océano, deben tener una provisión de oxígeno. A menudo también se administra ese precioso oxígeno al moribundo como última esperanza. Aun el fuego rehúsa seguir quemando sin oxigeno.

Esta atmósfera que nos envuelve es indispensable, además, para la radiación del calor y la luz solar, al mismo tiempo que forma una cortina de defensa. Así también el Espíritu Santo simbolizado por el viento, el aire o el aliento, comunica el hálito de vida al alma. Crea la atmósfera en la cual los cristianos viven y se mueven, gracias a la cual pueden ver y oír las cosas de Dios y son capacitados para vivir en el cálido brillo de su amor.

Observemos ahora las siguientes citas bíblicas referentes al paralelo espiritual de este primer punto: «El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida»

(Job 33: 4, RV60). De nuevo: «Envías tu Espíritu, son creados» (Sal. 104: 30, RV60). «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos y todo el ejército de ellos, por el aliento de su boca» (Sal. 33: 6). Una vez más: «Mientras en mí quede un soplo de vida y el hálito de Dios aliente en mis narices» (Job 27: 3, NC). Refiriéndose a las mismas realidades y condiciones, las palabras *espíritu* y *aliento* se usan de forma intercambiable según el significado literal o simbólico del idioma. Y recuérdese bien que en la creación fue el Espíritu el divino dador de la vida.

Esta alusión al Espíritu Santo como agente creador y miembro de la Deidad nos lleva lógica y necesariamente a los días de la creación como punto de partida. Fíjese primeramente en la gran diferencia que hay entre la creación de los animales y la del hombre. Los animales nacieron instantáneamente como respuesta a la palabra creadora; pero el ser humano, corona de la obra creadora de Dios, fue formado primeramente del polvo de la tierra. Sí, no somos sino arcilla común y no polvo de oro, perlas molidas, ni partículas de diamantes. Pero la figura humana permaneció inerte hasta que Dios tocó sus labios fríos con su propio y cálido soplo viviente, y la vida se transmitió a esa figura de arcilla.

He aquí el registro inspirado: «Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente» (Gén. 2: 7). Esta es la segunda mención a la obra del Espíritu Santo al comienzo de las Escrituras, siendo la primera el segundo versículo del capítulo uno ¡no se lo hubiera podido mencionar antes! : «Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas». El Espíritu ha sido siempre el instrumento creador. Este hecho,

si se recuerda, explicará su relación especial con el universo, y aclarará muchos misterios.

La vida entró en Adán, no como un impulso animal sino como el «soplo del Omnipotente», que en Job 33: 4 y en otros lugares se atribuye claramente al Espíritu Santo. El acto de formación material fue seguido por inspiración, animación e inteligencia. Aprendamos, por lo tanto, la lección de que la fuente de vida es lo espiritual, no lo material, y que la actividad más elevada del Espíritu Santo es la comunicación de vida nueva y sobrenatural, sea en la creación del hombre o en su recreación.

Debido a esto seamos conscientes de la santidad del cuerpo humano y del valor y la importancia de la vida, resultados directos de la operación del Espíritu Santo. En consecuencia, el asesinato y el suicidio son atentados realizados contra la vida otorgada por Dios. Por eso constituyen delitos capitales. Nuestra vida debe considerarse un regalo sagrado y nuestros talentos y capacidades deben cuidarse como depósitos solemnes, sean el genio de Milton, el arte de Rafael o la habilidad musical de Mozart.

Es imperativo para nuestra regeneración

Pero ¡ay!, el pecado ha causado trampas devastadoras contra nuestras vidas. La corrupción, la separación y la muerte son resultados del pecado.

Y aquí también la actividad del Espíritu Santo es indispensable para el proceso de restauración. La provisión que Juan registra para nuestra recreación o regeneración es tan semejante al cuadro original pintado en el Génesis que el primero no parece ser sino el complemento del segundo. En verdad, la obra de la regeneración es declarada como una «nueva creación». Fíjese en los siguientes pasajes : «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es»

(2 Cor. 5: 17). «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús» (Efe. 2: 10). También Tito se refiere a esta renovación hecha por el Espíritu Santo (Tito 3: 5).

El Maestro presentó este nuevo nacimiento, como se lo llama, a Nicodemo en Juan 3: 5-8: «Respondió Jesús: "De cierto, de cierto te digo, que el que no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es; y lo que es nace del Espíritu, espíritu es. [...] El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu"». Solamente esta regeneración puede devolver al ser humano la vida espiritual que perdió. Esa regeneración es de origen divino y sobrenatural. Leamos lo siguiente acerca de esa obra poderosa, aunque silenciosa e imperceptible:

> «Como el viento que, aunque es invisible, se ven y sienten claramente sus efectos, así también obra el Espíritu de Dios en el corazón humano. El poder regenerador, que ningún ojo puede ver, engendra una vida nueva en el alma; crea un nuevo ser conforme a la imagen de Dios» (*El camino a Cristo*, GEMA/APIA, p. 86).

En su conversación con Nicodemo, a solas de noche, mientras las brisas perfumadas de flores silvestres acariciaban su rostro, Jesús utilizó este conocido símbolo del viento para enseñarle una poderosa verdad. Y como ya hemos visto, las palabras *espíritu*, *aliento* y *viento* tienen un significado similar, tanto en el idioma hebreo empleado por Jesús en su conversación con Nicodemo, como en el griego usado por Juan al registrarla. Pero si Jesús quería utilizar aquí un símbolo para el Espíritu, ¿por qué no lo declaró así? Sin embargo, esto es precisamente lo que hizo. En el texto griego literalmente dice: «Nacido de *agua* y de *viento*», una pareja de símbolos.

Se confirma este significado de la expresión «viento» con la forma verbal que lo acompaña, «sopla», y con la expresión explicativa, «sonido». Pero por consenso general la palabra viento o *pnéuma* (de *respirar o soplar,* que aparece 370 veces en el Nuevo Testamento) se traduce aquí *Espíritu.* En el versículo ocho se puede notar la otra traducción posible: «El Espíritu sopla de donde quiere». En nuestras versiones más conocidas aparece la expresión «el viento». De modo que la operación del Espíritu es el factor trascendental en el acto de la regeneración, indispensable para cada persona que ha de estar en el reino de los cielos. El Espíritu es quien engendra y sostiene la nueva vida. Innegablemente él es el agente divino que despierta la vida.

El otro símbolo, «agua», es a la vez una referencia al bautismo de agua como al poder purificador y renovador de la «Palabra», el segundo instrumento de la regeneración. Con relación a esto leemos: «Habéis renacidos [...] por la Palabra de Dios» (1 Ped. 1: 23). «Él, por su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad» (Sant. 1: 18). En las Escrituras se emplean frecuentemente el agua y su poder purificador para simbolizar la Palabra. Así leemos: «Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra» (Efe. 5: 26). «Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado» (Juan 15: 3).

De manera que Dios obra por medio del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo a través de la Palabra. Esta misma interacción combinada de la Palabra («Dios dijo», Gén. 1: 3, 6, 9, y siguientes) y del Espíritu (quien «se movía», Gén. 1: 2), es lo que realiza el nuevo nacimiento, como en la creación original.

Prerrequisito para todo servicio

En Juan 20: 21-23 se ofrece un notable paralelismo con el registro del Génesis: «Entonces Jesús les dijo otra vez: "¡Paz a vosotros! Como me envió el Padre, así también yo os envío". Y al decir esto, sopló y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos"».

Jesús estaba por investirlos con su sagrada comisión, por equiparlos con el poder indispensable, por revelarles las solemnes realidades de su obra.

Cuando Jesús les apareció por primera vez después de su resurrección, les dijo: «Paz a vosotros» (v. 19). El propósito de esta primera concesión de paz era la restauración de su confianza. La segunda vez que se les confiere «paz», en el versículo 21, se hace preparación para su obra. Solemnemente pronuncia la gran comisión, haciéndolos sus embajadores. Su autoridad se muestra aquí igual con la del Padre.

No se los llamaba a realizar una nueva tarea. Así como él era la luz del mundo, también ellos debían serlo; así como él había venido a salvar a los perdidos, también ellos debían ir; así como su comida era hacer la voluntad del Padre, también debía ser la de ellos; así como él estaba lleno del Espíritu y habló y obró solamente a través del Espíritu, también ellos debían hacer lo mismo. Únicamente así podrían cumplir su sagrado cometido. No importa cuáles sean sus credenciales, nadie está calificado para predicar a menos que haya sido ungido por el Espíritu Santo. Precisamente por falta de este ungimiento, mucho de lo que se llama esfuerzo cristiano en múltiples ocasiones no produce frutos.

Hemos de fijarnos que el ungimiento referido en el último texto no hizo sin efecto el subsiguiente don del Espíritu Santo en toda su plenitud, el día del Pentecostés; por el contrario, solo lo anticipaba.

Con la misma autoridad utilizada para comisionarlos como sus discípulos, Jesús les concede ahora el Espíritu Santo. Fue un acto simbólico, a la manera de lo sucedido con los profetas antiguos. Esta acción simbólica nos recuerda inconscientemente una vez más el relato de la creación. «Sopló» es la misma palabra usada en Génesis 2: 7. Como sabemos, Jesús era el mismo que había insuflado la vida en las narices de Adán. En ambos casos «insufló» o «sopló» su propio Espíritu, el cual les fue así impartido. «Espíritu de Dios» (Gén. 1: 2), «Espíritu de Cristo» (Rom. 8: 9), y «Espíritu de Jesús» (Hech. 16: 7, NC), no son sino nombres alternativos del Espíritu Santo. Son sinónimos, y en las Escrituras se usan de manera intercambiable. Así Cristo conecta al Espíritu Santo consigo mismo.

De igual modo se nos enseña que nunca debemos tratar de obtener el Espíritu Santo independientemente de Jesús, sino por medio de la comunión con él. ¡Que esta verdad fundamental se grabe para siempre en nuestra conciencia! Leemos lo siguiente del Espíritu de Profecía:

> «Nuestros hermanos necesitan que el soplo de vida sea alentado en ellos, para que puedan ser despertados a la acción espiritual. Muchos han perdido sus energías vitales; están inactivos, muertos, por así decirlo. Que los que han recibido la gracia de Cristo ayuden a estas almas a despertarse a la acción. Mantengamos en nosotros la corriente de vida proveniente de Cristo, de modo que podamos encender la vida en alguna otra alma» (Elena G. de White, *Review and Herald*, 28 de abril de 1904).

Fíjese que el mismo empleo de la palabra «soplo» o «viento» que Jesús utilizó en su conversación con Nicodemo (Juan 3: 8) : «El *viento* sopla de donde quiere» o «El Espíritu sopla donde quiere», como lo rinde en inglés la Versión Americana Revisada. El uso de estas expresiones identifica más aún la obra del Espíritu.

Otro punto digno de notarse es que la palabra «recibid» es también traducida como «tomad» el sagrado don. Ellos no habían de ser totalmente pasivos. Mediante este ungimiento, entonces, se los capacitaba para la tarea que habían de realizar. Los hombres no están nunca equipados ni autorizados para representar a Cristo sin recibir primero el Espíritu vivificador de él.

La venida del Espíritu puede ser suave como una brisa del atardecer, como lo indica esta experiencia, o formidable como poderosa tempestad, como cuando llegó en su plenitud el día de Pentecostés. Puede ser como el murmullo dulce y apacible, o como el rugido del tornado. Las manifestaciones acompañantes no son de gran significado; lo que vale es la realidad que representan. Pensemos en el arpa de Eolo, con sus cuerdas arregladas armónicamente. Cuando el viento las toca con dedos invisibles al pasar por ellas, sus notas casi divinas flotan por los aires como emitidas por un coro de ángeles. Mantengamos las cuerdas del corazón al alcance del toque casi imperceptible del Espíritu, para que también en nosotros se produzca música celestial.

Nos parece pertinente ofrecer aquí el comentario que hace la señora White sobre Juan 20: 22:

> «El Espíritu Santo es el aliento de la vida espiritual. El derramamiento del Espíritu es el impartimiento de la vida de Cristo. Comunica al que lo recibe los atributos de Cristo. Únicamente aquellos que han sido así enseñados de Dios, los que expe-

rimentan la operación interna del Espíritu y en cuya vida se manifiesta la vida de Cristo, han de destacarse como hombres representativos, que ministren en favor de la iglesia» (*El Deseado de todas las gentes*, GEMA/APIA, pp. 761, 762).

No debemos olvidar que este requisito debía cumplirse antes de que los discípulos pudieran desempeñar sus deberes como mensajeros de su Señor. Solamente los que hayan recibido el soplo del Espíritu Santo estarán preparados y calificados para servir en la iglesia, mientras esperamos la plenitud del poder del Espíritu durante el fuerte clamor del último pentecostés que se aproxima.

De esencia invisible

Una segunda lección que puede extraerse del viento es su invisible esencia. Pero su invisibilidad no anula su realidad. El viento mudo e invisible se conoce, no por percepción visible, sino por sus efectos poderosos y evidentes. Mueve el molino de viento, y también impulsa los barcos. En Juan 3: 8 se establece una comparación entre la presencia invisible del viento y las operaciones invisibles del Espíritu Santo en la obra de la regeneración. Su «sonido» es la única evidencia perceptible en adición a los efectos observables. Un impenetrable velo de misterio cubre la persona del Espíritu. Su manera de obrar ha sido siempre un misterio; pero los resultados descubren su presencia. Y, ¡alabado sea Dios! podemos recibir su vida, su amor, su pureza, su paz, su poder y su gozo.

Más aún, podemos escuchar el sonido de su «voz», aunque no comprendamos sus idas y venidas. Esto entra en el campo de nuestra propia experiencia. Cuán a menudo ha hablado, dirigiendo el pensamiento y la conciencia hacia

la Palabra y el consejo divinos. Pero, ¿lo hemos escuchado siempre? Por fin el silencio sucederá al sonido si persistimos en ignorar y desoír su voz.

El Maestro lo dijo claramente al hablar del «Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conocéis, porque vive con vosotros y estará en vosotros» (Juan 14: 17). Donde se lo recibe, también se lo percibe. Y *conocerlo* significa ser movido por su voluntad, inspirado por su amor, guardado por su gracia, dirigido por su mano, sostenido por su poder y usado en su servicio. ¡Bendita provisión del Espíritu de Dios!

Misterioso en su actividad

La tercera lección que se deriva del viento es el misterio de su actividad. Sus movimientos están más allá de nuestra dirección o control. Escoge sus propios caminos con majestad incomparable. Nadie puede prever su curso con certeza. Empuja las nubes del cielo de allá para acá y convierte en montañas las olas del océano. Mece al ave en su nido, y aplasta los bosques bajo las ruedas de su carro huracanado. Barre el desierto con lenguas de fuego y con su cortante aliento azota a los animales del norte hasta que gimen de agonía.

Constantemente se usa el viento como símbolo de la libertad. «Libre como el viento», es una expresión corriente. La acción del viento se puede estorbar menos que cualquier otra fuerza en el reino de la naturaleza.

El apóstol Juan dice que «sopla de donde *quiere*». La expresión *quiere* proviene, en el griego bíblico, de la palabra *theléo*, que también significa *escoger o decidir a voluntad*. Es la misma palabra que se usa en 1 Corintios 4: 19: «Si el Señor *quiere*»; y en Filipenses 2: 13: «El *querer* como el hacer».

El Espíritu Santo, simbolizado por el viento, actúa según la soberanía de su gracia. Aunque se nos ha revelado mucho acerca de él, no podemos anticipar ni regular sus operaciones. Pero él sí puede dividir y hacer, «repartiendo a cada uno en particular como él quiere» (1 Cor. 12: 11). A nosotros nos toca someternos a su poder y ponernos en armonía con sus operaciones.

Sí, el Espíritu actúa misteriosamente. No se halla limitado por leyes ni expectativas humanas. El Espíritu se derrama sobre un monje agustino y conmueve a toda Europa. Toca a un calderero remendón en la cárcel de Bedford y *El peregrino* nace. Coloca sus manos sobre un zapatero de Hackleton, y como resultado nacen las misiones modernas. Sí, él obra por senderos misteriosos.

No podemos escapar de la presencia del Espíritu del Todopoderoso. «¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el *Seol* hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra» (Sal. 139: 7-10, RV60). ¡Aunque esta es una perspectiva temible para el pecador, cuán consoladora es para los que se empeñan en hacer la voluntad de Dios!

El misterio del nuevo nacimiento no puede explicarse mejor que el misterio del nacimiento natural. Con relación a esto, nótese la siguiente referencia a la inescrutable conducta del viento: «Así como tú no sabes cuál es el camino del viento ni cómo crecen los huesos en el vientre de la mujer encinta, así también ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas» (Ecl. 11: 5).

Volvamos al Pentecostés. La obra del Espíritu, bajo el símil del «viento», no era un fenómeno natural sino sobrenatural. Recuérdese que provenía «del cielo» (Hech. 2: 2).

Se usaron dos símbolos, uno que apelaba al oído y otro a la vista, aunque el Espíritu mismo fuera invisible e inaudible. La imagen del viento les recordaría inevitablemente la bien conocida enseñanza de Jesús dada a Nicodemo, concerniente a la operación del Espíritu.

También traería a su memoria cómo en el Antiguo Testamento Dios prometió a David su presencia mediante un «ruido como de marcha por las copas de las balsameras» (2 Sam. 5: 24); y en la expresión del salmista, «el que hace a los vientos sus mensajeros» (Sal. 104: 4). Sí, inmediatamente reconocieron el símbolo y se regocijaron en la realidad representada por él.

De poder colosal

¡Cuán tremendo es el poder contenido en los vientos del cielo! No se hubiera podido utilizar una figura más poderosa para representar la energía irresistible del Espíritu todopoderoso. Hay diversidad de operaciones, «pero el Espíritu es el mismo» (1 Cor. 12: 4). A veces se manifiestan suavemente; otras veces, con poder. Como el rugido de una poderosa tempestad que se aproxima, se acerca hasta explotar en el aposento alto. Es el mismo antiguo simbolismo que se halla en la palabra *espíritu*, demostrado en vívida acción. De esa manera, un grupo de hombres pobres, ignorantes, inexpertos, celosos y desconfiados, fueron transformados en verdaderos gigantes de Dios. Y en el Pentecostés sucedió lo contrario que en Babel. Entonces, todos estaban de un mismo ánimo. Lo que también nos recuerda 2 Crónicas 5: 13: «Hacían sonar, pues, las trompetas y cantaban al unísono, alabando y dando gracias a Jehová. Y sucedió que mientras ellos alzaban la voz al son de las trompetas, de los címbalos y de los otros instrumentos de música, y alababan a Jehová diciendo: "Porque él es bueno,

porque su misericordia es para siempre", una nube llenó la Casa, la casa de Jehová». Así es. Lo que necesitamos es el Espíritu que produjo el Pentecostés, porque eso es lo único que producirá resultados como los del Pentecostés.

El soplo de Dios convirtió una organización mecánica en un organismo vivo, una congregación en una iglesia. Transformó el grupo de discípulos, llenos de celos y envidia, en un incontenible ejército espiritual; porque el Espíritu reviste a las personas con un poder que las hace irresistibles, tanto en su vida como en su servicio. Lea esta declaración:

> «Hay una gran obra que hacer; y el Espíritu del Dios viviente debe entrar en la vida del mensajero, de modo que la verdad pueda darse con poder» (Elena G. de White, *Review and Herald*, 3 de diciembre de 1908).

Todos estaban «llenos» del Espíritu Santo. Pero, como ya lo hemos dicho, uno debe ser vaciado antes de poder ser lleno de su plenitud. El aire llena rápidamente un espacio vacío. Somos llenados cuando formamos un vacío mediante la renuncia del yo. La inspiración que nos llena depende de la expulsión previa de lo que nos llenaba antes.

Prestemos atención a la siguiente cita:

«No es suficiente vaciar el corazón; debemos llenar el vacío con el amor de Dios. El alma debe adornarse con las gracias del Espíritu de Dios. Podemos abandonar malos hábitos, y, sin embargo, no estar verdaderamente santificados, por no tener una conexión con Dios. Debemos unirnos con Cristo. Hay un depósito de poder a nuestra disposición, y no hemos de permanecer en la caverna oscura, fría y sin sol de la incredulidad; o jamás recibiremos los brillantes rayos del Sol de justicia» (*ibíd.*, 24 de enero de 1893).

Aprendamos también este secreto áureo: la bendición pentecostal viene siempre precedida por la oración pentecostal. Siempre que las condiciones se han cumplido, desde Pentecostés en adelante, la historia de la iglesia ha sido una réplica gloriosa de lo que ocurrió en Hechos 2. El soplo poderoso, cálido, vivificante y purificador de Dios se ha derramado, como los vientos de regiones subtropicales que soplan sobre un glaciar en la primavera. Esto derrite el espesor de los hielos y hace surgir a la vida las flores fragantes bajo su propia sombra helada.

De variados efectos

En cuarto lugar, pensemos en los efectos múltiples del viento. Reanima al cansado y restaura al débil. Por una parte sana y vigoriza, pero también consume y destruye en circunstancias diferentes. Comprenderemos esta aparente anomalía al estudiar algunas de sus otras características. En un año cualquiera se necesitarían ocho ciento millones de caballos que trabajaran día y noche para transportar el agua que el viento trae del mar sobre el estado de Pennsylvania, EE. UU., y todo eso lo consigue sin el crujido de un engranaje ni la vuelta de una biela. Así también, el Espíritu Santo ministra tanto a buenos como a malos. ¡Qué bendición es esta para santos y pecadores! Pero en la analogía, mucho depende de la relación del hombre con el viento.

En las Bahamas suelen presentarse los llamados «vientos alisios», que soplan invariablemente durante meses en la misma dirección. Así también existen los «vientos alisios» invariables del Espíritu Santo. ¡Oh, alma, exponte a los vientos alisios del amor divino! Que ellos te regeneren o te reanimen, según tu necesidad. Busca salvación, busca poder, busca fuerza. Todo lo que necesitas ha sido provisto. Además, están los recorridos de la soberanía del viento: «El

viento sopla hacia el sur, luego gira hacia el norte; y girando sin cesar, de nuevo vuelve el viento a sus giros» (Ecl. 1: 6). Y las operaciones del Espíritu incluyen circuitos especiales, que inundan en su amor, envuelven en su presencia y abarcan en su poder a los que se entregan a él. ¿Cómo nos relacionamos con estas corrientes? La pregunta es de vital importancia y muy oportuna.

Limpia y sana

Además, el viento limpia. En Job 37: 21 leemos cómo «pasa el viento y los limpia». Sí, el Espíritu Santo produce pureza, y ¡cuánto la necesitamos! El viento separa la paja del trigo, lo falso de lo verdadero. En Isaías 40: 6, 7 se nos habla de esta obra escudriñadora y abrasadora del Espíritu: «Voz que decía: "¡Da voces!" Y yo respondí: "¿Qué tengo que decir a voces?"». Y la respuesta no se deja esperar: «Que toda carne es hierba y toda su gloria como la flor del campo. La hierba se seca y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopla en ella. ¡Ciertamente como hierba es el pueblo!» (La versión inglesa dice el «Espíritu de Jehová» en lugar de «el viento de Jehová»). El Espíritu humilla y abate.

La operación del Espíritu hizo que Job dijera: «Yo soy vil» (Job 40: 4), y que David exclamara: «Yo soy gusano» (Sal. 22: 6). También hizo que Isaías protestara: Soy «hombre inmundo de labios»(Isa. 6: 5); impulsó a Pablo a decir: «Yo soy carnal» (Rom. 7: 14); y a Pedro lo hizo confesar: «Soy hombre pecador» (Luc. 5: 8). Pero cuando el Espíritu marchita lo hace solo para poder bendecir y ennoblecer. Humilla para poder exaltar, y abate con el fin de elevar.

Sí, el mismo bendito Espíritu produce salud y sanidad. ¿No hemos experimentado a veces la sensación de ahogo al estar dentro de una habitación cerrada? ¿Y no hemos

abierto las ventanas para inhalar el aire fresco? ¡Ah! Se necesita el tratamiento a base de aire fresco para reanimar a los sofocados, a los enfermos y a los débiles. ¡Venid a los espacios abiertos, almas enfermas de pecado! Sí, y más aún. ¿Nunca os parasteis sobre la cumbre de una montaña, cerca de una gran ciudad edificada en el valle a sus pies? ¿No habéis observado desde esas cumbres las llanuras cubiertas de un velo brumoso, proveniente de la corrompida y contaminada atmósfera de la ciudad, con sus gases venenosos y sus olores molestos? ¿No habéis gozado de la libertad, la frescura y el vigor del aire de la montaña?

¡Ah, el esplendor de las alturas! Subamos de la lobreguez del valle hasta donde se puede respirar profundamente el aire puro y regenerador. ¡Cómo hace esto que la sangre circule vigorosamente por todo el organismo, reanimándolo! Todo lo cual no es sino una parábola, porque el aire es un símbolo del Espíritu Santo. Nosotros los cristianos necesitamos respirar profundamente en las alturas de Dios. Tenemos necesidad del Espíritu Santo.

> «Hemos de elevarnos por sobre la helada atmósfera en la cual hemos estado viviendo hasta ahora, y con la que Satanás quisiera rodear nuestras almas, y respirar en la santificada atmósfera del cielo» (*ibíd.*, 6 de mayo de 1890).

Tenemos que poseer la realidad sugerida por este viento simbólico. Contemplemos un hermoso barco con las velas desplegadas y el ancla elevada. Pero no se levantan olas en la superficie del agua junto a él, ni en su proa se forma espuma. No hay progreso. ¿Por qué? ¡Porque no sopla viento! O tal vez se trata de un velero de lento andar, atrapado en el poderoso regazo del océano. En el Atlántico hay un lugar llamado el mar de los Sargazos, sujeto

a largos períodos de calma y cubierto de algas. Nada aterraba tanto a los marinos de antaño como ser atrapados en esa región. Lo consideraban peor que cualquier tormenta.

Imposibilitados de proseguir, sin agua, sin alimentos, con las esperanzas perdidas y la tripulación frente a la muerte, ¡con cuanto anhelo oraban pidiendo viento! ¡Con cuánto gozo observaban los marinos la acción de la brisa benévola que inflaba las velas vacías! ¿Sentimos también nosotros nuestra necesidad? ¿Damos la bienvenida con el mismo interés al Espíritu que se aproxima? Esa intensa sed del Espíritu es una de las necesidades más apremiantes de la iglesia en la actualidad.

Difiere en la forma de actuar

Los resultados de la acción del viento, así como su dirección, varían. Después de que el pecado entró en el Edén, nuestros primeros padres oyeron, traída por el viento, la voz de Dios que los buscaba: «¿Dónde estás tú?». Era la voz de la misericordia, la súplica y el amor. Y así también sucede en este paraíso perdido; las amorosas invitaciones divinas nos llegan en alas del «viento». Ni tampoco podemos escondernos ahora de él con más éxito del que tuvo Adán en aquella ocasión. ¿Podemos escucharlo llamándonos ahora mismo por medio del Espíritu Santo? Si es así, obedezcamos de inmediato a su llamada.

Por otra parte, después del diluvio Dios hizo que un poderoso viento soplara sobre la faz de las aguas, y así estas volvieron a sus lugares y los antiguos límites volvieron a delinearse. El viento deshizo el nebuloso velo de las montañas y secó la tierra preparándola de nuevo para ser habitada. Así como en los días de Noé, antes de la venida del Hijo del hombre el grandioso poder del Espíritu

Santo se exhibirá en su obra de adaptar y preparar nuestros templos corporales para transformarlos en su morada. ¡Cómo necesitamos entender y experimentar su obra durante el «fuerte clamor» de este mensaje! Esto es absolutamente indispensable en nuestra preparación para vivir en las moradas eternas.

Notemos de nuevo cómo, cuando Moisés condujo las huestes emigrantes de Israel fuera de Egipto, Dios sopló sobre el mar (Éxo. 15: 8, 10) y abrió un camino para la liberación de su pueblo. Así también la obra del Espíritu efectuará nuestra liberación de este mundo de pecado. Nuestra única esperanza descansa en su actividad milagrosa y no en nuestro genio ni esfuerzo. Cuán trágico resulta que seamos tan propensos a olvidarlo.

La forma de obrar del Espíritu Santo es variada. A veces en Palestina sopla un viento oriental conocido como «siroco», que significa viento envenenado, y que trae calamidades consigo. Seca la garganta, provoca dificultades respiratorias y crea un estado opresivo. Fue ese «viento solano» el que marchitó las cosechas del faraón (Gén. 41: 6, 23, 27). También ese viento trajo langostas sobre Egipto (Éxo. 10: 13) y rompió los barcos de Tarsis (Sal. 48: 7).

A veces el Espíritu Santo viene como un viento oriental, trayendo quebrantamiento y congoja:

—Por favor, ore por mí —le pidió una señora a su pastor.

—Con gusto. Pero, ¿para qué? —le contestó el ministro.

—Quiero que el Señor me dé paciencia.

—Oh, Dios, te ruego que envíes muchas tribulaciones y persecución a esta hermana... —comenzó a orar el pastor.

—¡Deténgase! —exclamó alarmada la mujer—. Yo no quiero tribulaciones.

Pero la tribulación produce paciencia.

También hay un viento occidental de liberación, como el que quitó la langosta de Egipto (Éxo. 10: 19). Así también otras veces el Espíritu Santo trae consuelo, gracia y alivio para nuestra fatiga. Su nombre es el Consolador.

Luego tenemos el viento norte, que limpia la atmósfera (Prov. 25: 23) y trae buen tiempo (Job 37: 21, 22). Después de las nubes y las tormentas, el Espíritu Santo produce buen tiempo y cielos azules de bendita comunión.

El último de los cuatro vientos es el agradable viento sur que aquieta las aguas (Job 37: 17), y transporta aromas (Cant. 4: 16). El viento que se siente en Jope entre las nueve y las diez de la mañana llega a Jerusalén entre las dos y las tres de la tarde, y deja de soplar a la puesta del sol, aunque vuelve por la noche bañado y refrescado por la faz de la naturaleza.

Su rasgo distintivo es su fragancia, así como el Espíritu Santo libera aromas dulces y refrescantes: la mirra de una vida consagrada, el ungüento de la devoción amorosa, el incienso de la adoración agradecida, la fragancia de la oración adoradora y el aroma de un carácter santo. Tales son algunas maneras de su forma de obrar.

Sus movimientos son irresistibles

En quinto lugar, los movimientos del viento son irresistibles. Pensemos en su incomparable poder. ¿Quién podría detenerlo? Lo vemos conmover y azotar el poderoso océano hasta transformarlo en violenta furia, cuyas olas encrespadas se alzan como montañas. Lo vemos arrancar los poderosos gigantes de la floresta, como si fueran tiernas plantas de jardín. Lo observamos trastornar los monumentos más

orgullosos del hombre y arruinar ciudades, aniquilando sus edificios como si fueran frágiles juguetes. Es irresistible. Los ejércitos tratarían de detener su obra, pero sin conseguirlo. Aunque los legisladores y los juristas promulgaran decretos contra él, de todos modos veríamos perecer naciones, desaparecer los legisladores y olvidarse sus decretos, y la majestad de los vientos seguiría intocada.

El viento, aunque es invisible, no por eso deja de ser real; tan real como la tierra que pisamos. Se lo puede comprimir, transformándolo en líquido que llega a ser más poderoso que la dinamita. En el oriente todavía se acostumbra a hablar de los vientos como «los mensajeros de Dios».

Un viajero y su guía árabe atravesaban en camello el desierto sin huellas, cuando el guía ordenó a su compañero desmontar y enfrentarse con «los mensajeros de Dios». Al darse vuelta el occidental vio la asfixiante nube de polvo que, elevada por los cálidos vientos, se abalanzaba sobre ellos con velocidad de huracán. Apenas tuvieron tiempo de desmontar y postrarse en tierra cubriendo sus cabezas antes que la nube de arena los alcanzara, revolviendo sus ropas y haciendo que aun los camellos se quejaran bajo la intolerable miseria de su sofocación.

A veces las manifestaciones de la presencia y el poder del Espíritu Santo son también impresionantes y terribles. Y en sus operaciones él es soberano. Nadie puede pararse en su camino. Los santos se someten y los pecadores son humillados; se despiertan las conciencias y se suscitan pensamientos de santidad; se deshacen amarguras, lo torcido se endereza y se efectúan restituciones. Bajo la intensidad de su poder humillador, se confiesan pecados secretos, y se abandonan ambiciones pervertidas, la impureza, la falta de oración y el descuido del estudio de la Biblia. El Espíritu no nos somete a su acción correctora sin un propósito definido, sino que obra en nosotros resultados gloriosos e inteligentes.

Si respondemos a su acción, las actividades del Espíritu Santo nos traerán liberación y vida, mientras que el huracán siembra devastación y muerte. El Pentecostés fue testigo de un «viento recio que corría». Cada palabra es significativa. *Viento* proviene del griego *pnoé*, del cual derivan nuestros términos *respiración, hálito y soplo*. Con esto resulta claro que se hace referencia a la acción de una persona viva, el mismo que en la creación sopló sobre la forma inerte del hombre transformándolo en un ser viviente, y el mismo que antes de su ascensión sopló sobre sus discípulos transmitiéndoles poder al comisionarlos para ser sus representantes ante el mundo.

La palabra *recio o poderoso* denota actividad vital, fuerza incontenible, de conmovedora majestad. Y so*plaba* sugiere velocidad transportadora como un barco que es impulsado ante la tormenta. Así que el Espíritu tiene poder para soplar, para mover, para transportar. Como resultado de su venida en el día de Pentecostés, los discípulos fueron capacitados para testificar: «Todos [...] comenzaron a hablar». Y el testimonio de ellos produjo convicciones profundas, puesto que sus oyentes fueron «compungidos de corazón».

Bajo la influencia del mismo Espíritu los hombres de la antigüedad hablaron la Palabra de Dios al ser arrebatados por el incontenible ímpetu de su poder (2 Ped. 1: 21). Humillemos reverentemente nuestros rostros ante la presencia de aquel que es Omnipotente. No hay nada difícil para él. Que para nosotros tampoco sea difícil someternos humildemente a él.

Una visión del poder del Espíritu

Para concluir nuestra investigación de los tesoros del viento, estudiaremos lo que tal vez sea la presentación más notable del poder vivificador del Espíritu en medio de la

desesperación más abyecta revelada en la Palabra. Se encuentra en la visión de Ezequiel, del valle de los huesos secos. Leamos primeramente el registro inspirado:

> «La mano de Jehová vino sobre mí, y me llevó en el Espíritu de Jehová, y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos. Y me hizo pasar cerca de ellos por todo en derredor; y he aquí que eran muchísimos sobre la faz del campo, y por cierto secos en gran manera. Y me dijo: "Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos?" Y dije: "Señor Jehová, tú lo sabes". Me dijo entonces: "Profetiza sobre estos huesos, y diles: 'Huesos secos, oíd palabra de Jehová. Así ha dicho Jehová el Señor a estos huesos: He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Y pondré tendones sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu, y viviréis; y sabréis que yo soy Jehová'". Profeticé, pues, como me fue mandado; y hubo un ruido mientras yo profetizaba, y he aquí un temblor; y los huesos se juntaron cada hueso con su hueso. Y miré, y he aquí tendones sobre ellos, y la carne subió, y la piel cubrió por encima de ellos; pero no había en ellos espíritu. Y me dijo: "Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: 'Así ha dicho Jehová el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán'". Y profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron, y estuvieron sobre sus pies; un ejército grande en extremo» (Eze. 37: 1-10, RV60).

Esta escena se desarrolla en un antiguo valle cubierto de huesos humanos viejos, los esqueletos de un ejército caído. Ezequiel se siente impresionado por dos hechos: el número y la condición de los huesos. No se hace ningún

esfuerzo por empequeñecer estos datos, puesto que se dice que eran «muchísimos» y «secos en gran manera». Todo rastro de vida había desaparecido de ellos. Allí yacían descoloridos y calcinados, expuestos a las inclemencias del viento y la lluvia. No les quedaba médula por dentro ni carne por fuera. ¡Qué cuadro más desolador! Desde el punto de vista humano la desesperación parecía racional y una imposibilidad su reanimación. Pero el profeta no se sintió abatido por su propia impotencia, porque «para Dios todas las cosas son posibles».

«Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos?». Fue la pregunta dirigida al profeta. Tal vez en su juventud habría podido contestar descuidadamente: «No; ¡por supuesto que no!» Pero había aprendido a conocer el poder divino. Y su sabia respuesta fue: «Señor Jehová, tú lo sabes». Ningún ser humano podría hacerlos revivir, pero Dios podía. Luego se ordenó a Ezequiel que profetizara a los huesos. Se le mostró mediante qué agente Dios cumpliría su propósito. No solo recibió una respuesta, sino también un mensaje.

Profetizar puede ser predecir lo que sucederá, así como declarar la voluntad de Dios. El profeta debía predicar la Palabra de Dios a estos huesos secos. Pero ¿cómo podrían escucharlo? Ah, porque no les predicaría palabra humana sino que les proclamaría la Palabra de Dios. De modo que procede a presentarles las promesas divinas. Su palabra penetra en los oídos muertos. Obsérvese cómo el relato de la visión sigue el orden preciso de la creación original: primero la formación del cuerpo y luego la concesión del aliento vital. Fíjese también la inseparable unión de la palabra y el Espíritu, tal como en la creación original.

Y mientras aún hablaba Ezequiel, ya podía percibir el efecto de sus palabras. Hubo una conmoción entre los huesos. Un movimiento reemplazó la quietud mortal. Se sintió un estremecimiento ruidoso al llegarse cada hueso a su

compañero, hasta que los esqueletos quedaron completamente formados. Aparecieron tendones para conectar los huesos entre sí. Los músculos aparecieron en los lugares correspondientes, listos para entrar en acción. Todos los órganos estaban en sus lugares, pero no había vida en ellos. Tenían forma humana, pero ahí estaban postrados ¡una hueste de cadáveres! Y así termina el primer episodio de este proceso de restauración.

La lección consiste en esto: la profecía de Ezequiel a los huesos produjo cierta reconstrucción física acompañada de movimiento, pero eso fue todo. Cuando el hombre enseña al hombre se pueden producir reformas, mejoras y cambios externos; pero el hombre no puede conceder vida. Así es también el efecto de la palabra carente del Espíritu, si fuera posible separar estos dos términos. Y aquí tenemos la explicación de más de un esfuerzo de evangelización improductivo.

Pero en la segunda parte de la visión, Ezequiel recibió la orden de profetizar al Espíritu. Luego sigue su gran invocación, su orden suplicante, y bajo el soplo vivificante del Espíritu se suscita un espectáculo extraordinario. Observemos el temblor de las formas inertes al recibir el toque de la vida, y veámoslas incorporarse hasta ponerse de pie. ¡Qué cuadro del ministerio vivificador del Espíritu! No se trata sencillamente de un efecto reformador, sino de una verdadera transformación y animación. Es una manifestación impresionante de la presencia divina del Espíritu y de su manera de obrar. La expresión «cuatro vientos» manifiesta, por supuesto, su omnipresencia en el mundo.

La aplicación personal

Esta visión es simbólica, pero el hecho es real. Aunque va dirigida principalmente a la nación de Israel, su apli-

cación incluye a aquellos que se hallan muertos en sus delitos y pecados. Mucho peor que la muerte de una nación como entidad es la muerte de una persona. Y Dios nos reconoce como muertos, separados de él, hasta tanto seamos vivificado por su Espíritu. Es una figura perfecta. Somos muchísimos y secos en gran manera. Desde la perspectiva humana no hay esperanza. Pero, bendito sea Dios, porque aun los muertos oyen las palabras poderosas del Espíritu de Dios. También el instrumento humano es considerado esencial. Pero deben reconocerse sus limitaciones. Nuestra esperanza consiste en el aliento del Todopoderoso.

Aquí se ven los mismos dos agentes. Primero, la Palabra de Dios es el instrumento divino en la conversión de los seres humanos. Pero la Palabra sola no confiere al alma el aliento de vida. Únicamente el Espíritu Santo es el gran agente en la transformación y la transfiguración de una vida transportada de las profundidades del pecado a las alturas de la justicia.

La principal responsabilidad del Espíritu Santo es la darle vida a los muertos espirituales. ¡Bendito poder! Se puede someter un cadáver a una corriente eléctrica y producir movimientos musculares en él. Estos movimientos pueden simular vida, pero está muerto a pesar de moverse. Falta la chispa vital. Debe obtener vida —derivada y regalada— de la fuente de vida, o de lo contrario permanecerá siendo un cadáver con su desintegración inevitable.

Es esencial que recordemos esto junto con nuestras actividades necesarias. No hay obra de restauración demasiado difícil para Dios. ¡Cuán bueno es esto! Y así como tenemos un Dios capaz de resucitar muertos, también hemos de tener una fe viva. Necesitamos, deseamos y debemos obtener vida: el Espíritu, el aliento del Omnipotente. Leamos las interesantes palabras del Espíritu de Profecía:

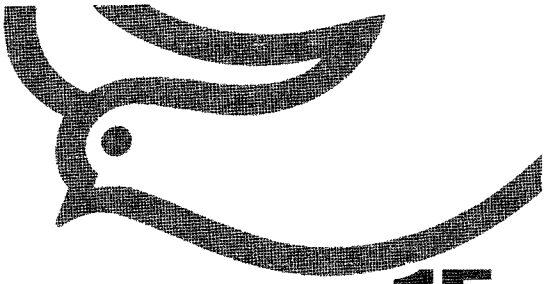
«El Espíritu de Dios con su poder vivificador debe encontrarse en cada instrumento humano para que todo músculo y tendón espirituales puedan ejercitarse. Sin el Espíritu Santo, sin el aliento de Dios, hay adormecimiento de la conciencia, pérdida de la vida espiritual. Muchos que han perdido su vida espiritual tienen sus nombres en los libros de la iglesia, pero no están inscritos en los libros de la vida del Cordero. Pueden estar afiliados a una iglesia, pero no están unidos al Señor. Pueden ser diligentes en el cumplimiento de cierto grupo de deberes y pueden considerarse como hombres que viven; pero muchos se hallan entre los que "tienen nombre de que viven, y están muertos".

»A menos que el alma esté convertida genuinamente a Dios; a menos que el aliento vital de Dios imparta vida espiritual al alma; a menos que los que profesan la verdad estén motivados por principios celestiales, no habrán nacido de simiente incorruptible que vive y permanece para siempre. A menos que confíen en la justicia de Cristo como su única posesión; a menos que imiten su carácter, que trabajen con su Espíritu, se hallan desnudos, desprovistos del manto de su justicia. A menudo tratamos de que los muertos pasen por vivos; porque los que tratan de alcanzar lo que llaman salvación según sus propias ideas, no tienen a Dios obrando en ellos así el querer como el hacer por su buena voluntad. Esta clase está bien representada por el valle de los huesos secos que Ezequiel vio en visión. Los que han recibido el cometido de los tesoros de la verdad, pero todavía están muertos en violaciones y pecados, necesitan ser recreados en Cristo Jesús» (Elena G. de White, *Review and Herald,* 17 de enero de 1893).

Vayamos a una iglesia. Tal vez la encontremos magníficamente dotada, con un buen coro musical, un predicador y un servicio bien ordenado, pero todo es simple formalismo; no hay Espíritu, no hay vida. Una iglesia puede estar perfectamente organizada y, sin embargo, estar perfectamente muerta. Pasan meses. Volvemos a la misma iglesia, pero ahora hay un nuevo poder en las alabanzas, nueva inspiración en la predicación. Es una iglesia llena de vida. ¿Por qué? El soplo de Dios le ha sido impartido.

Y milagros como este suelen ocurrir. Lo mismo es verdad con más frecuencia en casos individuales. Que mediante las bendiciones del viento, Dios nos enseñe que el Espíritu Santo es indispensable para la vida, el servicio y la victoria. Es nuestra esperanza de triunfo. En medio de la muerte reinante, es imperativo que obtengamos su vida, la cual tiene poder para resucitarnos. Y ya ha comenzado su bendita obra. La palabra de Dios no volverá a él vacía; y su provisión gloriosa no fallará.

Ven, Espíritu de vida y amor divinos, sopla sobre nuestros corazones. Sí, y no solo deseamos el soplo sino también el «viento recio que corría». Anhelamos tu poder vivificante. Concédenoslo, Señor Jesús.



15

Ríos de agua viva

«En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: "Si alguien tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior brotarán ríos de agua viva". Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él, pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado» (Juan 7: 37-39).

La fiesta de los Tabernáculos, durante la cual estas palabras fueron dichas, era la última de las tres fiestas anuales de los judíos, y se celebraba cerca del fin del año. Después de la Pascua, era la más impresionante de las grandes solemnidades nacionales hebreas. De lejos y de cerca, y aún de más allá de los confines de Palestina, la gente acudía para reunirse en Jerusalén. Las festividades duraban ocho días, y eran un recordativo del cuidado protector de Dios y de su gracia proveedora durante los días de su peregrinación por el desierto.

Era una conmemoración de su vida nómada; de modo que pasaban la semana al aire libre viviendo en tiendas construidas con ramas de árboles y hojas de palmas. Los primeros siete días representaban su vida en el desierto, pero el octavo era un monumento a la entrada en su tierra prometida; por lo tanto, ese día abandonaban sus chozas de ramas y volvían a sus propias casas. Las calles y los patios, los techos caseros y los caminos, las colinas y los valles de Jerusalén y sus alrededores se veían adornados con estas pintorescas chocitas. Ofrecían un aspecto tan denso que daban la apariencia de un verdadero jardín de palmas y pinos, olivos y mirtos. Todo israelita se vestía con sus mejores ropas, y cada uno llevaba una verde palma.

Por la noche la ciudad se iluminaba con millares de luces. Especialmente el atrio del templo era una llama luminosa adonde se dirigía la vista de todos. Con esto en mente se comprende mejor la desafiante invitación de Cristo: «Yo soy la luz del mundo». Debía dirigir la atención de ellos hacia sí mismo como la luz «que alumbra a todo hombre».

Al amanecer una inmensa procesión, encabezada por el sacerdote oficiante, se dirigía al valle de Cedrón, donde un cántaro de oro era llenado en el estanque de Siloé, una fuente alimentada de aguas vivas. El sacerdote levantaba el cántaro dorado sobre su hombro y, a paso lento, al ritmo de la música del coro, cantaba: «Nuestros pies estuvieron dentro de tus puertas, Jerusalén» (Sal. 122: 2), mientras encabezaba la procesión ascendente. Después de escalar la elevada pendiente del monte Moria, entraban por la Puerta del Agua, y después de subir las amplias escaleras del atrio del templo, se detenían frente al altar, en cuya base había embudos de plata conectados con canales subterráneos que, después de pasar por de-

bajo del templo, desembocaban en el Cedrón, que a su vez se dirigía al Mar Muerto.

En el tiempo de Cristo, mientras los cuatrocientos sacerdotes cantaban el gran *Hallel*, el pueblo oraba: «Sálvanos, te rogamos, oh Dios». Entonces el sacerdote oficiante exclamaba: «Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación» (Isa. 12: 3), mientras derramaba el agua consagrada en uno de los embudos, representando así el agua que brotó de la roca para saciar la sed de los israelitas. Al final de los sacrificios, los sacerdotes marchaban cantando alrededor del altar.

El cántaro vacío levantado

Esta ceremonia se repetía diariamente durante los primeros siete días, como representación de la promesa de que de Jerusalén fluirían aguas vivas. El octavo día, llamado último, o el día grande de la fiesta, el día de hosannas y de palmas mecidas, no se ofrecía esta libación de aguas. La reemplazaba la sencilla ceremonia de levantar el cántaro vacío, elevado a los cielos como muda exhortación por el sacerdote. Era una elocuente expresión de promesas no cumplidas así como de los insatisfechos deseos de la iglesia y de la nación judía.

El séptimo día marcaba el clímax de las festividades y de las alegrías jubilosas. Los sacerdotes marchaban siete veces en lugar de una, en relación con la última ofrenda del agua. Para entonces la gente estaba ya agotada con los cantos y los gritos. El gozo había sido cansador. La reacción de agotamiento era sobrecogedora. Ya no había nada más que los interesara o motivara.

La gente estaba perpleja y confundida. Sus corazones hambrientos anhelaban ardientemente algo, pero no sabían qué. En todo esto no había nada para el alma, nada

en las escenas ostentosas ni en las alegres celebraciones, nada en las luces deslumbrantes ni en la música armoniosa. Y el amante corazón de Jesús fue impresionado con su necesidad y su confesado sentimiento de destitución. Ese mismo amor comprende también hoy nuestras necesidades y nuestros anhelos.

Fue ese mismo día, justamente cuando el sacerdote levantaba el cántaro vacío y la multitud se sumergía en las profundidades de un sobrio silencio, cuando Jesús se puso de pie en medio de ellos. «En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: "Si alguien tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior brotarán ríos de agua viva". Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él, pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado» (Juan 7: 37-39).

Podemos imaginarnos el efecto casi electrizante de sus palabras. ¡Qué oferta en un día como ese, en tales circunstancias, en qué lugar y a qué congregación! Nunca había hecho Jesús una apelación más poderosa al sentido de necesidad humano. Conocían su voz, y sintieron el extraño poder de la invitación. Y después de más dos mil años que han transcurridos desde entonces, esas palabras no han perdido su magnéticó poder.

La sed del corazón humano

La figura de «sed» expresa bien las profundas ansias del corazón humano, así como la expresión «beber» denota su eterna satisfacción. Escuchémoslo: «Si alguno», el más pobre, el más humilde, el peor, el más rico, el más encumbrado, el mejor. Se invita a todos. ¡Cuán bondadoso es Jesús con las almas sedientas! Ah, la sed interna es tan real como el hambre interior, y esa sed es mayor y más profunda que la sed física.

El gran pedido del soldado herido en el campo de batalla no es que se lo libre de su dolor, su pedido es: «*Agua, agua*». Después de pasar días en un bote salvavidas el náufrago no suplica que le den alimentos sino *agua, agua*. Y el mártir, apresado en la lentitud de su muerte, no pide que se lo libere de su angustia, sino que exclama *agua, agua*. El mismo Cristo en la cruz exclamó: «Tengo sed». Y esto sucedió inmediatamente después de haber dicho: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?».

La sed física es un símbolo apropiado del ser humano sin Dios, de una vida desprovista del Espíritu Santo. Porque «esto dijo del Espíritu». No hay palabras para describir el estado de perdición del ser humano que vive sin su Salvador, ni ninguna imaginación puede concebirlo. El clamor de una persona abatida por el pecado es por el agua que aquí se ofrece, la única que puede saciar nuestra sed. Pero cuán a menudo el clamor de fatiga y desesperación es ahogado por mil y un artificios que agravan la dificultad.

Me pregunto si verdaderamente tenemos sed. ¿Sentimos una real sequía en nuestro ser? ¿Reconocemos nuestra urgente necesidad? Afirmo solemnemente que si pensamos que podemos subsistir sin el agua de la vida jamás la recibiremos. Pero si hemos llegado al punto de darnos cuenta de que debemos obtenerla, no importa a qué precio, y si estamos dispuestos a pagar ese precio, nunca seremos chasqueados.

¿Es todavía el mundo un vasto y árido desierto, sin un oasis? ¿Son los cálidos vientos de la pasión como el soplo de un alto horno, que marchitan y resecan la vida interior? ¿Son las infructíferas arenas del fracaso y del esfuerzo frustrado como un océano flamígero que nos envuelve totalmente? ¿Claman por agua los mismos poros del alma a causa de la sed enloquecedora? Si es así, el Hombre de

Galilea aparecerá para decirnos: «Venid a mí y bebed». ¿Iremos hoy mismo a él?

Acudamos a él para recibir

Pero notemos a quién hemos de acudir: no a la ceremonia de extraer agua, no a la doctrina concerniente al agua, no a la filosofía del agua, ni a la comprensión ortodoxa del agua. Estas ideas son necesarias y tienen su lugar, pero no pueden sustituir nuestra acción de ir hacia él. Tenemos que acudir a él como la fuente de nuestra bebida. No meramente al predicador ni simplemente a la pila bautismal o a la iglesia, sino a Jesús. «Porque todas las promesas de Dios son en él "sí", y en él "Amén"» (2 Cor. 1: 20).

¿Qué significa acudir a Jesús? Es creer en él y recibirlo tal como él se ofrece en este versículo, una fuente inagotable de vida divina, de amor y satisfacción, y el Espíritu Santo como el portador de esas corrientes de amor.

Fíjese, además, que «beber» es creer en él, porque «el que en mí cree, no tendrá sed jamás» (Juan 6: 35). De modo que la recepción del Espíritu Santo y sus corrientes vivificadoras se hallan conectadas inseparablemente con el conocimiento nuevo y completo de la persona de Jesús, y con nuestra fe en él.

Él satisfará nuestra ardiente sed si nos allegamos a él. Proporcionará alivio a la mente cansada. Aliviará el corazón fatigado. Consolará el alma doliente. A la vida desalentada impartirá esperanza. Alegrará el espíritu quebrantado y dará descanzo al peregrino fatigado. Romperá las cadenas opresoras. Él nos libertará del dominio y el poder del pecado. Resolverá el problema que nos agobia. Nos capacitará para servir. Pondrá dentro de nosotros su Espíritu.

Y no hay otra manera bajo el cielo en que estas cosas puedan realizarse.

En este último día de la fiesta, en este período postrero de la vida, pregunto: ¿Se ha satisfecho su corazón? ¿Aún tiene usted una sed que no ha sido saciada? ¿Queda todavía una carga que no le ha sido quitada? ¿Está su corazón como aquel cántaro vacío, elevado por el sacerdote en muda súplica al cielo, como testimonio de anhelos espirituales insatisfechos? En nombre del Maestro les ruego que si alguno tiene sed acuda a él y beba. El que cree en él, como dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su interior y suplico a Dios que hable a tu corazón mientras meditamos profundamente acerca del agua de la vida.

Aguas vivas

Al estudiar este tema nuestros pensamientos se vuelven inevitablemente a la entrevista de Cristo con la mujer samaritana, registrada en Juan 4: 10-14:

> «Respondió Jesús y le dijo: "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: 'Dame de beber', tú le pedirías, y él te daría agua viva". La mujer le dijo: "Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados? " Jesús le contestó: "Cualquiera que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna"».

Aquí se asegura la certeza de la provisión de agua viva, mientras que en el capítulo 7 dicha seguridad se transforma en una proclamación mundial de invitación. En Juan 4, el pensamiento más prominente consiste en su don del agua viva; en el capítulo 7 él mismo se revela como ese don, la

fuente de la vida eterna. Es la antigua proclamación de Jehová que resuena en carne humana: «¡Venid, todos los sedientos, venid a las aguas!» (Isa. 55: 1).

Obsérvese que aun en el capítulo 4 el agua de vida se presenta en conexión con el Espíritu Santo en los versículos 22-24. Hay tres clases de adoradores: primero, los ignorantes y ciegos, como los samaritanos; segundo, los inteligentes e instruidos, como los judíos, aunque formalistas y adoradores de la letra; y tercero, los adoradores espirituales, no meramente intelectuales, ortodoxos y conformistas. Estos el Padre busca que lo adoren. También hoy los está buscando. ¿Está usted dispuesto a responder?

Volvamos al agua viva mencionada en el versículo 14. Desde la antigüedad los hombres han buscado el agua viva. Aquí se encuentra la única que es real, genuina. Todas las otras son fraudulentas y engañosas. Pero el que bebe de esta agua posee una «fuente», un pozo debidamente construido que fluye constantemente, de donde salen corrientes abundantes, más ricas que cualquier fuente terrenal, y que no se agota jamás. El que bebe de esa agua «no tendrá sed jamás». ¡Qué gloriosa realidad!

Hace años me encontraba en un pueblo del oeste de los Estados Unidos, donde pasé por un período de sequía. El agua que llegaba al pueblo procedía de un depósito de las montañas; pero como no había nevado durante el invierno anterior, la corriente que alimentaba el depósito se había convertido en un riachuelo insignificante. El nivel del depósito había bajado en forma alarmante. La salud y el bienestar de la comunidad se hallaban amenazados por la escasez de agua. Se establecieron rigurosas medidas para ahorrar el precioso líquido. No había presión en las tuberías, y a veces cuando en la tarde se abría un grifo solo se conseguían unas pocas gotas. Otras veces

se oía un ruido entrecortado e irritante, pero sin que saliera agua.

¡Qué cuadro más real de vidas desprovistas del Espíritu! En medio de los afanados quehaceres cotidianos con sus muchos problemas y perplejidades, cuando se necesita considerablemente el agua de la vida, se descubre que ha disminuido hasta transformarse en una corriente insignificante; y esto, no porque el nivel haya disminuido en el depósito, sino porque los canales se han obstruido con mundanalidad. ¡Oh, qué tragedia!

Pero estuve en otro pueblo donde la provisión de agua provenía de pozos construidos apropiadamente que nunca fallaban. Sus habitantes jamás sufrían de sed porque gozaban constantemente de la abundancia puesta a su alcance por fuentes inagotables. Sin embargo, aunque todos reconozcan que una provisión estable de agua es indispensable para la satisfacción de las necesidades físicas del cuerpo, muchos tardan en reconocer que la naturaleza espiritual depende igualmente de una conexión viva con la fuente de la vida espiritual. En el caso de algunos el abastecimiento interior del Espíritu Santo ha disminuido hasta transformarse en un insignificante chorrillo que escasamente refresca el alma en tiempos de prueba. Los tales nunca saben lo que significa la abundancia, porque no acuden a la fuente para sacar de ella. La provisión de Jesús nos asegura vida abundante, como leemos en Juan 10: 10: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia». Que Dios nos ayude a evaluar adecuadamente el río de agua viva que nos ha concedido en Jesucristo y a beber de él constantemente.

En el capitulo 7 se promete que del interior del creyente «correrán ríos de agua viva». Pero al mismo tiempo

la Escritura revela la fuente de esas aguas: el Espíritu Santo que mora en el creyente. La Roca espiritual que viajaba *con* el Israel de la antigüedad (1 Cor. 10: 4) ha de morar en nuestro corazones a través del Espíritu. La obra personal y directa del Espíritu Santo coloca primero las aguas vivas a la disposición del creyente, y mediante su morada en el ser interior renueva perpetuamente la corriente, de modo que fluya en forma ininterrumpida, y aun a la manera de un río.

La certeza de una corriente ilimitada

Consideremos la palabra *ríos*. Implica vastedad, grandeza, y no un arroyuelo insignificante, ni una modesta corriente, ni siquiera un solo río. Habla de *ríos*, en plural. Esto denota constancia, abundancia y poder de difusión; ríos que crecen, se amplían y se profundizan. Significa multiplicidad, flujo y reflujo de aguas en muchas direcciones.

Hemos de ser como el poderoso río que corría en el Edén. Recordaremos que se dividía en cuatro brazos. En primero era el río Pisón, cuyo nombre significa ancho o extendido; el segundo el río Gihón, que significa impetuoso o torrentoso; el tercero era el río Hidekel, nombre que tiene como significado «de rápida corriente»; y el último, el río Éufrates, que significa fructífero. Cuando medito en los propósitos que Dios tiene para mí, y los comparo con mi propia vida vana y marchita, me siento humillado hasta el polvo. Esto quebranta la gloria personal y la coloca a los pies del Maestro.

Sí, y tiene que ser agua viva o, como lo expresa el término en el idioma original, agua corriente. Está en movimiento. Así la vida debe estar llena de abundantes corrientes de aguas vivas que impartan a otros bendiciones refrescantes, concediendo vida y satisfacción y alegría en medio de la muerte, el descontento y la tristeza prevalecientes. ¿Experimentan

otros una influencia vivificante, fructificadora y refrescante que fluye hacia ellos como corrientes de nuestra vida? De acuerdo con la provisión divina esto no solo puede ser así sino que debiera serlo. Que Dios nos escudriñe y revele nuestras necesidades y deficiencias, y que nos dirija a la inagotable fuente de abastecimiento.

Recuérdese también la universalidad de la promesa. En sus magníficos alcances incluye hasta los más débiles e ignorados. Es para usted y también para mí. Pregunto, ¿ha cumplido Dios su promesa en nosotros? Si no lo ha hecho, ¿por qué no? Debe haber alguna razón.

Y permítame otra pregunta: ¿Podría haber algo más importante que ser llenados con el Espíritu Santo? ¿Puede algo que ya está lleno colmarse? ¡Sí! Puede llenarse hasta el punto de que el contenido se derrame. Así se transforma en una doble bendición: primero la satisfacción personal de nuestras propias necesidades; y segundo, en el mayor y más glorioso canal por donde fluyen bendiciones. Estos ríos de aguas abundantes han de saciar las vidas sedientas de otros; derramándose en abundante dádiva. Esa es la diferencia entre lo que está lleno y lo que está colmado. Los que están llenos del Espíritu, sienten que sus bendiciones se derraman y alcanzan a otros.

Lo repetimos con énfasis: «De su interior *correrán*» corrientes visibles, reales. Tal vez no podamos contener mucho, pero escuchemos estas palabras alentadoras: el Espíritu puede llenarnos hasta el punto de exceder nuestra capacidad de contenerlo. El vaso que se coloca debajo de un llave abierta, desbordará tanto como un vaso o una vasija más grande que pudieran estar en su lugar.

Una salida es obligatoria

Todo río necesita una salida. En caso contrario dejará de ser un río. La cantidad que uno recibe depende de la

que sale de uno, y es medida por ella. Creo profundamente que cada persona redimida es un canal mediante el cual el Espíritu Santo puede alcanzar a otras vidas; de lo contrario se transformaría en un obstáculo que le impediría realizar su obra. ¡Ten piedad de nosotros, Señor, si por el pecado nos hemos transformado en piedras de tropiezo!

La provisión hecha es para que seamos corrientes limpias, y lo seremos a menos que lo impidan las obstrucciones del pecado. De nuevo pregunto: ¿Ven los demás en nuestro servicio un ambiente refrescante y libre, una vida espontánea de amor? En las expresiones de Juan 7 no se indica el trabajo tedioso de una bomba extractora de agua ni una labor forzada. En cambio, se sugiere un servicio abundante y permanente. No se trata del cuadro de una bomba vieja y ruidosa que se debe engrasar y manipular trabajosamente. El flujo de agua que se describe no depende del esfuerzo de alguien, ni se acrecienta por medio de aparatos, equipos ni adornos. Tampoco se desarrolla mediante ruegos, súplicas ni halagos.

Esta corriente de aguas no se alcanza por obras ni propaganda. No; sino que es un pozo construido debidamente, permanente y espontáneo, porque el Espíritu Santo es la fuente de la vida. Busca una salida. Al encontrarla se compromete a seguir fluyendo. Nosotros podemos ser los canales por donde correrá. Y el servicio basado en cualquier otra cosa no es sino un pretexto pobre, un sustituto artificial.

En su referencia a los ríos de aguas vivas que correrían, Jesús «habló del Espíritu» que recibirían los que creyeran en él. Me llena de gozo el saber que Jesús lo haya dicho con tanta claridad. A veces las metáforas y las figuras son difíciles de explicar. Las interpretaciones suelen variar con la persona que las da. Pero aquí, el Espíritu Santo interpreta el pasaje como el río de su propia vida que fluye

a través de la nuestra. Es el Espíritu Santo lo que necesitamos en nuestras vidas.

La razón de nuestros fracasos espirituales es la falta del Espíritu en nuestras vidas. Por otra parte, esta provisión es también el secreto de la victoria de cada cristiano que ha ayudado a moldear la vida espiritual de la iglesia desde el Pentecostés hasta nuestros días. Esto es lo que preparará a la iglesia remanente para el regreso del Señor Jesucristo.

Características del agua

¿Pero por qué compara Jesús al Espíritu Santo con el agua? Porque entre ellos hay procesos y características sorprendentemente análogos:

Primero, el agua *limpia*: «Esparciré sobre vosotros agua limpia y seréis purificados de todas vuestras impurezas» (Eze. 36: 25). Es solo una manera impresionante de presentar el proceso purificador de su obra de limpiarnos de pecado, orgullo y corrupción. Cuando pedimos el agua viva, pedimos primero la limpieza que solamente Dios puede conceder al alma. ¡Qué él realice en nosotros su obra purificadora y perfeccionadora!

Segundo, el agua *satisface*: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, Dios, el alma mía» (Sal. 42: 1). Lo que el agua es al cuerpo sediento, es el Espíritu Santo al alma con sed. Solo aquí hay satisfacción eterna. Así como nada puede sustituir al agua limpia, tampoco hay nada que pueda reemplazar al Espíritu Santo. Corazón anhelante, lo que tú necesitas es esa agua viva que se te ofrece.

Tercero, el agua *reanima*. Hace revivir al cansado y desfalleciente: «El árbol, aunque lo corten, aún tiene la esperanza de volver a retoñar, de que no falten sus renuevos. Aunque en la tierra envejezca su raíz y muera su tronco

en el polvo, al percibir el agua reverdecerá y hará copa como una planta nueva» (Job 14: 7-9).

Cuando alguien desfallece, le damos agua. Cuando la planta se marchita la regamos con agua. ¿Somos también nosotros árboles resecos, con ramas moribundas?

¿Nos ha quebrantado alguna tormenta de esta vida?

¿Las perspectivas son poco motivadoras, o quizá desesperantes? ¡Entonces, aquí hay esperanza! Mediante esta agua vivificadora podemos reverdecer, brotar y producir renuevos y ramas nuevamente. Aquí se promete una restauración total.

Cuarto, el agua hace *crecer*. Leamos los siguientes dos pasajes bíblicos: «Porque yo derramaré aguas sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida; mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos; y brotarán entre hierba, como sauces junto a las riberas de las aguas» (Isa. 44: 3, 4, RV60). «Las aguas lo hicieron crecer, lo encumbró el abismo; sus ríos corrían alrededor de su pie, y a todos los árboles del campo enviaba sus corrientes.

Por tanto, se encumbró su altura sobre todos los árboles del campo y se multiplicaron sus ramas, y a causa de las muchas aguas se extendió el ramaje que había echado. En sus ramas hacían nido todas las aves del cielo, debajo de su ramaje parían todas las bestias del campo y a su sombra habitaban muchas naciones. Se hizo, pues, hermoso en su grandeza con la extensión de sus ramas, porque su raíz estaba junto a aguas abundantes» (Eze. 31: 4-7).

¡Cristianos! ¿Anhelamos crecer? Si es así, debemos profundizar nuestras raíces hasta que estas absorban las aguas vivificadoras. Juan el Bautista fue un ejemplo de alguien considerado grande a la vista de Dios. Acerca de él leemos en Lucas 1: 15: «Porque será grande delante de Dios. [...]

y será lleno del Espíritu Santo». He aquí, nuevamente, el secreto de su grandeza. Fue lleno del Espíritu Santo. Esta es todavía la condición para lograr la verdadera grandeza.

Atributos de los ríos

Hablando concretamente de los ríos, en primer lugar mencionaremos que *hacen fructificar*. «Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae, y todo lo que hace, prosperará» (Sal. 1: 3).

¿Se queja usted de la esterilidad de su vida? ¿Es su vida tan solo un árbol marchito? Los árboles agostados no pueden producir buenos frutos. Necesitamos agua. La producción de fruta exige más que cultivo, desinfección y fertilización. El agua refrescante es indispensable. El secreto de la fructificación consiste en el afianzamiento en el Espíritu.

Además, los ríos *pacifican*. «Fuera entonces tu paz como un río» (Isa. 48: 18). ¿Hemos contemplado la angustia del alma presa en la convicción del Espíritu Santo? El mismo Espíritu que en el alma culpable produce primero convicción de pecado, trae consigo la paz de Dios cuando esos pecados han sido limpiados por su gracia. Esta es la paz que necesitamos.

Por lo demás, los ríos *alegran*. «Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios» (Sal. 46: 4). ¡Ay, los corazones quebrantados! Se encuentran en todas partes a nuestro alrededor. A veces, cuando converso con individuos cuyos problemas los tienen turbados, y me identifico con sus preocupaciones y compruebo las manchas del pecado, alcanzo a percibir débilmente la gran carga que el Salvador debió soportar al leer los pensamientos de la gente y al mirar dentro de los corazones cargados de angustia producida por la maldición y la ruina del pecado. Pero estas

santas corrientes alegran el Espíritu y traen el consuelo y el socorro necesarios al alma entristecida.

Por otra parte, los ríos también *representan poder y lo generan*. En Suiza hay un glaciar alpino cuyo extremo es un desnudo paredón perpendicular. Pero en su lateral los vientos cálidos y los soles veraniegos han hecho una gran caverna. El turista puede penetrar en esa cueva fantástica. Pero su frío lo deja helado, porque arriba, abajo y alrededor hay hielo sólido, ¡una enorme masa de hielo!

Sin embargo, del corazón de ese glaciar colosal fluye una corriente cristalina que comienza su viaje hacia el valle. Luego se agranda y se profundiza hasta transformarse en un río donde beben las aves, los rebaños se refrescan y los árboles hunden sus raíces en él; su poder hace girar las ruedas y los engranajes de los molinos y las fábricas. Penetra en un lago y por un tiempo parece haberse perdido, pero luego emerge, cruza Francia y vuelve hacia el sur. En su desembocadura es bastante ancho y profundo como para permitir la navegación de los barcos pesqueros y aun de los grandes navíos.

¡Cuán fríos somos! ¡Cuánto nos parecemos a aquel glaciar! ¡Cuán helados nos hace nuestra falta de amor y fervor, y cuán presumidos nos hacen nuestra complacencia y satisfacción propia laodicenses! Me quedo asombrado ante mi propia frialdad frente a un mundo que agoniza. Ojalá que Dios derrita nuestros corazones fríos para que sus ríos de amor, de paz y de poder puedan fluir a través de nosotros hacia el mundo, así como fluye la corriente de agua del helado corazón de aquel glaciar de los Alpes.

La fuente de provisión infinita

La única condición consiste en creer en él. «Esto dijo del Espíritu que habían de recibir» (Juan 7: 39). ¿No acep-

taremos lo que Dios nos ha prometido? ¿Y no lo haremos hoy? Hace años un velero se retrasó en el mar mientras navegaba hacia un puerto sudamericano del Atlántico. Se les terminó el agua y la tripulación moría de sed. De pronto avistaron a otro barco. Le enviaron el siguiente mensaje: «Enviadnos agua». Y recibieron esta respuesta: «Arrojad vuestros cubos y sacadla». Pero ellos respondieron: «No queremos esta agua salada que nos hará enloquecer y no satisfacerá nuestra sed».

Y de nuevo recibieron la misma respuesta: «Arrojad vuestros cubos y sacadla». Con labios resecos y gargantas ardientes, hicieron este ruego desesperado: «Por amor a Dios, enviadnos agua porque perecemos». Y por tercera vez recibieron la misma respuesta: «Arrojad vuestros cubos y sacadla. ¡Os encontráis en la desembocadura del Amazonas!». Ocurre que la boca del río Amazonas es suficientemente ancha como para que un barco que navega en medio de ella no vea tierra a derecha ni a izquierda, y sus aguas dulces penetran profundamente en el océano.

No puedo darles esta agua, el agua de la vida. Tienen que sacarla ustedes mismos, pidiéndola a Jesús. Deben creer y recibirán el cumplimiento de su promesa. Muchos sufren de sed y perecen por falta de agua, aunque se hallan rodeados por agua fresca y dulce. Se encuentran en el Amazonas del amor y la gracia infinitos de Dios. Muchos claman y mueren por el río de aguas vivas, aunque se encuentran en medio de él. Está aquí mismo. Tan solo debemos creer y cumplir las condiciones. Debemos arrojar nuestros cubos y sacarla. «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba».

Entonces, los ríos de abundantes aguas están a nuestro alcance. ¿Qué cosa ha obstruido los canales del derramamiento del Espíritu Santo? Yo deseo tener el canal

completamente limpio. ¿Y vosotros? Yo deseo ser un instrumento humilde para transmitir la vida a otros. La pasión que me consume es ser un instrumento usado por el Maestro a fin de conmover los corazones humanos con música celestial y llevarlos hacia él.

Hace más de cien años, en el Puente de Londres, un pobre mendigo tocaba su viejo violín de forma desafinada en un intento inútil por conseguir algunas monedas de los transeúntes. Pero nadie se detenía ni escuchaba, por lo cual el pobre hombre desanimó grandemente. De pronto un desconocido bien vestido pasó frente a él. Luego se detuvo y volvió sobre sus pasos, y se puso a escuchar al anciano, quien lo miró con ojos suplicantes que pedían su ayuda. Pero en lugar de darle unas monedas, el desconocido le pidió su violín. Le aseguró que lo ayudaría tocando una pieza.

El mendigo, con dedos entumecidos y duros le pasó con gusto el viejo instrumento. El desconocido lo puso a tono y comenzó a tocar una melodía suave. Los transeúntes se detuvieron a escuchar. En el rostro endurecido de un hombre apareció una lágrima, y dejó caer una moneda en el viejo sombrero. Y lo mismo hicieron los demás, hasta que una gran multitud se reunió a su alrededor, bloqueó el puente y detuvo el tránsito, mientras las monedas de plata y de cobre se amontonaban a los pies del mendigo. El músico arrancaba melodías cada vez más bellas y conmovedoras al viejo violín, melodías que parecían cantos de ángeles. Y entre la gente comenzó a correr este rumor: «¡Es la mano del maestro! ¡Es Paganini quien toca en el violín del mendigo!».

¡Oh, yo quisiera responder como lo hizo aquel viejo violín en las manos del maestro, y llevar la música celestial a los corazones humanos!

Invitaciones del Espíritu

En muchas páginas de la Sagrada Escritura encontramos las invitaciones de Dios. El Libro abunda en ellas. Comienzan con el Génesis y terminan en el Apocalipsis. Pero es necesario ir al último capítulo del último libro de la Biblia para leer el llamamiento final de Dios y la invitación culminante que hace a los seres humanos: «El Espíritu y la Esposa dicen: "¡Ven!" El que oye, diga: "¡Ven!" Y el que tiene sed, venga. El que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida» (Apoc. 22: 17).

El Espíritu dice: «Ven». ¿Sentimos el deseo de ser mejores, el anhelo de ser santos? ¿Tenemos el propósito de ser piadosos y la resolución de ser puros? Si es así, esas determinaciones han nacido del toque maravilloso del Espíritu divino. Gracias a Dios por su Espíritu. Es vida para ustedes y para mí. Podrán burlarse de la iglesia, podrán desafiar a Dios y volver a crucificar al Salvador, pero les amonesto a que no jueguen con el Espíritu de gracia. Es peligroso contristarlo y alejarlo de nosotros, porque de esa manera se rompe la única vía que une el alma con el cielo. He visto a algunas personas rechazar y desoír al Espíritu hasta que casi es posible escuchar el ruido de las puertas de la misericordia al cerrarse para siempre para un alma que ha contristado al Espíritu de gracia.

Si en tu ser interior existe el deseo de cosas mejores, alimentadlo, cultivadlo y hacedlo crecer; y orad a Dios para que avive la chispa hasta convertirla en una llama viva que seguirá ardiendo cuando la eternidad haya tomado el lugar del tiempo, y cuando la noche haya sido desplazada por el día eterno. El mensaje del Espíritu es: «Ven y bebe, y ven hoy».

La iglesia dice: «Ven»

Y la esposa dice: «Ven». La esposa es la iglesia. Ella ha estado esperando fielmente a su Esposo. Él fue a un país lejano a «preparar lugar» para su esposa, y pronto volverá para llevarla a su hogar celestial. Cierta vez leí sobre un joven que vivía en la región este de los Estados Unidos. Este joven amaba a una hermosa señorita y era correspondido por ella. Después del casamiento, él viajó al oeste del país para hacerse cargo de un terreno y edificar una casa. Pero no había pasado mucho tiempo de su ausencia cuando ella comenzó a cortejar con sus ex admiradores y relacionarse con los enemigos de su esposo. ¿Cómo consideraremos esa conducta? Cometió una vergonzosa infidelidad al voto sagrado.

Pero en un sentido, ¿no describe esto la condición de la iglesia, la esposa del Cordero? No hacía mucho que él se había ido a preparar la morada celestial cuando ella comenzó a flirtear con el mundo, la carne y el diablo, y a asociarse íntimamente con sus enemigos. ¿No es ya tiempo de que cambie completamente su conducta y su vida? ¿No es ya tiempo de que enderece sus pasos y entregue todo su amor a su Señor?

Hay tres cosas que sé acerca de la iglesia. Primero, ha cometido errores. No creo que sea acertado disminuir la gravedad de sus faltas, excusar sus pecados, encubrir sus desaciertos o pedir disculpas por sus equivocaciones. Pero aunque es débil y defectuosa, sin embargo, es el objeto del supremo amor de Dios. Sé también que tiene en su seno a los mejores hombres y mujeres que hay en el mundo.

Y hay algo más que sé acerca de la iglesia. Y es que esta todavía ama a Dios y a los pecadores. No importa qué haya hecho o dicho un determinado individuo contra la iglesia, ella todavía lo ama. Si el pecador más vil o

el santo más endurecido (y estos son los más difíciles de alcanzar) se adelantara hacia el púlpito y se entregara a Dios, la iglesia exclamaría: «¡Alabado sea Dios! Otro pecador ha regresado a la vida». Y un poderoso coro de ángeles repetiría esa declaración y el eco de la casa de Dios resonaría en la bóveda celeste. El mensaje de la iglesia es: «Ven y bebe, y ven hoy».

El que oye diga: «Ven». Esta figura se ha tomado de lo que ocurría con las caravanas en el desierto cuando se les terminaba el agua y los hombres eran consumidos por la sed y estaban amenazados de muerte. En esa situación, se separaban unos de otros a una distancia tal que pudieran escuchar la voz de los compañeros. Cuando uno de ellos divisaba a la distancia un grupo de árboles, sabía que allí había agua. Luego se volvía en dirección a su compañero y gritaba: «¡Agua, ven!», y apresuraba el paso. El que recibía la noticia, gritaba a su compañero «¡Agua, ven!», y él también se apresuraba a ir a su encuentro a fin de calmar su sed y conservar la vida.

Desde las puertas del cielo hasta los portales mismos del infierno, Dios ha colocado una línea de personas, y con sus propios labios ha dado la noticia: «¡Agua, ven!»

Y el que oye diga: «Ven». ¿Hemos oído el llamado? Entonces hagamos correr la voz de esperanza, y apresurémonos nosotros mismos. Si hemos escuchado la invitación, «ven», repitámosla al que sigue en la línea.

Y el que tiene sed, venga. Si la línea se ha interrumpido, si no puedes oír el llamamiento de la iglesia, Dios os dice: Si tu alma está sedienta, si tu corazón desea y si tu mente anhela, «Ven y bebe», «ven» hoy.

La acción de Dios que capacita

Pero la invitación suprema de Dios se dirige a la voluntad. Allí es donde él coloca el énfasis principal. Él no

juega con nuestros sentimientos ni emociones. No se dirige a nuestras esperanzas ni temores. En cambio, se dirige a nuestro buen juicio. Habla a la razón y al intelecto. Se dirige a las facultades y a la mente. Nos invita a escoger. Aquel que puede crear la tierra, no quebrantará la voluntad de su criatura. Esa es la razón por la cual tantas personas permanecen sedientas y por la que muchos se pierden. Es porque no quieren venir y beber. Una de las exclamaciones más tristes pronunciadas por el Hijo de Dios es esta: «Y no queréis venir a mí para que tengáis vida». ¡Esas palabras afligen el corazón! Nadie necesita perderse. Jesús sufrió la muerte en lugar de cada ser humano. Él no quiere que nadie perezca. Su sacrificio ha hecho provisión para todos. Él se llega hasta la puerta de la voluntad, llama y dice: «Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él». Pero el problema consiste en que muchos no desean abrir. Todo esto se relaciona con nuestro destino eterno. Aquí está el punto decisivo del conflicto.

Amigos, no jueguen con el destino ni con la eternidad. Si perecen de sed, perecerán porque no quieren venir. Tal vez digan: «Yo no puedo ir». No pasen por alto esta expresión: «El que quiere». Es una expresión corta pero llena de significado. No es un permiso sino una orden. La misma voz que pronunció esas palabras, ordenó en el primer capitulo del Génesis: «Sea la luz», y la luz apareció. «Haya expansión», y la hubo. «Descúbrase lo seco», y la tierra surgió por encima de las aguas. «Produzca la tierra hierba verde», y hubo hierba. «Produzcan las aguas seres vivientes», y estos surgieron a su llamado. La Palabra de Dios no ha perdido su poder con el transcurso de los años. En su último libro concluye su invitación final a los hombres con estas palabras: «El que quiere».

Una entrega completa por elección voluntaria es lo único que se levanta entre ustedes y el acto de ir hacia Dios. Él contempla las almas sedientas que anhelan el agua viva que es la única que puede satisfacer la sed del alma, y dice a todos los poderes de la tierra y el infierno: «¡Dejad venir a esa alma!». Él allana el camino.

No existe poder en el universo capaz de impedir a un ser humano que tome la decisión de ir. Todo el cielo respalda su promesa.

Gracias sean dadas a Dios porque el sediento puede beber. Hay suficiente ahora y eternamente para todos los que van, y se proporciona el poder para que vayan. La palabra *venid* es un acto que proporciona poder. Y ese poder es permanente. Y el que bebe no lo hace solamente una vez para todo el tiempo. El acceso a Dios es continuo y no tiene límites. No hay necesidad de sentir sed junto a una provisión tan grande. Vamos ahora.

16

El bautismo con fuego

Hay tres pasajes bíblicos que constituyen el marco de referencia de este estudio. El primero es profético o predictivo, y fue dado por Juan el Bautista: «Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo. Él os bautizará en Espíritu Santo y *fuego*» (Mat. 3: 11; la cursiva ha sido añadida).

El segundo pasaje es un reconocimiento o confirmación de la predicción de Juan. Cristo dijo de sí mismo: «Fuego vine a echar en la tierra» (Luc. 12: 49).

El tercer pasaje se refiere al cumplimiento inicial de la promesa hecha en el Pentecostés, y constituye un anticipo de un cumplimiento mayor que ocurrirá antes de la segunda venida de Cristo: «Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo» (Hech. 2: 3, 4).

Durante mucho tiempo el siguiente pasaje bíblico ha estado ardiendo en mi ser: «Él os bautizará en Espíritu Santo

y fuego». De alguna manera no he podido desprenderme de la expresión «y fuego». Desde los tiempos antiguos el fuego divino ha sido reconocido por el pueblo de Dios como el símbolo de su gloria trascendente, de su presencia y su poder.

¡Qué figuras relucientes pasan por la imaginación y cruzan por nuestra mente cuando se menciona esa palabra! Desde las puertas del Edén con su espada encendida, nuestra mente va a la lámpara ardiente de Abraham, a la zarza ardiente de Horeb, al fuego consumidor que rodeó al Sinaí cuando se proclamó la ley, a la columna de fuego en el desierto, a la santa *Shekina* que se cernía sobre el tabernáculo con suministración perpetua, al relámpago que se produjo como respuesta a la oración de Elías, a los carbones encendidos de la visión de Isaías, a los símbolos relumbrantes de las visiones de Ezequiel, a la llama pentecostal que descendió sobre los discípulos, y finalmente al lenguaje figurado del Revelador.

Todos sabemos en qué consiste el bautismo con agua. Lo hemos presenciado o lo hemos recibido. ¿Pero qué es el bautismo con fuego? No es algo que contrasta con el bautismo por el Espíritu Santo. No es una alternativa suponer que si una persona no es bautizada con el Espíritu Santo entonces tiene que ser bautizada con el fuego destructivo. La expresión no es «*con* fuego», sino «en Espíritu Santo y fuego».

Esta última expresión constituye una frase explicativa que completa la idea. Es la forma bíblica de repetir a fin de enfatizar un pensamiento. Tenemos que ser bautizados con fuego ahora, para que seamos librados de la destrucción que más tarde se realizará mediante fuego.

Las siguientes palabras de *El Deseado de todas las gentes* confirman la exactitud de nuestra interpretación:

«El profeta Isaías había declarado que el Señor limpiaría a su pueblo de sus iniquidades "con espíritu de juicio y con espíritu de devastación". La palabra del Señor a Israel era: "Volveré mi mano sobre ti, y limpiaré hasta lo más puro tus escorias". Para el pecado, dondequiera que se encuentre, "nuestro Dios es fuego consumidor". *En todos los que se sometan a su poder, el Espíritu de Dios consumirá el pecado*. Pero si los hombres se aferran al pecado, llegarán a identificarse con él. Entonces la gloria de Dios que destruye el pecado, debe destruirlos a ellos también. [...] En el segundo advenimiento de Cristo, los impíos serán consumidos "con el espíritu de su boca", y destruidos "con el resplandor de su venida". La luz de la gloria de Dios, que imparte vida a los justos, matará a los impíos» (GEMA/APIA p. 85).

El significado es claro cuando consideramos, a la luz de lo que ocurrió en el Pentecostés, lo que la Biblia dice sobre qué es el fuego. Indudablemente se hace referencia al carácter ardiente de la obra del Espíritu Santo y a su efecto purificador en el alma: investiga, penetra, consume, purifica y dinamiza la vida. Cuando él toma el control de la vida se produce un efecto similar al que el fuego tiene sobre el mundo natural. Porque «nuestro Dios es fuego consumidor» (Heb. 12: 29), y su Espíritu es «espíritu de devastación» (Isa. 4: 4). La expresión «nuestro Dios es fuego consumidor», no es una amenaza implacable. Es más bien una revelación de su naturaleza, de su gracia santificadora y su poder. Recordemos que él es «*nuestro* Dios».

Veamos ahora brevemente qué hace el fuego.

Ante todo el fuego es revelador

«La obra de cada uno se hará manifiesta, porque el día la pondrá al descubierto, pues por el fuego será revelada. La obra de cada uno, sea la que sea, el fuego la probará» (1 Cor. 3: 13).

No estudiaremos la exégesis de este texto ni su cumplimiento primario, sino simplemente procuraremos apoderarnos de su significado: que el fuego revela. El bautismo con fuego revela al hombre tal como él es. Arroja los rayos de luz sagrada hasta en los rincones más escondidos del ser. Nos muestra exactamente como Dios nos ve.

Cuando Jesús bautiza a una persona con el Espíritu Santo y con fuego, se revela el orgullo, egoísmo, desconfianza, amor al poder, terquedad y vileza, a tal punto que esa persona queda asombrada. Cuando Dios bautiza todo mi ser con fuego, llego a aborrecerme más y más a mí mismo. Comprendo cada vez más que en mí no hay nada bueno. Todo lo que tengo o soy que vale algo me ha sido imputado e impartido por mi Señor y Salvador Jesucristo. Eso me hace caer de rodillas delante de Dios en sincera y sentida confesión.

Y no solo eso, sino que también me hace ir hacia algunos de mis hermanos para decirles con aflicción que en mi vida hay algunas cosas que no me hacen parecer a Cristo: esta lengua que habla con tanta rapidez, mi naturaleza maliciosa, y otras cien actitudes negativas. El bautismo con fuego resultará en un espíritu de confesión desconocido hasta ahora.

Recordemos la declaración del Espíritu de Profecía que habla de una reunión realizada en el auditorio del Tabernáculo durante un Congreso de la Asociación General celebrado en Battle Creek:

> «Se ofreció una oración, se cantó un himno y se volvió a orar. Una súplica ferviente se elevó

ante Dios. La presencia del Espíritu Santo se hizo notoria en la reunión. Él fue profundamente conmovedor, y algunos de los presentes estaban llorando en voz alta. Alguien se levantó de sus rodillas y declaró que antes había estado en desacuerdo con ciertas personas por las cuales no sentía ningún afecto, pero que ahora se veía a sí mismo como realmente era. En tono bien solemne recitó el mensaje dado a la iglesia de Laodicea [...]. El que hablaba se dirigió a los que habían estado orando y dijo: "Tenemos algo que hacer. Debemos confesar nuestros pecados y humillar nuestro corazón ante Dios". Con corazón quebrantado hizo confesión y luego se acercó a varios de los hermanos, uno tras otro, y les estrechó la mano pidiéndoles perdón. Las personas con quienes habló se levantaron de un salto, confesando y pidieron perdón, y todos se abrazaron derramando lágrimas. El espíritu de la confesión se difundió por toda la congregación. Fue un tiempo pentecostal. Se alabó a Dios por medio del canto, y la obra continuó hasta las altas horas de la noche, casi hasta el amanecer. [...] Ninguno parecía ser tan altivo que no quisiera hacer confesión de corazón, y los que dirigían esta obra eran personas de influencia, pero nunca antes habían tenido el valor de confesar sus propios pecados».

Luego viene este párrafo de tonalidad trágica:

»"*Esto es lo que pudo haber sido*. Todo esto lo habría hecho el Señor por su pueblo. El cielo entero esperaba manifestar su clemencia". Medité sobre cuánto habríamos avanzado si se hubiera llevado a cabo una obra cabal en último Congreso de la Asociación

General, y me embargó una agonía de desengaño al darme cuenta que lo que había presenciado no era una realidad» (*Testimonios para la iglesia,* t. 8, pp. 111-113).

¿No oraremos pidiendo el bautismo con fuego, el que nos mostrará tal cual somos? Estamos muy dispuestos a juzgar por la apariencia exterior y la conducta, pero Dios ve lo que hay en el corazón. Debemos tener ese fuego que llega a lo más profundo del corazón, hasta que cada pecado quede revelado y quitado de nuestra vida.

El fuego consume la escoria

Consideremos la notable parábola de Ezequiel que habla de la olla vacía sobre las brasas, la cual es un símbolo de Jerusalén: «Pondré luego la olla vacía sobre sus brasas, para que se caldee, se queme su fondo, se funda en ella su suciedad y se consuma su herrumbre» (Eze. 24: 11).

Esta es otra función del fuego: consume la escoria. Pero notemos el triste comentario que fue hecho sobre la Jerusalén del tiempo de Ezequiel: «En vano se cansó, y no salió de ella su mucha herrumbre» (v. 12).

No hubo separación entre su inmundicia y su oro. Prestemos atención al triste juicio que le espera: «En tu inmunda lujuria padecerás, porque yo trate de limpiarte, pero tú no te limpiaste de tu impureza: nunca más te limpiarás, hasta que yo sacie mi ira sobre ti» (v. 13).

Podemos permitir que el fuego purificador, el bautismo del Espíritu Santo, consuma ahora la escoria, o bien podemos elegir ser consumidos en las llamas del día final cuando el Señor «quemará la paja en fuego que nunca se apagará» (Mat. 3: 12).

Veamos ahora este otro pasaje: «Él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores [jabón para afuera y

fuego para adentro]. Él se sentará para afinar y limpiar la plata: limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia» (Mal. 3: 2, 3).

Se «sentará» para purificar. No está apresurado ni impaciente. Hará arder el fuego hasta que alcance el grado de calor necesario. Seguirá hasta que el proceso quede completo. Sí, nuestro Dios es un fuego purificador. Los que buscamos la justicia de Dios oremos pidiendo el Espíritu Santo; primero para *revelar* y luego para *consumir*, a fin de que sea quemada la escoria del pecado que hay en nuestra vida.

«Oh fuego de Dios, arde, arde, hasta que toda mi escoria quede consumida; Oh fuego de Dios, arde, arde, y prepárame para el día de prueba».

El fuego purifica en el interior

El agua limpia pero no como lo hace el fuego. El fuego es el elemento purificador por excelencia. Purifica en el interior y en forma total, llenando cada fibra y partícula de materia con su propio elemento. El agua puede quitar la suciedad exterior del oro. Pero la que se encuentra en el interior debe ser eliminada por el fuego. Un hombre con poca visión lavaba con entusiasmo una ventana. Frotaba y frotaba el vidrio y le echaba agua, pero no podía limpiarlo. Un amigo que pasaba vio lo que ocurría, de modo que le dijo: «¡Está sucio por dentro!». Ese es el problema con nosotros. Estamos sucios por dentro, en el corazón.

El fuego penetra profundamente, mientras el agua de nuestra purificación alcanza únicamente la superficie. El mineral tiene que ser arrojado en el horno, el fuego debe ser encendido y avivado con la ayuda de poderosas corrientes de aire. El aire en movimiento aviva las llamas y las

lenguas de fuego penetran en la masa del material hasta que lo funde. Así es como el precioso metal es separado de su pétrea matriz, y así es como la escoria es separada del oro. Aunque estuvieron juntos durante siglos, unidos en un tenaz abrazo, ahora se repelen mutuamente. Así es como el Refinador puede vaciar la dorada corriente en el molde de su propio designio.

Oremos para que Dios haga precisamente eso por nosotros. Lo que necesitamos es la obra del Fundidor divino.

Es el fuego del Espíritu Santo el que separa lo que es precioso de lo que es vil. No podemos quitar el pecado del corazón con el martillo y el cincel de nuestros propios esfuerzos. Únicamente el fuego de Dios puede conseguirlo. Cuando arda en nosotros ese fuego sagrado consumirá la escoria de nuestro orgullo y vanidad; los harapos de nuestra justicia propia serán consumidos y también lo será la hojarasca de una profesión vacía; desaparecerá el rastrojo de nuestra crítica; tampoco se hallará más en nosotros la farsa de un trabajo improductivo; las espinas de nuestros temperamentos irritables serán quitadas de nosotros; y ese fuego también devorará las raíces de amargura, la paja del fingimiento y la basura de las conversaciones sin provecho.

Todas estas cosas desagradables serán consumidas por el Espíritu de Dios hasta que el gran Refinador pueda ver su propia imagen reflejada en nosotros, así como el refinador terreno contempla su propio rostro en el metal reluciente. Debemos pasar por el fuego, ahora o bien cuando él venga como un «fuego consumidor».

«A este tercio lo meteré en el fuego, lo fundiré como se funde la plata, lo probaré como se prueba el oro. Él invocará mi nombre, y yo lo oiré. Yo diré: "Pueblo mío". Él dirá: "Jehová es mi Dios"» (Zac. 13: 9).

El fuego purifica consumiendo. Fíjese en estas palabras: «Entonces dije: "¡Ay de mí que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de *labios* y habitando en medio de pueblo que tiene *labios* inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos". Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas. Tocando con él sobre mi *boca*, dijo: He aquí que esto tocó tus *labios*, y es quitada tu culpa y limpio tu pecado» (Isa. 6: 5-7; la cursiva es nuestra).

El pecado del cual Isaías estaba consciente era el pecado de los labios. ¡Y con mucha frecuencia mi pecado y el de mi pueblo es también el pecado de los labios! Notemos que en la referencia a la compañía de los salvados que se hace en Apocalipsis 14: 5, los que seguirán al Cordero por dondequiera que vaya durante toda la eternidad, se pone énfasis en la «boca»: «En sus bocas no fue hallada mentira». Que Dios nos limpie y nos purifique del pecado de los labios, porque ningún otro miembro del cuerpo peca con tanta facilidad como la lengua.

Tenemos la lengua que habla con precipitación. Tenemos la lengua orgullosa que dice expresiones que exaltan el ego. Tenemos la lengua chismosa que pronuncia exageraciones impías; tenemos la lengua impura que hace declaraciones con doble sentido; tenemos la lengua despiadada que hace juicios injustos; y también tenemos la lengua maliciosa que habla con prejuicio y apasionamiento. En todas partes podemos comprobar los efectos del pecado de los labios. Necesitamos que nuestros labios sean purificados como los del profeta Isaías.

«Todo lo que resiste el fuego, por fuego lo haréis pasar, y quedará limpio», se nos dice en Números 31: 23. Esta es la forma como podemos ser limpiado: mediante el bautismo

penetrante, consumidor y purificador del Espíritu Santo y fuego. Necesitamos que esa purificación mediante el fuego realice una obra completa en nosotros, que afecte cada fibra de nuestro ser y cada rincón de nuestra alma. Eso es lo que ocurrió en el Pentecostés. Recordemos que antes del Pentecostés los discípulos estaban llenos de disputas egoístas, luchaban por conseguir la supremacía, buscaban puestos preeminentes y trataban de exaltarse a sí mismos. Pero después del Pentecostés desapareció el yo y únicamente Cristo ocupó el primer lugar en los pensamientos, las acciones y la vida de ellos. En adelante tuvieron amor, armonía y unidad, todo lo cual les proporcionó poder. En realidad se convirtieron en nuevos hombres.

El bautismo con fuego opera un cambio sustancial. Cuando se coloca mineral de hierro en el fuego, este se convierte en lingotes de hierro. Cuando se someten esos lingotes a la acción del fuego se obtiene acero de calidad. ¡Deseamos que Dios haga algo nuevo de nosotros!

Queremos ser arrojados en el fuego para llegar a ser los hombres y las mujeres que Cristo Jesús anhela que seamos.

El fuego libera de las cuerdas del pecado

El fuego tiene otra característica: nos libra. Libera, rompe las cadenas que atan. En Jueces 16: 9, la Biblia dice lo siguiente, al hablar acerca de Sansón: «Y él rompió los mimbres, como se rompe una cuerda de estopa cuando toca el fuego».

El pecado ata a algunos hombres más fuerte aún de lo que fue atado Sansón por los filisteos; pero el fuego del Espíritu Santo rompe las cuerdas del pecado. Y también destruye las ataduras del temor, el temor obsesionante de los hombres, temor al fracaso, temor a las burlas de los impíos, temor al ridículo de los amigos, temor a la pérdida

de la posición y el prestigio, al obedecer el llamamiento de Dios. Pensemos en la abyecta cobardía manifestada por Pedro antes del Pentecostés, en contraste con el magnífico valor que manifestó más adelante al culpar del asesinato del Hijo de Dios a los sacerdotes y dirigentes (Hech. 4: 8-13).

El fuego de Dios no solamente destruye el miedo de los seres humanos sino también implanta el temor de Dios en nosotros, preparándonos para la hora del juicio anunciada en el mensaje del primer ángel; ese fuego nos apartará del pecados y las apostasías de la Babilonia caída del segundo mensaje, y nos hará fieles en la observancia de los mandamientos anunciados en el mensaje del tercer ángel. Esto es lo que da fuerza y eficacia a los tres mensajes angélicos.

El fuego ablanda y funde

En Salmo 68: 2 se nos dice que «se derrite la cera ante el fuego», e Isaías 64: 1-3 habla de las montañas que se funden por la acción del fuego consumidor. ¡Oh, cuánto necesitamos la influencia del Espíritu Santo que ablanda y funde a fin de subyugar nuestros espíritus duros, ásperos y fríos, y para fundirnos en unidad perfecta con nuestros hermanos! La llama que funde y une nos da unidad así como la lava volcánica que fluye a lo largo de la montaña funde en una sola corriente todo lo que encuentra a su paso.

Hay montañas de egoísmo que deben ser fundidas, porque en caso contrario nos encontraremos en compañía de los que pedirán que las montañas caigan sobre ellos y los oculten del rostro del Rey que viene. Ojalá que el Señor funda nuestros corazones, suavice nuestras voluntades, una nuestros corazones y elimine toda separación por medio del bautismo del «Espíritu Santo y fuego».

El fuego calienta y repele el frío

Cuando Isaías comenta acerca del fuego, dice: «¡Ah, me he calentado con este fuego!» (Isa. 44: 16). Recordemos que en la mañana después de la resurrección Jesús se presentó en la playa del mar de Tiberias, cuando los discípulos cansados, con frío y hambrientos se aproximaban a tierra después de pasar una noche de trabajo infructífero. Él sabía que tenían frío y hambre, por eso había encendido un fuego para proporcionarles calor, y tenía alimento para satisfacer su hambre. A nuestro alrededor hay multitudes frías y hambrientas que necesitan ser alimentadas con la Palabra y ser calentadas con el fuego del Espíritu Santo. Esa es la combinación indispensable.

Existe una gran diferencia entre el fuego que calienta y alegra y las llamas devoradoras que consumen; también hay diferencia entre el rayo que destruye y el poder transportado en los cables eléctricos capaz de hacer funcionar fábricas y máquinas, de iluminar los hogares y las calles o de llevar mensajes por el aire o los cables. Igualmente amplia es la diferencia entre el fuego del Espíritu Santo y las llamas del fanatismo, «el fuego extraño» encendido por el diablo.

El fuego verdadero es encendido por Dios; en cambio, el fuego falso es de origen terrenal y surge de las emociones humanas. Es producido por los esfuerzos de los hombres y es estimulado por los poderes del diablo a fin de imitar falsamente el fuego genuino y desacreditarlo. El fuego verdadero es alimentado por el combustible de la Palabra de Dios; pero el fuego falso es sostenido por el razonamiento humano y las revelaciones de las fantasías del hombre. El fuego verdadero purifica y santifica; pero el fuego espurio se manifiesta en las formas impías de la complacencia pecaminosa y de los excesos descarados. El fuego verdadero obra a través

de conductos normales y racionales; pero el fuego falso adopta formas excéntricas, anormales y extravagantes.

La presencia del fuego falso en el mundo debiera motivarnos a buscar sinceramente el fuego genuino de Dios. El diablo procura traer descrédito a la verdad mediante sus falsificaciones. Pero nosotros necesitamos tener el fuego de Dios que consume la escoria.

Necesitamos además un ministerio y un pueblo que ardan por Dios, así como otros hombres están en llamas por el éxito, el dinero o la fama. Jesús dijo: «El celo de tu casa me consumirá» (Juan 2: 17). Ardía por Dios. Ojalá tuviésemos a miles de Wesleys, Whitefields, Finneys y Moodys, para que vayan a encender el mundo con la luz de la gloria de la fase final de este movimiento de Dios entre los hombres. La forma de hacer arder la iglesia es que el ministerio se encienda en llamas primero. Ojalá que el fuego vivo del Espíritu Santo nos revista así como revistió a Elías y a Pablo. Entonces sacudirá a este mundo de un extremo a otro y terminará la obra.

El fuego ilumina la noche

En Salmo 68: 14 leemos que Israel durante la noche era guiado «con resplandor de fuego». Cierta noche cuando pasaba en tren por la ciudad de Pittsburgh vi esos grandes hornos de fundición que iluminaban la oscuridad con su resplandor, haciendo llegar su luz hasta el cielo. Y mientras pensaba en eso, exclamé en mi corazón: «Oh, Señor, danos cristianos luminosos que brillen para ti y que anuncien la hora en la noche como si fueran relojes luminosos». Necesitamos la luz de un rostro resplandeciente, de un corazón encendido, de una esperanza brillante, de un celo consumidor y de un mensaje reluciente. Todo esto vendrá con el bautismo con fuego.

Y que Dios nos libre de un fuego simulado pero falso. Necesitamos el fuego real y resplandeciente. Es el fuego del Espíritu Santo lo que ilumina el mensaje final de Dios dado a los hombres y lo que lo hace brillar con un resplandor que no podría tener en ninguna otra forma. Esto es lo que ilumina la tierra con la gloria de Dios, la gloria postrera que se verá en este mundo entenebrecido hasta que el Señor aparezca como un fuego consumidor para castigar a los impíos.

El fuego da permanencia

Hay algo más en relación con el fuego: da permanencia, endurece y hace durable. Notemos el siguiente pasaje tan significativo: «¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor?» (Isa. 33: 14).

La respuesta a esta pregunta es la siguiente: aquellos sobre quienes descienda el bautismo con fuego que consumirá la escoria. Estos quedarán capacitados para morar eternamente con nuestro Dios, que es «un fuego consumidor».

El fuego *endurece*. *Si* bien es cierto que hay algunas cosas que son quemadas por el fuego, no es menos cierto que el fuego endurece. Por ejemplo, tomemos un vaso de porcelana en proceso de construcción, hermosamente pintado con luminosos colores y cubierto con una retícula de oro; su forma es exquisita y revela la habilidad de la mano del artista. Pero el toque más leve destruirá su diseño y arruinará su belleza. Ese vaso debe ser «quemado» o puesto en el fuego a fin de que sus colores se tornen permanentes, para que la forma sea duradera y para que el nombre del artista aparezca permanentemente en él. En este caso, el fuego habrá endurecido la superficie del vaso.

En el proceso de endurecimiento mediante el fuego del Espíritu Santo, los hermosos colores de la vida santificada se tornarán permanentes y serán inmunes a los ataques de

Satanás. Tal como Pablo lo dijo: «De ninguna cosa hago caso» (Hech. 20: 24). Los asaltos del diablo, los conflictos con los hermanos, la persecución del mundo, la apostasía en la iglesia, no lo movían de los principios fundamentales del evangelio. No era movido de la gran plataforma de salvación únicamente mediante Cristo, con su corolario inseparable que es la observancia de los mandamientos de Dios. Nunca desobedeció la visión celestial.

También nosotros debemos ser como vasos endurecidos, hechos permanentes. No solo nuestra escoria debe ser quemada, sino que la gran firma o sello de nuestro Hacedor y su nombre deben ser estampados en nuestra vida, a fin de retener para siempre su impronta. En la hora final del tiempo, el sello del sábado de Dios y el Espíritu Santo, son inseparables. Quienes nieguen esta afirmación serán mensajeros de un fuego falso.

El fuego produce energía para la acción

El fuego genera poder y movimiento. Las poderosas fuerzas del vapor y la electricidad son nada más que formas del fuego. En el Salmo 104: 4 leemos: «El que hace a los vientos sus mensajeros, y a las llamas de fuego sus ministros». Resulta oportuno preguntar: ¿Es usted una llama encendida para Dios? Cierto día visité un gran taller de locomotoras, y mientras me mostraban el establecimiento tuve ocasión de observar cómo hacían las diferentes partes: ruedas, ejes, pistones, válvulas y todo lo demás.

Luego vi cómo armaban una locomotora en sus diversas etapas de construcción, añadían una parte a otra hasta que la enorme máquina quedó completa, con un peso de muchas toneladas y lista para correr. Luego el guía me condujo al asiento del maquinista y me sugirió que me sentara. Dijo: «Puede accionar esta palanca si quiere». Lo hice, pero no se movió ni una sola rueda.

¿Por qué? ¡Porque no había fuego! Cada parte de la máquina estaba allí, pero sin fuego no había vapor en la caldera y tampoco había movimiento.

Gracias a Dios por el poder, el dinamismo y el empuje de su mensaje, especialmente en los países extranjeros. ¿Pero estamos satisfechos? Necesitamos el derramamiento de la lluvia tardía para recibir un arranque aún mayor. Necesitamos el fuego del Espíritu Santo para que nos llene de energía. Necesitamos el fuego celestial prometido que apresurará esta máquina diseñada por el cielo para que cumpla plenamente la obra de Dios y concluya con prontitud su mensaje en la tierra.

Ese es el poder que necesitamos. Es inmensamente mayor que el poder de la elocuencia o de la organización comercial, por muy importantes que estas sean. Fue el fuego del Pentecostés el que alcanzó a tres mil almas con un solo sermón. El fuego es lo único que moverá los corazones de los hombres y la iglesia de Dios en la actualidad. Jeremías habla del fuego que ardía en sus huesos: «Había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos. Traté de resistirlo, pero no pude» (Jer. 20: 9).

Pero no todo el calor es el calor del Espíritu. A veces se trata del calor de la aflicción, de la llama del temperamento y del fuego de la pasión. Dios no tiene morada allí. Debemos tener la Palabra iluminada por el Espíritu como un fuego irresistible en nuestros huesos. Esa es la energía divina que todo el cielo está esperando proporcionar.

El fuego se propaga con rapidez

Es cierto que a veces el fuego se extiende para producir daño, como cuando en 1871 el gran incendio de Chicago destruyó en pocas horas más de 17,000 edificaciones, dejando sin hogar a cerca de cien mil personas. Pero otras veces el fuego es beneficioso, como en el caso de la muerte

negra o de otras enfermedades contagiosas, cuando se lo usa para destruir los puntos donde existe la plaga, los cuales de ninguna otra forma podrían neutralizarse.

Tal como hemos visto en Mateo 3: 10-12, el fuego se utiliza como un símbolo del poder purificador y refinador del Espíritu Santo, y en este sentido estamos agradecidos porque el fuego se extiende; y tengo la certeza de que esta idea se encuentra incluida en la siguiente expresión: «No apaguéis el Espíritu». El verbo *apagar* presupone la presencia de fuego, y nos hace trasladarnos hasta los tiempos apostólicos: «Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos» (Hech. 2: 3). Esto ocurrió en cumplimiento de Hechos 1: 8:

> «Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra».

El poder del fuego del Espíritu Santo es para el servicio y para dar testimonio; purifica y limpia nuestras vidas preparándonos de esta forma para llegar a ser canales mediante los cuales el Espíritu Santo podrá fluir a fin de ayudar a otros. No tiene sentido orar pidiendo el poder del Espíritu Santo para nosotros mismos, nada más que para aprovechar sus bendiciones en nuestras propias vidas. ¡Ah, no! Se da para emplearlo en el servicio. Este es el propósito real del fuego celestial. Y cuando este fuego del Espíritu Santo llega hasta nosotros pero no encuentra expresión en el servicio, apagamos el Espíritu Santo. Creo de todo corazón en el servicio. Pero creo en el servicio que es puesto en acción por el fuego del cielo, y no por el fuego profano.

Los apóstoles necesitaban el bautismo del Espíritu Santo, y lo recibieron. Y por cierto en la actualidad esto

es deseable, necesario y urgente para cada uno de nosotros. ¿Cómo podemos recibirlo? Así como lo recibieron los apóstoles: reconociendo nuestra necesidad, creyendo que es para nosotros tal como ellos lo creyeron; deseándolo ardientemente y siendo constantes en la oración; entregándonos completamente a la voluntad de Dios, estando en unidad unos con otros y esperando recibirlo.

Se recibe el bautismo por el fuego más o menos de la misma manera como se recibe el bautismo por agua. Para ser bautizados en el agua, una persona primero tiene que desearlo. Luego debe ir a alguien calificado para bautizarlo, y luego ponerse en sus manos para ser bautizado. Debemos hacer lo mismo para recibir el bautismo con fuego. Hay una sola persona que está calificada para bautizarnos con fuego. Y es Jesús. Esta es una prerrogativa exclusiva de él, porque nunca la ha delegado a otro. Él espera bautizarnos con fuego. ¿Iremos a él?

A prueba de fuego en el día de Dios

Se dice que hace años, en la antigua Dalmacia, las casas se construían con piedra caliza bituminosa, material blando que se corta y moldea fácilmente. Toda la casa era construida con esta piedra caliza: las paredes, el techo, el piso, el cielo raso, por dentro y por fuera. Pero una vez terminada era inhabitable, porque tenía un olor a betún insoportable. De manera que completaban la construcción incendiando la casa. Esta quemaba y quemaba, como carbón, y el fuego extraía el betún de todos los poros de la piedra saturada, hasta que se quemaba todo lo que era combustible y se convertía en gas y humo. Finalmente disminuía y se apagaba por falta de material que lo alimentara.

Entonces la casa quedaba terminada, y tenía la apariencia de mármol blanco, estaba limpia y era habitable.

Y si más tarde se encontraba en medio de un gran fuego no se quemaba, porque no había nada de combustible en ella. Era a prueba de fuego.

También nosotros, por nuestra naturaleza y por la complacencia estamos saturados de combustible, y transpiramos un fuerte olor al bitumen del pecado. En el fuego venidero del último gran día estos elementos serán consumidos y sometidos a una destrucción eterna. La única manera de escapar consiste en ser quemados ahora por el bautismo por fuego, y de esa forma ser hechos a prueba de fuego a fin de resistir en aquel día cuando todo arderá como un horno. Así podremos llegar a ser hermosos templos para la morada eterna de nuestro Dios.

En los días de los pioneros de los Estados Unidos, cuando los hombres acampaban en las grandes praderas, a veces veían un incendio que avanzaba por los llanos, destruyéndolo todo con su furia irresistible. Ellos sabían que al cabo de una hora o dos quedarían en medio de las llamas. A fin de salvarse, incendiaban la pradera en la parte donde ellos estaban haciendo que las llamas marcharan al encuentro del otro incendio. Finalmente los dos fuegos se encontraban y las llamas subían hacia el cielo en una última manifestación de furia, y luego se apagaban por falta de combustible. Así mediante el fuego eran salvados del incendio amenazador.

Y eso es precisamente lo que nosotros necesitamos. Necesitamos ser purificados del pecado y limpiados de la escoria que está en nuestras vidas. Necesitamos ser iluminados por la verdad de Dios a fin de llegar a ser cristianos luminosos para él. Necesitamos que nuestro frío corazón sea calentado por el fuego, por su Espíritu Santo. Necesitamos el poder dinamizador de Dios en nuestra vida, de modo que donde quiera que vayamos otras personas

puedan tomar fuego en contacto con nosotros, para que así se extienda la llama divina.

Que la oración de cada uno sea: Bendito Señor, lleva a cabo tu obra maravillosa en mi vida que te entrego hoy. Quema el pecado que aún hay en mí. Purifícame de toda la esclavitud y la contaminación del yo. Llénname y capacítame con tu gloriosa presencia y envíame como una llama de fuego para iluminar y calentar las vidas heladas por el pecado de otros hombres y mujeres.

17

El aceite esencial

«Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al novio. Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas. Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Como el novio tardaba, cabecearon todas y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un clamor: "¡Aquí viene el novio, salid a recibirlo!" Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las prudentes: "Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan". Pero las prudentes respondieron diciendo: "Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden y comprad para vosotras mismas". Pero mientras ellas iban a comprar, llegó el novio; y las que estaban preparadas entraron con él a la boda, y se cerró la puerta.

> Después llegaron también las otras vírgenes, diciendo: "¡Señor, señor, ábrenos! " Pero él, respondiendo, dijo: "De cierto os digo que no os conozco". Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del hombre ha de venir» (Mat. 25: 1-13).

Jesús todavía estaba sentado con sus discípulos en el monte de los Olivos. Acababa de pronunciar el discurso profético registrado en Mateo 24 , el cual ocupa un lugar muy especial en el corazón, las creencias y las enseñanzas de los adventistas. En el capítulo 25 narró la parábola de las diez vírgenes, cinco prudentes y cinco insensatas. Es indispensable recordar que el capítulo 24 forma parte del mismo discurso al que pertenece el capítulo 25, aunque no siempre pensamos en ello.

El propósito de esta parábola es reforzar la lección práctica de la sección profética, porque Cristo no dio esas profecías simplemente para que tuviéramos información. Así que comprender la parábola de las diez vírgenes tiene una importancia vital para la iglesia remanente.

Imaginemos esa escena memorable. Abajo, hacia un lado, se hallaba la ciudad santa. A los pies de Jesús estaban las laderas del monte de los Olivos y del jardín del Getsemaní. Frente a él se encontraban los desolados cerros de Judea, y más allá de ellos la densa línea de las montañas de Moab que bordeaban la playa oriental del Mar Muerto.

Procesión oriental de antorchas

El sol se había puesto más allá de los cerros del oeste, y sobre el paisaje se extendía la luz purpúrea del crepúsculo. Las lámparas plateadas habían sido colgadas en la bóveda azul del cielo, y la tierra se hallaba envuelta en las sombras de la noche. Desde el punto estratégico donde se encon-

traba, el pequeño grupo vio a la distancia una casa iluminada donde se llevaba a cabo una boda al estilo oriental con su procesión de antorchas. En aquella región, era costumbre que los casamientos se llevaran a cabo en la noche, y como en aquella época no había faroles eléctricos en las calles de las ciudades, cada individuo tenía que llevar su propia luz.

Entre los judíos se acostumbraba que el novio saliera de su casa con el propósito de conducir a la novia desde la casa de su padre, probablemente en una aldea cercana, hasta su propia casa, a fin de celebrar la fiesta. Con un grupo de amigos escogidos iniciaba ese viaje memorable después de la puesta del sol, y con ellos avanzaba en la oscuridad.

Cerca de la casa de la novia, un grupo de doncellas, generalmente diez, esperaban su aproximación a fin de recibirlo con lámparas y antorchas encendidas. Esta procesión nocturna, con sus lámparas festivas ardiendo, siempre encerraba una gozosa expectación. Y así la novia era escoltada hasta la casa del novio donde se llevaba a cabo una gran fiesta.

Una procesión como esa se efectuaba precisamente aquella noche memorable después de que el Maestro había pronunciado su discurso en el monte de los Olivos. Mientras Jesús y sus discípulos observaban, algunas lámparas parpadearon y se apagaron. Jesús aprovechó ese evento familiar e impresionante para usarlo como ejemplo de una lección espiritual para la iglesia remanente. Las vírgenes que esperaban no sabían la hora exacta cuando el novio llegaría, pero sabían que iría esa noche. Mientras esperaban, descansaron en el suelo porque estaban cansadas y soñolientas.

Repentinamente, cerca de la medianoche en el caso que nos ocupa, vieron que el novio se aproximaba, para alegría de las que estaban preparadas, pero para consternación de

aquellas que no lo estaban. De manera que Jesús utilizó este incidente para ilustrar lo que su venida significaría para aquellos que pretendieran estar esperándola. Así que tiene una gran importancia para la Iglesia Adventista del Séptimo Día

La parábola es breve, pues consta de trece versículos. Pero es interesante en su contenido. Comienza con un adverbio de tiempo, destinado a llamar la atención: «Entonces». Esta es la palabra clave para su explicación. Señala a la consumación final de todas las cosas. Cristo acababa de amonestar a los discípulos a que velasen y estuviesen preparados: «Porque el Hijo del hombre vendrá a la hora que no pensáis» (Mat. 24: 44). Había hablado de dos clases de siervos: el siervo «fiel» y el siervo «malo», y había dicho cómo su venida sería repentina, inesperada y desastrosa para quienes fueran como este último. Por lo tanto, el tiempo del cumplimiento de esta parábola es precisamente antes de su segunda venida. Es indudable que se refiere a ese período. A fin de confirmarlo, lea la siguiente declaración de Elena G. de White:

> «Con frecuencia se me llama la atención a la parábola de las diez vírgenes, cinco de las cuales eran prudentes y cinco insensatas. Esta parábola se ha cumplido y se cumplirá al pie de la letra, porque tiene una aplicación especial para este tiempo, y lo mismo que el mensaje del tercer ángel se ha cumplido y continuará siendo verdad presente hasta el fin del tiempo. En la parábola, las diez vírgenes tenían lámparas, pero solamente cinco de ellas poseían el aceite de reserva que mantendría sus lámparas ardiendo. Esto representa la condición de la iglesia. Los sabios y los necios tienen sus Biblias, y han sido provistos con todos los medios de la gracia; pero muchos

no aprecian el hecho de que deben tener la unción celestial [...]. La expresión "vírgenes insensatas" representa el carácter de aquellos que no han experimentado en sus corazones la obra genuina del Espíritu de Dios. La venida de Cristo no cambia a las vírgenes insensatas en vírgenes prudentes [...]. La condición de la iglesia representada por las vírgenes insensatas se expresa también haciendo referencia a ella como a Laodicea» (*Review and Herald*, 19 de agosto de 1890).

El aceite: la prueba suprema

Es un hecho solemne y bien conocido que en el mundo hay solamente dos clases de personas: los cristianos y los no cristianos, los verdaderos y los falsos, las ovejas y los cabritos, el trigo y la cizaña, los salvados y los perdidos. Esta parábola establece una división más, pero esta vez entre los cristianos profesos. Los separa en prudentes y insensatos, en preparados y en faltos de preparación, en los que están velando y los que no velan, en prudentes e imprudentes, en los que son reales y los que son ficticios, en los que son genuinos y los que son falsos. Y resulta inevitable concluir que nos encontraremos en una u otra clase. Cristo reconoce solamente esas dos. No hay un tercer grupo. Y no ha cambiado de parecer desde que se dio esta parábola.

Ambos grupos profesan estar esperando el regreso del Señor. De manera que se los puede llamar adventistas en el sentido amplio de la palabra. Se parecen en lo externo. Ambos grupos son vírgenes: llamados a la pureza y a profesar una fe pura. Ambos poseen lámparas, luces y recipientes. Ambos han oído la invitación. Todos esperan que su Señor regrese. Al parecer todos están «esperando» en la noche de la hora postrera del mundo. Por un tiempo el ojo humano

no percibe diferencia alguna.

La «lámpara» es claramente la Palabra, porque «lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino» (Sal. 119: 105). Los dos grupos comparten esta bendición. Ambos hacen la misma profesión. Y todos son miembros de la iglesia verdadera, con un conocimiento profundo de las Escrituras. ¡Y cuánto necesitamos la luz de las Escrituras!

Se cuenta la historia de un hombre que vivía en Carnarvonshire, Gales. Cierta noche caminaba por la montaña, y como tenía tanto frío colocó su linterna bajo su capa a fin de calentarse un poco. La luna brillaba débilmente, de modo que él pensó que sería capaz de hallar el camino sin la ayuda de la linterna. De repente una ráfaga de viento separó los bordes de su capa y la luz le hizo ver que se encontraba justamente al borde de un barranco. En el momento habría caído al precipicio. Retrocedió hacia el camino, y pueden tener la seguridad de que no volvió a cubrir su linterna. Gracias a Dios por los rayos luminosos de su Palabra. Ojalá que brillen cada vez más, cuanto más oscura sea la noche y más peligroso el camino.

Las diez vírgenes han oído el mensaje del regreso del Señor y han respondido a él, y su doctrina es esencialmente correcta. No se califica a estos dos grupos como buenos y malos, sino como «prudentes» e «insensatos». Cristo dice que la insensatez de los insensatos consiste en su falta de aceite. Tenían sus lámparas con sus mechas, pero no poseían aceite suficiente. Tenían el nombre, pero les faltaba la calificación esencial para encontrarse con el esposo. Por otra parte, la sabiduría de las prudentes consistía en poseer aceite suficiente.

Las lecciones solemnes que surgirán a medida que estudiamos esta parábola tienen una gran importancia, y la iglesia de este tiempo no puede considerarlas livianamente. Los

necios piensan que los prudentes se preocupan indebidamente de esta cuestión del aceite. ¿Acaso sus lámparas no arden con brillo? Y de cualquier modo, el novio pronto vendrá razonan ellos y les sobrará aceite. Y aun cuando les falte, fácilmente podrán conseguir más si es necesario. Pero ese es un razonamiento falso. Repito: los necios lo poseen todo, a excepción del aceite. Y es únicamente la posesión de ese aceite lo que hace sabios a los prudentes, y en cambio los necios no están preparados porque no lo tienen.

El simbolismo del aceite

El aceite simboliza al Espíritu Santo. Sin el Espíritu de Dios, el conocimiento de la Palabra no tiene mucho valor, no importa cuán ortodoxa sea nuestra comprensión de ella. Podemos estar familiarizados con todos sus mandamientos, sus preceptos, sus promesas y sus profecías, pero a menos que el Espíritu Santo integre estos elementos en la vida práctica, el carácter no será transformado.

La teoría es inútil sin la práctica.

No debemos despreciar las apariencias externas, a menos que las usemos como sustituto de las realidades eternas. Pero las vírgenes necias se fijaron en las apariencias y fueron engañadas por ellas. Recordemos, las cosas externas no significan nada para Dios si las actitudes de la persona no son genuinas. Aquí está el peligro. No es suficiente estar esperando con la iglesia, o aun dentro de la iglesia. La profesión vacía no es más que una ilusión que lleva a la perdición. Es como las plumas y los adornos de los caballos negros de los antiguos carros funerarios que conducían a los muertos a sus tumbas.

De modo que la prueba decisiva no es que las vírgenes necias no tuvieran lámparas o pábilos, sino que no poseían aceite suficiente. Esa era la naturaleza de su necedad.

Poseían el equipo exterior, pero descuidaron lo más importante de todo. Se conformaron con las cosas superficiales. Cumplieron la parte mecánica, pero carecían del dinamismo espiritual. Y en algunos sentidos, esto es más trágico aún que la falta completa de profesión religiosa.

Las vírgenes necias no eran hipócritas. Eran genuinas y sinceras en su manera de pensar. No eran profanas ni impías. Indudablemente tenían una preocupación sincera por la verdad. Se sentían atraídas hacia ella, pero no estuvieron dispuestas a almacenar el aceite esencial.

¡Cuán solemne es este pensamiento! Puede existir una elevada profesión y una creencia ortodoxa. Puede que alguien haya sido bautizado, puede participar regularmente de la Cena del Señor, puede ser un dirigente juvenil, de la Escuela Sabática o de la iglesia; sí, aun puede ser un pastor ordenado, y hasta desempeñar un cargo importante, y sin embargo, no tener el Espíritu Santo, y de ese modo encontrarse entre los que el Señor considera «necios», porque no están preparados, y finalmente puede perderse. Me estremece la idea de que es posible que yo me encuentre entre los necios.

Es terrible tener cristianismo suficiente nada más que para engañar el corazón, nada más que para adormecerse en una falsa seguridad, nada más que para proporcionar falsa confianza, nada más que para perder el alma. Eso mismo ocurrió con las vírgenes necias que no tenían aceite. Recordemos esto: el estudio profundo de la Biblia no es un sustituto del Espíritu Santo; la actividad frenética nunca llegará a compensar la falta del Espíritu; los sacrificios extremos no bastarán. Debemos poseer el aceite celestial; de lo contrario todo será en vano. Este es el solemne dictamen de Cristo, y no el mío. Las vírge-

nes necias tenían una apariencia aceptable, pero quedaron fuera porque no poseían aceite.

La «lámpara» que se usaba en aquellas procesiones nupciales antiguas, estaba atada a la parte superior de un palo. Consistía de un recipiente redondo que contenía el aceite, donde se colocaba la mecha; la luz era alimentada por el aceite. Supongamos que decimos a una lámpara: «¿Cómo te las arreglas para dar una luz tan hermosa?». Si la lámpara pudiera hacerlo, contestaría: «Yo no estoy *dando* nada. Todo el tiempo estoy absorbiendo aceite por medio de mi sediento pábilo, o mecha. Es el aceite el que produce la luz».

Y así es. Que el pábilo seco de nuestra profesión religiosa se sumerja en el aceite del Espíritu, y entonces no podremos evitar que nuestras vidas brillen. Y únicamente así podremos iluminar al mundo en el tiempo de la proclamación del fuerte pregón. Dios quiere que iluminemos la noche para dar la bienvenida al novio. Cuán verdaderas y oportunas son las siguientes palabras del sabio: «La sabiduría aventaja a la necedad, como la luz a las tinieblas» (Ecl. 2: 13).

El aceite ilumina

¡Cuán oportuna es la figura del «aceite» para simbolizar el Espíritu Santo! En primer lugar, el aceite *ilumina*. En once pasajes de la Biblia se relaciona el aceite con la luz, como es el caso de Éxodo 25: 6: «Aceite para el alumbrado». Recordaremos también la impresionante figura de Zacarías 4: el candelabro de oro con un depósito encima, con sus siete lámparas y sus siete tubos para las lámparas que continuamente llevaban el aceite de las dos olivas para la luz de las lámparas. El aceite fluía constantemente y se distribuía de continuo. Y la intención simbólica queda evidenciada en el versículo 6: «No con ejército, ni con fuerza,

sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos» (RV60). El Espíritu Santo es la fuente de luz. El Espíritu es el aceite que todos hemos de poseer.

El aceite tiene que recibirse constantemente, porque en caso contrario las tinieblas predominarán. Su flujo debe ser continuo, sin que nada lo obstaculice. El pecado es el que obstruye el conducto. Hermanos y hermanas, ¿están vuestras lámparas conectadas con las olivas, a fin de que no falle la provisión de aceite? Dios no quiere que nuestra luz sea intermitente, que arda sin brillo, o que se apague; debe brillar intensa y constantemente. Recordemos la solemne advertencia que se da a la iglesia: «Si no te arrepientes, pronto vendré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar» (Apoc. 2: 5). Eso significa una ruptura inevitable y fatal del conducto, de modo que el aceite dejará de fluir y la luz espiritual se apagará.

Que Dios no permita que semejante catástrofe nos ocurra. Él se propone que su pueblo remanente tenga luz para sí mismo y al mismo tiempo sea una fuente inagotable de luz para otros. Se ha escrito acerca del antiguo Israel en el período justamente antes del éxodo de Egipto: «Todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones» (Éxo. 10: 23), y esto en medio de la terrible oscuridad que cubrió a Egipto, símbolo de la oscuridad espiritual de hoy. Y es luz lo que necesitamos la luz de la santidad del Espíritu Santo, de su amor, de su mansedumbre, de su justicia y de su fidelidad. Sí, lo que necesitamos es «la suministración del Espíritu de Jesucristo» (Fil. 1: 19).

Símbolo de consagración y sanidad

El aceite es además un símbolo de la *consagración*. La Biblia contiene 202 referencias al aceite del ungimiento. Cualquier cosa que se ungiera quedaba así separada y

dedicada al uso sagrado. El ritual mosaico estaba lleno de instrucciones en este sentido.

El aceite del ungimiento para los sacerdotes y el tabernáculo reaparece en el nombre mismo de Cristo, que significa «el Ungido»; y también en esta declaración suya: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas» (Luc. 4: 18). Pablo nos informa de la naturaleza de ese ungimiento del Espíritu Santo: «Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hech. 10: 38). *Ese espíritu era el aceite o estaba representado por el aceite.*

Sería provechoso que leyéramos esta cita que menciona el empleo del aceite de la unción en los tiempos antiguos:

> «Con él ungirás el Tabernáculo de reunión, el Arca del testimonio, la mesa con todos sus utensilios, el candelabro con todos sus utensilios, el altar del incienso, el altar del holocausto con todos sus utensilios, y la fuente con su base. Así los consagrarás, y serán cosas santísimas; todo aquello que los toque será santificado. Ungirás también a Aarón y a sus hijos, y los consagrarás para que sean mis sacerdotes» (Éxo. 30: 26-30).

El tabernáculo y todos los utensilios debían ser ungidos con el aceite, así también los sacerdotes. Los reyes eran ungidos de la misma manera.

Leemos sobre esto: «Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David» (1 Sam. 16: 13, RV60).

Fíjese cómo la unción del aceite se halla conectada inseparablemente con el ungimiento del Espíritu Santo. Así

también los seguidores de Cristo están llamados a ser sacerdotes y reyes (Apoc. 1: 6; 5: 10), y también debemos ser primeramente ungidos con aceite. ¿Ha sido derramado sobre nosotros? «Sed llenos del Espíritu», es la orden divina. «¿Habéis recibido el Espíritu Santo?», es la pregunta divina. Y no olvidemos que este ungimiento debía santificarlos. En Levítico 8: 10-12 leemos: «Después tomó Moisés el aceite de la unción, ungió el Tabernáculo y todas las cosas que estaban en él, y las santificó. Roció con él sobre el altar siete veces, y ungió el altar con todos sus utensilios, así como la fuente con su base, para santificarlos. Derramó el aceite de la unción sobre la cabeza de Aarón, y lo ungió para santificarlo».

En el antiguo ritual el sacerdote y la cabeza, las manos y los pies del leproso que había sido sanado debían tocarse con el aceite de la unción, como símbolo de su dedicación a Dios. Léase acerca de esto en Levítico 14: 17, 18: «Y de lo que quede del aceite que tiene en su mano, pondrá el sacerdote sobre el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el pulgar de su pie derecho, encima de la sangre del sacrificio por la culpa. Lo que quede del aceite que tiene en su mano, lo pondrá sobre la cabeza del que se purifica. Así hará el sacerdote expiación por él delante de Jehová».

Pero un estudio cuidadoso del contexto revela que la sangre se aplicaba primero, luego el aceite. Primero la purificación, luego la consagración; ese es el orden divino. La cabeza, símbolo de la mente, es el asiento de nuestras facultades pensantes. La mano, es símbolo de acción y servicio. El pie indica las sendas de la vida. Por lo tanto debemos caminar y vivir «en el Espíritu». Además estaba el ungimiento del oído, como símbolo de obediencia. Todo lo cual significaba simplemente: «Señor, estoy dispuesto a

usar mis oídos para ti, actuaré en favor tuyo y caminaré por tus senderos». Después de esto el resto del aceite se derramaba sobre la cabeza, de modo que desbordara abundantemente sobre el cuerpo de la persona. Y ese aceite se extraía de la aceituna machacada o quebrantada. Ah, se necesitó el quebrantamiento del Calvario para obtener la venida del Espíritu. Nunca deberíamos olvidar este hecho.

Una prohibición referente al aceite

Obsérvese también que había limitaciones muy definidas y provisiones concretas referentes al uso de este aceite de la consagración:

> «Hablarás a los hijos de Israel, y les dirás: "Este será el aceite de la santa unción para vuestras generaciones. Sobre carne de hombre no será derramado, ni haréis otro semejante conforme a su composición; santo es, y por santo lo tendréis vosotros. Cualquiera que componga un ungüento semejante o ponga de él sobre algún extraño, será eliminado de su pueblo"» (Éxo. 30: 31-33).

Primero, no debía usarse sobre la carne. Dios no unge el pecado. Tampoco debía usarse con el extranjero, el que está sin esperanza y sin Dios (Efe. 2: 12).

Nadie debía utilizar imitaciones del aceite sagrado. Dios aborrece los sustitutos creados por el hombre, pues son imitaciones espurias del ungimiento del Espíritu Santo. No nos engañen estos sustitutos en nuestras propias vidas.

«Óleo de alegría» se llama también a este aceite divino (Sal. 45: 7). Y es también el aceite de la sanidad. Recuérdese al buen samaritano: Tenía pies misericordiosos, porque fue; ojos, de bondad, porque vio; tenía un corazón amante, porque tuvo compasión; tenía manos ayudadoras, porque levantó al herido; estaba dotado de espíritu de sacrificio, porque lo colocó sobre su propia cabalgadura; mostró gracia

abnegada, porque lo transportó hasta una posada; y mostró previsión amante, porque pagó para que se atendieran sus necesidades futuras. Pero lo primero que hizo fue aplicar el aceite sanador a las necesitadas heridas del hombre. Esa es también la bendita obra del Espíritu Santo. «Y esto erais algunos de vosotros, pero ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios» (1 Cor. 6: 11).

¡Lavados, santificados, justificados! ¡Vio él la provisión de nuestro Dios! Tal era el aceite que les faltó a las vírgenes insensatas aquella noche fatal: el espíritu de iluminación, de consagración, de santificación, de sanidad.

El tiempo de las somnolencias del mundo

¡Ay, qué tragedia! Por la tardanza del novio tanto las prudentes como las insensatas «cabecearon todas y se durmieron». Todas fracasaron: las insensatas se dejaron envolver por una seguridad falsa, y las prudentes se hundieron en un adormecimiento espiritual. De este modo la parábola realza el efecto de la tardanza del novio, aunque solamente se trate de un pensamiento secundario. Aunque se tarde, llegará en el momento más inesperado; pero no tardará más del tiempo establecido. Esta es su promesa incondicional:

> «He aquí que Jehová el Señor vendrá con poder, y su brazo dominará; he aquí que su recompensa viene con él y su paga delante de su rostro» (Isa. 40: 10).
>
> «El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche» (2 Ped. 3: 9, 10).

Este es el tiempo cuando el mundo se adormece, cuando un irresistible deseo de dormir domina a los seres humanos. Un relajamiento letal y una somnolencia desesperante han descendido sobre el mundo a modo de irresistible estupor. Este adormecimiento que afecta a la iglesia remanente no se caracteriza por un repudio de la fe, sino por un definido relajamiento ante la expectativa del pronto regreso de Cristo. Y la fe adventista es probada durante el tiempo de la espera.

Note que tanto las prudentes como las insensatas «cabecearon» y «durmieron». En el texto griego estas palabras tienen un significado distinto. Cabecear, es el estado inicial del sueño, cuando la persona está todavía semidespierta, y no desea dormirse. Indudablemente las vírgenes prudentes *cabecearon*, mientras que las insensatas se *durmieron*. Aquel es un estado de letargo semiinvoluntario; mientras que el segundo es un estado consciente y deliberado.

El novio llegó a medianoche, a esa hora tardía y oscura, cuando el sueño profundo coloca al individuo en peligro de una sorpresa fatal. La tardanza del novio y el sueño de la iglesia y la medianoche del mundo se unen. Entonces se escucha la voz de alarma de un centinela fiel. La amonestación proviene de alguien que no está dormido: «¡Aquí viene el novio, salid a recibirlo!». Es una proclama repentina e inesperada, pero todas las vírgenes dormidas la escuchan, y todas sacuden su sueño. Ambos grupos son sorprendidos, pero las insensatas se hallan desapercibidas. La llamada es el anuncio terminante de su llegada, y todos deben contestar sin dilación.

Cuando Cristo venga todos debemos estar listos para recibirlo. La venida del Señor será la prueba de nuestra profesión. En esa crisis final se revelan el carácter y la experiencia de cada uno.

La escasez de aceite es fatal

Ahora todas las vírgenes están despiertas, y todas arreglan sus lámparas; tanto las insensatas como las prudentes se preparan. Hacen todos los preparativos humanos necesarios y posibles, y todas producen luz. Ambos grupos actúan en la misma forma. Uno de los propósitos de la parábola es mostrar cómo hasta el último momento las insensatas pueden confundirse con las prudentes. Pero por fin la diferencia fundamental se hace evidente. Inconscientes de su condición real, las insensatas mantenían la vana confianza de su falsa preparación. Y ahora, llenas de consternación ven que las llamas de sus lámparas parpadean, y exclaman: «Nuestras lámparas se apagan» (v. 8), y esto sucede justamente en el momento crucial.

Esto fue lo que las alertó a su fatal necesidad. No es suficiente que nuestras lámparas resplandezcan hoy. Han de permanecer encendidas durante el tiempo de angustia, cuando nos encontremos sin el intercesor celestial.

Cristo en nosotros, mediante el Espíritu Santo, es nuestra única esperanza de gloria. Esta es la verdad más esencial que nosotros los adventistas del séptimo día hemos de aprender. Las insensatas no soñaron siquiera con su peligro, y sus corazones se habían aferrado a una falsa seguridad. Despertaron de su letargo solo para descubrir su espantosa indigencia. ¡Qué horrendo descubrimiento! Creían estar bien, pero descubrieron con horror inenarrable su triste condición. Y la diferencia radical consistía en su falta del aceite del Espíritu Santo. Las apariencias estaban allí, pero faltaba el Espíritu. La lámpara estaba allí, pero el aceite casi se había terminado. Todavía se leía la Biblia y se ofrecían oraciones; se proseguía aún con actividades religiosas formales.

¡Qué trágico es tener un nombre vivo y estar muerto! Es como el cuerpo consumido del guardia romano encon-

trado en las excavaciones de las ruinas de Pompeya, con casco y armadura puestos y esquelética mano aferrada a su lanza, pero muerto; o como el barco de muerte que se encontró flotando en el Ártico con un piloto muerto en el timón, un capitán muerto con su diario de navegación delante de sí, y tripulantes muertos en sus camarotes: un barco de muerte a la deriva.

¿Qué podían hacer ahora las vírgenes insensatas? Presas de desesperación y lágrimas solicitan aceite a las prudentes: «¡Por misericordia, dadnos de vuestro aceite!», ruegan. Se dan cuenta demasiado tarde de que el aceite es el elemento esencial. Demasiado tarde descubren su trágico error. Sí, viene el día cuando los insensatos buscarán frenéticamente la ayuda de los prudentes. Se aproxima el momento cuando algunos miembros de la iglesia se volverán a los que hoy consideran extremistas y casi fanáticos en patética demanda de ayuda.

Pero suplicarán inútilmente. El cristiano profeso puede dar la lámpara y la mecha. En otras palabras, puede enseñar la Biblia a otro, pero no puede dar el aceite, el Espíritu Santo. Esa es una prerrogativa divina. En vano se acude a algún amigo o predicador en busca de ese don celestial. Todos deben acudir a la misma Fuente. Cada fase del proceso salvador es una transacción realizada entre el ser humano y Dios. «Ninguno de ellos podrá, en manera alguna, redimir al hermano ni pagar a Dios su rescate» (Sal. 49: 7).

Y la respuesta negativa de las prudentes, en esta parte en que la parábola asume forma de diálogo entre insensatas y prudentes, significa sencillamente que nadie posee una cantidad excesiva de aceite que pueda transferirse a otra persona. En lo que respecta al Espíritu Santo, nadie puede suplir la necesidad ajena. Es algo sencillamente

intransferible. El suministro se realiza directamente por Dios al alma. La realidad de la posesión del aceite no puede transmitirse externamente. Ha de ser experimentada en lo íntimo del ser.

Indudablemente las vírgenes insensatas han confiado en un depósito de suministro común que de alguna manera les serviría en forma colectiva. Pero esta noción era falsa. Nadie llegará al puerto transportado por una ola. Algunos permanecerán tan secos como el vellón de Gedeón, mientras alrededor se derrama la lluvia tardía a raudales.

Debe obtenerse a tiempo

Necesitamos aceite, anhelamos obtenerlo y todos debemos recibirlo. No podremos sobrevivir sin él. ¿No haríamos bien ahora en preocuparnos de nuestra mayor necesidad, recordando que es un cuestión individual? Esta necesidad sagrada no es más transferible que el que un hombre crea por otro, porque si «estuvieran en medio de ella Noé, Daniel y Job, vivo yo, dice Jehová, el Señor, que no librarían a hijo ni a hija. Solamente ellos, por su justicia, librarían sus propias vidas» (Eze. 14: 20). Las vírgenes prudentes no actuaban mezquina o egoístamente. El aceite no les pertenecía, de modo que no podían regalarlo. Por lo demás, todas las lámparas se habrían apagado si las prudentes hubieran tratado de dividirlo.

Las vírgenes insensatas arreglaron la mecha de sus lámparas. Deseaban comprar aceite. Estaban desesperadamente ansiosas por reponer su pérdida irreparable. Pero la medianoche es una hora inapropiada para obtener lo que podría haberse conseguido a una hora más favorable. Ahora es cuando Cristo puede concedernos una provisión completa. Él es la Fuente. Pero era demasiado tarde cuando las insensatas quisieron molestarse en buscarlo. Fue la insensatez de

su espíritu la que produjo la angustia de su desaliento. ¡Ah, también la venida de Cristo revelará la indiscutible diferencia interna que existe entre prudentes e insensatas! Un grupo levanta su vista hacia el cielo, porque su redención se acerca; los otros son presa de consternación inenarrable, porque ha llegado la hora de su perdición.

¿Dónde puede conseguirse el aceite? No se puede conseguir de los hombres, ni de la iglesia, ni de libros, ni siquiera de la Biblia (y lo digo reverentemente), sino únicamente de Dios. ¡Pero ya era demasiado tarde! Mientras las otras buscan frenéticamente dónde comprar aceite, las vírgenes prudentes entran a la fiesta y la puerta se cierra, sí, se cierra eternamente, para nunca más abrirse. El caso de estas vírgenes insensatas era tan desesperado como el de la joven inconversa que, alejándose de una amiga le dijo: «Solo quiero tiempo, al morir, para decir dos palabras: "Señor, sálvame"». Pero habiendo descuidado la preparación de su alma, fue llamada repentinamente, y sus dos palabras no fueron sino el desesperante lamento de «demasiado tarde, demasiado tarde».

Las que estaban preparadas y tenían aceite, entraron. La suya era una preparación interna, no externa. No se trataba de una preparación mecánica. Las insensatas no se daban cuenta de que el anuncio de la llegada del novio vendría tan repentinamente y que sería tan corto el intervalo antes de que se cerrara la puerta. ¡Qué palabras fatídicas! ¡Después de ellas no hay esperanza! Y llamaron, pero no hubo respuesta. Suplicaron: «Maestro, ábrenos», pero les respondió: «No os conozco».

Medite bien en estas palabras. Son las más tristes de todas las palabras tristes que oídos humanos puedan escuchar. Nunca las había conocido. El Espíritu Santo se había relacionado con el espíritu de ellas en forma limitada, pero Cristo nunca había morado ampliamente en su corazón ni habían experimentado en lo íntimo de su

ser la gloriosa morada del Señor y de su Espíritu, de modo que no lo conocían. Podemos saber diez mil cosas acerca de Jesús, y, sin embargo nunca llegar a conocerlo en nuestra experiencia diaria. No podemos vivir sin Jesús y esperar vivir con él en el cielo.

Las vírgenes insensatas fueron dejadas en el frío vacío de la calle, cubiertas por las sombras de una noche eterna. Se perdieron todos sus trabajos, toda su preparación fue inútil y fueron vanas las largas horas de espera en medio de la noche fría y oscura. ¡Fuera con los burladores de Dios! ¡Oh, qué lástima! ¿Y todo por qué? *¡Porque no tenían aceite!*

La línea de demarcación

Habrá muchos que demandarán entrada y solicitarán admisión a la fiesta celestial de bodas fundamentados en su profesión de fe y en su esforzada actividad. Pero escúchense las palabras del Salvador: «Después que el padre de familia se haya levantado y cerrado la puerta, y estando fuera empecéis a llamar a la puerta, diciendo: "Señor, Señor, ábrenos", él, respondiendo, os dirá: "No sé de dónde sois"» (Luc. 13: 25). «No todo el que me dice: "¡Señor, Señor!", entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? " Entonces les declararé: "Nunca os conocí. ¡Apartaos de mí, hacedores de maldad! "» (Mat. 7: 21-23).

Pero arguyen: «¿No era yo miembro de la Iglesia Adventista del Séptimo Día?» «¿No hice yo mi parte en todas nuestras gloriosas campañas?» «¿No fui yo maestro de la Escuela Sabática?» «¿No me sentaba yo en el primer asiento y exclamaba fervientemente "Amén"?». ¡Cuán amarga de-

silusión! ¡Y tan innecesaria! El decir «Señor, Señor» no abrirá la puerta; ni la enumeración de nuestras buenas obras descorrerá los cerrojos de los portales del reino.

El cielo es un lugar preparado para gente preparada. Nadie más puede ser admitido. Y obtendrán dicha preparación solamente los que se sometan a la tarea de ser llenos del Espíritu Santo y a su constante provisión.

Esta es la medianoche del mundo. Una oscuridad espiritual tan negra como el abismo, se ha posado sobre la tierra. Ya hemos llegado a la hora predicha por el profeta: «Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová» (Isa. 60: 2). Ahora nos hallamos en el tiempo del dormitar, cuando la somnolencia de la carne se une a la temible anestesia del pecado. Pero también es el tiempo del fuerte clamor que se concentra en enfatizar la preparación necesaria para encontrarnos con el Novio celestial.

Jesús viene pronto, repentinamente, velozmente, inesperadamente. ¿Estamos preparados en armonía con las especificaciones divinas? ¿Cómo está su lámpara? ¿Está con aceite y brillando vivamente? Sí, nos gusta cantar con entusiasmo: «Que mi lámpara brille, oh Cristo, haz que arda con la luz del amor», y esto es bueno. Es bueno, pero no es suficiente. Puede ser que haya una llama, pero que el aceite esté casi terminado. «Hermano mío, ¿hay aceite en tu vasija?». Ese es el canto que necesita entonar la iglesia remanente. Esa es la oración que necesitamos ofrecer.

¿Qué diremos acerca del aceite del recipiente de la lámpara? Si la línea de demarcación se trazara hoy, en esta misma hora, en este momento, ¿en qué lado se encontraría usted? Esta es la pregunta más importante del mundo. Que en su misericordia infinita Dios nos despierte a todos y nos levante.

Murillo, el gran artista español, pintó un magnífico cuadro de un monje escribiendo en su celda. El observador no puede menos que notar algo muy significativo en el rostro y la actitud del monje. Ha pasado toda su vida escribiendo, pero la muerte lo llama antes de completar su obra. Suplica que se le conceda tiempo para terminar su trabajo, y su petición ha sido concedida.

El artista lo pinta justamente después de que vuelve a tomar la pluma para continuar su tarea. Un sentimiento intenso se refleja en cada línea de su rostro gastado y cadavérico. Sus labios han hablado con la muerte y sus ojos han visto la eternidad. Mientras escribe, una energía agitada caracteriza su postura. Las fuerzas del mundo venidero se han apoderado de su ser. Dios, danos tal intensidad de propósito mientras buscamos al Espíritu Santo. La convicción creciente de nuestra necesidad y la aceptación de la provisión divina es una realidad bendita.

Obtengamos el aceite antes de que sea demasiado tarde

El consejo que el Maestro nos da hoy es: «Velad, pues», no sea que por causa de nuestro descuido y conformidad con el mundo nos contentemos solo con la teoría de la verdad, dejándonos arrastrar por la corriente hasta que sea demasiado tarde y nos derrumbemos en las cataratas. La verdadera sabiduría consiste en estar siempre listos conforme al programa celestial y sus provisiones. Y, alabado sea Dios, hay una provisión divina para nuestro quebranto humano.

Nos hallamos cara a cara frente a la eternidad. Se dice que cuando Lord William Russell era conducido al calabozo se quitó su reloj y, entregándoselo al médico que lo había atendido le dijo: «¿Sería tan bondadoso que guardara mi

reloj? Ya no lo necesito. Ahora tengo que vérmelas con la eternidad». Así también sucede con nosotros. El tiempo se nos escapa y la eternidad se avecina. ¿Estamos preparados para el cambio?

Hace unos cuantos años viajé en barco desde Portland, Oregón, a la ciudad de San Francisco. El tiempo era tormentoso e hicimos el viaje en medio de la niebla, pero llegamos a salvo al puerto de San Francisco pasando por debajo del gran puente, el Golden Gate. El barco siguiente, sin embargo, procedente de un puerto distinto, se estrelló en las costas rocosas no muy lejos de su destino. El capitán estaba entre los desaparecidos. Nunca olvidaré las palabras de su esposa publicadas en los periódicos, cuando en lugar de los pasos familiares del marino sintió nada más que las pisadas del portador de la trágica noticia: «¡Dios mío, perdido! ¡Y tan cerca del hogar!».

Esa fue también la suerte de las vírgenes insensatas.

Pero gracias a Dios que las insensatas todavía pueden hacerse prudentes. Aún no es demasiado tarde. Este es el momento cuando Dios nos concede gracia transformadora. Y dejando ahora toda figura literaria, tengamos la certeza de que Dios está más listo a conceder su Espíritu Santo a los que lo piden de él que a darles cualquier otro don, porque todas las demás bendiciones fluyen en su estela. Sin él el alma se halla desamparada y estéril. Cristo retiró de la tierra su presencia corporal, física y localizada para poder estar universalmente presente en cada vida rendida a su Espíritu Santo. Ahora que tenemos oportunidad compremos el aceite de él, y permitámosle morar en nuestra vida como la fuente de provisión constante. Si lo hacemos, jamás experimentaremos la angustia desesperada de ser dejados en la oscuridad de afuera y mientras los demás entran a la fiesta y las puertas se cierran.

Llamamiento divino a la oración

«Pedid a Jehová lluvia en la estación tardía. Jehová hará relámpagos, y os dará lluvia abundante y hierba verde en el campo a cada uno» (Zac. 10: 1).

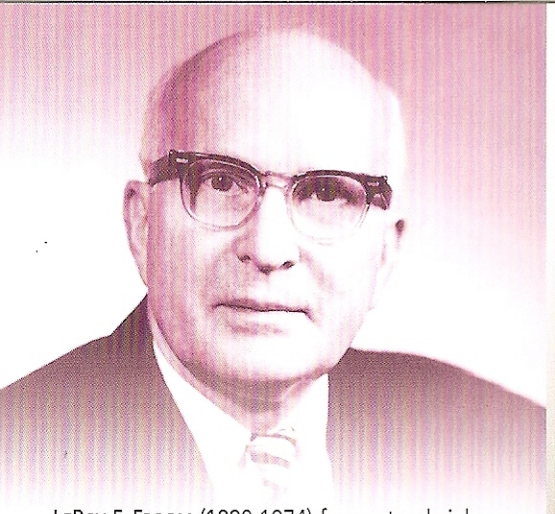
«Tocad la trompeta en Sión y dad la alarma en mi santo monte. Tiemblen todos cuantos moran en la tierra, porque viene el día de Jehová, porque está cercano» (Joel 2: 1).

«Y Jehová dará su orden delante de su ejército, porque muy grande es su campamento y fuerte es el que ejecuta su orden; porque grande es el día de Jehová y muy terrible. ¿Quién podrá soportarlo? Ahora, pues, dice Jehová, convertíos ahora a mí con todo vuestro corazón, con ayuno, llanto y lamento. Rasgad vuestro corazón y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová, vuestro Dios; porque es misericordioso y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y se duele del castigo. ¡Quién sabe si volverá, se arrepentirá y dejará bendición tras sí; esto es, ofrenda y libación para Jehová, vuestro Dios! ¡Tocad trompeta en Sión, proclamad ayuno, convocad asamblea, reunid al pueblo, santificad la reunión, juntad a los ancianos, congregad a los niños, aun a los que maman, y salga de su alcoba el novio y de su lecho nupcial la novia! Entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes

ministros de Jehová, y digan: "Perdona, Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad para que no la dominen las naciones. ¿Por qué han de decir entre los pueblos: '¿Dónde está su Dios'?" Y Jehová, solícito por su tierra, perdonará a su pueblo. Responderá Jehová y dirá a su pueblo: Yo os envío pan, mosto y aceite, y seréis saciados de ellos; y nunca más os pondré en oprobio entre las naciones» (vv. 11-19).

«Tierra, no temas; alégrate y gózate, porque Jehová hará grandes cosas. Animales del campo, no temáis; porque los pastos del desierto reverdecerán, porque los árboles llevarán su fruto, la higuera y la vid darán sus frutos. Vosotros también, hijos de Sion, alegraos y gozaos en Jehová vuestro Dios; porque os ha dado la primera lluvia a su tiempo, y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía como al principio. Las eras se llenarán de trigo, y los lagares rebosarán de vino y aceite. Y os restituiré los años que comió la oruga, el saltón, el revoltón y la langosta, mi gran ejército que envié contra vosotros. Comeréis hasta saciaros, y alabaréis el nombre de Jehová vuestro Dios, el cual hizo maravillas con vosotros; y nunca jamás será mi pueblo avergonzado. Y conoceréis que en medio de Israel estoy yo, y que yo soy Jehová vuestro Dios, y no hay otro; y mi pueblo nunca jamás será avergonzado.

»Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová. Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado» (vv. 21-32, RV60).



LeRoy E. Froom (1890-1974) fue pastor de iglesia, misionero en China, profesor de Teología histórica en la Universidad Andrews, secretario de la Asociación Ministerial de la Asociación General (1926-1950) y editor de gran talento; pero sobre todo es uno de los eruditos adventistas más respetados dentro y fuera de nuestra iglesia. Es autor de la monumental *The Prophetic Faith of Our Fathers* (La fe profética de nuestros padres) en cuatro tomos, posiblemente la obra adventista más conocida y citada en las obras eruditas no adventistas, y de los dos no menos influyentes tomos de *The Conditionalist Faith of Our Fathers* (La fe condicionalista de nuestros padres). Escribió asimismo *Movement of Destiny* (Un movimiento profético). Fundó la revista *Ministry* (Ministerio Adventista), que dirigió durante más de veinte años.

Los estudios que forman parte de La venida del Consolador fueron presentados a los delegados y pastores que asistieron a las asambleas ministeriales de los congresos cuatrienales celebrados en la Unión Americana del Norte durante la primavera de 1928.

La venida del Consolador constituye la primera exposición sistemática sobre la persona y obra del Espíritu Santo desde una perspectiva adventista.

¿Cuál es nuestra mayor necesidad?

«Puesto que este es el medio por el cual hemos de recibir poder, ¿por qué no tener más hambre y sed del don del Espíritu? ¿Por qué no hablamos de él, oramos por él y predicamos al respecto? El Señor está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que le sirven, que los padres a dar buenas dádivas a sus hijos. Todo obrero necesita elevar su petición a Dios por el bautismo diario del Espíritu. Deben reunirse grupos de obreros cristianos para solicitar ayuda especial y sabiduría celestial para hacer planes y ejecutarlos sabiamente. Tienen que orar especialmente para que Dios bautice a sus embajadores escogidos en los campos misioneros con una rica medida de su Espíritu. La presencia del Espíritu en los obreros de Dios dará a la proclamación de la verdad un poder que todo el honor y la gloria del mundo no podrían conferirle».

Elena G. de White
Los hechos de los apóstoles, p. 39

En estos momentos cuando muchos cuestionan la enseñanza bíblica sobre la tercera persona de la Deidad, La venida del Consolador *responde a las principales inquietudes con respecto a su obra y su persona.*

ISBN 1-57554-853-4

¿Cuál es nuestra mayor necesidad?

«Puesto que este es el medio por el cual hemos de recibir poder, ¿por qué no tener más hambre y sed del don del Espíritu? ¿Por qué no hablamos de él, oramos por él y predicamos al respecto? El Señor está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que le sirven, que los padres a dar buenas dádivas a sus hijos. Todo obrero necesita elevar su petición a Dios por el bautismo diario del Espíritu. Deben reunirse grupos de obreros cristianos para solicitar ayuda especial y sabiduría celestial para hacer planes y ejecutarlos sabiamente. Tienen que orar especialmente para que Dios bautice a sus embajadores escogidos en los campos misioneros con una rica medida de su Espíritu. La presencia del Espíritu en los obreros de Dios dará a la proclamación de la verdad un poder que todo el honor y la gloria del mundo no podrían conferirle».

Elena G. de White
Los hechos de los apóstoles, p. 39

En estos momentos cuando muchos cuestionan la enseñanza bíblica sobre la tercera persona de la Deidad, La venida del Consolador responde a las principales inquietudes con respecto a su obra y su persona.

ISBN 1-57554-853-4
9 781575 548531